



Marian Keyes
bajo el edredón

PLAZA  JANÉS

Bajo el edredón

Marian Keyes

Traducción de
Aurora Fernandez de Villacencio

PLAZA  JANÉS

www.megustaleer.com

Índice

Cubierta

Bajo el edredón

Introducción

Bolsos y trapos

Lo mejor que me ha pasado en la vida

Compro, luego existo

El maravilloso aire libre

Fabuloso, querida

Mis cinco máximas por cinco

¡Acción!

Lo auténtico

En la carretera

¡Un pasaporte, por favor!

Más barato que los medicamentos

Apílate y vuela

Treinta y seis horas en Johannesburgo

Destino: Siberia

Reina de los taponos

No hay montaña que se me resista

Salud y belleza

Dicen que siempre se recuerda la primera vez...

Mejorando esas manos

Bragas: el gran dilema

Mala salud

Dilema capilar

Espejito, espejito

Falso moreno

Adiós a la ansiedad

De mujer a mujer

El poder del hombre

Diciembre

La palabra con F

Amigos y familia

Gran noche

Chaletitis

Vida nueva

Gran aéreo

Eyes Wide Shut

¿Viva La Resolución?

Hurling

Negro que te quiero negro
Este año tenemos que vernos sin falta
Época de buena voluntad (y chocolate)

Ahora en serio

Lo nunca soñado
Concern
Reconstruyendo niños

Relatos

Consultorio de mamá Walsh
Un momento de Gracia
El derecho de una mujer a sus zapatos
Cuidado con tus deseos
Afectado
Almas gemelas
La verdad está ahí afuera
Abajo

Notas

Biografía

Créditos

Para Él Mismo

Introducción

Hola y bienvenidos a *Bajo el edredón*, un libro periodístico. Digo «periodístico» aun cuando los artículos aquí recogidos son, en su mayoría, piezas autobiográficas de humor sobre temas como mi pasión por el maquillaje, la mala salud o el miedo a verme atrapada en el interior de un autocar, en un país extranjero, con cuarenta irlandeses (por las canciones). También hay artículos más serios sobre feminismo, médiums y viajes benéficos que hice a Etiopía y Rusia.

En esta ocasión el libro incluye, además, algunos de mis relatos cortos. Bueno, en realidad creo que todos, los siete. El caso es que me cuesta mucho escribir relatos cortos. (La clave está en el nombre: son demasiado cortos. Cuando por fin empiezo a meterme en los personajes y la trama, es hora de acabarlos. De ahí que haya escrito tan pocos.)

Esta obra también recoge el llamado Consultorio de Mamá Walsh. Mamá Walsh es un personaje que aparece en algunas de mis novelas en calidad de secundario (de hecho, de madre) y que con el tiempo ha ido adquiriendo vida propia. Obedeciendo a las peticiones de los lectores, ahora ofrece prácticos consejos desde mi página web. Me preocupa un poco que por el hecho de haberle otorgado una sección en este libro se me desmadre. Puede ser muy estentórea cuando quiere.

Algunos artículos de esta colección han sido publicados con anterioridad y el nombre de la publicación aparece al final del texto. Gracias a todos, sobre todo a la maravillosa Marie O’Riordan de *Marie Claire*, por haberme permitido reutilizarlos.

Antes de que alguien me escriba para preguntármelo, todo lo narrado en los artículos de no ficción de este libro me ocurrió de verdad (sí, incluso cumplir cuarenta). En algunos casos, no obstante, he cambiado los nombres de las personas implicadas con el fin de protegerlas (y, en ocasiones, de protegerme a mí).

Todas las regalías de las ventas en Irlanda de la edición de tapa dura irán destinadas a To Russia With Love (Para Rusia Con Amor), una maravillosa organización benéfica que trabaja con huérfanos rusos. Muchas gracias por leer este libro. Espero sinceramente que os guste.

MARIAN KEYES

BOLSOS Y TRAJOS



Lo mejor que me ha pasado en la vida

Parecía un sueño hecho realidad. Mi amiga Aoife había sido nombrada redactora jefa de una revista femenina irlandesa. Después de felicitarla, le dije:

—Podrías darme un trabajillo como columnista de belleza.

—Vale —contestó ella.

La miré fijamente y exclamé:

—¡Ja, ja, ja!

A lo que ella respondió:

—Hablo en serio. —Y durante un breve instante el mundo dejó de girar sobre su eje—. Hablo en serio —repitió—. Iba a proponértelo pero te has adelantado.

Y esa noche me fui a casa pensando: soy la persona más afortunada del planeta.

La idea era que yo tuviera mi propia página en la revista, donde debía probar seis o siete marcas de un producto concreto y puntuarlas del uno al diez. Generalmente, cuando emprendo una tarea nueva me pongo nerviosa y dudo de mi capacidad para hacerla bien, pero esta vez fue diferente. Había nacido para eso. Conocía el tema al dedillo. Podía defenderme en cualquier debate sobre radicales libres o algas marinas. Podía distinguir entre el brillo de labios de Stila y el brillo de labios de Bobbi Brown con solo mirarlos.

Aoife me había contado que iba a ponerse en contacto con un montón de relaciones públicas de belleza para decirles que me enviaran sus productos. De modo que al día siguiente ya estaba esperándolos. Me pasé la semana frente a la ventana de la sala, pegada la nariz al cristal, esperando, esperando...

Los días pasaban sin que me llegaran cosas gratis y, justo cuando empezaba a pensar que todo había sido una broma, el camión de Lancôme se detuvo delante de mi puerta. (Mirándolo ahora, probablemente era el cartero montado en su bici, pero mi entusiasmo hizo que adquiriera cualidades míticas.)

Él Mismo abrió la puerta y, a renglón seguido, me colocó un grueso sobre acolchado en los brazos. Con manos temblorosas, lo abrí, vertí el contenido sobre la cama y casi vomité de emoción. Me habían enviado la última crema de noche —cara y fabulosa—, pero lo mejor era la selección de cosméticos para el otoño. Comprendía

un colorete, cuatro sombras de ojos combinadas, una barra de labios, un esmalte de uñas y, el colmo de los colmos, un nuevo tono de Juicy Tube. ¡Nunca lo olvidaré!

Obligué a Él Mismo a jugar a la «Señorita Lancôme» conmigo. A veces él hacía de clienta que entraba en la tienda para conocer los tonos de la nueva temporada y yo hacía de Señorita Lancôme que se lo enseñaba todo. Otras veces yo era la clienta y él la señorita al otro lado del mostrador. Jugamos alegremente durante horas. Lo obligué a ello. Incluso cuando me suplicaba que paráramos.

Entonces llegó mi hermana para compartir nuestra dicha, pero cuando vio el Juicy Tube la cosa amenazó con ponerse fea, sobre todo cuando se enteró de que tardaría seis semanas en llegar a las tiendas.

—Te lo compro ya —dijo. Pero ni todo el oro del mundo habría conseguido que me separara de mi Juicy Tube—. No me obligues a tener que robártelo —añadió con dulzura.

De modo que mandé un correo electrónico a la chica de Lancôme deshaciéndome en excusas y lamentos, y adivina qué: ¡me envió otro!

Dos días más tarde llegó el camión de Clinique cargado de golosinas: barras de labios, crema facial para todas las estaciones y no una base sino dos. Poco después se detuvo fuera el camión de YSL con (lo que parecía) casi toda su nueva línea de otoño para que yo la probara.

Era como estar enamorada. Me sentía mareada, aturdida, tenía la risa tonta y solo podía pensar en mis cosméticos gratuitos. Los iba colocando en una cestita junto a la cama para que fuera lo primero que viera al despertarme. Cuando ya no pude convencer a Él Mismo de que jugara conmigo a la Señorita Lancôme (o la Señorita Clinique o la Señorita YSL), empecé a jugar sola. Unas veces ordenaba mis productos por marcas y otras por partes del cuerpo (todos los productos labiales en un lado, todos los productos cutáneos en otro, etc.).

Él Mismo y yo misma cenamos todos los jueves en casa de mis padres, de modo que ese jueves en concreto me llevé todos mis productos gratuitos y los volqué sobre la mesa de la cocina para que pudieran admirarlos. Mi madre, en lugar de maravillarse, se inquietó: tenía que haber gato encerrado. Papá entró entonces en la cocina, encontró las listas de precios y procedió a sumar el valor de cuanto me habían enviado. (El que nace contable, muere contable.) Hechos los cálculos —la cifra ascendía a más de trescientos euros— me miró boquiabierto. «Es una vergüenza», declaró.

La revista era quincenal y, con una imaginación desbordante, empecé a planificar

mis columnas. Primero con semanas de antelación, luego meses. Elaboré todo un plan que abarcaba desde el inicio del otoño hasta el final del invierno, con las columnas sucediéndose del siguiente modo: nuevos tonos de labios, nuevos tonos de ojos, cuidado facial para el invierno, las manos en la estación invernal y, a medida que se acercara la Navidad, una columna sobre «cómo disimular la cara de resaca», un especial sobre maquillaje para las fiestas, una guía para comprar regalos y, por último, ¡los mejores treinta productos del año! Una vez en enero empezaríamos, cómo no, con un especial de eliminación de toxinas; de ahí pasaríamos a detalles bonitos para el Día de los Enamorados y, poco después, saldrían los nuevos tonos de primavera... En septiembre ya lo había planeado todo.

Me instalé a tiempo completo en un mundo ideal de rímeles ultradensos y contornos de ojos que desafiaban el paso del tiempo mientras se me amontonaban las novelas a medio escribir, descuidaba el trabajo de promoción y desatendía a la familia y los amigos. Como soy una perfeccionista (o sea, una chiflada) no quería que mi columna fuera una columna de belleza más, un revoltillo de comunicados de prensa. Quería que fuera increíblemente divertida e ingeniosa, y en mi cabeza no quedó espacio para nada más. (Entre mis platos fuertes estaba describir la Reparadora de Clinique como «Es crema de noche, Jim, pero no como nosotros la conocemos», y el gel de ducha Fuera Tristeza de Origins como «Prozac por un tubo».) Escribía y reescribía sin parar, cortando, añadiendo, afilando y puliendo. Lo reconozco: estaba obsesionada.

Tenía que puntuar del uno al diez, pero estaba tan enamorada de todos los productos que recibía que no conseguía darles una nota por debajo del ocho. Mis valoraciones oscilaban entre el ocho y el nueve, pasando por los decimales (8,5). Alguna que otra vez daba un diez sobre diez y confieso que en más de una ocasión concedí un once sobre diez. Sí, y un doce. Hasta un quince, pero solo cuando el producto realmente lo merecía.

Mi labor incluía ponerme en contacto con esas omnipotentes mujeres, las relaciones públicas de belleza, guardianas de las golosinas. Temblando como un flan, telefoneaba, comunicaba mi nombre y rango y terminaba diciendo: «De modo que si está interesada en que cubramos sus artículos, hágamelo saber». En otras palabras: «Por favor, envíeme cremas gratis. Porfa, porfa».

Nunca me ha gustado pedir cosas a cambio de nada, a pesar de que, como Aoife no paraba de recordarme, yo ofrecía cobertura y, por tanto, les estaba ahorrando un montón de dinero en publicidad. Y lo curioso era que no existía una correlación entre

la categoría de la marca y su generosidad. Había dado por sentado que cuanto más caros y exclusivos fueran los productos, menos probabilidades tendría de conseguirlos, pero la cosa no funcionaba así. Marcas totalmente deseables, marcas por las que yo, en el pasado, había pagado mucho dinero, como Prescriptives y Clinique, eran sumamente generosas, y su personal, formado por chicas encantadoras, no me hizo sentir en ningún momento como una gorrana avariciosa. Y Jo Malone, unas de las marcas más amadas y bellas de este planeta, me envió productos tan exquisitos que tuve que tumbarme en un cuarto en penumbra. Chanel, por el contrario, me mandó al cuerno. Bueno, no con esas palabras, pero cuando expliqué mi misión a una apática francesa del departamento de prensa, me contestó desdeñosamente: «Nosotros no damos a *probag*». Eso habría bastado para que yo respondiera: «¿Ah, no? ¿Es que tienen miedo de suspender?». Consciente, no obstante, de que la posibilidad de obtener productos Chanel gratuitos se me estaba escurriendo de las manos, me doblegué vergonzosamente y prometí una «cobertura envidiable». Pero poner en juego mi integridad periodística no me sirvió de nada, y nada me llegó de Chanel, ni siquiera una muestra de contorno de ojos.

Pero a cada caída sucedía una remontada. El día que el camión de Decléor llegó cargado hasta arriba de espléndidos cosméticos franceses fue otro gran momento, un recuerdo que extraigo y lustro de tanto en tanto, cuando estoy decaída.

Si el producto no era el adecuado para mi tipo de piel yo lo recibía con igual alegría, y una vez acumulados los suficientes organizaba una fiesta para repartirlos entre amigos y familiares.

Tenía la sensación de que prácticamente todos los días era mi cumpleaños. Y no conocer el contenido exacto del sobre era emocionante. Podía traer cualquier cosa: un perfume nuevo, una crema de noche sobre la que leería en *Vogue* al cabo de un mes, juegos de manicura obligados, brillos de labios, sérums carísimos o, como ocurrió en una desgraciada ocasión, una pomada para los herpes. Cada mañana, mientras esperaba la llegada del cartero, experimentaba un incremento paulatino de mis niveles de adrenalina. Me ponía de un humor de perros si el hombre no traía nada, y no digamos si me llevaba un comunicado de prensa sin producto. A eso lo llamo yo hurgar en la herida. Pero había firmas que utilizaban mensajeros, de modo que, aunque el cartero ya hubiera pasado, cada vez que sonaba el timbre de la puerta me entraba un subidón. Fuera quien fuera —oportunistas ofreciéndose a limpiar nuestros canalones, mi padre pidiendo que le devolviera su carrito de servicio— todos mis

sentidos se ponían en guardia mientras me preparaba para recibir otro paquete y brindarle un hogar feliz.

Esa columna de belleza era, sin lugar a dudas, lo mejor que me había pasado en la vida. De niña había vivido con la triste esperanza de que mi padre dejara su trabajo de contable público y abriera una tienda de golosinas para que yo pudiera tener cosas ricas a mano las veinticuatro horas del día. En ese momento estaba viviendo la versión adulta de ese sueño.

Él Mismo me observaba con preocupación desde el banquillo.

—Cuando dices que esto es lo mejor que te ha ocurrido en la vida, ¿no querrás decir que es mejor que la publicación de tu primer libro?

—¡Sí!

—¿Mejor que dejar de beber?

—¡Mejor!

—¿Mejor que... mejor que conocerme a mí?

—¡Mejor! Lo siento.

Me acusó de haberme vuelto muy rara, de comportarme como una «señoritinga».

—Ahora tardas horas en arreglarte —dijo—. Antes eras tan rápida como un hombre.

Y estaba en lo cierto. Tenía tantas cosas para ponerme en la cara, que arreglarme para salir me exigía mucho más tiempo. Antes solo utilizaba una hidratante coloreada, pero en esa época tenía contorno de ojos, crema de día, corrector, base de maquillaje, tapaojeras, colorete y polvos brillantes.

—Pareces una manzana caramelizada —decía Él Mismo.

La situación alcanzó su punto crítico dos días después. Había transcurrido casi una semana sin que me llegara nada y, como había estado dando la lata a varias relaciones públicas, sabía que algo tenía que estar a punto de caer pero temía que hubiese volado. No habría sido la primera vez: pocos días antes había desaparecido un envío de lo mejor de Laura Mercier.

Estaba en mi dormitorio buscando otra palabra para «pestañas», cuando oí un alboroto en la puerta. A renglón seguido, Él Mismo entró en el cuarto con un cajón de plástico azul repleto de sobres acolchados. Un montón de sobres. ¡De muchas firmas diferentes! ¡Acababa de tocarme el gordo! Eufórica, alargué los brazos y dije «Dame». Pero Él Mismo dejó caer el cajón en el suelo.

—No era el cartero. Tuvieron que traerlo en una furgoneta especial. ¡Esto está yendo demasiado lejos! —gritó.

Salió enfurecido del cuarto, pero su actitud cambió cuando descubrimos que uno de los sobres estaba lleno de productos Clinique para hombres. Ocho artículos diferentes que Él Mismo se apresuró a trasladar al cuarto de baño para probarlos sin más tardar. Luego se volvió hacia mí, plasmado el arrepentimiento en su (exfoliado, hidratado, abrillantado) rostro y dijo:

—Creo que estoy empezando a comprender cómo te sientes.

De vez en cuando me ponía mi ropa buena y me encontraba con otras articulistas de belleza en el lanzamiento de algún producto. Pero pronto descubrí que no sabía cómo comportarme. Me entusiasmaba la idea de estar comiendo en un buen hotel, sabedora de que me marcharía cargada de cosméticos gratuitos. Las demás mujeres, sin embargo, parecían periodistas políticas interrogando a Donald Rumsfeld. Se sentaban muy rectas, con el bolígrafo erguido sobre la libreta y el rostro severo, y ladraban preguntas incisivas. «¿Esta crema de día tiene FPS?» «Si es tan estupenda, ¿por qué hay que complementarla con un sérum?» Y la más cruel de todas: «¿Qué necesidad tenemos de utilizar cremas de día cuando podemos meternos una inyección de botox?».

Pero, con la misma brusquedad con que había empezado, el sueño terminó. Corrió la noticia de que la revista estaba a punto de cerrar. Las cosas le iban bien pero el propietario había decidido dedicarse a la especulación inmobiliaria. Veinte personas se quedaron en la calle. Yo estaba destrozada. Traté de mantener la objetividad —era una niña mimada con una situación muy diferente de la de los pobres desdichados que habían perdido su empleo—, pero nada. La forma tan inesperada con que todo había terminado me hacía sentir como si acabara de vivir una experiencia cercana a la muerte. No sabemos cuándo nos puede tocar. Deberíamos vivir cada brillo de labios como si fuera el último.

Lógicamente, me tocaba a mí telefonar a todas las relaciones públicas de belleza con las que había estado tratando para decirles que me sacaran de su lista de direcciones. La idea me horrorizaba y, para ser franca, tenía la esperanza de que mi sinceridad, sumada a cierta dosis de solidaridad por mi situación, las llevara a mantenerme en ella. «Por supuesto. ¿Qué importancia tiene para nosotros una bolsa de regalo más o menos?», había confiado en oírles decir. Pero no.

Los magníficos sobres acolchados, cual cartas de ultratumba, continuaron llegando durante los días siguientes a la terrible noticia. Habían sido enviados antes de que el rumor sobre el cierre de la revista hubiera saltado a la luz. Y luego el grifo se cerró

por completo, y después de ocho deliciosos meses llegó el momento de continuar con mi vida.

Inédito

Compro, luego existo

Si te gusta comprar, no hay un lugar en el mundo como Nueva York. En esa ciudad puedes encontrarlo todo. He aquí algunos momentos brillantes de un viaje reciente.

PRIMERA PARADA: SAKS DE LA QUINTA AVENIDA

Para llegar a los ascensores, situados al fondo, era preciso pasar por el departamento de cosméticos.

Él Mismo miró con nerviosismo la barahúnda sobreperfumada —las pandillas enfundadas en trajes de chaqueta, frascos de Nu en mano, preparadas para rociarnos en cuanto nos aproximáramos, y las esteticistas de bata blanca listas para abordarnos con sus ofertas especiales— y el pánico se reflejó en su cara.

—Has de agachar la cabeza y apretar el paso —dije—. Y, pase lo que pase, no las mires directamente a los ojos.

Salté a la palestra seguida de Él Mismo.

—¡Baja la cabeza! ¡Baja la cabeza! —le insté, pero sucedió lo inevitable.

—¡Jesús, me han dado! —aulló Él Mismo.

—¿Es grave? —pregunté.

Se olfateó.

—Paul Smith para mujer. No demasiado.

Proseguimos nuestro camino rodeados de voces que balbuceaban una algarabía de tentaciones. *Eh, bonita, ¿quieres probar nuestros nuevos tonos de primavera? Aquí, aquí, gástese setenta y cinco dólares y llévase una barra de labios de regalo. No le haga caso, acaban de llegarnos nuestros preciosos neceseres de viaje. Pero nosotros estamos promocionando nuestro nuevo corrector, le cambiará la VIDA...*

Llegamos finalmente a los ascensores.

—Caray —exclamó Él Mismo, enjugándose el sudor de la frente—, esto parece un zoco marroquí.

CÓMO ME FUE NEGADA LA ENTRADA A MIU MIU

En Nueva York hay muchas tiendas pijas y el personal no destaca por su simpatía. Al

menos conmigo. Una asidua me dio un consejo: pon cara malvada y hastiada, camina como si flotaras, no exhibas ninguna emoción positiva y, sobre todo, no te pongas en ridículo.

Con Él Mismo, mi hermana y mi amiga Anne-Marie a remolque, entré en Miu Miu, donde lo primero que vi fueron mis botas preferidas —de hecho llevaba unas puestas— a mitad de precio. Atrapada en el frenesí del cincuenta por ciento de descuento, decidí comprarme otras, pero primero tenía que averiguar el número de las que llevaba puestas. Estiré una pierna y giré el pie para que Él Mismo leyera lo que ponía en la suela. Cuando alzó mi tobillo hasta la altura de su cara (es alto), perdí el equilibrio y empecé a dar esos saltitos y esos giros de brazos que da la gente cuando alguien de platea le arroja una bolsa de canicas. Mi hermana corrió a sujetarme pero, desafortunadamente, se vio arrastrada por el torbellino; luego Anne-Marie intentó enderezarnos a las dos, y el vórtice también la atrapó a ella. Estuvimos tambaleándonos durante unos segundos tortuosos hasta que Él Mismo decidió intervenir, pero el peso conjunto de las tres fue excesivo para él y, enredados en una maraña de piernas, brazos, abrigos y bolsos, los cuatros caímos al suelo a cámara lenta. «Dios mío, estoy tendida en el suelo de Miu Miu.»

ÉL MISMO SE NIEGA A ENTRAR EN VICTORIA'S SECRET

Sencillamente, se plantó. Ni siquiera dijo: «Por favor, no me obligues». Se quedó en la puerta, contempló las montañas de ropa interior y me dijo que nada en el mundo conseguiría hacerlo entrar. Le dije que parecería un perverso si se quedaba fuera, pero ni se inmutó.

Yo estaba impaciente por descubrir a qué venía tanto alboroto. Los anuncios me habían dado la impresión de que Victoria's Secret ofrecía calidad, pero cuando me acerqué a uno de sus camiones y este, soltando chispas, se me pegó a la piel, empecé a tener mis dudas. Así y todo, me compré dos sujetadores, uno rosa y otro lila. Más tarde, cuando le conté a mi hermana lo de mi visita a Victoria's Secret, dijo con cara de asco: «Dios, ¿no habrás comprado nada, verdad?». Le confesé lo de los sujetadores de colores. «En ese caso —me aconsejó— asegúrate de que no hay un fuego cerca.»

LOS DEPENDIENTES CLARIVIDENTES DE BLOOMINGDALES

Anne-Marie me contó que los dependientes de Bloomingdales eran clarividentes y yo

pensé que quería decir que estaban tan bien informados que eran casi clarividentes. De modo que Él Mismo y yo misma entramos en Bloomingdales buscando la línea de Eileen Fisher y —poco esperanzados— preguntamos por ella a un dependiente. Sin perder un segundo, no solo nos informó que tenían esa marca, sino que me facilitó las coordenadas exactas (segunda planta, retroceda dos tercios, flanqueada por Marc Jacobs por el norte, Aqua por el este y DKNY por el sur). Teniendo en cuenta que Bloomingdales tiene el tamaño de un país pequeño, pensé que nos estaba gastando una broma, pero, así y todo, subimos. Al bajar de la escalera mecánica nos detuvimos un instante para orientarnos. «¿Dónde...?», pregunté, pero no pude decir más porque un joven que se hallaba a unos cinco metros de nosotros dijo: «Doblen a la derecha y caminen unos siete metros, en Aqua giren a la izquierda y encontrarán a Eileen Fisher en la tercera isla». Lo miré incrédula. «Vayan», nos instó. Inseguros, echándole miradas por encima del hombro, seguimos sus indicaciones y descubrimos que el puesto estaba exactamente donde él había dicho que estaría. Pero ¿cómo era posible que supiera lo que estábamos buscando? *Walkie-talkies* fue lo único que me vino a la cabeza; quizá el hombre de la planta baja le había dicho por radio que íbamos para allá. O quizá Bloomingdales enviaba a sus dependientes a cursos para desarrollar sus poderes psíquicos.

LA CHICA CLINIQUE SE RÍE DE MÍ

Me acerqué al altar de los cosméticos —hileras e hileras de bellos cilindros plateados— y expliqué mi misión. Quería un resaltador de cejas. Mi hermana lo tenía, me gustaba, lo compró en Clinique. Pero la chica de cara lustrosa ignoraba de qué le hablaba y le dije que creía que se llamaba Sugar Sugar.

—¡Oh, Sugar Sugar! —dijo—. Sí, lo recuerdo. —Durante unos instantes se apoderó de ella un alborozo mudo, estremecedor—. Es un artículo de temporada.

—¿Y eso qué significa?

—Pues significa que YA NO HAY.

LA ESPANTOSA MUJER DE PRADA

Me encanta Prada. No tanto la ropa, que es para treceañeras desnutridas. Lo que adoro con adoración son los zapatos y los bolsos. Vaya, que me vuelven loca. Si me dieran a elegir entre la paz en el mundo y un bolso de Prada, tendría mis dudas. (No estoy orgullosa de ello, solo lo comento.)

El caso es que Él Mismo y yo misma entramos en el palacio de caliza de la Quinta Avenida y subimos a la primera planta para admirar los complementos. Eran tan bellos que me entraron ganas de arrojarme al suelo y llorar, pero Él Mismo me recordó el desastre de Miu Miu y logré contenerme.

Entonces lo vi. El bolso. *El* bolso. *EL* bolso.

Lectora, lector, lo compré. Me atendió una mujer rusa llamada Elena y creo que fue la comisión más rápida que se ganó en su vida. Luego me fui animando y decidí buscar unas sandalias a juego. Pero no había de mi número. Impertérrita, Elena trajo un par de todos modos. No me entró, de manera que trajo sandalias que casi hacían juego, y luego sandalias que no hacían juego alguno. Y tampoco me entraron. Pero Elena, decidida a no dejar piedra por mover, solo me dejó ir cuando tuvo muy claro que no iba a comprarle nada más.

En la planta baja me detuve a admirar bolsos de viaje, y Elena apareció inopinadamente a tres centímetros de mi nariz. No sé cómo, pero había conseguido introducirse entre mi persona y el bolsón. «¿Quiere comprar?» Le dije que no, gracias, que ya nos íbamos, pero entonces nos dimos cuenta de que en el sótano había una sección de hombre.

Bajamos, Él Mismo levantó un zapato y un atractivo joven se acercó y preguntó si le gustaría en su número. Yo acababa de abrir la boca para contestar (a Él Mismo le asusta hablar en estos lugares), cuando Elena apareció de repente, como surgida de la nada, hizo un derrape de diez metros por el suelo de la sección masculina, apartó al apuesto dependiente de un manotazo en la cara y se presentó ante nosotros con una sonrisa de hiena, sin un solo pelo fuera de lugar. «¿Quiere probárselos?»

EN TIFFANY'S NUNCA OCURRE NADA MALO

¡Por todos los santos! ¿Cómo pudiste? Díselo a mi tarjeta de crédito. El caso es que tenía que comprar un regalo de bautismo a mi ahijada, pero cuando entré en los salones de Tiffany ocurrió algo extraño. No sé bien cómo describirlo. Solo puedo decir que me vi rodeada de un montón de cosas bonitas. Colgantes, pulseras, relojes, pendientes, espejitos de plata y llaveros monísimos. De repente adquirió sentido que comprara regalos a todas las personas que conocía para el resto de sus vidas. Compré a mi hermana algo de plata por su aniversario de boda. Aunque no estuviera casada. Ni prometida. Ni siquiera tuviera novio. Luego quise comprarle a mi hijo un reloj por

su vigésimo primer cumpleaños, y no me pareció un impedimento el hecho de que yo no tuviera hijos.

Finalmente me conformé con el regalo de bautismo, un «dellito» de Navidad para mi hermana (era abril) y un regalo de cumpleaños para Él Mismo (faltaban cinco meses). Entonces llegó la hora de envolverlos, lo que constituyó un proceso complicado y sumamente relajante, como contemplar unas manos delicadas y hábiles hacer papiroflexia. Primero colocan el objeto en una cajita de terciopelo negro, luego en una bolsita de ante turquesa, después en una caja de Tiffany a juego atada con una cinta de raso blanco de Tiffany y, por último, en una bolsa de Tiffany. En mi vida he visto un envoltorio tan bonito. Estaba tan emocionada que me recordó un poco a la parte de *El gran Gatsby* en que Daisy solloza: «Nunca había visto unas camisas tan bonitas».

Una vez en la calle, fue como despertar del más maravilloso de los sueños. Exceptuando el hecho de que tenía conmigo todas esas bolsas turquesas y un miedo atroz a recibir la próxima factura de la tarjeta de crédito.

*Publicado originalmente en la revista Cara,
septiembre de 2002*

El maravilloso aire libre

Dejemos una cosa clara: no soy persona de aire libre. Si me dieran a elegir entre hacer *rafting* y ser atacada por un perro rabioso, es probable que marcara la casilla que pone «perro». ¿Los motivos? En primer lugar, tengo un cabello horrible. Cuatro segundos bajo la lluvia y se encrespa como el de un león. En segundo lugar, soy bajita (un metro cincuenta y cinco) y no voy con zapatos bajos desde 1992. Mis pantorrillas, por consiguiente, acostumbradas a vivir sobre tacones de diez centímetros, se han encogido tanto que si pongo los talones en el suelo se me levantan los dedos. En tercer lugar, soy peligrosamente vaga. Ya lo veis, lo mío no es el aire libre. Entonces, ¿qué hago caminando al amanecer con unas botas (casi) planas, una imponente montaña a un lado y un lago de aspecto espeluznante al otro, con el granizo martilleándome la cara y, he aquí lo más extraño de todo, sin que me haya echado a llorar?

Creo que debería ponerlos en antecedentes...

El caso es que adoro los balnearios. Más que la propia vida. Me he vuelto tan adicta a ellos que he perdido por completo la capacidad de relajarme por mis propios medios. También adoro a mi marido y me gusta llevarlo siempre encima, como un amuleto. Pero a mi marido —que resulta que es hombre— no le gustan los balnearios. Le asustan y desconfía de ellos. ¿Cómo reconciliar, por tanto, ambas tendencias?

La solución: el balneario y centro de deportes de aventura Delphi. Yo había oído hablar del centro de aventura. Un lugar infernal que ofrecía actividades en canoa de vértigo donde te alimentabas de Snickers y se te encrespaba el pelo. Un lugar donde jóvenes varones se paseaban con ropa impermeable y se retaban a tirarse por paredes de acantilados. ¿Sí? Pero apenas sabía nada del balneario, hasta que empezó a ganar premios. El *Observer* lo incluía en su lista de «los diez mejores balnearios del mundo». Mariella Frostrup, gran dama de los balnearios, lo describía en el *Mail on Sunday* como «un balneario de talla mundial». Un momento... ¿un balneario de talla mundial en Irlanda? Tiene que ser un error. Nosotros, los irlandeses, hacemos muchas cosas bien, como divertirnos, parlotear y cautivar. Pero ¿balnearios? ¿Desde cuándo?

Desde ahora, por lo visto. Feliz de haber encontrado la combinación perfecta —yo podría saltar de tratamiento en tratamiento, él podía mirar a la muerte a la cara de

formas diversas—, Él Mismo y yo misma pusimos rumbo a Delphi. Está en el oeste de Irlanda, en el condado de Galway. O quizá en el de Mayo. Nunca conseguí aclararlo, pues los dos aseguran que Delphi se encuentra en sus respectivos dominios porque es la clase de lugar que aportaría prestigio a cualquier condado. Sea como fuere, es uno de los lugares más bellos del mundo. Cuanto más al oeste nos dirigíamos, más se elevaban los picos, más se estrechaban las carreteras y más salvaje era el paisaje. Arroyos plateados descendían por las empinadas montañas hasta convertirse en caudalosos riachuelos que corrían paralelos a la carretera. La pizarra violeta y la caliza azulada rompían la superficie de los prados, y los únicos seres vivos que vimos durante kilómetros fueron las ovejas de las laderas, teñidas de vivos naranjas y rosas.

Llegamos al fin. El balneario Delphi se encuentra en un valle rodeado casi por entero de montañas que consiguen ser imponentes sin resultar por ello severas ni intimidatorias, como esas madres superiores que te humillan por no haber hecho los deberes. Es tan bonito que casi corta la respiración.

El primer indicio de que la gente del Delphi sabía lo que hacía fue la arquitectura. La gente que visita Irlanda, sobre todo los holandeses y los alemanes amantes de «la naturaleza», se llevan una gran desilusión con la fiebre de «bungalowitis» que afecta a gran parte de la Irlanda rural. Las minihaciendas de color amarillo pálido no son construcciones demasiado compatibles con el entorno, pero allí no existía ese peligro. Delphi era sumamente compatible, un edificio único, hecho de cristal, madera y piedra local, con curiosas ventanas redondas en los tejados que recordaban vagamente a una morada hobbit, aunque algo más grande. Nada en el balneario Delphi está, en realidad, bajo tierra, pero si lo estuviera, con hierba creciendo en el tejado para que pastara ganado hobbit, no te sorprendería. Digamos que tiene ese aire mágico de Bilbo Baggins.

Bajamos del coche para ser recibidos por el mejor olor del mundo —el humo de la turba flotando en un aire húmedo— y entramos.

Con la arquitectura interna es como si hubieran intentado trasladar el exterior al interior. Una profusión de enormes ventanales permite gozar al máximo de las vistas; los suelos, las puertas y las paredes son de maderas naturales como la haya y el roble (en lugar del feo pino naranja); el mostrador curvo de recepción, también de roble, se aguanta sobre unas losas de pizarra como un mini-Stonehenge; y la chimenea de campana, de doble altura, parece una torre circular de mampostería. Todo es curvo, ondulante, sinuoso. Por el vestíbulo corre un arroyo auténtico cubierto por un grueso

cristal. (Puedes divertirte saltando encima para ver cuánto peso es capaz de soportar. Respuesta: mucho. Lo hice una noche después de una cena de dieciséis platos —más sobre el tema luego— y no crujió siquiera.) Pero es muy confortable. Sería absurdo tener todas esas cosas naturales si no lo fuera, pues para eso me instaló una tienda en un prado, junto a la carretera. El folleto describe el estilo de Delphi como «lujo contemporáneo en un entorno natural», y eso lo resume muy bien.

¡Y ahora los tratamientos! La lista contenía todos los sospechosos habituales — faciales, masajes, envolturas, etcétera—, además de cosas más interesantes como reiki, velas Hopi para los oídos y sonoterapia. Yo, sin embargo, había decidido comenzar con un masaje de aromaterapia, o eso creía. Debido a un malentendido por mi parte, me había apuntado para una envoltura, y detesto las envolturas. (Para quien no esté al corriente, te untan una cosa apestosa por todo el cuerpo, te envuelven con los brazos sujetos a los costados en una manta de aluminio caliente y te dejan sudar durante cuarenta minutos. Hay gente a la que le encanta.) Expresé mi consternación, y la categoría del personal se hizo patente. Con comprensión, tranquilidad y presteza me encontraron otro cuarto de tratamiento y a los pocos minutos estaba disfrutando de mi masaje. Lo cierto es que durante los días que estuve allí tuve la sensación de que todos los terapeutas —una mezcla de australianos, ingleses e irlandeses— tenían el título de amabilidad avanzada. Eran cordiales, inteligentes y compasivos, lo cual tiene un efecto impagable. De nada sirve la habilidad técnica si tienes la sensación de que tu masajista se está riendo del estado de tus muslos.

¡Lo que me lleva a la comida! Todo el mundo sabe que en los balnearios se come bien. Los días en que había que encontrarle la gracia a un régimen de zumo de limón y hojas de lechuga han quedado atrás. Así y todo, nada nos había preparado para tan alta calidad. La cena constaba de cuatro platos que incluían verduras ecológicas de su propio huerto, marisco de la zona y un montón de suplementos: bocaditos, sorbetes para limpiar el paladar, pan casero, etcétera. ¡Era fantástico!

Al día siguiente Él Mismo se fue a aprender surf (¡en noviembre!) y yo me puse mi albornoz blanco y me instalé en una tumbona agradablemente acolchada de la sala de salud, donde contemplé serenamente la luz cambiante de las montañas mientras esperaba a que me llamaran para mis tratamientos. Es todo tan bonito que en temporada alta la zona se llena de tumbonas monopolizadas por toallas decididamente alemanas.

La sala de salud tiene, además, un baño turco, una sauna y un jacuzzi con vistas igualmente imponentes. Pero dado que las grandes expectativas son, sencillamente,

rencores en potencia, permitidme dejar claras dos cosas: el balneario no tiene piscina ni gimnasio. Tal vez los puristas retrocedan horrorizados, pero yo, francamente, estaba encantada. Cada vez que voy a un balneario me llevo mis zapatillas de deporte (después de retirarles las telarañas) y ya mientras las estoy guardando sé que no verán el interior del gimnasio. Así y todo, durante mi estancia siempre me persigue un vago sentimiento de culpa, de modo que un balneario sin gimnasio constituía un gran alivio. El director me explicó que la filosofía del Delphi era animar a la gente a hacer algo diferente de lo que hacía habitualmente. En lugar de pasar cuarenta y cinco minutos sobre la pendiente de la máquina andadora, podían probar una caminata de dos horas por una montaña de verdad.

Yo asentía con la cabeza mientras me hablaba, pero en realidad estaba pensando: «Nunca conseguirán sacarme de aquí, piensa en el pelo». Existía, por otro lado, una gran selección de actividades de interior —meditación, tai chi, Pilates, relajación y yoga (¡como Cayo Parrot!)— y me decidí por Pilates. Tumbada en el suelo, en una habitación tranquila, haciendo mis movimientos de medio centímetro, lo encontré facilísimo. Hasta la mañana siguiente, cuando me costó tanto levantarme que pensé que había sufrido un ataque de apoplejía durante la noche. Decidida a no repetir el error, al día siguiente elegí la clase de relajación porque pensé que solo tendría que tumbarme en el suelo e imaginarme sumergida en una hermosa luz dorada. En lugar de eso nos enseñaron nuevas técnicas de respiración —prana no sé qué— que consistían en resoplar como un caballo. A los tres de mi clase se nos escapaba la risa tonta y la voz de pito a causa de la vergüenza, y al irme me dije que nunca más acudiría a una clase de relajación: era demasiado estresante.

Él Mismo, entretanto, estaba pasándolo en grande con sus experiencias cercanas a la muerte y su consumo de Snickers dos veces al día. Sus coqueteos con la parca comprendieron rappel, escalada y surf, aunque también hubiera podido probar circuito de cuerdas, canoa, esquí acuático y otras actividades tremendas, tremendas.

Lo extraño fue que, aunque yo había decidido que no me vestiría desde el momento de mi llegada hasta el momento de mi partida, el lugar ejerció su influjo: era demasiado hermoso para quedarme encerrada. Entre las visitas recomendadas estaba Killary, el único fiordo de Irlanda, pero yo me fui a Doolough, un lago rodeado de picos recortados con una capa de nieve en polvo en la cumbre. Era como estar en el Himalaya pero sin las molestas vacunaciones ni la diferencia horaria, y de una belleza tan extraordinaria que no me importó el consiguiente bochorno para mi pelo, que fue, ciertamente, aterrador.

*Publicado originalmente en Cara,
febrero de 2004*

Fabuloso, querida

MARIAN VISITA LOS DESFILES PARA *MARIE CLAIRE*

11.15 h, Horticultural Hall, Victoria: Paul Smith

¡Solo media hora de retraso! Se disparan las sirenas, suenan los timbres del faro, las paredes dan paso a una noche estrellada en el mar. Gran ambientación y emoción. Casi tan emocionante como mi asiento en primera fila. Mis amigos habían ido especialmente a casa para poder admirar mi entrada para la Fila A. Y para ayudarme con el vestuario. Ante el temor de ser taladrada con la mirada, había optado por un estilo «discreto pero con bolso de Marc Jacobs». Y parece que funciona. O por lo menos no he visto a nadie mofándose de mí descaradamente.

La colección de Paul (me cuentan que los del mundillo nunca mencionan el apellido del diseñador y yo no quiero ser menos) es náutica pero elegante, y hay rayas de marinero, dibujos de anclas y chaquetones cruzados a lo capitán Birdseye. Ropa preciosa, pero las modelos caminan de una forma ciertamente ridícula: levantando mucho las rodillas, como esos ponis o caballos que desfilan en los circos.

La pasarela es tan baja y la tengo tan cerca que si alargara un brazo podría tocarlas, de hecho podría hacerlas tropezar, y de repente me aterra que, con una simple sacudida de la pierna, lo haga. (Como el impulso irresistible que experimento a veces, cuando estoy en un edificio alto, de arrojarme al vacío.) Por suerte me distrae una chica que camina torcida por la pasarela con un solo zapato. ¿Una declaración de estilo? Entonces reparo en la presencia de un zapato a mis pies que me sonrío tímidamente. Es evidente que se le ha caído, pero la modelo, como buena profesional, sigue su camino. Se me presenta un dilema: ¿devuelvo el zapato a la pasarela para que la chica lo recupere a su regreso, corriendo el riesgo de provocar un choque en cadena? «Déjalo donde está», me digo. Y con una rapidez pasmosa —apenas quince minutos— el desfile toca a su fin y me voy a comer con Marie y Liz, la redactora jefa y la redactora de moda de *Marie Claire*.

1.45 h, carpa del British Fashion Council

en King's Road: Betty Jackson

Tenemos que correr. Betty (fijaos, sin apellido; llevo la moda en la sangre) comete la temeridad de empezar justo antes de la media hora de retraso de rigor, y cuando llegamos nuestros asientos han volado y una pobre subordinada de *Marie Claire* se ve obligada a cederme su silla. Aunque no sé para qué. Yo relaciono a Betty con jerséis beige de cuello vuelto desbocado, la cosa más sosa del mundo. Pero me espera una sorpresa: cuando las chicas empiezan a desfilan por la pasarela (todavía haciendo esos ridículos levantamientos de rodilla, cual jirafas aprendiendo a caminar; está claro que no es solo cosa de Paul Smith), me quedo petrificada. Me encanta la ropa que llevan. Me encanta. Estilo bohemio en intensos verdes primaverales, uva descolorida y berenjena. Modernos trajes de tweed con adornos florales, suaves vestidos de lana y un abrigo de cuero verde tan fabuloso que casi salto de mi asiento y se lo arranco a la modelo. ¿Qué está ocurriendo aquí? Pero ¡ah, por ahí viene! Mister jersey beige de cuello desbocado, lo estábamos esperando. Oh, y ahí viene otro. Y otro. En este caso, hay que reconocerlo, marrón, pero ¿no es peor el marrón que el beige?

15.25 h, hotel Park Lane: Temperley

Atravesamos la ciudad a toda pastilla únicamente para descubrir que «llevan retraso», de modo que nos vamos a tomar una taza de té. O por lo menos lo intentamos. Nos detenemos en la entrada del recargado salón té, sin que nos hagan el menor caso, mientras detrás se amontona otra gente del mundo de la moda. Finalmente nos conducen a una mesa, pero cuando el camarero se acerca a otra mesa ocupada por personal de *Vogue*, Liz le grita: «Nosotras vamos primero». Pero el tipo como si nada. (Dios, qué cruel es la moda.)

Y de ahí al concurrido salón de baile art déco, donde tropiezo con la mayor concentración de bolsos fabulosos que he visto en mi vida. En nuestros asientos, la primera bolsa de regalo del día —gel de ducha Diptych— ha «desaparecido». Marie consigue otra y me la ofrece generosamente. La acepto. No tengo vergüenza.

Comienza la música, muy francesa —acordeones y cantantes—, pero justo detrás tengo a un hombre con un GIGANTESCO ramo de flores y durante todo el desfile solo oigo el crujido del celofán.

Y empiezan a desfilan por la pasarela de mármol negro, un bonito vestido de noche tras un bonito vestido de noche tras un bonito vestido de noche. Mucho raso negro y rosa con círculos de cuentas negras que crean un efecto tapete. Suaves tops cruzados y faldas acampanadas con estampados belle époque, seguidos de una avalancha de

vestidos de noche llenos de blondas, y me doy cuenta de que estoy algo harta. ¿Tan pronto? (Decididamente, lo llevo en la sangre.)

Alice Temperley sale a saludar, y para mi amigo de las flores crujientes ha llegado el gran momento. Pone rumbo al escenario, pero Alice se escurre como un fauno sobresaltado y el crujiente florista retrocede lleno de bochorno.

Empiezo a notarme perdida, incluso desconcertada. Siempre había pensado que la moda era una gran broma dirigida a la gente corriente, que cuando Ann Wintour encabezaba una ovación de un desfile de chicas ataviadas únicamente con gafas de bucear y bragas de lamé dorado, se trataba de una gran conspiración para burlarse de «los vulgares campesinos». Pero, hasta el momento, todo lo que he visto es decepcionantemente *llevable*.

*16.35 h, Carpa en el British Fashion Council
de King's Road: Gharani Strok*

Esto ya es otra cosa. Mucho cuchicheo, nieve carbónica, gente bebiendo minibotellas de Moët con pajita y un caos con los asientos. ¡Y me ha caído una bolsa de regalo! Un ramillete Phillo, un Filofax, un estuche de maquillaje estilo Pucci con productos I Coloniali y, lo mejor de todo, dos rosquillas Krispy Kreme, al parecer una de las sustancias más adictivas del planeta. En una promoción en Ohio, cuando el personal se negó a regalar otra rosquilla a un adolescente (ya se había comido como quince), el muchacho los agredió.

Luz tenue, música de los setenta estilo Shaft y la primera chica que avanza por la pasarela es un palillo con purpurina y abrigo de piel rosa de prostituta, seguida de una muchacha que luce biquini, abrigo de piel negro y botas hasta la rodilla. Mucha ropa chispeante de discoteca y mucho Studio 54, todo rajado hasta la cintura, por delante y por detrás, y vemos nuestro primer pezón del día. Luego el segundo. Luego el tercero. Un auténtico festín de tetas con vestidos que resbalan «accidentalmente» por los hombros hasta la cintura y abrigos lucidos sin nada debajo salvo las bragas. Casi todo es completamente inllevable, justo lo que estaba esperando.

Después, la gente se muestra desdeñosa. Alguien dice que parece que la ropa la hayan cortado estudiantes en un cuartucho. Mucho espectáculo y poca sustancia, dice otro. «En fin —pienso, apretando mi bolsa de regalo—, a mí me ha gustado.»

18 h, teatro Mermaid, Blackfriars: Boudicca

Por el camino me como un Krispy Kreme y, aunque es bueno —delicioso, en realidad —, no despierta en mí el deseo de pasarme un fin de semana entero comiendo Krispy Kremes. Puede que tras el incidente de Ohio retiraran el componente adictivo.

Llevan una hora de retraso, pero no importa: tengo grandes esperanzas puestas en Boudicca. Alexander McQueen los ha descrito como «audaces». «Audaz» suele ser un eufemismo de «chiflado».

Cuando finalmente nos dejan entrar, enseguida percibo el olor a tierra húmeda. El escenario está cubierto de hierba y maleza embarrada (todo auténtico). Huele como el día deportivo de los colegios. Algunos asientos están en el «campo» y cuando veo los afilados tacones de las damas de la moda atascarse en el barro, temo por las modelos.

¡Empieza el espectáculo! La primera chica, como si trabajara con residuos nucleares, luce un holgado mono negro con una capucha que le tapa toda la cara, pero de una tela vaporosa: lo que Darth Vader podría ponerse para una cena romántica. Luego llega un atuendo similar de plástico blanco con un velo de apicultor, seguido de un sueste con capucha y pantalones de pescar a juego, la clase de indumentaria que un pescador de caballa utilizaría con un viento de fuerza cinco, pero hechos con una tela metálica transparente de color morado. A renglón seguido un abrigo de pelo blanco, precioso a pesar de que alguien ha agarrado cinta adhesiva verde y envuelto con ella los hombros y el torso de la muchacha. Cintas de pelo post-*Apocalipsis*, gorras de la Legión Extranjera francesa, velos a lo Lawrence de Arabia, muchas caras deslumbrantes —cuando las enseñan— y cabello cenagoso: chicas muy guerreras. Ropas que harán a la gente tartamudear: «¿Y se supone que he de ponerme esto para ir al súper?». Pero es efectista y estimulante y, si lo atenúas un poco (¿un mucho?), no se reirán de ti en la calle.

*19.25 h, Carpa del British Fashion Council
en King's Road: Clements Ribeiro*

Finalmente descubro el origen del ridículo andar de las modelos: es para que sus piernas parezcan delgadas en las fotos. Claro, como normalmente parecen patas de elefante...

En cuanto inician su absurdo paseo por la pasarela, me entra un ataque de nostalgia. Una modelo con sendas trenzas enroscadas, cual ensaimadas, en las orejas avanza con un vestido abotonado de los años cincuenta con estampado circense. Luego le toca a una modelo con pelo a lo brioche que luce un traje de tweed ribeteado

de lentejuelas. Y una modelo con pelo a lo pan de molde con un abrigo azul petróleo con triángulos lilas. Desfilan sombreros de elfos de fieltro, redecillas sobre el rostro salpicadas de lo que parecen Smarties y excelentes zapatos de dos tonos con grandes tiras. (El tema es circense.) Es divertido, alegre y rabiosamente bello. Termina demasiado pronto y la gente se reparte entre las fiestas —hay una en Hugo Boss, otra en Fendi— pero yo, que estoy agotada de tanto anhelar, necesito irme a casa y tumbarme.

*Publicado originalmente en Marie Claire,
septiembre de 2004*

Mis cinco máximas por cinco

CÓMO JUSTIFICAR LA COMPRA DE TANTOS ZAPATOS COMO TE APETEZCAN EN CINCO PASOS FÁCILES DE SEGUIR

- 1) El crecimiento de la economía se está frenando, así que tenemos que seguir gastando para evitar una recesión.
- 2) Como dice mi madre, si haces algo, hazlo bien. Si te has tomado la molestia de salir a comprar, como mínimo que valga la pena. Nunca te dejes llevar por la pereza comprando un solo par de zapatos.
- 3) Algún zorro rabioso podría robarte tus zapatos actuales, de modo que es importantísimo que tengas un par de zapatos de reserva. Varios pares, en realidad.
- 4) Todo el mundo necesita una afición.
- 5) Has de complementar tu bolso nuevo. No puedes salir con los zapatos del año pasado. En serio, ¿es que quieren que seas el hazmerreír de todos?

Y SI ALGUNA VEZ NECESITAS UNA RAZÓN PARA COMPRARTE AÚN MÁS BOLSOS, AQUÍ TIENES MIS CINCO RAZONES PRINCIPALES

- 1) Has de complementar tus zapatos nuevos. No puedes salir con el bolso del año pasado. En serio, ¿es que quieren que seas el hazmerreír de todos?
- 2) ¿Dónde si no vas a llevar tus Maltesers?
- 3) Siempre es bueno tener una segunda afición...
- 4) El zorro rabioso podría atacar de nuevo y puede que esta vez no vaya tras tus zapatos...
- 5) Los bolsos bonitos son obras de arte. Y el arte es cultura, ¿o no?

EXISTEN MUCHOS SABORES DE HELADO, PERO HE AQUÍ LOS MEJORES

- 1) Triple chocolate con trocitos de chocolate y cobertura de chocolate, reventador de muslos especial. (Servido con chocolate líquido y sérum anticelulítico.)
- 2) Vainilla: el héroe olvidado.

- 3) Pan moreno: ¡extraño pero cierto!
- 4) Baileys: el que más extraño ahora que ya no bebo.
- 5) Fresa: debemos consumir cinco raciones de fruta o verdura al día, ¿existe una forma mejor?

ASÍ QUE HAS CONOCIDO EL CUERPO BRONCEADO DE TUS SUEÑOS. LA CUESTIÓN ES, ¿QUÉ PELÍCULA ELEGIR? LAS ÚNICAS APROPIADAS PARA ESTE TIPO DE SITUACIÓN SON:

- 1) *Vacaciones en Roma*: si no lo ves enjugarse una lágrima al final de la peli, deshazte de él.
- 2) *Arizona Baby*: si comenta «Caray, ¿de qué iba?», mándalo igualmente a paseo.
- 3) *Buscando a cinco combatientes todavía de servicio en la jungla tropical* o cualquiera de esas películas de guerra con actores tipo Bruce Willis untados de hollín fotogénico y luciendo un casco cubierto de hiedra: te aburrirás como una ostra, naturalmente, pero él pensará que eres la chica más molona que ha conocido en su vida por haber propuesto esa película.
- 4) *La boda del monzón*: saldréis del cine tan contentos que todo puede ocurrir.
- 5) Cualquier película porno del videoclub del barrio: ¡os reiréis un montón!

Y SI SOLO VAS AL CINE PARA ADMIRAR A LOS ACTORES...

- 1) Harrison Ford. Sé que últimamente está algo maduro, pero no importa... Todavía no me he recuperado de *Armas de mujer*, la escena en que se quita la camisa en la oficina y todas las chicas le silban... Ahhh...
- 2) Philip Seymour Hoffman. No lo entiendo. Es pecoso, un poco fornido y algo afeminado, pero qué gran actor.
- 3) Brendan Gleason. Ídem.
- 4) George Clooney. Nunca me gustó realmente hasta que vi *O Brother*. Entonces todo cambió. Tú tenías razón, yo estaba equivocada. Está para comérselo.
- 5) Lo mismo de Billy Bob Thornton. No entendía por qué las mujeres insistían en casarse con él hasta que lo vi en *El hombre que nunca estuvo allí*. Su actuación fue tan brillante que estuve a punto de querer casarme con él. (Suponiendo que él estuviera interesado, claro, y no tengo razones para creer que así fuera. Quizá sea por mi colosal dentadura.)

Escrito originalmente para la página web

de Penguin Books, 2002

¡Acción!

Los rodajes son lugares fascinantes. Te ofrecen la posibilidad (si tienes suerte) de pillar a actores famosos sin maquillar o de ver a una estrella escurrirse en la caravana de otra estrella para hacer manitas. También te ofrecen la oportunidad de sentirte parte de la creación de algo maravilloso, si eso te gusta. Pero lo que la gente no sabe es que lo mejor de los rodajes son los caterings.

La comida es un elemento primordial en el proceso cinematográfico, y el catering se prepara no solo para los actores, sino también para el enorme equipo de rodaje (cámaras, técnicos de sonido y demás). Largos e intensos días bajo focos asfixiantes, repitiendo la misma escena hasta que sale bien... Si no recibieran comida regularmente se desplomarían como damas victorianas ante un exhibicionista.

Resulta que yo poseo información de primera mano sobre este tema porque, cuando hicieron la película de mi novela *Claire se queda sola* y fui a ver el rodaje, me dieron a elegir entre —agarraos— tres deliciosas comidas calientes, y cuando, a la hora del postre, fui incapaz de escoger entre la tarta de plátano y el crujiente de manzana con crema, me dieron los dos. Y a media tarde, la gran merendola. En la vida habéis visto nada igual: hordas de técnicos y extras desesperados por un chute de azúcar abalanzándose sobre la mesa de catering, donde los camareros repartían pasteles y galletas como en un puesto de la Cruz Roja para víctimas del hambre.

El equipo de catering apenas tenía tiempo de arrancar el celofán de las cajas para satisfacer la demanda. ¡Y qué calidad! Madalenas rellenas de chocolate suizo, Battenburg, tartas de frutas y enormes latas de galletas de chocolate que normalmente solo se ven en Navidad. Ya sabéis, esas que contienen como mínimo dos galletas envueltas en aluminio dorado. (Una suele llevar crema de menta y la otra crema de naranja, lo cual encuentro algo decepcionante, pero bueno.)

Así pues, cuando me llegó la noticia de que uno de los directores más famosos de Francia (Christian Clavier) iba a rodar una película —francesa— basándose en otra de mis novelas (esta vez *Por los pelos*), en lo primero que pensé no fue en ganar la Palma de Oro de Cannes, sino en lo que me darían de comer cuando visitara el rodaje. Si un equipo de catering irlandés era capaz de producir un papeo tan delicioso, imagina lo que podían crear los franceses con su talento culinario. Foie gras hasta

reventar, fue la conclusión de toda la gente con la que hablé. Boeuf bourguignon, crème brûlée, tarta Tatin, crêpes, quesos capaces de despertar a un muerto... ¿Ilusionada? *Bien sûr!*

Finalmente la neblina gastronómica se dispersó y tomé conciencia del honor que representaba que hubieran elegido un libro mío para convertirlo en una película francesa. Como dijo un amigo intelectual, «Todo el mundo sabe que los franceses hacen las mejores películas del mundo».

Y, aunque estoy de acuerdo, para mi vergüenza soy una ignorante del cine francés. Eso se debe a que:

- a) No soy francesa.
- b) Esto... mmm... no se me ocurre otra excusa.

Pero he visto el suficiente para haber llegado a la conclusión de que la mayoría trata de chicas guapas y melancólicas llamadas Solange que se pasean descaradamente en cueros con un montón de carmín rojo en los labios, siempre dispuestas a practicar el sexo (costaba creer que Francia fuera un país católico; ¿cómo conseguían escapar del sentimiento de culpa?), mientras hombres llamados Serge vestidos con jersey negro de cuello alto, pantalones ceñidos y patillas imposibles se pasean por el cuarto fumando un pitillo detrás de otro. Las películas parecen siempre rodadas con una luz azulada del todo deprimente y el diálogo es escaso pero cargado de significado. «*L'amour est mort.*» «*La vie, la mort, quelle différence?*» *Eh, oui, exactement...*

Entonces me pregunté por qué habían elegido *Por los pelos*. Para empezar, es una comedia y yo no conocía muchas películas francesas de humor. Sé que esas películas de *Monsieur Hulot* están clasificadas como comedias, pero tienen tanta gracia como la mordedura de un perro rabioso. Un momento, me dijeron todos, ¿y *Amélie*? Era divertida. (Lo era.) Y *Delicatessen*, esa también lo era. (Lo era.) Y, como bien dijo Él Mismo, puede que los franceses hicieran un montón de películas ligeras que nosotros nunca veíamos. ¿Cuánto sabemos de lo que hacen en la intimidad de su país?

Y reflexionando, reflexionando, caí en la cuenta de que en *Por los pelos* hay bastante sexo. Y uno de los personajes, Tara, fuma como una carretera y siempre está buscando una barra de labios de efecto prolongado. Y, aunque es una comedia, es una comedia sobre un joven que contrae cáncer. Una gran oportunidad para reflexionar sobre *la vie et la mort*. Sí, estaba empezando a comprender por qué la habían elegido.

Así que Él Mismo y yo misma nos largamos a Francia (cualquier excusa vale) y aterrizamos en un enorme estudio cinematográfico situado en las afueras de París.

Nos habían dicho que podíamos presentarnos a cualquier hora del día, pero como no queríamos autoinvitarnos a comer, calculamos que las cuatro de la tarde sería una buena hora para llegar. Es la hora en que los trabajadores del mundo se unen dejando a un lado sus herramientas para tomar un Kit-Kat y una lata de Lilt (o el equivalente local).

Sin embargo, cuando arribamos, el rodaje seguía en marcha, de modo que nos abrimos paso entre cables, monitores y multitudes hasta el plató, donde estuve a punto de caerme de espaldas. La actriz que hacía de Katherine era exacta a como yo la había imaginado cuando la creé: dotada de una belleza pura, cándida. Fue una sensación escalofriante. Por un momento sentí como si la hubiera invocado, como si fuera real únicamente porque yo la había imaginado. Y la actriz que hacía de Tara era «mi» Tara, encarnaba al dedillo su espíritu. En cuanto al hombre que interpretaba a Lorcan Larkin, el actor ególatra, le habían puesto el nombre de Leo (no hay muchos Lorcan en Francia, supongo) y el largo cabello pelirrojo había sido sustituido por un pelo corto y moreno. Sin embargo, cuando se paseaba arrogantemente con su abrigo largo de cuero y sus botas de vaquero, conseguía ser sexy y repulsivo al mismo tiempo, como yo siempre lo había imaginado.

Me encontraba en la sombra, observando la escena, cuando me llevé otro impacto. ¡Yo conocía ese diálogo! Estaba exactamente como lo había escrito (pero en francés). Quizá os parezca una tontería, pero lo cierto es que muchas veces lo único que una adaptación cinematográfica tiene en común con el libro original es el título.

La directora había captado al dedillo el espíritu de mi novela. Hasta los personajes más secundarios eran perfectos. Me emocioné y, para mi vergüenza, rompí a llorar. Afortunadamente, no en plan terremoto de hombros —no hice del todo el ridículo—, sino en plan ojos vidriosos y discretos sorbetones. De todos modos, un palo.

Entonces la directora gritó «*Coupe!*» (en serio, lo hizo, fue fabuloso, muy francés) y comenzaron los apretones de manos. Tras presentarnos hasta la saciedad, finalmente llegó el momento largamente esperado: el anuncio de un «refrigerio». Él Mismo y yo misma intercambiamos un parpadeo. Tranquilos. Nada de babear. Y nada de correr. Actuemos con indiferencia. Pero para nuestra fenomenal sorpresa, solo nos ofrecieron golosinas. Golosinas francesas, lo que significaba, naturalmente, que eran superiores a cualquier otra golosina, pero nada que ver con el bufé ahumado con el que habíamos soñado.

Poco después, ya en el taxi, Él Mismo dijo:

—Hay algo que no entiendo.

—¿Lo de la comida? —pregunté—. Lo sé.

—No. No entiendo por qué ninguna de las chicas se quitó la ropa. —Siguió meditando—. ¿Y sabes otra cosa? ¡No había nadie fumando!

Era cierto, y de repente se apoderó de mí una terrible sospecha. Ni comida rica, ni desnudos, ni Gauloises. ¿Se trataba todo junto de una enorme broma para un programa de televisión?

Tras varios segundos de silencio, Él Mismo dijo, como un náufrago agarrándose a un flotador:

—Aunque el carmín de Tara era muy rojo.

Sí, convine, el carmín de Tara era muy rojo. Increíblemente rojo. Probablemente el más rojo que había visto en mi vida.

Y, dicho eso, nos animamos y empezamos a hablar de lo que íbamos a cenar.

*Publicado originalmente en Cara,
febrero de 2004*

Lo auténtico



¿Sabías que un cutre canal por cable emite programas donde una pandilla de farsantes sube a un escenario y «transmite» mensajes de los muertos a los pobres crédulos del público? Los farsantes se pasan un buen rato con la mano alrededor de la oreja, «escuchando» las voces del más allá, y llaman a todo el mundo «mi amor», sobre todo cuando hacen llorar a la gente. (Ejemplo: «Él te perdona, mi amor, así que debes perdonarte».)

Bueno, vale, reconozco que me tienen algo fascinada. Una parte de mí mira el programa con una mueca de desprecio mientras la otra está pensando: ¿y si es verdad?

Entonces un día, en un respetado periódico, leí una crítica sobre un programa en directo que había ofrecido uno de esos farsantes, una mujer a la que llamaremos Ángela. Según la crítica, Ángela era auténtica. También decía que hacía lecturas individuales, y de repente me entusiasmé.

En nombre de la investigación, claro. Yo estaba pensando en escribir una historia sobre una mujer que no puede dejar de buscar respuestas y acude a toda clase de farsantes. Pero, casualmente, yo misma estaba pasando por un bache, de modo que se despertó en mí el interés por los mensajes de ultratumba que Ángela pudiera tener para mí.

Me costó mucho conseguir entrar en contacto con Ángela, probablemente debido al artículo publicado en el periódico. Le envié un correo electrónico que tardó meses en contestar. Cuando finalmente se puso en contacto conmigo, me ofreció una lectura de media hora por teléfono en un plazo de dos meses. Primero, no obstante, debía enviarle un talón de veinticinco euros, lo cual, reconozcámoslo, no era ningún robo.

Así que envié el talón, me puse a contar los días y traté de mantener las ilusiones a

raya.

A lo largo de los años había visitado a varios tarotistas, como vosotras. (O puede que vosotras no.)

Acostumbraba ir cuando tenía problemas con algún hombre (la mayor parte del tiempo). Y luego estaban esas reuniones en que comprabas un montón de Chardonnay y una tarotista iba a tu casa, hacía nueve o diez lecturas y todas os emborrachabais y os partíais de risa.

Pero yo acababa de pasar por una mala racha. Había visitado unas cuantas tarotistas (de nuevo en nombre de la investigación, con mi interés personal añadido) y habían sido atroces. Una vocecita en mi interior me insinuaba que quizá siempre lo habían sido. Quizá anhelaba tanto creer, que mi deseo había compensado sus sandeces. Y, efectivamente, recuerdo que unos años atrás hubo una que se equivocó tanto conmigo que cuando me dijo «Acabas de sufrir la pérdida de un ser querido», me descubrí asintiendo con la cabeza (pese a no ser cierto) para no ponerla en evidencia.

No hace mucho, cuando le pregunté a una tarotista por el trabajo, me contestó: «No te preocupes por el trabajo, cariño. Deja que tu marido se encargue de eso. Tú apóyalo y puede que en un par de años consigas un empleo de media jornada».

También me prometieron dos hijos que nunca llegaron. Me dijeron que me mudaría de casa y no lo hice. Y que un hombre moreno llegaría con una buena noticia y luego pediría dinero, y todavía lo estoy esperando. Las decepciones se iban apilando y estaban a punto de desmoronarse por el peso del escepticismo. Por eso deseaba con todas mis fuerzas que esa Ángela fuera una tarotista competente.

Sin embargo, cuando la llamé en la fecha convenida, me dijo:

—¿Quién eres? ¿Maureen de Dublín? Oye, hoy no puedo hablar contigo, tengo a los albañiles en casa. Adiós.

Se disponía a colgar cuando grité:

—¡Espera! ¿Cuándo podremos hablar?

—Oh, no sé —repuso con impaciencia—. Llámame el sábado a las cinco. —Y la línea se cortó.

De modo que el sábado a las cinco le telefoneé, y antes de que saltara el contestador ya supe que no estaría en casa. Dejé un mensaje, le envié otro correo electrónico y, como no obtuve respuesta, decidí olvidar el asunto. Mis familiares y amigos se pusieron furibundos por los veinticinco euros que me había timado, pero yo me dije que quizá eso me enseñaría a no ser tan estúpida en el futuro.

Pasó el tiempo y de repente un día —puede que siete meses después del primer contacto— Ángela me envió un correo ofreciéndome media hora de lectura telefónica entre las siete y las siete y media de un martes de ahí en seis semanas.

Como es lógico, no las tenía todas conmigo; pero, cuando llamé en la fecha acordada, Ángela respondió al teléfono y esta vez parecía dispuesta a hablarme.

—¿Dónde vives, Maureen?

—Marian...

—¿En Dublín? Porque tengo previsto ir a Dublín para hacer diez actuaciones. Díselo a todos tus conocidos. Las haré en xxxxx. —(No revelaré el nombre del lugar para proteger la identidad de Ángela, aunque no sé por qué me molesto)—. ¿Lo conoces?

Respondí que sí, que conocía la sala en cuestión.

—¿Dónde queda exactamente? —preguntó.

Le dije el nombre de la calle y ella me contestó con impaciencia que conocía el nombre de la calle pero que dónde quedaba exactamente. Utilizando el departamento de bolsos de Brown Thomas como punto de referencia, me esforcé por explicárselo hasta que me interrumpió.

—¿Está cerca de la estación de Heuston?

Le dije que estaba bastante cerca.

¿Como para ir caminando?

No, reconocí.

¿Cuánto tardaría en llegar en taxi?

Contesté que eso dependería del tráfico.

¿Y cuánto le costaría el taxi?

No mucho, dije, algo nerviosa. ¿Podíamos poner fin al interrogatorio?

No, no podíamos. Ángela quería saber a qué hora salía de la estación de Heuston el último tren a Portlaoise. ¿Podría tomar el tren cada noche después de la actuación o tendría que quedarse en un Bed & Breakfast? Y, de ser así, ¿cuánto le costaría un Bed & Breakfast en Dublín?

No supe qué contestar. ¿Cómo iba a saberlo? ¿Cuántas veces tengo un motivo para alojarme en un Bed & Breakfast en la ciudad donde resido? Le aconsejé que llamara a la oficina de turismo.

Ya eran las siete y ocho minutos y todavía no había empezado mi lectura. En un esfuerzo desesperado por devolver las cosas a su curso, pregunté:

—¿Cómo funciona? ¿Alguien va a comunicarse conmigo?

Ángela suspiró, como si yo fuera una egoísta.

—Ah, sí, la lectura. Veamos quién tenemos para ti. —Una pausa. Otro suspiro—.

Tengo a tu abuela.

¡Qué sorpresa! Así cualquiera.

—¿Cuál de las dos?

—Dice que se llama Mary. ¿Significa algo para ti el nombre de Mary?

—Mi madre se llama Mary.

—¡Un momento! No es tu abuela, es tu madre. Lo siento, a veces son algo imprecisos.

—Mi madre no está muerta. —Está en casa, en Monkstown, viendo *Emmerdale* y comiendo M&Ms de cacahuete.

—En cualquier caso, no es Mary. —Como si yo hubiera intentado engañarla—. Me llega el nombre de Margaret. Maggie. ¿Significa algo?

No. No.

—¿Bridget? ¿Bridie?

No. No.

—¿Catherine? ¿Kate? ¿Katie?

No. No. Sí. A la madre de mi madre la llamaban Katie. Ángela había acertado al octavo intento. Así y todo, ¿cuán difícil puede ser adivinar el nombre de una abuela irlandesa? Mis abuelas pertenecían a una época en que los nombres de mujer estaban racionados; solo había cuatro o cinco posibilidades.

—Katie te envía un saludo.

—Lo mismo digo.

Una pausa.

—Me dice que tienes problemas con tu relación.

No los tenía. Y, en lugar de evitar ponerla en evidencia, le contesté que no.

—¿No tienes problemas con tu relación? Qué chica tan afortunada. En fin, probablemente los tendrás, no siempre aciertan con el tiempo. Katie me dice que estás pensando en mudarte de casa.

No lo estaba pensando. Y se lo dije.

—Lo siento, la entendí mal. Katie dice que estás pensando en cambiar de trabajo.

No.

—Estás preocupada por un familiar. Tiene problemas de salud.

No.

—Tú tienes problemas de salud.

No. Exceptuando la infección de oído que contraigo cada jueves.

—Entonces, ¿cuál es tu problema? —Si bien el tono de su voz decía: «Entonces, ¿cuál es tu puto problema?».

¿Cuál era mi puto problema? Miedo a no ser capaz de escribir mi próximo libro, miedo a que la gente deteste mi libro actual, miedo a hablar en público, miedo a los periodistas, miedo a ofender, miedo a decir no, miedo a mirarme al espejo, miedo a que todas las sandalias del 36 se agoten antes de que llegue a la zapatería. Ya sabes, lo de siempre. ¿Cómo condensarlo?

—A veces me siento agobiada.

Oído esto, Ángela respiró hondo y aulló:

—¡Te sientes agobiada! Tendrías que verme a mí. No voy a tener un solo día libre durante el próximo mes y medio. Tengo la agenda hasta los topes de lecturas y no paran de llamarme de la tele para que actúe, están haciendo un documental sobre mí, ¿te lo dije?, un equipo de rodaje me seguirá durante una semana, luego tengo las actuaciones en Dublín, lo que hará que salga mucho por la tele y tendré que hablar con periodistas e ir a la radio. Yo sí sé lo que significa estar agobiada.

Lo decía toda orgullosa. Le encantaba. El hecho de ser una médium solicitada se le había subido a la cabeza.

—Hazte masajes, respira hondo y piensa en mí de vez en cuando, muchacha —fue su consejo.

Eran las siete y veinticuatro.

—Nadie más quiere ponerse en contacto contigo. Eso es todo por hoy. ¡Y no te olvides de decirle a todo el mundo que vaya a verme al teatro!

Dos meses después vino a Dublín para hacer sus actuaciones en directo y obtuvo mucha publicidad. La vi en la tele. Tras hacer una lectura a un presentador de un programa diurno, el hombre miró fijamente a la cámara y declaró con solemnidad, «Esta mujer es increíble. En un mundo lleno de farsantes, puedo prometerles que ella es auténtica».

Inédito

EN LA CARRETERA



¡Un pasaporte, por favor!

Hace muchos años estaba viviendo en Londres y a punto de viajar por primera vez a Nueva York. Mi hermana se había mudado allí hacía unos meses y yo tenía previsto pasar la Navidad con ella. Tres noches antes de mi partida empecé a hacer la maleta y cuando busqué mi pasaporte en el cajón de las «cosas oficiales», ¡no estaba! Pero no podía ser. Llevaba en ese cajón desde la última vez que lo había necesitado, o sea el verano anterior, para ir a Grecia. Rebusqué entre facturas y demás papeles, segura de que aparecería, y como no aparecía saqué todas las cosas y las revisé una por una. Nada. Tenía la boca seca, el corazón acelerado, pero me dije que el pasaporte estaba en el cajón, que simplemente no podía verlo. ¿No me había dicho siempre mi madre que era un desastre buscando cosas?

Pero, a menos que se hubiera vuelto invisible, sencillamente no estaba, y con manos sudorosas procedí a desmontar mi habitación. Revisé todos los bolsillos de todas las prendas, rebusqué en mochilas y bolsos viejos, arranqué los libros de las estanterías y aunque tropecé con un puñado de dracmas arenosos y media bolsa, inexplicablemente abandonada, de Maltersers (todavía comibles, bastante buenos, por cierto), el pasaporte no apareció. Entonces lancé una ofensiva contra el resto del piso, hasta que, ya entrada la noche, tuve que aceptar lo inaceptable: mi pasaporte no estaba. Para entonces el pánico me tenía al borde de las lágrimas; aunque mi billete a Nueva York había supuesto un daño considerable para mi precaria economía, no era cambiable ni reembolsable. Si no conseguía un pasaporte en los próximos dos días, lo perdería.

Telefoneé a mi madre a Irlanda. Ella no podía hacer nada, pero, como la mocosa egoísta que soy, necesitaba compartir mi problema, y al menos me prometió que rezaría a san Antonio. Para quienes no estén familiarizados con las supersticiones del catolicismo, el caso es que cuando pierdes algo has de rezar a san Antonio y si aparece echas dinero en el cepillo. En circunstancias normales yo me reía de esa práctica, pero en este momento estaba tan desesperada que hasta consideré la posibilidad de hacerlo yo.

Me acosté en mi arrasado dormitorio, pero apenas podía pegar ojo, así que volví a levantarme a las cinco de la madrugada para seguir dando vueltas como una poseída

por el silencioso piso, buscando detrás de cajas de cereales y dentro de fundas de vídeo, y para cuando llegué al trabajo parecía una maníaca ojerosa con el gusto del pánico en la boca.

Le solté la terrible historia a Charlotte, mi jefa, que me aconsejó serenamente que solicitara un pasaporte nuevo.

—¡Tardan semanas en hacerte un pasaporte y yo me voy dentro de dos días! — Tenía que hacer grandes esfuerzos para no chillar.

—Llama a la embajada irlandesa, diles que es una emergencia y que un mensajero te traiga el impreso de solicitud.

En menos de una hora el impreso llegaba a mi mesa y Charlotte me ayudó a leer los requisitos porque yo estaba tan histérica que las letras me bailaban. Primero necesitaba una foto, así que me peinó, me envió al fotomatón más cercano y me recordó que sonriera. (La foto sigue en mi pasaporte; mi cara tiene un tono verde pistacho.)

Luego necesitaba a un profesional que avalara mi foto, y la directora de mi banco me pareció la mejor opción. No obstante, pese a la animada, casi diaria correspondencia que recibía de ella, pese a la forma atrevida con que se dirigía a mí y la intimidad de sus consejos, eligió no conocerme.

De modo que Charlotte agarró el teléfono y lo intentó con un magistrado que conocía, pero estaba de vacaciones. Impertérrita, localizó a un abogado que le debía un favor y que aceptó incumplir las normas y hacer ver que me conocía. Hice una escapada a su despacho y regresé a la oficina, donde Charlotte me comunicó que podía hacer mi trabajo más tarde y me empujó hacia la puerta gritando «¡Va, va, va!», como si yo fuera una paracaidista de las SAS a punto de lanzarme sobre territorio enemigo.

Resoplando, eché a correr por las calles de Belgravia, contando los números de las mansiones rococó en busca de la embajada irlandesa. La encontré y subí los escalones hasta la elegante puerta para, seguidamente, descender con las orejas gachas: la oficina de pasaportes estaba en un lateral del edificio, en el sótano. Bajé por la desvencijada escalera de caracol, abrí rápidamente la puerta y de repente ya no estaba en la elegante Belgravia, sino en una subestafeta de correos de Athlone. Era una oficina diminuta, con cuatro filas de sillas de plástico encogidas bajo una luz fluorescente despiadada y un mostrador con tres ventanillas. Tomé un número: el 792. ¿Cuánto faltaba para mi turno? Busqué con la mirada la pantallita y allí, en infernales números rojos, aparecía el siguiente turno. El 23. El corazón casi se me

salió del pecho. ¡Nunca conseguiría salir de aquí! Sin embargo, no había nadie, ni en la zona de espera ni detrás del mostrador...

Entonces, de un cuartucho recóndito salió un joven regordete que caminó hasta una ventanilla, me miró y dijo:

—¡Siguiente!

Contemplé mi número con desconcierto.

—Pero... —Agité el papelito.

—Oh, no hacemos caso de eso.

Genial. Me acerqué y le solté el drama de mi pasaporte desaparecido, el billete barato, no reembolsable, no cambiabile y la hermana que pasaría en soledad su primera Navidad en Nueva York, mientras él escuchaba apoyado cómodamente sobre un codo, asintiendo comprensivamente.

—Entiendo, entiendo. ¿Tiene sofá?

Perpleja, cerré el pico de golpe. ¿De qué estaba hablando? ¿Acaso quería venderme un mueble?

—No se imagina la de cosas que se pierden debajo de los cojines de los sofás.

—Ya he buscado allí.

—Pero ¿buscó de verdad? —insistió—. ¿Metió la mano? —Onduló su mano delante de mi cara—. ¿Así?

Sí, dije, lo hice. Y farfulló para sí «Buscó en el sofá» y pareció marcar algo en una hoja de papel, pero estaba alejada del cristal y no pude verlo.

—Bien. ¿Tiene cajones?

—¿Cómo dice?

—Cajones de escritorio —especificó—. Algunos disponen de un mecanismo de muelles y le sorprendería saber la de cosas que quedan atrapadas en ellos. Tiene que darles una buena sacudida.

Le aseguré que ya lo había hecho, a pesar de que ninguno de los cajones de mi cómoda de melamina tenía ese mecanismo, pero el pánico había vuelto a apoderarse de mí y amenazaba con asfixiarme.

—Sacudió cajones de escritorio —dijo para sí el hombre, y pareció anotar otra marca en la hoja.

»Y, por último, ¿ha rezado a san Antonio? —(Juro por Dios que no me lo estoy inventando.)

Le confesé que yo personalmente no lo había hecho y él me miró como si se

dispusiera a decirme que regresara cuando le hubiera dedicado una buena oración, pero entonces saqué mi as de la manga. ¡Mi madre estaba rezando día y noche!

—¿Es eso cierto? —Me estudió con detenimiento.

—Día y noche —resoplé—. Lo juro.

—Bien —suspiró el hombre—. Si se ha rezado a san Antonio y el pasaporte no aparece, significa que no aparecerá. —Un gesto del brazo que pudo ser la marca final a la lista—. Será mejor que le hagamos un pasaporte nuevo.

Por debajo del cristal de la ventanilla deslicé mi fajo de documentos: el impreso de solicitud, las fotos, la partida de nacimiento (de la que, curiosamente, tenía una copia en la oficina) y fotocopias de mis billetes de avión, que Charlotte me había aconsejado que llevara por si tenía que convencerlos de la urgencia de mi caso. El hombre tomó la foto.

—No ha salido muy favorecida que digamos —señaló—. Aunque suele ocurrir. Bien, todo está en orden. Ya solo le queda pagar.

—Tome, tome. —Le pasé treinta libras (que Charlotte me había dejado porque tenía todo mi dinero en cheques de viaje, a la espera de ser endosados en el Zara de la 59 con Lexington).

—Tiene que pagar en Caja. Es la siguiente ventanilla.

Me pasó el fardo de papeles por debajo del cristal y me desplazé un metro hacia la izquierda, hasta la siguiente ventanilla, la que decía Caja. Simultáneamente, él se desplazó un metro hacia la derecha. Nos miramos durante un instante a través del nuevo cristal y él dijo (y yo juraría que bromeaba, espero que bromeara):

—¿En qué puedo ayudarla?

Una vez más, le pasé los documentos por debajo del cristal y esta vez aceptó el dinero.

—Vuelva mañana —dijo— y le entregaremos su nuevo pasaporte.

Al día siguiente Charlotte me dio nuevamente permiso para ir a la embajada irlandesa. Cuando me entregaron el pasaporte nuevo no podía soltarlo —lo abría una y otra vez y leía mi nombre, solo para asegurarme de que era mío— y al día siguiente estaba en un avión con destino a Nueva York.

Inédito

Más barato que los medicamentos

Conozco a un hombre que niega que el *jet lag* exista. Se atraviesa medio mundo en avión con regularidad, baja del aparato tras veintisiete horas de vuelo, se va directo a la oficina de Auckland, deteniéndose únicamente para cepillarse los dientes, y se pone de inmediato a ladrar órdenes y despedir a gente. (O cualquiera que sea el trabajo de supermacho intransigente que haga.) Me dan ganas de demandarlo. Por lo que a mí respecta, negar que el *jet lag* existe es como negar que la tierra es redonda. El *jet lag* me afecta tanto que lo sufro incluso cuando no he volado: padezco sus efectos cada vez que retrasan la hora.

(Porque soy esclava del sueño. Estoy fantástica si duermo mis dieciséis horas habituales, pero si algo interfiere en ese proceso no doy pie con bola. Soy una mártir de mis ritmos circadianos.)

Lógicamente, he investigado todos los «remedios» contra el *jet lag*: no consumir cerveza en el avión, beber mucha agua, comer con moderación, hacer un poco de ejercicio, amoldarse de inmediato el horario local y, lo más importante, dar un paseo a la luz del día en cuanto se llega a su remoto destino.

Disparates, naturalmente. Tan eficaces como darle una escayola de la Barbie a alguien que se ha fracturado un fémur. He de reconocer que no me gustan las soluciones «naturales» contra las afecciones. A mí me gusta la química. Probablemente soy la única persona del mundo occidental que no tiene homeópata y que todavía confía en los antibióticos. Me encantaría que alguien inventara un medicamento contra el *jet lag*, y me traerían sin cuidado sus efectos secundarios; es más, los aceptaría gustosamente. ¿Sequedad bucal? ¿Temblores? ¿Visión borrosa? Mejor que caer como un tronco encima de mi plato a las seis de la tarde.

Por desgracia, para algunos males no existe más cura que el tiempo. Como sucede con una resaca o un corazón roto, has de esperar que el *jet lag* se te pase y llevarlo entretanto lo mejor posible.

De todos los «remedios» conocidos, creo que intentar adaptarse al horario local lo antes posible es, probablemente, el mejor, pero hacerlo resulta sumamente desagradable. Caminar con pies que ya no noto, moverme por un aire que parece salpicado de pequeños renacuajos plateados, sentir que la acera se me echa encima:

todo adquiere una cualidad alucinógena. (Aunque, si eso te gusta, te ahorrarás una fortuna en drogas.)

En Australia tuve la peor experiencia a ese respecto. A fin de intentar recuperarnos de un vuelo de veinticuatro horas y una diferencia horaria de once, Él Mismo y yo misma decidimos «hacer la prueba» y «pasear a la luz del día» en cuanto llegáramos.

Estaba atardeciendo y, botella de agua en mano («beber mucha agua»), iniciamos nuestro andar tambaleante por un campo tan verde que poco a poco comprendimos que se trataba de un campo de golf. Avanzábamos chocando el uno con el otro y soltando gruñidos de disculpa, como si estuviéramos borrachos, cuando de repente vi algo que me frenó en seco, como si hubiera chocado con un muro invisible. A través de la creciente penumbra había vislumbrado, a unos seis metros de distancia, a dos canguros que se estaban zurrando. Sostenidos sobre sus respectivas colas, se propinaban golpes tan fuertes que podía sentir los impactos, y patadas tan potentes y rápidas que parecía que estuvieran practicando kung fu.

Fue entonces cuando se apoderó de mí el pánico.

—Por favor —agarré a Él Mismo del brazo—, por favor, dime que tú también los ves. —(Dijo «¿A quiénes?»), pero solo estaba fastidiando, gracias a Dios.)

Así y todo, el *jet lag* no solo tiene cosas malas. Es un estupendo pretexto para salir y pillar una gran curda basándose en el principio de que, si se sufre una resaca de mil demonios, no se notará el *jet lag*. O, si se tenía previsto un ataque de nervios, ahora es el momento. Como de todos modos uno iba a sentirse confuso y asustado, por qué no duplicar la sensación. Y mi favorito: el *jet lag* ofrece la excusa perfecta para comer Toblerones a las dos de la mañana sin sentirse culpable. Imagínatelo: fuera es noche cerrada, un sueño profundo cubre la extraña ciudad en la que te encuentras y de repente, como si acabaran de enchufarte a la red eléctrica, te desvelas. Estás superdesvelada, en tu vida habías estado tan despierta. Tienes tanta energía que podrías ir a *¿Quién quiere ser millonario?* y ganar en quince minutos. Y tienes hambre. Un hambre atroz. Tu pobre barriga sigue en el viejo horario y se perdió el desayuno y no le hace ninguna gracia que quieran privarla también del almuerzo. Pero, en las profundas entrañas del silencioso hotel, los muchachos del servicio de habitaciones han cerrado el chiringuito y se han ido a casa y falta mucho, mucho para que amanezca.

¿Qué otra opción tienes salvo inundar la oscura habitación con la luz del minibar y seleccionar una bolsa supercara, supergrande, de M&Ms y trepar de nuevo a la cama para comértelos hasta conciliar el sueño?

¿Lo ves? No todo es malo.

*Una versión de este artículo se publicó
por primera vez en Abroad, en julio de 2004*

Apílate y vuela

—Es mejor viajar que llegar.

Quienquiera que dijo eso debería ir al psicólogo. De ninguna manera es mejor viajar. Viajar es HORRIBLE y llegar es MARAVILLOSO.

El único caso en que viajar no resulta enteramente insoportable es cuando lo haces en el Orient Express y tu ración de champaña diaria podría derribar a un elefante. O cuando viajas a bordo de un crucero del tamaño de un pequeño país y vas de un puerto a otro sin notarlo, como tampoco notas que la tierra gira a cinco millones de kilómetros por día (o los que sean).

Examinemos la horrible experiencia que supone VIAJAR, ¿de acuerdo? Me abstendré de mencionar la lucha con el denso tráfico hasta el aeropuerto, la competencia para estacionar y la excursión desde la zona de estacionamiento prolongado hasta la terminal de salidas. (Solo diré que he oído a numerosos viajeros conversar sobre la viabilidad de pagar a gente sin techo para que duerma en una plaza de la zona de estacionamiento por horas para, de ese modo, poder disponer de ella cada vez que la necesiten.)

En fin... Al llegar a la terminal de salidas, pero habiendo perdido ya el deseo de vivir, consulto los monitores para averiguar dónde debo facturar. No necesitaba, sin embargo, cargarme los músculos del cuello alzando la vista. Solo tengo que mirar hacia delante, hacia la avasalladora y bulliciosa masa humana que se agolpa en el vestíbulo. Aunque parece un motín en una estación de distribución de alimentos de la Cruz Roja, en realidad es una cola. Una cola llena de niños berreones con infecciones de oído, adolescentes sobreexcitados que juegan a romperse las extremidades y hombres de melena grasienta que pretenden facturar lanzamisiles y cobertizos.

¡Pase por la derecha, señorita Keyes!

Arrastro los pies durante muchas, muchas horas, con demasiada lentitud para que resulte visible a primera vista, y como —por razones ajenas a mí— soy de los últimos pasajeros en facturar, todos los asientos buenos ya están ocupados. Habitualmente, me informan que la parte derecha de mi cuerpo no puede sentarse junto a la parte izquierda, de modo que una mitad mía está en el 11B y la otra en el 23E.

Luego avanzo hasta los controles de seguridad para ser manoseada y depositar el

contenido de mi cerebro en una mesa. (Vale, los controles de seguridad son del todo deseables, solo que estoy dolida porque no hace mucho me confiscaron mis mejores pinzas de depilar al registrarme el bolso. Y eran muy caras, algo de lo que la gente no parece ser consciente. Se creen que no cuestan más que un par de euros, pero las mías costaron dieciocho libras. Esterlinas.)

El registro termina al fin y, una vez que he devuelto mis órganos a su lugar aproximado, me dirijo a la puerta de embarque, ¡justo a tiempo para el retraso!

El caso es que doy por sentados los retrasos, de hecho ni siquiera me molestan (salvo cuando pierdo mi vuelo de enlace a Mauricio). He aprendido a aceptarlos con estoicismo zen. ¿Para qué amargarse? Sería tan inútil como amargarse porque el sol sale cada mañana. Los retrasos *son*.

Lo que me molesta son los embustes con respecto a los retrasos, la gran conspiración en la que participan todos los empleados del aeropuerto, la ficción «Retraso, ¿qué retraso?». A veces intento engañar al empleado de facturación preguntando toda cándida: «¿Cuánto retraso lleva?». Y justo cuando el empleado se dispone a bostezar y contestar «Oh, lo de siempre, como una hora y diez», de repente me lanza una mirada furtiva, asustada, y suelta: «¿Retraso? ¿Qué retraso?».

Nos tratan como a niños en un largo viaje en coche que preguntan a su madre: «¿Falta mucho?». Y la madre, en lugar de responder «Tres horas enteritas, así que ya te estás acostumbrando», engatusa a su hijo diciendo: «Ya casi estamos, cariño, ya casi estamos».

Yo, sin embargo, prefiero saber la verdad, por muy desagradable que sea, porque así puedo meterme en las tiendas y probar barras de labios en el dorso de la mano en lugar de esperar sentada en la sala de embarque, viendo a los hombres de melena grasienta sacando brillo a sus lanzamisiles.

Pero las veces que he suplicado «Solo dígame la verdad», la respuesta ha sido: «¿La verdad?». Risa demente de película de serie B. «No podría soportarla.»

Pero nada dura eternamente y por fin embarcamos. La mayoría de los aviones tienen un olor extraño porque las compañías aéreas han «reducido» (eufemismo para «despedido») su personal de limpieza, pero ¿quién se queja? Dios Todopoderoso, ¿cuándo un mal olor ha matado a alguien? Podemos rociar perfume en nuestros pañuelos y mantenerlos pegados a la cara. Si funcionaba en tiempos isabelinos, ¿por qué no ahora?

En fin, que ocupo mi asiento y espero con calma a la persona de ciento veinte kilos con problemas de higiene personal que invariablemente se me sentará al lado. Pero de

Pascuas a Ramos ocurre lo impensable y el asiento contiguo permanece vacío. Los pasajeros siguen entrando pero nadie se sienta a mi lado. Casi no me atrevo a hacerme ilusiones. ¿Qué probabilidades tengo? No, no me permitiré pensarlo, ni siquiera consideraré esa posibilidad. Pero entonces las azafatas empiezan a hacer esos ruidos de comprobación y verificación y ya no puedo contener más mis ilusiones, que se liberan y desmadran. ¿Es posible que...? ¿Realmente me han concedido el lujo del espacio y la intimidad y un aire semiaceptable en este vuelo? ¡Gracias, Señor, gracias!

Y entonces lo oigo: el vago retumbo, cada vez más próximo y audible. No, Dios, por lo que más quieras, no. Ahora ya puedo hasta sentirlo, el avión tiembla ligeramente con cada pisada, con el sonido inconfundible de una persona apestosa de ciento veinte kilos avanzando por la pasarela metálica. Con el alma ya en los pies, escucho el gemido del metal cuando el hombre sube al avión y se dirige hacia mí, combando y haciendo crujir el suelo a cada paso. Tras invertir diez minutos en meter, a fuerza de golpes, su lanzamisiles en el compartimiento, se abre paso hasta su asiento, me obsequia con una sonrisa desdentada y desenvuelve su kebab.

Ojalá eso fuera cuanto tengo que soportar, pero como las compañías aéreas también han reducido (o sea, despedido) su personal de mantenimiento, generalmente me paso el vuelo con mi bandeja estrellándose contra mis rodillas cada vez que la persona del asiento de delante respira.

Finalmente llegamos a nuestro destino y, tras haber burlado la maldición de Ícaro y evitado que las alas se desprendieran al realizar los consabidos treinta círculos sobre la ciudad, nos permiten aterrizar. Únicamente para descubrir —¿por qué, por qué, por qué?— que tenemos que esperar en la pista como una pandilla de idiotas porque no encuentran una escalera para nosotros. Es el momento en que empiezo a hablar sola, fingiendo ser controladora de tráfico aéreo. «¿Un avión, dice? ¿Que acaba de aterrizar? ¿Aquí? ¿Y que quieren bajarse? ¿Una escalera, eh? ¿Y un autobús? ¿Se piensan que tenemos una varita mágica? Oiga, esta vez haremos lo posible por complacerlos, pero no olviden que esto es un aeropuerto y no estamos equipados para estas cosas.»

En dos rápidas horas acabo con el control de pasaportes, la cinta transportadora, el desatendido mostrador de reclamación de equipajes y la cola de taxis «dirigida» por un demente prepotente que percibe las leyes del universo de una forma totalmente diferente de la nuestra. Luego, tras una pequeña inmersión en el denso tráfico, ¡LLEGO!

Entre, dicen, siéntese, no, tumbese, en una cama de plumas sedosas, y tómese algo. ¿Macedonia tropical? ¿Kit-Kat Chunky? ¿Televisor de pantalla plana? ¿Velas Jo Malone? ¿Friega en los pies? ¿Un poquito de reiki? ¿Sexo con George Clooney? Sus deseos son órdenes.

¿Lo veis?, VIAJAR = horrible y LLEGAR = agradable.

Supongo que estamos todos de acuerdo. Por lo visto, algo así como el ciento doce por ciento de los viajeros regulares asegura que algo que mejoraría sobremanera su calidad de vida sería un «teletransportador» para poder llegar directamente a su destino sin tener que pasar por el latoso trayecto.

Pero a falta de teletransportadores, señoras y caballeros, permítanme que les presente el sistema de Apilamiento (patente en trámite). Ideado por viajeros experimentados, esto... yo y mi amigo Malcom, he aquí cómo funciona. Facturas tu equipaje como siempre, vas hasta la puerta de embarque, te tumbas en una camilla, te sujetan con correas, luego llega una enfermera y te clava una inyección fulminante. Pierdes totalmente el conocimiento y no te enteras de nada hasta que llegas a tu destino. Ni retrasos, ni tipos kebab, nada.

Los asientos desaparecerían de los aviones para poder apilar varias camillas, algo parecido a los carritos de la comida (los cuales, naturalmente, ya no serían necesarios). De ese modo la compañía aérea tendría espacio para muchos más pasajeros, de manera que todos contentos. En lugar de azafatas, tendríamos una enfermera que se pasearía por el pasillo con una jeringuilla hipodérmica por si alguien empieza a despabilarse antes de tiempo. Genial, ¿verdad?

Y eso sería en la clase turista. Los pasajeros de primera clase gozarían de un servicio de lujo donde un vehículo tipo ambulancia iría a buscarlos a casa y recibirían la inyección allí mismo, ahorrándose, por tanto, todo: el trayecto al aeropuerto, la facturación, el manoseo, los retrasos. Lo mismo al llegar: todavía inconscientes, una pila entera de ellos pasaría rodando por el control de pasaportes, la cinta transportadora, etcétera, y no se enterarían de nada hasta que LLEGARAN a su destino y estuvieran rodeados de gente atenta y encantadora.

He visto el futuro y estaba sedado.

Una versión de este artículo se publicó originalmente en Abroad, marzo de 2004

Treinta y seis horas en Johannesburgo

Hace unos años hice un viaje de promoción de un libro a Sudáfrica. Fue el principio de mi pasión por este mágico continente. Antes de ponerme a trabajar, dispuse de un día y medio en Johannesburgo.

Johannesburgo tiene fama de ciudad violenta, y lo cierto es que en el trayecto desde el aeropuerto todas las casas semejaban fortalezas lúgubres y anodinas. Mis editores, por consiguiente, nos habían instalado a Él Mismo y yo misma en un agradable hotelito situado en un barrio seguro, donde teníamos menos probabilidades de ser violados y asesinados. Yo, sin embargo, estaba impaciente por experimentar la «originalidad» de África y casi grité al ver la moqueta de rizo rojo y las paredes floreadas de nuestra habitación. Parecía Surrey.

Desconsolada, puse la tele para ver el *¿Quién quiere ser millonario?* sudafricano (deseaba añadirlo a mi colección; lo había visto en japonés, checo y alemán), pero en lugar de eso encontré el noticiero panafricano y de repente me embargó una profunda emoción por hallarme en este vasto continente.

Como habíamos volado de noche, dormimos durante gran parte del día, lo cual fue una suerte porque habíamos recibido órdenes estrictas de no ir solos a ninguna parte. A ninguna parte.

A las siete de la tarde, justo cuando las rosas de las paredes empezaban a cerrarse sobre nosotros, Karen, mi chica encargada de la publicidad, nos rescató y nos llevó a un barrio lleno de bares, restaurantes, música, y xhosas y zulúes altos y delgados. Nada que ver con Surrey. Me animé un poco. Pero, después de estacionar el jeep, Karen sacó un rand para dárselo a los tipos que vigilaban los coches. Farfulló lo vergonzoso que resultaba necesitar tanta seguridad, así que le dije que en Irlanda ocurría lo mismo, que a esos tipos los llamábamos gorilas... Entonces reparé en algo y cerré rápidamente el pico. Los gorilas irlandeses no van armados con Kalashnikovs.

El domingo por la mañana tenía hora en la peluquería (y, como se hallaba dentro del hotel, Karen me dejó ir sola). Un apunte rápido sobre mi pelo. Es grueso, encrespado y rebelde, y solo un profesional realmente competente es capaz de domarlo. Tenía por

delante una semana de promoción, empezando por la versión sudafricana de *Ireland AM* a primera hora del día siguiente —demasiado temprano para poder arreglarme el pelo antes del programa—, así que Karen había conseguido que el peluquero del hotel fuera a propósito.

El peluquero era un suizo remilgado con un enorme mosqueo encima por tener que trabajar en domingo. Era uno de esos tipos pasivo-agresivos que me dijo que no le importaba ir a trabajar, solo que el domingo es su único día libre y que, si no descansa lo suficiente, enferma; el mes pasado mismo tuvo una terrible infección de garganta, es propenso a las infecciones de garganta cuando no descansa lo suficiente; pero no me malinterpretes, no me importa. De modo que cuando me «mostró» una ampolla muy cara de un producto especial para reparar las puntas abiertas (¡como si fuera mi caso!) y me dijo que no estaba obligada a comprarla, me sentí obligada a comprarla.

Cuando regresé a la habitación, Él Mismo se levantó de un salto y, con la voz entrecortada, me dijo que las paredes floreadas se estaban cerrando de nuevo. Karen nos había dicho que si queríamos salir, la llamáramos, pero no quería molestarla en domingo. (No fuera a obligarme a comprar algo para mis puntas abiertas.) Nos hallábamos ante un dilema. Desde nuestra ventana podíamos divisar un centro comercial situado a solo cincuenta metros. No parecía la clase de lugar donde pudieran violarte o dispararte. Entonces pensé en los hombres de los Kalashnikovs, y eran los buenos.

Al final decidimos arriesgarnos. Durante el breve paseo, sin embargo, me sentí como si estuviera en Sarajevo, a merced de los francotiradores.

Lo curioso es que el lugar parecía un centro comercial de Donaghmede, pequeño y corriente, pero con un mercado repleto de tallas de madera y metalistería africanas, hortalizas extrañas y aromas de platos exóticos. Era intenso y estimulante, y estaba lleno de bantúes e indios, además de uno o dos blancos. Nada que ver con Donaghmede. Ni Sarajevo.

La gente era encantadora, nadie intentó matarnos y compré un mantel bordado que se convertiría en el mantel inaugural de mi colección de «Manteles comprados en viajes de promoción». (Lo curioso es que no soy una persona de manteles. Debió de ser el estrés.) Hasta comimos antes de regresar al hotel.

Mareados y eufóricos por haber burlado a la muerte, sobrevivimos una buena parte de la tarde antes de que las paredes de la habitación empezaran a cerrarse de nuevo sobre nosotros. Teníamos que salir de allí. Habíamos visto un pequeño cine en el

centro comercial, y después de haber evitado con tanto éxito que nos mataran en nuestra primera salida, decidimos arriesgarnos de nuevo. Solo daban *Chocolat*, y en circunstancias normales la habríamos tachado de cursi, pero en nuestro frágil, trastornado estado, era justamente lo que necesitábamos.

Cuando salimos del cine había empezado a llover. Como buena irlandesa, pensaba que sabía todo lo que había que saber sobre la lluvia. Pero esta lluvia africana superaba con creces a la nuestra: el agua caía a cántaros y rebotaba contra el suelo en baldazos.

Él Mismo dijo:

—Vamos a acabar empapados.

¿Empapados? Con conmoción cerebral. Peor aún, si yo salía a la calle con ese diluvio, el trabajo del suizo mosqueado se iría al traste en dos segundos y al día siguiente tendría que presentarme en la tele pareciendo Jack Osbourne. Aguardamos diez inquietantes minutos y la cosa fue a peor. Las calles eran auténticos torrentes y no se veía ni un coche.

De nuevo en el centro comercial, busqué algo con que protegerme el pelo. La única tienda abierta a esas horas era la de chucherías. Expliqué mi situación a la encantadora mujer xhosa, que con una hoja de celofán me fabricó un ingenioso gorro, como esos pañuelos con un nudo en cada esquina que antes se ponían los ingleses en la playa. (El personal de la limpieza se había enterado de que en la fábrica de caramelos estaba teniendo lugar un drama humano y se había congregado para verlo.) Una vez impermeabilizada la cabeza, eché sobre ella la cazadora tejana y me até las mangas debajo de la barbilla. Estaba preciosa.

Podríamos haber llegado al hotel haciendo rafting. Cuando escurrimos la ropa, salió tanta agua que parecía recién lavada. Pero ¿y mi pelo? Mi pelo estaba impecable.

*Publicado originalmente en Abroad,
septiembre de 2003*

Destino: Siberia

¡Buenas noticias! ¡Me enviaban a Siberia! A un lugar llamado Novosibirsk.

Estaba encantada con la idea, pues siempre había deseado visitar un lugar que terminara en «sk». Habría preferido Omsk, Tomsk o Murmansk, pero Novosibirsk también estaba bien.

Pero ¿dónde, en la inmensidad de Rusia, estaba Novosibirsk? «Compraremos la guía de la ciudad.» Cómo nos reímos. La risa cesó, no obstante, cuando busqué Novosibirsk en internet. Él Mismo había salido del cuarto y casi eché abajo las paredes de la casa cuando le grité que viniera a echar un vistazo.

—¡Él Mismo, Él Mismo, lo he encontrado! Novosibirsk es la capital de SiBEEEEERia.

Casi se partió la crisma en la carrera. Tras contemplar la pantalla en silencio, finalmente leímos la información. Temperatura media en febrero (la fecha de nuestro viaje): dieciséis grados bajo cero, puede llegar a menos treinta y cinco.

—Necesitaremos guantes —dijimos.

Averiguar la diferencia horaria no fue tarea fácil. Ocho horas por delante de la hora de Greenwich.

—A menos que cambien la hora en verano.

—¿Crees que tienen verano? —repuse con amargura.

Durante las semanas siguientes provocamos muchas carcajadas sarcásticas al contar a la gente, a cada oportunidad, que nos enviaban a Siberia.

Cómo mantenernos abrigados se convirtió en nuestro único tema de conversación. Comprábamos ropa interior térmica —reduciendo a un cuarto el promedio de edad cuando entrábamos en el emporio de calzones supercalientes— y discutíamos apasionadamente sobre las ventajas e inconvenientes de los abrigos de piel, discusión que abandonamos en cuanto descubrimos lo que costaban.

Entonces hubo un cambio de planes. Resulta que ya no íbamos a Siberia, sino a otras partes de Rusia donde también hacía mucho frío pero no tanto como en Siberia. Estábamos muertos de vergüenza, pues para entonces cenábamos cada noche fuera gracias a nuestra historia de gulags. Nuestra credibilidad había caído en picado.

PRIMER DÍA

Con varias capas de ropa encima, aterrizamos en Moscú. Me irritó la rapidez con que nos despacharon en Inmigración. ¡Estábamos en Rusia! Yo quería hacer cola, quería una experiencia auténtica.

Fuera, en medio de un frío que pelaba, con aguanieve en el aire y fango bajo los pies, nos reunimos con Valya, nuestra guía y cuidadora durante el viaje. De rostro lozano y ojos azules, tenía un pelo rubio que se le arremolinaba sobre las orejas. Nada más presentarnos, nos contó que su marido acababa de dejarla. Dios, adoro a los rusos. Sencillamente, los adoro. Te lo cuentan todo. Acarrear sus desdichas con tanto brío, con tanto estilo, con tanta pasión... Mientras introducíamos el equipaje en el coche, Valya me dijo que ya no le quedaba nada por lo que vivir, pero que, así y todo, cuidaría de nosotros durante el viaje.

Teníamos un conductor, Boris, para llevarnos al centro de Moscú, y parecía tan desdichado que resultaba casi cómico. Tenía boca de payaso, con las comisuras de los labios apuntando hacia abajo. Su chica acababa de dejarlo, nos contó Valya. Tras una breve conversación en ruso, nos desveló que por un hombre más joven. Otro parloteo rápido. Que, para colmo, era su hermano.

Noté que despertaba mi vena casamentera.

—¿Por qué no consideras a este hombre como sustituto de tu marido? —pregunté.

Valya miró a Boris y torció el gesto.

—No hace bien el amor.

—¿Cómo lo sabes?

—Su chica lo ha dejado por eso. Bebe demasiado. Moja la cama.

Vaya...

Solo disponíamos de cuatro horas en Moscú antes de tomar el tren nocturno al este, el tiempo justo para comprobar que en la Plaza Roja había una tienda Chanel (Lenin debía de estar girando en su tumba como un enorme kebab) y para que la policía militar nos detuviera dos veces para pedirnos la documentación. Todos dicen que Rusia es un país lúgubre, pero en la Plaza Roja está la catedral de San Basilio, el edificio más bello que jamás he visto. Se parece a lo que alguien podría imaginarse tras ingerir un buen ácido: torrecillas y agujas y cúpulas bulbosas retorcidas como cucuruchos, pintadas de magníficos colores carnavalescos. Mandada construir por Iván el Terrible, al que le gustó tanto que le arrancó los ojos al arquitecto. (Para que

no pudiera hacer otra catedral; una verdadera señal de respeto: el tipo debía de estar encantado.)

Durante la cena, en un local aspirante a brasería cargado de humo, y gritando para hacerse oír por encima de la atronadora música tecno, Valya nos contó más cosas sobre la fuga de su marido.

—Quizá vuelva —aullé esperanzada.

—No volverá —repuso ella con total naturalidad y ese pesimismo ruso tan adorable.

Valya era fantástica. (Y estaba un poquito chiflada, como corresponde a una mujer a la que acaba de abandonar su marido.) Me encantaba. Siempre me siento muy a gusto con la gente algo chiflada.

Llegó la hora de tomar el tren. La estación de Moscú parecía una escena salida del infierno: hombres de aspecto desesperado, con barba de tres días, deambulando en medio de un frío pelón, buscando trabajillos de mozo por unas monedas. Por todas partes había puestos de bebidas; las ventas eran buenas.

Para mi asombro, el tren llegó a su hora y era precioso. Nuestro compartimiento parecía una cabaña sobre ruedas. Tenía dos camitas, mantas con un estampado anticuado y cortinas coquetonas en las ventanas. Las paredes estaban forradas de madera y el ambiente era muy acogedor. En cuanto apagaran la ensordecedora música tecno.

Pasamos la nevosa noche traqueteando entre dos pequeños puntos sobre esta enorme masa de tierra.

SEGUNDO DÍA

Entonces amaneció y llegamos a la bella ciudad de Nizhni Novgorod. (Me encanta decirlo: «¿Sabes?, estuve en Nizzzhhhhhni Novgorod»). Incluso ahora todavía busco oportunidades, por rebuscadas que sean, de dejarlo caer en las conversaciones. «¿De modo que te gusta el chocolate? Qué curioso, yo probé un chocolate buenísimo en Nizzzhhhhhni Novgorod.»)

Dios, qué frío hacía, ese frío en que duele respirar. Aunque no para la gente del lugar; ellos estaban pasando por una ola de calor. En esa época del año solían estar a treinta bajo cero, pero ahora hacía un agradable y desacostumbrado menos diez. Nos recogió un maravilloso joven llamado Artim y fuimos a nuestro hotel, un lugar de lo

más acogedor. Desde la ventana de nuestra habitación podíamos ver a niños patinando en un campo de fútbol helado. Me sentí muy lejos de casa. En buen plan.

Mi primera intervención era una clase de escritura creativa con unos estudiantes universitarios. Artim, Valya, Él Mismo y yo misma descendimos hasta las entrañas de un club nocturno de paredes violetas, donde los mencionados estudiantes aguardaban desplomados por los sillones, tranquilizadamente hoscos y desencantados. Se me iluminó el rostro. No soporto a esos adolescentes entusiastas que te miran como cachorrillos, ansiosos por aprender. No es natural.

Mi siguiente compromiso era una entrevista en televisión. Partimos todos en el coche de Artim con un nuevo miembro en el grupo, un estudiante encantador, aunque con un olor algo fuerte, llamado Pyotr, que se había enamorado de mí en el club nocturno de paredes violetas. La policía militar nos detuvo dos veces durante el trayecto.

El entrevistador era un tipo flaco y apasionado que se hacía llamar Ed y quería hablar de «arte».

—¿Morirías por tu arte?

Por supuesto que no. Pero no quise decepcionarlo, de modo que asentí con la cabeza. Sí, sin duda.

Entonces me soltó una pregunta que me pilló desprevenida.

—Acaban de comunicarnos la terrible noticia de que la princesa Margarita ha fallecido. ¿Le gustaría decir algo?

Atónita, dije lo primero que me vino a la cabeza:

—Debieron permitirle que se casara con el hombre que amaba. Los muy desgraciados.

Eso generó cierta confusión.

—¿No ama a su familia real?

—Soy irlandesa, ¿comprende? No es mi familia.

Más confusión.

Finalizada la entrevista, decidimos salir a tomar una copa. Ed se apuntó, y también su investigador. Para entonces, mi séquito había adquirido las proporciones del de Jennifer López.

De vuelta en el hotel, antes de salir a cenar, Él Mismo y yo misma sentimos un deseo repentino de café. Por suerte, teníamos bolsitas —iban en los paquetes de bienvenida del tren— y solo necesitábamos agua caliente, de modo que me ofrecí a probar mi ruso con el personal del hotel. Me coloqué delante del espejo y practiqué

un poco: sonrisa cortés, luego «Sdrastvui». (Hola.) «Voda, pashalsta.» (Agua, por favor.)

Bajé a recepción, sonreí a la señora y solté mi frase.

—¿Mmmm? —dijo—. ¡Ah, quiere agua caliente! ¿Desea tomarla aquí o en su habitación? Lo que usted prefiera.

—Esto, en la habitación.

(Un consejo útil que descubrí de forma totalmente fortuita porque quería enfriar mi café para poder bebérmelo: si quieres un capuchino pero no tienes cerca una máquina, puedes añadirle agua rusa con gas. Genera burbujas y espuma, como un experimento científico. Curiosamente, no funciona con agua no rusa.)

Luego salimos a cenar y camino del restaurante la policía militar nos detuvo como dieciséis veces. Estaba empezando a reconocer a algunos de ellos.

Pasamos una velada encantadora, la gente era muy inteligente, cálida y divertida, y daba a sus historias, incluso a las más tristes, un atractivo toque irónico. Adoro a los rusos. Quiero ser uno de ellos. El caso es que ellos, en un mundo cada vez más homogéneo, siguen siendo increíblemente rusos. Y cuando llegó la cuenta, los rusos se abalanzaron sobre ella, haciendo eso que hacen los irlandeses, forcejear con los demás para intentar pagar. Eso me encanta.

TERCER DÍA

Me encontré con Valya cuando bajaba a desayunar y cometí el error de preguntarle: «¿Qué tal has dormido?». La mayoría de la gente se limitaría a contestar «Bien». Pero Valya me obsequió con una descripción detallada de sus emociones. Mientras nos dirigíamos al comedor, dijo:

—Me lo imagino haciendo el amor con su nueva amiguita y no puedo dormir. Me paso la noche fumando e imaginando que hace el amor conmigo.

Hablando todavía en voz alta sobre hacer el amor, entramos en un pequeño comedor de manteles y servilletas bordados en blanco. Todo era adorablemente cursi, exceptuando la tele, que escupía música tecno a un volumen que constituía una agresión física, y el humo del tabaco nublando el bufé.

Por la tarde fuimos al ayuntamiento. Nizhni Novgorod había organizado un festival de las artes. ¡Y yo era la estrella invitada! El lugar estaba abarrotado, había una gran animación y gente encantadora se me acercaba para practicar su inglés, si bien Pyotr se dedicaba a ahuyentarla porque me quería solo para él.

Llegó el momento de mi intervención y cuando subí al escenario para iniciar mi lectura, las luces parpadearon una vez, y luego otra, hasta que finalmente murieron del todo. ¿Qué dem...? ¡Era la electricidad! ¡Se había producido un apagón! ¡Un maravilloso, un auténtico apagón ruso! ¿Era genuino o un montaje para los turistas? Ah, por lo visto era genuino. Todo el mundo iba de un lado a otro y la gente me aseguraba: «Esto no ocurre nunca. ¡Nunca!».

Se hicieron indagaciones. ¿Se trataba de un problema localizado? ¿Afectaba únicamente al ayuntamiento? No, la ciudad entera estaba sin luz. Aunque no eran más que las tres de la tarde, estaba bastante oscuro. Decidieron que leyera a la luz de una vela. Mas yo no podía leer y aguantar la vela al mismo tiempo, pues temía prender fuego al libro, de modo que Pyotr, mi enamorado, se ofreció a sostenerme la vela. Así pues, el espectáculo continuó con Pyotr aprovechando cada oportunidad para arrimarse a mí más de la cuenta. Pero en fin, me enfrentaba a los cuarenta y me sentí halagada.

Después caí entre poetas. Había un montón en la primera fila, algunos con aspecto de James Joyce: el pelo aplastado, las gafas redondas, el traje sobrio. Me secuestraron cuando bajaba del escenario y cada uno de ellos me regaló un ejemplar firmado de su obra. Aunque no entendía ni una palabra de lo que decían, me hicieron reír mucho.

Cargada con libros de poesía rusa de impresión casera, regresé junto a Valya y Él Mismo, y asistimos a una pequeña pantomima. (Con final trágico.) Luego alguien cantó una canción. (Triste.) Y seguidamente subió un cómico. (Un cómico ruso especialmente poco gracioso.)

Entonces se produjo un pequeño alboroto. Los poetas parecían estar representando una invasión anárquica. Había una pila de ellos en el pequeño escenario, como si fueran Kool and the Gang. Entonces apareció una guitarra, se pusieron a cantar y ya no hubo quien los parara.

Fue una tarde fabulosa. Todo el mundo había sido muy amable. Pero Artim, el maravilloso hombre que lo había organizado todo, no aceptó el elogio.

—¡Malditos poetas! —dijo—. Cada año toman el escenario y este año prometieron que no lo harían.

CUARTO DÍA

Tremendo, tremendo madrugón para tomar el avión a Samara, demasiado madrugón incluso para el desayuno pasado por humo y música tecno.

La semana previa había viajado a Estados Unidos y recibido una reprimenda por llevar unas pinzas de depilar en el equipaje de mano, así que Él Mismo me hizo prometerle que esta vez no llevaba nada peligroso encima. Aunque eso tampoco habría sido un problema. Podría haber llevado conmigo un lanzamisiles tierra-aire, que a nadie le habría importado. Es probable que hasta me hubieran ayudado a subirlo al avión.

Fue una experiencia de vuelo nueva para mí. No había detector de metales y el avión parecía de juguete, con unos escalones que salían de la parte baja de la panza. No había cintas transportadoras ni la opción de facturar el equipaje. Había que llevarlo todo encima: maletas, lanzamisiles y demás. Cuando entré en el aparato, pensé que estaba en uno de esos aviones militares sin asientos, donde estás obligado a sentarte en el suelo de metal mientras esperas a lanzarte en paracaídas sobre territorio enemigo. Pero, por fortuna, detrás de una fina cortina había asientos. O algo parecido. Había visillos coquetones en las ventanillas y cinturones de seguridad que no funcionaban. Los pasajeros estaban congelados —veías el aire cuando espiraban— y todos se dejaron puesto el gorro de piel. Era como viajar en un viejo autobús entre Knock y Claremorris un día de enero. La próxima vez que quieras quejarte de Ryanair, piénsalo dos veces.

Sabía, con todo, que era la compañía aérea más segura de Rusia.

Nada de comer, por eso. Nada. Detalle que estaba empezando a afectarme.

Entre el hambre, el cansancio, la novedad y un terrible síndrome premenstrual, el caso es que en Samara me comporté como una cretina. Estaba de un humor de perros y no conseguía enterrarlo. (Todavía estoy tremendamente avergonzada. Es uno de esos recuerdos que, cada vez que sale a la superficie, deseo que la tierra me trague. ¿Los conocéis? Me siento fatal ya solo por el hecho de escribir sobre él, pero debe hacerse.)

Cuando aterrizamos, nuestro simpático chófer nos dio una vuelta por Samara. Hasta no hacía mucho había sido una ciudad cerrada. (Donde se fabricaban bombarderos y otros artilugios secretos.) Constituía toda una suerte que nos dejaran visitarla, y la verdad es que era una ciudad muy bonita, con el Volga congelado y los hombres pescando a través de pequeños agujeros abiertos en el hielo, todo muy auténtico y encantador, pero a mí me importaba un pimiento. Yo quería comer algo. Sin embargo, tenía que asistir a una conferencia de prensa.

Después de la cual, finalmente, se nos permitió comer. Nuestro anfitrión nos llevó por una calle llena de baches y nieve embarrada hasta una crepería. Una vez en el

guardarropa, dijo: «Quítense la ropa aquí, por favor». Pero yo estaba demasiado irritada para esbozar siquiera una sonrisa.

La comida suele cambiarme el talante, pero después de cincuenta y seis crepes con diferentes rellenos, seguía de mal humor. Y lo seguía estando cuando llegamos a la universidad, donde debía arbitrar un debate. En honor a mi condición de ex bebedora, el debate se titulaba: «¿Deberíamos legalizar las drogas?». Fue el debate más parcial que he presenciado en mi vida. Estaba claro que a los estudiantes les horrorizaban las drogas y eso me irritó, pues el alcoholismo en Rusia era el pan nuestro de cada día. ¿A qué venía tanta preocupación por mantener la hierba ilegalizada cuando el alcohol, totalmente legal, estaba matando y destruyendo más vidas en Rusia que todas las demás drogas juntas?

Sea como fuere, debí mantener la boca cerrada y sonreír educadamente, pero, para mi gran vergüenza, no pude. Expresé mi opinión de manera cruda y despiadada, y, aunque al marcharme me regalaron una caja de bombones, sabía que habían considerado la posibilidad de quedársela. Y no se lo reprocho. Había sido grosera. ¡Qué vergüenza!

Finalmente llegamos a nuestro hotel, un lugar de una fragilidad inquietante que parecía sacado de Ikea en su totalidad. (Mala cosa, pues algunos de los momentos más infelices de mi vida habían transcurrido en Ikea.)

Me sentía demasiado avergonzada para salir a cenar, pero Valya me obligó. En el restaurante ella estaba como inquieta, al acecho y bebiendo un chupito de vodka tras otro. Todavía quería a su marido, pero no le habría importado acostarse con otro. Por ejemplo, con ese de allí, dijo señalando a un tipo con cuello de toro pero, por lo demás, bastante atractivo y con zapatos sorprendentemente bonitos para ser ruso. Me alegré mucho. Le había tomado una tirria feroz al marido desertor y quería que Valya saliera con otro hombre. Él Mismo y yo misma le deseamos lo mejor y regresamos a nuestro hotel desmontable. En mitad de la noche nos despertó un estruendo, como si un techo se hubiera venido abajo. Acabábamos de recuperar el sueño cuando escuchamos otro. Y luego otro, esta vez tan fuerte que el neceser de Él Mismo se cayó de la repisa del cuarto de baño. Tenía que ver con Valya, estaba segura.

Gran emoción a la mañana siguiente en el desayuno cuando, a través del humo de los cigarrillos, vimos llegar, meneando la cabeza al ritmo de la música tecno, al tipo que Valya había señalado la noche antes. ¡Se lo había llevado al huerto!

Por desgracia, andábamos equivocados. Al parecer era un huésped más del hotel. Una pena.

Entonces llegó Valya contando a todo el comedor, primero en inglés, luego en ruso, que la noche antes tenía tal curda que se había caído dentro del armario. (El primer golpe que oímos.) Luego le contó a todo el mundo que había extrañado tanto a su marido que había estado rodando con una almohada hasta caerse de la cama. (El segundo golpe.) Dos veces. (El tercero, el que derribó el neceser.)

QUINTO DÍA

Vuelo a San Petersburgo en un avión decepcionantemente normal. Cinturones de seguridad y demás. Me gustaba mucho más el otro.

San Petersburgo, con sus amplias avenidas de estilo europeo y sus pomposos edificios, es la ciudad rusa que entusiasma a todo el mundo. Y no hay duda de que es bella e imponente, pero yo prefiero las ciudades más pequeñas, más «rusas», las que la gente, por lo general, no ve.

Me tocaba dirigir dos talleres, y en ellos conocí a estudiantes de inglés con tanto talento que me pusieron en evidencia.

Entonces, en mi última tarde, tropecé —y no bromeo— con una de las zapaterías más bonitas que he visto en mi vida. Y reconozcamos que he visto unas cuantas.

Dios, adoro Rusia.

P. D. Poco después, Valya conoció a otro tipo. Es excelente haciendo el amor.

P. D. Unos meses después de mi vuelta, regresaba del condado de Mayo en coche cuando reparé en que la siguiente ciudad que me disponía a cruzar se llamaba Tuls^k. Tuls^k. ¿Lo pilláis? Termina en «sk». Eso significa que no necesito ir a Murmansk, Tomsk, Omsk, Bryansk, Gdansk o Novosibirsk. Aunque puede que vaya de todos modos.

Inédito

Reina de los tapones

No hace mucho, por razones que ahora no vienen al caso, emprendí un largo viaje en autocar por tierras extranjeras. Eso habría sido bueno, incluso interesante, lleno de colorido local, que generalmente consiste en gente cargada de gallinas, si no fuera porque hasta el último de los cuarenta pasajeros era irlandés. Se trataba de un viaje «en grupo». Y cuando un grupo numeroso de irlandeses visitamos otro país, sentimos la obligación nacional de estar siempre de «cachondeo». Es nuestro deber ser divertidos. Se nos conoce por eso y no podemos defraudar a los rancios extranjeros.

El animado viaje comenzó con el lanzamiento de alegres insultos desde la parte delantera hacia el fondo del autocar. Y cada vez que alguien iba al lavabo, si uno no siseaba o imitaba el sonido de un chorrillo o brindaba al pobre de la vejiga debilitada un fuerte aplauso cuando salía con la cara colorada, lo miraban como si fuera un aguafiestas. (Hablo en tercera persona pero me refiero a mí: me miraban como si fuera una aguafiestas.)

El caso es que yo, pese a ser irlandesa, no estaba nada contenta. El problema era el ruido. Por lo general, el ruido y yo no congeniamos. Y era medianoche y teníamos por delante ocho horas de viaje y había confiado en poder dormir.

Pero los gritos y los insultos «amistosos» perdieron importancia cuando me percaté de que, Dios mío, se avecinaba uno de esos célebres conciertos irlandeses. Alguien sacó una guitarra. Siempre hay alguien que saca una guitarra. Y generalmente es la persona que tengo justo detrás.

Qué importaba que fuera noche cerrada y que estuviéramos atravesando kilómetros y kilómetros de campo desierto y gélido. Los irlandeses cantan para los rancios extranjeros hasta echar su patriótico corazón por la boca. Entonaron las tristes canciones que hablan de tener que dejar Irlanda. Los temas sobre emigración siempre son populares en los viajes al extranjero, aunque se trate de una excursión de un día a Achill. Y luego sonaron los estridentes himnos acompañados de patadas contra el suelo. Cuando escuché los primeros acordes de «The Wild Rover», dirigí una mirada ansiosa a la puerta del veloz autocar.

NO, NAY, NEVER.

«Algún día todo esto terminará», pensé.

RISE UP YOUR KILT!

«Llegará el día en que estaré en un lugar tranquilo y silencioso. Una biblioteca, quizá. O puede que un convento, uno de esos donde han hecho voto de silencio.»

NO, NAY, NEVER, NO MOAAAAARE!

«Un día seré vieja y, con suerte, estaré sorda como una tapia. Aunque dicen que el oído es el último sentido que se pierde. Puñetera suerte la mía...»

AND I'LL PLAAAAAAAY THE WILD ROVER, NO NEVER NO MOAAAAARE.

«En realidad, qué más da esperar que las cosas mejoren en esta vida si es algo que no puedo ni imaginar. Un día estaré muerta y enterrada y no podré oír nada y nada de esto me importará.»

Era, literalmente, una tortura. Me entraron ganas de darme la vuelta, enseñarle las manos al guitarrista y suplicarle: «Adelante, arráncame las uñas, no me importa, haz lo que quieras, PERO ¡DEJA DE CANTAR!».

Tras una hora de infierno —que me pareció un año— hicimos una parada para fumar y, pese a las gélidas temperaturas del exterior, todos bajaron del autocar, incluido Él Mismo. (No diré en qué país estábamos porque los demás pasajeros podrían reconocerse y buscarme para obsequiarme con un concierto. Solo diré que es una parte del mundo donde los inviernos son duros y los desafortunados lugareños no son muy dados al cachondeo.)

Hasta Él Mismo, la persona más relajada y tolerante que he conocido en mi vida, estaba encontrando dura la experiencia. Hacía cinco años que había dejado de fumar y me aterraba la posibilidad de que empezara de nuevo. No se lo habría reprochado. Después de diez años sin probar el alcohol, yo estaba considerando la posibilidad de volver a beber. En serio. Es lo más cerca que he estado de desmoronarme en toda una década.

Finalmente regresaron todos al autocar, todos menos Él Mismo. «Seguro que se ha fumado un cigarrillo —pensé— y ahora no se atreve a dar la cara.» Pero no, ahí estaba, subiendo en el último segundo.

—Un poco más y no vuelvo —confesó—. Se me pasó por la cabeza huir hacia el bosque y jugármela con los lobos.

—Te acompaño —dije, agarrándole la mano y echando a correr hacia la puerta. Pero era demasiado tarde: el autocar había arrancando de nuevo, y también la música.

Una vez agotadas las canciones irlandesas, tuvimos el popurrí Beatles, luego el repertorio Rock Around The Clock y luego algo sobre un gallo rojo, donde todo el

mundo tenía que aletear y cacarear. Por razones que escapaban a mi entendimiento, «Take Me Home, Country Road» reaparecía cada diez canciones. Y, por último, un homenaje a los Rolling Stones, durante el cual uno de los pasajeros «más cachondos» de todos los (supercachondos) pasajeros decidió pasearse por el autocar sacando el culo, a lo Mick Jagger, mientras todos gritaban «¡Adelante, tú puedes!».

Todas las canciones habidas y por haber fueron interpretadas en ese autocar durante esa larga, larga noche. Fue un verdadero infierno, y lamenté no ser finesa. (Los fineses son bastante taciturnos, ¿verdad?)

El ruido que hace otra gente me altera los nervios. Durante un tiempo viví en un piso donde los vecinos de arriba decidían a las cuatro de la mañana que no les gustaba cómo tenían colocados los muebles y con esa fabulosa espontaneidad de «ahora o nunca», se ponían a cambiarlos de sitio. Y viví en otro donde parecía que en el piso de arriba veinte o treinta personas estuvieran bailando una maratón de claqué con un wok atado a cada pie, la mezcla más extraña de golpes y repiques que he oído en la vida. Yo traía amigos a casa solo para que los escucharan —casi hubiera podido vender entradas— y todos coincidían en que sonaba exactamente como si veinte o treinta personas estuvieran bailando claqué en el parquet con un wok atado a cada pie.

Como viajo mucho y me alojo en hoteles (lo cual sé que suena superglamuroso y, por consiguiente, mis quejas no despertarán compasión), estoy constantemente a merced del barullo ajeno: la tele del vecino, el despertador del vecino (que suena a las cinco y media y no hay nadie que lo apague porque lo puso el último ocupante, que ya no está), conversaciones sobre máquinas expendedoras mantenidas justo delante de mi puerta, gente practicando sexo atlético y gemidor en la habitación de arriba o asistiendo a lo que parece una clase de gimnasia. Hay veces que hasta lloro de impotencia por no poder conciliar el sueño. El caso es que no solo me alojo en los hoteles para divertirme, sino para trabajar. Y sí, sé que recibo deliciosos desayunos en la habitación y exquisitos geles de ducha de regalo y que no tengo que hacerme la cama —todo maravilloso—, pero si no duermo lo suficiente los ojos se me hinchan y achinan y a veces han de hacerme una foto con esa cara y para colmo no soy nada fotogénica. Además, si no duermo mi cerebro es sustituido por un trozo de sebo, lo cual me pone en un aprieto cuando la periodista me pregunta: «¿Qué hay en la delgada línea que separa el placer del dolor?». Y, en el caso de que lo estéis pensando, no tengo permitido responder, «¿Y cómo carajo quiere que lo sepa?». Oh, no. Tengo que dar una respuesta coherente, ingeniosa, encantadora y original o de lo

contrario la periodista me ridiculizará y dirá a sus compatriotas que no comprenden mi libro.

Así pues, nunca salgo de casa sin mis tapones para los oídos. Pero mis tapones no podían competir con un autocar repleto de irlandeses. El «cachondeo» y las canciones a horas intempestivas continuaron a lo largo de toda la semana que duró el viaje y Él Mismo y yo misma regresamos a casa hechos un trapo físico y emocional. Mis ruedas estaban desgastadas de tanto rechinar y tenía tanta rabia contenida que temía que pudiera darme un ataque de locura con una raqueta de tenis en un lugar público (probablemente un McDonald's).

Poco después decidimos ir a Clare con la esperanza de que unos días frente al mar, escuchando el suave ir y venir de las olas, calmaran nuestros crispados nervios. Pero habríamos hecho bien en quedarnos en casa y echar una mano en las obras del Booterstown.

La casa donde nos alojamos se hallaba en medio de una hilera de viviendas adosadas, y, en cuanto estacionamos el coche y entramos con nuestro equipaje, nos dimos cuenta de que la insonorización era tan mala que casi podíamos oír respirar a la gente que vivía tres puertas más abajo. Pero la respiración no era nada. ¡Sabían hacer muchas otras cosas! Por razones que escapaban a nuestro entendimiento, la casa contigua tenía gente de guardia martilleando permanentemente la escalera de madera con tacones de aguja, mientras que la casa del otro lado se había encargado de proporcionar gente que se dedicaba a dar portazos en turnos de veinticuatro horas. Lo peor de todo era que no existía un patrón regular que nos permitiera, después de unas horas, acostumbrarnos al ruido, del mismo modo que si vives cerca de la vía al final ya no oyes los trenes. Qué va. Se pasaban quince minutos dando portazos y luego nada, solo un silencio celestial que duraba el tiempo suficiente para llevarme a pensar que se habían ido. Pero, en cuanto empezaba a respirar aliviada, un golpe supersónico anunciaba el reinicio del escándalo.

La primera noche estaba empezando a conciliar el sueño, cuando una puerta misteriosa se cerró con tal violencia que las ventanas del cuarto temblaron. Luego, por el otro lado, un martilleo de tacones fuerte como una ametralladora me hizo saltar de la cama con el corazón en la boca.

—¿Qué clase de dementes tenemos por vecinos? —grité, totalmente desvelada—.
¿No pueden tener una afición normal?

Cuando me despertaron por tercera vez, empecé a imaginar que me los cargaba, a

los martilleadores de escaleras con sus propios tacones y a los golpeadores de puertas colocándoles la cabeza dentro del marco y dando un buen portazo.

Nuestra segunda noche no fue mejor que la primera, de modo que decidimos regresar a Dublín por la mañana temprano. Una vena debajo de mi ojo había empezado a palpar con fuerza.

—Cuando llegemos a casa sacaremos del cobertizo las cacas de los ratones — propuso Él Mismo. Intenté sonreír, y eso disparó de nuevo la vena.

Mientras arrastrábamos el equipaje hasta el coche, los martilleadores salieron de su casa y me sorprendió lo normales que parecían: un hombre rechoncho, una mujer con un bebé y una abuelita. No parecían dementes que gustaran de subir y bajar escaleras sin parar. De hecho, ninguno de ellos parecía hallarse en condiciones de mantener por mucho tiempo la actividad física que se había estado produciendo.

Los saludé con un gesto de cabeza seco, incapaz de mostrar mayor simpatía. Al dirigirnos a nuestro coche, el hombre gritó:

—¡Oiga!

Durante un instante pensé que iba a disculparse, que él y su familia se habían estado entrenando para el próximo campeonato de martilleo de escaleras y que necesitaban practicar todo el tiempo que les fuera posible. Pero ¡en lugar de eso el tipo empezó a protestar!

—Podemos oírlos. Están siempre hablando y riendo...

¿Riendo? ¡Llorando, querrá decir!

—Despertaron al bebé dos veces. ¿Les importaría hacer menos ruido?

Miré a Él Mismo. Esto era demasiado raro. Quizá había llegado el momento de cantar.

NO, NAY, NEVER, NO, NAY, NEVER NO MOAAAARE.

Inédito

No hay montaña que se me resista

Hace poco fui de vacaciones a Bután, un pequeño y hermoso reino budista situado en las estribaciones del Himalaya. Bután ha permanecido voluntariamente aislado durante décadas y solo hace poco que se abrió al comercio. Es todo bosques, montañas, carreteras estrechas, caídas a plomo de mil metros sobre los valles y gente vestida, por obligación, con curiosos trajes típicos. (Los hombres tienen que llevar calcetines de rombos hasta la rodilla y una bata holgada, recogida con un cinturón para crear el encantador efecto de un blusón. Buscadlo en la red si no me creéis.)

Pensaba que Bután sería fascinante y lo fue, pero no supe que la principal razón por la que la gente visita ese lugar es para hacer «senderismo» hasta que llegué allí.

Senderismo. La sola palabra me irrita. Y «excursionismo», otra que tal. Significa caminar, y el hecho de darle un nombre rimbombante no lo hace diferente. El caso es que el ejercicio y yo nunca nos hemos llevado bien. (Hago yoga. Como una vez al año.) Tampoco me llevo bien con el «aire libre». Hay veces en que recorrer a pie los treinta metros que separan el aparcamiento de las tiendas me produce dolor de oídos. De modo que, cuando voy de vacaciones, mi vida, normalmente sedentaria, se reduce varias marchas hasta quedar prácticamente inerte.

Pero, después de una semana visitando un templo budista tras otro, ansiaba un cambio y, cuando nuestro guía propuso una «excursión fácil y agradable», Él Mismo me miró con ojos desesperados, suplicantes, y me dejé convencer.

—Pero necesitará calzado plano —dijo el guía, contemplando mis botas.

—Son planas —contesté. Solo tenían siete centímetros de tacón. ¿A qué venía el comentario?

Me tendió un palo de acero y látex y nos pusimos en marcha. El camino era mucho más empinado de lo que me habían hecho creer, pero entre los abetos, el cielo azul, las impresionantes vistas, la sangre corriendo por mis venas, el corazón palpitándome en el pecho (pero no demasiado) y el olor a Fanta del aire, de repente me sentí en la gloria.

Nos detuvimos en un monasterio budista del siglo VII, donde conocimos a un monje que guardaba un parecido desconcertante con Graham Norton con maquillaje naranja y túnica roja. Como exigía la costumbre, me «bendijo» con un falo de medio

metro que parecía sacado directamente de Ann Summers pero que, al parecer, era un artilugio muy antiguo. Fue entonces cuando me enteré de que mujeres de todo el mundo vienen a este monasterio para quedarse embarazadas. Yo no recibí el tratamiento de fertilidad especial, que consiste en varios monjes cantando y quemando cosas, pero no importa: si me quedo preñada, os lo haré saber.

Proseguimos por el solitario bosque, pasando por delante de una *stupa* (especie de capilla sagrada) de trescientos años de antigüedad, y casi me muero del susto cuando vi a una niña acurrucada en una de sus depresiones, comiendo lo que parecía una zampona.

Finalmente llegamos a la cima y la sensación de triunfo fue indescriptible.

Dichosa, me apoyé en mi palo mientras contemplaba el valle y me sentía como sir Edmund Hillary.

Fue un momento de revelación personal. Puedo ser diferente. Puedo cambiar. Me haré senderista. O excursionista. Lo que sea mejor. Me compraré un palo. Y unas botas planas. Tendré una «afición», un «interés». Hasta ese momento, si alguien me hubiera preguntado cuáles eran mis intereses, habría contestado, «Bolsos, Kit-Kats, Dermot O’Leary».

Un futuro nuevo y emocionante se abría ante mí. Sería fuerte, enérgica, delgada como un galgo inglés. (Me visualicé guardando cierto parecido con Paula Radcliffe.) Emprendería todas mis vacaciones con una mochila repleta de barras ricas en proteínas para subir a los Andes y demás montañas. Hasta podría perder las puntas de un par de dedos por congelación y todo el mundo pensaría que soy fantástica. La gente me preguntaría por qué subía a los picos más altos del mundo (habría pasado de ser una vulgar senderista a una alpinista) y yo contestaría: «¿Por qué los perros se chupan los huevos? Porque pueden, Oprah, porque pueden». Y nadie me tacharía de ordinaria.

A partir de ese momento ya solo vestiría ropa confeccionada con tejidos de alta tecnología que pueden detener una bala pero pesan menos que una pluma. Dejaría de ponerme faldas salvo en ocasiones especiales, y, aunque estaría monísima y delgadísima, mis pantorrillas quedarían musculosas y enormes sobre los tacones y tendría las piernas arqueadas. Mi aspecto sería el de un travesti, exactamente como Tony Curtis en *Con faldas y a lo loco*. Pero no me importaría. Como tampoco me importarían las venas rotas de mis mejillas. Tendría una identidad sólida, de hierro.

Entonces regresé de Bután, deshice las maletas y contemplé la pila de porquerías repartidas sobre mi cama, las cosas que había comprado durante el viaje.

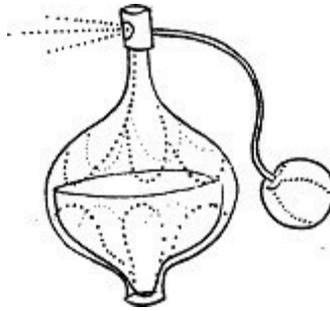
Boquiabierta, levantaba los objetos mientras me preguntaba: «¿Qué demonios...?». Mantas tejidas a mano que habrían hecho que mi casa pareciera la de una asistente social. Bolsas tejidas a mano que me habían parecido encantadoras en su momento pero que ahora no usaría ni muerta. Una funda tejida a mano para el pasaporte. Manoplas de cocina tejidas a mano; entonces no me importó que no estuvieran forradas. Unas cosas de bronce que parecían picaportes. O copas ceremoniales. Un cencerro. Siete budas de diferentes tamaños. Un molinillo de oraciones. Horribles tapices chillones, de esos que se ven en los restaurantes chinos baratos.

¿Por qué, por qué, por qué? ¿En qué estaba pensando? Me senté en mi infierno tejido a mano y esperé a recuperar la cordura. Y la recuperé.

Han pasado varias semanas desde mi regreso. Todavía no me he comprado el palo.

*Publicado originalmente en Marie Claire,
mayo de 2005*

SALUD Y BELLEZA



Dicen que siempre se recuerda la primera vez...

Tenía once años, y una amiga y yo estábamos jugando con las pinturas de mi madre. Hasta ese día me había contentado con probar la barra de labios y el lápiz de cejas, pero de repente, envalentonada por un extraño impulso, me embadurné desde el nacimiento del pelo hasta el mentón de base de maquillaje (naranja, como era la moda entonces) y no pude dar crédito a la transformación. Una versión mejorada de mí misma me miraba desde el espejo. Parecía yo, solo que mucho, mucho más atractiva. Tenía los ojos más verdes, el pelo más brillante, todo parecía más aterciopelado, más limpio.

También mi amiga estaba pasmada.

—Pareces... —buscó el elogio más adecuado—. Pareces... ¡española!

No existía mejor cumplido. En aquellos tiempos (mediados de los setenta) era lo que todas queríamos: oscurecer nuestra piel irlandesa blanquiazulada bajo un brillo estilo Jaffa visible desde la luna.

Por primera vez fui consciente de la capacidad transformadora del maquillaje. Podía reconstruirme, convertirme en una versión mejor de mí misma. Y a partir de ese momento me convertí en su esclava.

Mi actitud hacia la vida siempre ha sido que, si un poco de algo es bueno, un mucho tiene que ser aún mejor. De modo que desde el principio se me fue la mano con la aplicación del maquillaje. Por suerte, en aquellos días la mujer irlandesa se ponía el maquillaje para que se notara. La base de maquillaje estaba considerada casi como un complemento por derecho propio, al igual que una joya o un tatuaje. Y nadie quería oír hablar de maquillajes que hicieran juego con el tono de la piel. ¿Qué sentido tenía eso? ¡Acabarías pareciéndote a ti misma!

El naranja era el tono de moda. Era un buen color, un color noble, un color sexy. Y, en el caso de que el maquillaje no dejara lo bastante naranja, siempre se podía añadir una capa de polvos para la cara (naranjas, naturalmente, o quizá rosas, por una cuestión de variedad).

Nada en el cuello, sin embargo. Los cuellos permanecían tan blancos como Dios los había creado. En aquel entonces una no era nadie si no lucía una línea naranja en el mentón y un cerco igualmente asqueroso en el cuello de la blusa.

Pero no era solo el maquillaje, todo me volvía loca: las barras de labios, los coloretes, los lápices de ojos, los rímeles... En una ocasión leí un artículo en una revista que preguntaba qué producto de belleza te llevarías a una isla desierta y se me puso un nudo en el estómago. Reduje la lista a los tres grandes: barra de labios, rímel y base de maquillaje, pero no podía decidirme por ninguno. El dilema me mantenía despierta por las noches. Incluso ahora, cuando se me agotan las preocupaciones normales y estoy buscando algo bueno de lo que preocuparme, dicho dilema consigue llenar admirablemente el hueco.

Lo mejor en cuanto a los cosméticos (en mi opinión, y sí, sé que es una frivolidad; para una defensa vehemente, leer más adelante) es que siempre se están inventando cosas nuevas, y yo las he comprado todas: correctores, resaltadores de cejas, bases, cepillos difuminadores, lápices de ojos dobles, esponjas sesgadas, hidratantes coloreadas... (Aunque en mis primeros tiempos pensaba que la hidratante coloreada se ponía debajo de la base. Para intensificar el naranja.)

Los cajones de mi cuarto de baño parecen un museo de la cosmética. ¿Alguien quiere rímel transparente? ¿Base de pestañas? ¿Rojo brillante para los labios? Tengo cosas que se remontan a principios de los ochenta: sombra de ojos roja, colorete morado, rímel azul. Además de algunas reliquias que van desde los años yuppies de los carmines, los polvos y otras chucherías hasta la alta tecnología actual de difusores y aspecto natural. (Imagínate, he vivido lo bastante para ver a la mujer irlandesa ajustar su base de maquillaje al tono de su piel. Ciertamente, he pasado por tiempos turbulentos.)

El idilio jamás ha decaído: el maquillaje siempre me hace sentir mejor. Con él soy más segura, más elocuente, más graciosa. No obstante, tardé mucho más tiempo en empezar a ocuparme de mi piel. Pensaba: «¡Oh, la piel, qué pesadez! Acuéstate con el maquillaje puesto. ¿A quién le importa? Lo importante es tener maquillaje con el que acostarte».

Pero en algún momento cambié y ahora tengo tantos productos para la piel que para entrar en mi cuarto de baño tienes que tomar carrerilla y empujar la puerta con el hombro.

Para mí, el placer empieza con la envoltura. Arrancar el celofán, abrir la caja de cartón, intentar encontrar las instrucciones en mi idioma, desenroscar la tapa, desgarrar el precinto de estaño y, por último, llegar al mágico contenido. (Lo sé, una frivolidad y un desperdicio de los recursos naturales. Como ya he dicho, véase defensa vehemente más adelante.)

¿Y qué hay de las desmesuradas promesas de los fabricantes de productos para la piel? ¿Creo en ellas? ¡Sí!

Y no.

En realidad, depende.

Siendo una adolescente escuché por la radio un reportaje que denunciaba las cremas faciales. (¿No tenían nada mejor que denunciar? ¿En un momento en que Irlanda era pasto de la corrupción? Señor.) El caso es que eligieron una marca en concreto cuyo comunicado de prensa prometía que las moléculas de sus cremas de noche «penetraban» en la piel y la reestructuraban desde dentro. El periodista llegaba a la conclusión de que eso era tan imposible como hacer pasar una patata por los orificios de una gasa. Traté de no escuchar, traté de no dejarme influir, pero me dejó con una saludable dosis de escepticismo.

Sé que nada puede hacer retroceder el tiempo. Salvo un trato con el diablo, claro, y por ahora se niega a devolverme las llamadas.

Así y todo, utilizar tanta crema de noche que resbalo por la almohada no puede hacerme daño. Y, si no me beneficia, no importa porque nunca utilizo un producto más de unos cuantos meses. A diferencia de las francesas de cara avinagrada que utilizan la misma marca desde los catorce años hasta su lecho de muerte, yo soy una zorra con las marcas. Me gustan todas. Si las cremas faciales fueran maridos, yo sería Elisabeth Taylor.

El caso es que pruebo cada marca por separado y saco mis propias conclusiones, y hay algunas marcas que sé que funcionan. Lo he visto con mis propios ojos (rimelados y ribeteados de kohl). Probablemente no sea justo mencionar unas pocas cuando existen tantas marcas buenas, pero lo haré de todos modos.

Ejemplo: después de utilizar Crème de la Mer durante un mes, mi rostro tenía tan buen aspecto que me acusaron de haberme inyectado botox.

Ejemplo: si me acuesto tarde y utilizo el sérum de proteínas de Jo Malone antes de acostarme, en lugar de despertar con la cara hecha un guiñapo, parece que haya dormido mis dieciséis horas seguidas.

Ejemplo: si he atacado violentamente el chocolate y se me llena la cara de granos, el Peel and Reveal de Elizabeth Arden me soluciona el problema.

A medida que el mundo de la belleza evoluciona y se perfecciona van apareciendo productos innovadores. Nuevas zonas de la cara y el cuerpo son sometidas a examen y de repente es preciso una crema especial para ellas. Y a veces no basta con una crema. A veces también se necesita un sérum. O una pulidora. Y hay ocasiones en

que una vocecita en mi interior pregunta: ¿Realmente necesitas este supersérum para la parte interna del brazo, que debes ponerte debajo del sérum ordinario y encima de la crema de día? Y pienso: ¡A la porra! ¿A quién le importa? ¡Me encanta!

Lo que me lleva a mi defensa vehemente.

Defensa vehemente: sí, reconozco cierto sentimiento de culpa, pero hay cosas peores que adorar los productos de belleza. No es lo mismo que tomar cocaína o coleccionar relojes Swatch o cazar codornices o invadir Irak.

Además, todo el mundo necesita una afición.

Inédito

Mejorando esas manos

Yo nunca me había interesado por el cuidado de mis uñas, pues nunca había tenido uñas que cuidar. Como no fumaba, tenía que buscar una forma de canalizar el estrés.

Eso no significa que de vez en cuando no hiciera el esfuerzo de dejármelas crecer. En mi colegio circulaba el mito de que, si uno se comía un cubito de gelatina al día, tendría unas uñas largas y fuertes, pero cuando me ponía con la gelatina era incapaz de parar tras el primer cubito; me comía el paquete entero y luego tenía que hacer frente a la ira de mamá cuando decidía hacer gelatina para acompañar las natillas y descubría que me la había jalado toda.

Entonces, el verano que cumplí catorce años —e ignoro cómo ocurrió—, me creció una uña, la del dedo anular, mano izquierda, una preciosa criatura alargada que custodiaba y exhibía como si fuera un huevo Fabergé. Estuve a punto de guardar mi mano en una urna de cristal durante todo el verano y cobrar a la gente por mirarla. Pero llegó septiembre y la uña se rompió y ahí quedó todo.

Sencillamente, las uñas no eran mi fuerte. Toda mi vida había odiado mis manos. Soy de extremidades cortas y en ningún lugar se aprecia tanto ese detalle como en mis dedos, unos dedos cortos con unas uñas cortas, mordisqueadas y deformes. Era así. No tenía sentido desear que las cosas fueran diferentes.

Entonces, un par de años atrás tenía que viajar a Nueva York por cuestiones de trabajo y una amiga «bienintencionada» me dijo que si no me arreglaba las uñas mi carrera en Estados Unidos estaba acabada. El caso es que me metió el miedo en el cuerpo. ¿Qué demonios podía hacer con mis malditas uñas? Uñas postizas, me dijo. Gracias a un milagro de la ciencia, podía conseguir que me alargaran y reforzaran mis penosas e informes cepas mediante toda clase de trucos.

No le creí porque conmigo nada funciona, pero, llevada por la curiosidad, la seguí hasta un salón de manicura nuevo. Donde pasé noventa largos, tediosos y dolorosos minutos: mi bienintencionada amiga no me había contado que cuando te sueldan las uñas postizas a tus espantosas uñas, duele. Pero valió la pena. Salí una sorprendente hora y media después con diez uñas de supermodelo. Y lo más increíble era que no parecían postizas, sino solo muy, muy bonitas.

Y súbita, milagrosamente, con mis largas y sofisticadas uñas, me convertí en otra.

Pensé que había dado con la clave. No solo mis uñas habían mejorado, sino toda la mano. Hasta mis brazos y hombros parecían más elegantes. Me pasaba el día martilleando impacientemente la mesa, incluso cuando no estaba impaciente, sencillamente porque podía... Me volví más dinámica, hablaba más deprisa y más alto y gesticulaba más con las manos. Para mi sorpresa, me volví un poco mala; creo que es más fácil permitirse comentarios maliciosos cuando se tiene las uñas largas. De hecho, casi sentía que eso era lo que se esperaba de mí.

No todo era coser y cantar, claro. Siempre hay efectos secundarios. Ya no podía teclear, tenía que utilizar un boli para llamar por teléfono y tardaba como diez minutos en recoger un alfiler de la moqueta (al final tenía que levantarlo con la punta de la bota y cazarlo al vuelo). Pero nada de eso parecía un problema. En realidad, lo encontraba increíblemente glamuroso.

¿Y cómo iba a canalizar el estrés ahora que ya no podía morderme las uñas? Pensé en utilizar uñas postizas para poder morderlas, del mismo modo que la gente utiliza cigarrillos falsos cuando deja de fumar. ¡O podía empezar a fumar!

Por primera vez en mi vida empecé a comprar esmaltes de uñas. Me sentía como si finalmente me hubieran dejado entrar en un club del que siempre había sido excluida. Como es lógico, dada mi naturaleza, se me fue un poco la olla y me lancé a un saqueo de opacos, transparentes, metálicos, brillantes y opalescentes.

Cometí errores, naturalmente. Compré un esmalte descrito como ciruela pero que en realidad era castaño o, en otras palabras, marrón. Parecía que me hubiese pillado las diez uñas con una puerta. Pero con la experiencia se aprende. Yo estaba aprendiendo a marchas forzadas, y de vez en cuando tenía éxito. Otro esmalte, que se anunciaba como «inspirado en el brillo de las gemas», resultó ser increíblemente glamuroso: parecía que llevara granates en las puntas de los dedos, y no hacía más que contar historias dramáticas para poder agitar las manos e iluminar el aire con destellos rojizos. Qué días aquellos...

Al poco tiempo ya dependía enteramente de mis uñas. Sin ellas me sentía como Sansón sin su pelo: desnuda y sin poder. Pero nada me había preparado para el elevado mantenimiento que requerían. Tenía que hacérmelas cada dos semanas porque crecían a una velocidad vertiginosa, lo cual no dejaba de ser extraño, pues a lo largo de mi vida, cada vez que necesité que mis cortas y regordetas uñas, las auténticas, crecieran, las muy puñeteras siempre se resistieron a moverse. Era tan pesado como tener que controlarme las raíces del pelo, o incluso peor, porque las raíces solo necesito hacérmelas cada tres semanas. Y las raíces blancas de mi pelo no

crecen dos centímetros de la noche a la mañana, mientras que la rotura de una uña se produce en un instante. La primera vez que me ocurrió, me impresionó ver nueve uñas largas y brillantes y una cepa corta, pelada e informe. En otros tiempos habría sido la primera en reírme de las chicas que se disgustaban porque se les había roto una uña. Pero ahora era diferente. Conocía perfectamente la angustia que generaba, y una uña rota tenía en mí el mismo efecto que la criptonita en Superman. Aprendí una lección importante: ¿sabes una cosa?, me dije, nunca deberíamos juzgar. Al menos hasta que nos hayamos puesto en la situación del otro...

Con el tiempo empecé a hartarme de tanto mantenimiento. Era una preocupación constante y exigía una vigilancia constante, y empecé a tener la sensación de que las uñas crecían cada vez más deprisa y se rompían cada vez con más frecuencia. Cuando volvía a hacérmelas, el lustre duraba un día, luego el esmalte se desportillaba o los bordes se mellaban y empezaban a engancharse en el jersey, o mis verdaderas y cutres uñas asomaban por debajo de las postizas y yo intentaba disimularlo pintando la raya, pero hacía un destrozo y el esmalte se me corría por todas partes, hasta alcanzar el primer nudillo.

Finalmente decidí que tanta preocupación no merecía la pena. La vida es demasiado larga. He vuelto a mis uñas cortas y deformes y, contrariamente a lo que antes pensaba, no están tan mal. Al menos ahora, en momentos de mucha tensión, tengo algo que morder.

*Publicado originalmente en Marie Claire,
julio de 2005*

Bragas: el gran dilema

Antes eran folletos de viajes. Cada vez que estaba tensa o triste me llevaba un puñado a la cama (de los caros, de esos por los que a veces había que pagar cinco euros), pasaba un montón de horas felices en lugares soleados sin sufrir el fastidioso *jet lag* ni descubrir que habían entrado a robarme en casa durante mi ausencia e, invariablemente, siempre recuperaba el ánimo. Últimamente, no obstante, mi interés se ha concretizado: estoy obsesionada con los balnearios. Leo constantemente sobre ellos, hasta el punto de que ya no quiero ir a ningún lugar (escapadas de la ciudad, viajes de trabajo, oficina de correos) a menos que tenga balneario. Así pues, me considero una experta en el tema. De hecho, podría ser mi especialidad en *Mastermind*. Dejad que comparta con vosotras mis conocimientos obtenidos a pulso.

- 1) *La reserva*. Fundamental, porque ¿cómo si no conseguiréis entrar para que os masajeen? Pero ¡cuidado! Según mi experiencia, existe un 58,7 por ciento de probabilidades de que surjan problemas con la reserva. Triste pero cierto. Debe de ser todo ese aceite de esencias en el aire, que reblandece el cerebro y debilita la concentración, pero es inconcebible la de veces que los recepcionistas de los balnearios han extraviado mi reserva o me han hecho la reserva para el día que no era o para las cosas que no eran... Curiosamente, ocurre tanto en los lugares caros como en los baratos. En un maravilloso balneario de Barrier Reef me anotaron para todo lo que había solicitado a través de mi correo electrónico, pero fueron tan extraordinariamente eficientes que lo hicieron dos veces, de modo que ambos tratamientos sucedían al mismo tiempo. Y querían cobrarme por los dos. En el mundialmente famoso Sanctuary, cuando llegué con mi hermana — las dos hechas polvo y deseosas de un tacto reconfortante— no nos tenían anotadas. En ningún lado. Pese a haberles dado los datos de mi tarjeta de crédito y telefoneado para confirmar la reserva, nada. (Y estaban completos, de modo que no podían hacernos un hueco.) Teniendo en cuenta que la mayoría de la gente va a los balnearios porque se siente crispada y frágil, eso NO ESTÁ BIEN.
- 2) *La insonorización*. O su falta. Muchos balnearios tienen las paredes tan finas que se puede oír la respiración de la persona del cuarto contiguo. Y eso en los

buenos. En los malos se puede oír lo que está pensando. En el bellissimo Agua Spa de Londres (porque lo es, parece la plasmación del cielo de un pintor), los espacios para tratamientos están separados por meras cortinas de muselina. ¿Alguna vez habéis oído algo tan absurdo? Mientras me estaban haciendo reiki y me esforzaba por relajarme y sacar partido a mi dinero, la mujer del espacio contiguo estaba contando a su terapeuta lo difícil que era ser madre, que había olvidado lo que era dormir de un tirón y tener los pezones enteros, que volvía a tenerle pavor al sexo... Me pasé la hora entera luchando para no saltar de la camilla, descorrer la cortina y chillar: ¡Cállate, cállate, CÁLLATE!

- 3) *Reflexología*. No os dejéis engañar: no es lo mismo que un masaje en los pies. La reflexología es buena para uno y, como la mayoría de las cosas que son buenas para uno —depilación a la cera, subir a Croagh Patrick, la verdad sobre un novio poco digno de confianza—, puede doler.
- 4) *Mascarillas faciales*. En la mayoría de las limpiezas de cutis llega un momento en que te cubren la cara con una cosa que parece yeso y la dejan reposar hasta que se forma una máscara dura y horripilante. Luego la chica murmura algo como «Y ahora la dejaré un ratito para que se relaje». Te lo dice como si no quisiera irse pero comprendiera que esos quince minutos de soledad son buenos para ti. Puro teatro. Mientras tú permaneces allí tendida, ciega y en pleno ataque de claustrofobia, ella está fuera fumando un cigarrillo y hablando por el móvil.
- 5) *Una hora de gloria*. Cuando dicen que un tratamiento dura una hora, en realidad quieren decir cincuenta minutos. Si tienes suerte. A los que llegan tarde se les permite ocupar el tiempo del siguiente cliente (o sea, mi tiempo), pero si mi tratamiento empieza tarde, terminan puntuales.
- 6) *Oportunidad de robar*. Un plus inesperado. Recibes un relajante masaje o limpieza de cutis y, una vez finalizado, la masajista se retira para que puedas vestirme a solas. Si eres observadora, quizá hayas notado que, en muchas ocasiones, la pequeña estancia está llena de productos. Carritos y estantes que gimen bajo el peso de tarros de tres litros, tamaño especial, de Decléor, Clarins o Elemis, y tú estás sola con ellos. Es una oportunidad idónea para robar. Sí, sí, ya sé que es inmoral e ilegal. Y que sacarlos escondidos en el bolsillo del albornoz puede ser todo un reto. Pero cuando leas el siguiente apartado te alegrarás de haberlo hecho.
- 7) *La presión para que compres productos*. Por desgracia, ocurre, aunque no es habitual en los lugares de categoría. Nada consigue sacarte tan rápidamente de tu

costoso colocón como que te empujen a aflojar todavía más la pasta cuando ya tienes la casa llena de productos que no utilizas, o que te hagan sentir como una tacaña a la que le trae sin cuidado el estado de su piel. No obstante, puedo facilitarte la defensa perfecta. Puedes aceptar con amargura comprar la crema de día. O el contorno de ojos. O la exfoliante. Y la mascarilla hidratante, si insisten. O puedes, sencillamente, decir: «¿Qué necesidad tengo de comprar ese diminuto tubo de Decléor de treinta mililitros cuando pretendo sacar un frasco de tres litros de la sala de tratamiento?... ¡Huy!».

8) *Las bragas*. Un dilema, sin duda: dejártelas o quitártelas. Si te las dejas, la incomodidad puede impedirte disfrutar, pero si te las quitas, no hay escapatoria, no tienes dónde esconderte, todo tu ser queda al descubierto, con todo tu esplendor celulítico (si eres como yo). Sé que utilizan ese truco de las toallas superpuestas para proteger nuestro pudor, pero echar una ojeada solo requiere un instante. Muchos esteticistas con los que he hablado sobre el tema aseguran que a ellos les ocurre como a los médicos, que como se pasan el día viendo traseros ya no reparan en el aspecto que tienen. Otra falacia. Por supuesto que los miran, ¿no lo harías tú? No en plan sexual, sino en plan «Dios mío, menudo culo» (una vez más, si eres como yo). Pero para la persona masajeadora no es fácil relajarse y flotar si está pensando que su masajista se está riendo del estado de su trasero. Hay lugares —particularmente en Obeori, Mauricio, donde los terapeutas, además de encantadores y afectuosos, son auténticos profesionales— en los que no se inmutan al ver un trasero. Ni siquiera el mío. Solo he estado una vez, pero sueño con volver. Es un largo camino para un masaje exento de burla, pero vale la pena.

9) *La limpieza de cutis francesa*. Con eso quiero decir una limpieza de cutis recibida en Francia o realizada por una persona francesa en territorio no francés. La mayoría de las limpiezas de cutis son extraordinarias y sumamente placenteras (exceptuando los quince minutos que uno pasa a ciegas y sudando de claustrofobia mientras la mascarilla «trabaja»), pero los franceses poseen un enfoque muy diferente. Se toman el cuidado de la piel tan en serio que sus limpiezas de cutis son casi medicinales. Con eso quiero decir dolorosas y desagradables. Empezando por una luz de interrogatorio que dirigen hacia tu cara para ver lo mal que la tienes, seguida de una ducha de vapor tan denso y caliente que te impide respirar y, subiendo en la escala de lo desagradable, toda clase de apretones: puntos negros, puntos blancos y demás asquerosidades.

Luego, a modo de apoteosis, te dicen, como si fueras culpable de un crimen, que tienes la piel hecha polvo, probablemente la peor que han visto en su vida, y que cómo has dejado que ocurriera. Pero no te lo dicen porque quieran venderte algo. Te lo dicen porque les preocupa. (De verdad.)

- 10) *Los agujeros faciales.* ¡Maravilloso invento! Han acabado con la necesidad de asfixiarte con la almohada mientras estás tumbada boca abajo recibiendo un masaje en la espalda. Ahora te tiendes boca abajo, metes la cara en el agujero acolchado, ¡y respiras con normalidad! (No entiendo cómo nos las ingeniábamos antes; supongo que la muerte o una lesión cerebral por falta de oxígeno era el riesgo que corría cada vez que me daban un masaje en la espalda.) Solo existe una pega, y ojalá alguien me la hubiera comunicado la primera vez que utilicé uno de esos agujeros: la marca puede durar hasta una semana entera.

*Una versión de este artículo se publicó
por primera vez en Abroad, enero de 2004*

Mala salud

Casi toda mi vida he disfrutado de mala salud. La mayoría de los jueves pillo una infección de oído que precisa antibióticos, y soy propensa a contraer todo lo que corre por ahí —cada resfriado, cada virus—, a lo que generalmente logro dar mi toque personal. Puedo pillar un resfriado normal y, mediante astutos aditamentos, como una inflamación de garganta, convertirlo en algo realmente espectacular y rasposo.

Eso se debe a una combinación de factores:

- a) Me falta energía y mi sistema inmunológico es como un Ford Fiesta oxidado del 89.
- b) Soy una neurótica y una melodramática.
- c) Me encanta meterme en la cama con un montón de revistas y que la gente me traiga tostadas con queso y no poder protestar porque estoy enferma.
- d) Soy increíblemente sugestionable. Si me entero de que alguien se encuentra mal, empiezo a desarrollar los síntomas. Lo cual está bien si se trata de un estómago revuelto o dolores de parto, pero la cosa se complica cuando se trata de un testículo retorcido.

Si estoy muy atareada y estresada y me entero de que un amigo o un familiar está en cama con gripe, siempre me digo: «Caray, qué suerte». El caso es que pienso en la parte de «tumbada en la cama mientras alguien me trae tostadas con queso» y me olvido de la parte en que me encuentro fatal, hasta que llega.

Y entonces lo lamento. No me gusta encontrarme fatal, no me gusta nada, y al segundo día, si no he empezado a encontrarme mejor, me alarmo y una vocecita en mi cabeza me dice: «Aquí pasa algo». Esto no es una gripe normal, pienso. Es mucho peor. Podría ser neumonía. O tuberculosis. O cólera. Y si no me lo hago ver, podría morirme... (Ya os lo dije, una melodramática.)

Si intento expresar mis angustias tipo cólera a Él Mismo, este se echa a reír y me dice que viva la vida. El caso es que Él Mismo casi nunca enferma. Y cuando enferma me lo tomo fatal. Se supone que después de tanto subir y bajar escaleras para llevarme queso con tostadas a la cama yo debería estar más que dispuesta a

devolverle el favor. Pues no. Detesto que se encuentre mal porque eso no encaja en la forma en que hemos distribuido las características entre nosotros. Yo me pongo enferma y él repara cosas. Yo me pongo chicles de regaliz en los dientes y finjo ser un granjero de setenta años tratando de ligar con una jovencita de dieciocho y él corta el césped. Si empieza a invadir mi territorio y a contraer virus, existe el peligro de que yo tenga que pasarme a su terreno y empezar a ser útil.

En las raras ocasiones en que sucumbe a la enfermedad, yo me resisto a aceptar la situación. Esperad a que os cuente lo mala que puedo ser. Estábamos de vacaciones en un precioso hotel en Tailandia y Él Mismo sufrió una intoxicación. (Fue un poco raro, porque habíamos comido en los puestos callejeros de Bangkok, incluso de Vietnam, sin que nos pasara nada, y va y se intoxica en un hotel de lujo.) El caso es que una mañana despertó pálido, empapado de sudor y con terribles retortijones en la barriga y yo le dije que así nos sentíamos las mujeres cada mes y que ahora ya sabía lo que era. Luego le pregunté (con sarcasmo, claro) si quería que llamara a un médico y me llevé un susto de muerte cuando respondió que sí. Enseguida comprendí que se trataba de algo serio, porque los hombres siempre se resisten a ir al médico. Aunque se les haya caído una pierna, son capaces de soltarte: «Eh, que yo soy un tipo duro; además, casi nunca la uso». Y, si insistes, te dicen: «Maldita sea, deja de darme la lata. Estoy bien. Es solo una pierna, ¿vale?».

Corrí a recepción y, aunque el hotel no tenía médico, sí tenía enfermera. En diez minutos estaría con nosotros, dijeron.

Efectivamente, diez minutos más tarde sonó el timbre, abrí la puerta y tropecé con una nena de ojazos negros y cara de muñeca. La enfermera.

Parecía sacada de una película porno. Vestía una bata blanca muy corta y un gorrito ridículo encaramado a una larga y delicada melena azabache. Se acercó de puntillas a Él Mismo, le tomó una mano entre sus suaves manitas y le susurró dulcemente:

—Yo te curaré.

Él Mismo la miraba boquiabierto, como si se tratara de un ángel. Yo, entretanto, observaba la escena desde la puerta con cara de pocos amigos. La enfermera sacó una bolsita muy mona (que a mí me pareció un accesorio porno), extrajo un montón de cosas maravillosas —analgésicos, antibióticos, sueros y desintoxicadores— y ayudó a Él Mismo a tomárselas acercándole un vaso de agua a los labios mientras le sostenía la cabeza con su manita. Luego, tras una última caricia en la frente, se marchó flotando, dejando su aroma en el aire y prometiendo que volvería más tarde.

Tres horas después Él Mismo había experimentado una gran mejoría. Estaba tirado en la cama, viendo la CNN y fumando con aire taciturno (fue antes de que lo dejara: el tabaco, no el aire taciturno), con aspecto de estar recuperando rápidamente la salud. Entonces sonó el timbre.

—¡Es ella!

Él Mismo se enderezó rápidamente, apagó la tele y agitó las manos para dispersar la nube de humo. Luego se recostó de nuevo en las almohadas y puso cara de sufrimiento.

Sonrisitas entró de puntillas y volvió a obsequiarnos con su actuación, sosteniendo la cabeza y la mano de su enfermo, y cuando dijo que volvería más tarde me apresuré a contestar:

—¡Ya está curado!

—Pero... —dijo Él Mismo.

—Estás curado —le dije, y me volví hacia la enfermera—. Está curado.

¿Lo veis?, soy horrible. ¿No podía dejarle disfrutar un rato del papel de enfermo? Después de todo, le pasa de uvas a peras. Lo que me lleva a un detalle importante: el mito de que los hombres son estoicos, cuando en realidad no lo son. Los hombres son saludables. Las mujeres enfermamos mucho, de modo que nos lo tomamos con calma. Los hombres, en cambio, no están acostumbrados a enfermar y cuando enferman arman un gran revuelo.

Como aquella vez que mi padre ingresó en el hospital para que le pusieran una prótesis de cadera. Es una operación sencilla, aunque suene horrible, porque el paciente está consciente y oye cómo le sierran el hueso. (El simple hecho de escribirlo hace que sienta punzadas en la cadera.) Como es lógico, antes de ingresar papá estaba algo irascible y tuvo unas palabras acaloradas con Tadhg, al que prohibió que le cogiera el coche durante su encarcelamiento. (Tadhg acababa de obtener el carnet de conducir y se paseaba con una cafetera oxidada, la versión con cuatro ruedas de mi sistema inmunológico. Estaba deseando echarse a la carretera con el elegante coche de papá, pero este tenía miedo de que se lo dañara.)

Papá tuvo finalmente su operación y fue un alivio escuchar que todo había ido bien y que se estaba recuperando con rapidez. (Decidimos que no le haría ningún pero que ningún bien saber que Tadhg había encontrado las llaves y se estaba paseando con la joya y el orgullo de su padre por todo Dublín.) Pero al día siguiente, cuando Él Mismo y yo misma fuimos a recoger a mamá Keyes para ir a ver a papá al hospital, mamá estaba pálida.

—¿Qué pasa?

Sus palabras fueron como el golpe de una grapadora en mi corazón.

—El estado de tu padre ha dado un giro. Está muy grave. Ha pedido un abogado. Quiere cambiar su testamento.

Entumecidos los labios, solo logré farfullar:

—¿De dónde vamos a sacarlo?

—¿Qué me dices de Eileen? —preguntó mamá.

Eileen es una amiga mía. Es abogada, pero lleva casos importantes, como fusiones multimillonarias, no testamentos de poca monta. Así y todo, crucé unas palabras con ella por teléfono —estaba en una reunión— y salimos disparados hacia el hospital. Subimos a toda pastilla y echamos a correr por el pasillo, pero al llegar a la habitación de papá frenamos en seco. Teníamos miedo de entrar. ¿Y si ya había muerto? La puerta se hallaba entornada, así que introduje los dedos y la empujé suavemente. Tragué saliva y me obligué a entrar. Y allí se encontraba él. Sentado en la cama. Vivito y coleando.

En lugar de estar muerto, se estaba dando un atracón. Me pareció ver montañas de puré de patatas, unas chuletitas y un montón de guisantes.

¿Qué dem...?

—Papá —dije, casi con irritación—, pensábamos que te estabas muriendo.

—Ah, sí. —Rió a través de una boca llena de puré—. Fueron los calmantes.

¿Los calmantes?

Era alérgico a los que le habían dado. Le habían «sentado mal». Pero en cuanto le cambiaron la fórmula, experimentó una mejoría milagrosa.

—Genial —dije. Pero sin convicción.

Durante los primeros minutos, Él Mismo, yo misma y mamá Keyes nos sentimos algo desconcertados y nos costó estar amables con papá. Por lo que a hipocondríacos se refiere, reconozco que yo me llevo la palma. Hay pocas personas tan hipocondríacas como yo, pero ni siquiera yo habría confundido un estómago descompuesto con una muerte inminente. Durante algunos días felices me sentí maravillosamente no neurótica.

(Como P.D. de esta historia, la razón por la que papá había pedido un abogado era porque, en un momento de iluminación en su lecho de muerte, había decidido dejar su precioso coche a Tadhg, pero por una maravillosa yuxtaposición cósmica, Tadhg había estrellado el coche esa misma mañana.)

*Publicado originalmente en Marie Claire,
marzo de 2005*

Dilema capilar

Estoy enamorada de mi peluquero. Soy patética, lo sé, y quizá penséis que el tema os trae sin cuidado, pero seguid leyendo...

Llevaba mucho tiempo acudiendo a Jimmy, mi peluquero habitual, el cual hacía con mi cabello un trabajo excelente. Pero un día, cuando fui a la peluquería, no estaba allí. Sus pretextos habituales: volver a presentarse a los exámenes de taxidermia, rescatar a su hermana de los Moonies, presentarse a gobernador de California. No obstante, me dijo la recepcionista, tenían a un tipo igualmente bueno que podía atenderme. En mi interior saltaron de inmediato todas las alarmas.

Yo soy la clase de persona a la que siempre le encajan los inútiles. Tengo una cara redonda y cándida, y todo el mundo, desde las recepcionistas de las peluquerías hasta el personal de facturación de los aeropuertos, piensa de mí: «Nunca protestará. No solo tiene una cara redonda y cándida, sino que está gorda, lo cual la avergüenza y le mantiene la autoestima baja». Casi puedo ver su línea de pensamiento. Y tienen razón. Nunca protesto. Simplemente me trago la rabia y me provoqué agujeros en las paredes del estómago.

Me resigné a que me asignaran el peor peluquero del lugar, y, efectivamente, allí estaba, flaco como un fideo, de negro de los pies a la cabeza, con unas gafas negras y unos zapatos de un metro de largo tan puntiagudos que los últimos quince centímetros eran invisibles. Lo había visto antes en la peluquería. Cortaba y secaba el pelo con las gafas oscuras puestas y bailaba con gracia alrededor de sus clientas como si estuviera haciendo taichi acelerado. En otras palabras, un inútil donde los haya.

¡Genial!

Como siempre, me tragué la indignación, di otro chute a mis incipientes úlceras y puse una sonrisa en mi cara redonda, cándida e infeliz. Entonces el Inútil abrió la boca y dijo:

—Allo Merrrrrrreeeeannnnne. Soy Chrrrrrrristian.

¡Francés! ¡Era francés! ¡No era un Inútil! En un instante, todo cambió.

Antes de continuar debo aclarar que no soy de esas mujeres que se derriten por los franceses. Creo que no tengo la edad adecuada. Las mujeres como mi madre se

vuelven locas por ellos, pero mi generación se ríe de su acento meloso y sus cumplidos rimbombantes. Solo digo que el atuendo de rey del rock de Christian de repente adquirió sentido y experimenté un gran alivio.

Nos sentamos rodilla con rodilla y me trató con el mismo interés y la misma ternura que si me estuviera comunicando que tenía cáncer. Le expliqué lo que quería que le hiciera a mi pelo y a renglón seguido —y he aquí lo insólito— hizo exactamente lo que le pedí. Algo que no me ocurría ni con los mejores peluqueros. La culpa es mía. Es evidente que existe una laguna entre la imagen que tengo en mi cabeza y las palabras que empleo para transmitirla. No me funciona ni cuando llevo una foto y pido una recreación exacta. Pero Christian, como si tuviera un transmisor psíquico en la punta de los zapatos, entró en el fichero de mi imaginación, lo descargó y lo reprodujo con total precisión.

Estaba encantada, pero cuando volví a necesitar que me arreglaran el pelo, acudí a Jimmy, porque hay que hacerlo, ¿comprendéis? (He ahí la clave de mi dilema.) Sin embargo, al cabo de un mes Jimmy volvió a estar desaparecido en combate y, antes de que la recepcionista me asignara a otro peluquero, solicité rápidamente a Christian.

Una vez más, estuvo fantástico. Había quedado claro que si le pedía que me secara el pelo siguiendo el modelo exacto de la Estatua de la Libertad, lo haría sin hacer preguntas. Entonces —y aquí llega lo mejor—, a medio secado se detuvo, se quitó las gafas oscuras (para revelar unos preciosos ojos oscuros) y dijo:

—¿Te he tenido antes, verdad? ¿Hagá un mes, quisá?

Le contesté, con una risita, que, efectivamente, me había «tenido» antes y que gozaba de muy buena memoria. Dicho eso, me sostuvo la mirada a través del espejo un fracción de segundo más de lo necesario y murmuró:

—Solo a veces.

Hacía tanto tiempo que nadie coqueteaba conmigo que tardé unos instantes en comprender que eso era exactamente lo que estaba haciendo. Y, en cuanto me di cuenta, un intenso rubor me trepó por el pecho, el cuello y la cara hasta alcanzar las puntas de las orejas y las raíces del pelo, como el reventón de una presa. Casi pudo oírse. Pero Christian no estaba siendo sórdido o falso, sino simplemente... amable.

Toda nerviosa, llegué a casa y se lo expliqué a Él Mismo.

—Me hizo sentir hermosa.

Durante los días que siguieron hablé a todo el mundo de Christian. Era tan enriquecedor que deseaba que todos mis seres queridos se hicieran el favor de experimentar las delicias de sus atenciones. Al final obligué a Él Mismo a ir. Se

marchó casi llorando. Tiene pánico a los peluqueros. Pero cuando regresó —con un pelo precioso, por cierto— parecía bastante satisfecho. Durante las siguientes dos horas, un intervalo de tiempo sin precedentes, se estuvo mirando al espejo. En un momento dado, exclamó:

—Nunca lo había notado, pero soy bastante atractivo, ¿no te parece? —Y, avergonzado, confesó—: Me gusta más que Jimmy.

Lo que me conduce a mi problema. ¿Cómo rompes con tu peluquero? En el mundo occidental no existe un protocolo para terminar limpia y definitivamente una relación con alguien que no sea un amante. ¿Alguna vez se ha sentado alguien con una amiga para decirle dulcemente: «Antes lo pasábamos muy bien, pero ahora me aburro como una ostra contigo. Solo hablas de tus hijos. Voy a buscarme a alguien a quien le guste hablar de zapatos y *Gran Hermano*»?

Tampoco existe una fórmula para terminar con un dentista, un oculista o, en mi caso, un peluquero. ¿Qué se puede hacer? ¿Soltarles lo de «He conocido a otro»? ¿Lo de «No eres tú, soy yo»? Te tomarían por loca.

Mi única opción era el subterfugio. Deliberadamente, empecé a pedir hora los días que Jimmy tenía libre.

—¿Que Jimmy no trabaja ese día? Qué pena. En fin, ¿qué hay de Christian? ¿Está disponible?

Llegó el día, naturalmente, en que Jimmy me descubrió. Me había vuelto muy descuidada. Casi podría decirse que quería que me descubriera, harta ya de tanto engaño y disimulo.

No fue una experiencia agradable. ¿Cómo iba a serlo? Aunque supo ocultarlo, Jimmy se sentía dolido y humillado, y a Christian y a mí nos devoraba la culpa.

Todavía ahora descubro de vez en cuando a Jimmy mirándome con expresión dolida. Pero Christian es oficialmente mi peluquero, todo el mundo lo sabe. ¿Toda la angustia y preocupación? Decididamente, merecieron la pena.

*Publicado originalmente en Cara,
diciembre de 2003*

Espejito, espejito

Recuerdo la primera vez que me di cuenta de que mi cara no era la adecuada. Yo tenía seis años, un hermanito sonriente y mofletudo y una hermanita de ojos oscuros con cara de ángel, una auténtica belleza. Una prima lejana de mi madre que estaba a punto de casarse nos conoció y pensó que mi exquisita hermana sería un complemento adorable para su boda. Llevando la cola, por ejemplo, o como minidama de honor. A mí, como no era exquisita, no me necesitaba. Hasta que descubrió que mi hermana no solo era mona sino peligrosamente decidida (generalmente ambas cosas van juntas; ¿es que la fealdad nos vuelve mansos?) y no podía fiarse de que avanzara por el pasillo en el momento oportuno. Así pues, la prima lejana de mi madre creó para mí un puesto simbólico (llevando las flores, si no recuerdo mal, aunque en realidad hacía de gorila) para que mantuviera a mi hermana pequeña bajo control. Debí mandarla directamente al cuerno, desde luego, pero qué quieres, tenía seis años, había un vestido largo de por medio, iban a hacerme un moño, llevaría las flores...

Este episodio, aunque tremendamente ofensivo, no fue del todo una sorpresa. Antes de eso siempre había odiado que me hicieran fotos y hacía muecas horribles delante de la cámara porque pensaba que si me ponía superfea, la gente no se daría cuenta de la fealdad corriente y prosaica que se escondía debajo.

Solo Dios sabe de dónde me viene esa manía. He repasado mi vida con un peine de finas púas en busca del trauma, de ese momento en que empecé a odiarme, pero, para mi gran decepción, no he encontrado nada. Tuve una infancia totalmente estable y normal y solo yo soy responsable de las ideas que he generado sobre mi aspecto.

Cargué con ese odio hacia mi persona a lo largo de la adolescencia (¡aaarggh!) y la edad adulta, donde a veces amainaba pero sin llegar a desaparecer. Vale, no todo es culpa mía. Vivimos en una era obsesionada con la imagen y cada día nos bombardean con cánones de belleza inalcanzables. Adolescentes informes venden ropa para mujeres de treinta y tantos. La piel de las modelos se realza fotográficamente para que parezca translúcida, y les alargan y estrechan el cuerpo. No hace mucho, se dice que Cindy Crawford declaró: «Algunas mañanas, al despertarme, ni siquiera yo me parezco a Cindy Crawford». En mis días buenos sé que nada de eso es real, pero,

hasta en mis mejores días, no puedo evitar esforzarme. O, cuando menos, tener la decencia de sentirme fatal si no lo hago.

No he conocido a una sola mujer que esté totalmente satisfecha con su aspecto, siempre hay alguna cosa que le gustaría cambiar, pero a mí —y me sorprende reconocerlo— me disgusta casi todo del mío. No es que sienta rabia hacia mi aspecto, al menos no siempre, solo cuando estoy premenstrual o tengo que comprarme un vestido para una boda o encontrarme con alguien del colegio que ha tenido tres hijos pero sigue utilizando la talla 38...

A lo largo de los años he hecho suficiente terapia y he absorbido suficiente psicología popular para saber que nada de eso tiene que ver con mi aspecto, sino con cómo me veo yo. He aprendido que una gran parte de la «fealdad» está en la mente, que hasta a la gente que, objetivamente hablando, es deslumbrantemente bella le pasa, pero lo cierto es que hay un montón de cosas en mí que están mal hechas. Algunas personas se quejan de tener las orejas grandes y salidas. De hecho, una buena amiga mía (una ricura, antes y ahora), a los doce años se pasó un mes pegándose las orejas a la cabeza con celo todas las noches. Luego lo dejó, pues recuperó la cordura al mismo tiempo que se le agotó el celo. Pero yo no tengo las orejas salidas. Lo mío es peor. Tengo *una* oreja salida.

Exacto, solo una. La otra oreja es pequeña, compacta y plana. Descubrí la disparidad cuando tenía catorce años y me estaba examinando en el espejo (era una adolescente, no hacía mucho más en todo el día). En un momento dado, el pánico se apoderó de mí. ¿Dónde tenía la otra oreja?

Así pues, no puedo llevar el pelo corto ni apartado de la cara porque mi gran asimetría auricular resulta irrisoriamente obvia. De hecho, durante otra intensa inspección adolescente, descubrí que toda mi cara es asimétrica. Por lo general, en la vida real consigo disimularlo si estoy todo el rato hablando animadamente y no dejo que mi rostro se sosiegue. Pero en las fotos, cuando mi imagen aparece congelada, la espantosa verdad se hace patente y parezco una pintura de Picasso en su período cubista. (No estoy buscando compasión, pero, debido a mi trabajo, han de hacerme muchas fotos y no imagináis la de horas que derrocho con los fotógrafos manipulando focos, objetivos y ángulos, pero por mucho que manipulemos siempre acabo pareciéndome a Dora Maar.)

Y eso solo de cuello para arriba. No me hagáis empezar con el resto. Mi cuerpo es un campo de batalla y tengo un par de «amigas» a las que estoy evitando porque lo primero que hacen al verme es «pesarme» con su mirada taladradora y mordaz. Ya

me juzgo lo bastante a mí misma para aceptar que lo hagan otros. (Creo que eso es algo bueno, un signo de madurez.) Creedme, sé muy bien cuándo estoy engordando, que suele coincidir con las ocasiones en que respiro. El caso es que me hallo en un dilema, pues cuando estoy angustiada y triste como dulces, pero cuando estoy tranquila no voy al gimnasio. ¿El resultado? Un contorno en constante crecimiento, hasta el punto de que comprar ropa se convierte en un tormento. Me encanta la ropa, sobre todo la que intentan venderme las informes de dieciséis años, pero regreso de mis compras enfurecida y avergonzada por lo mal que me queda. Las únicas ocasiones en que regreso contenta a casa es cuando me he probado cosas en tiendas con espejos inadvertidamente inclinados hacia delante que le quitan cinco kilos a mi silueta. Idiota de mí, creo lo que veo, hasta que me pruebo las prendas frente a mi espejo imperdonablemente recto. (Llevo tiempo queriendo empezar una campaña contra el timo de esas tiendas. ¿Alguien se apunta? ¡Asaltemos los probadores!)

El sufrimiento que me produce mi aspecto se parece un poco a una gripe. Puedo funcionar satisfactoriamente durante un tiempo sin apreciar los síntomas, hasta que estos me golpean como una tonelada de ladrillos. Hace un par de años me asaltó súbitamente mi viejo problema, y una amiga me sugirió que probara el hipnotismo. Ella había visto a un hipnotizador y había salido una hora después rebosante de confianza, autorrespeto y paz interior. Enseguida pedí una cita. Pero mi terapeuta era otra y cuando llegué a su despacho, en lugar de tumbarme en un diván y decirme que tenía sueño, me sentó en una silla y me preguntó sobre mi relación con mi padre. Inquieta, le dije que había venido por lo del hipnotismo, el arreglo instantáneo, no para otra tanda de psicoterapia. La mujer me contestó que los arreglos instantáneos no existían y que, hasta que lo supiera todo sobre mí, no podría ayudarme. En ese momento casi me eché a llorar. Entonces me levanté para irme, con tal malhumor encima que la mujer accedió a probar un poco de hipnotismo. Todavía sentada en la silla, cerré los ojos mientras ella recitaba: «Estás bajando, bajando, cada vez más. Bajas, bajas, bajas cada vez más. Sigues bajando bajando bajando». Llegados a este punto, abrí los ojos de par en par y tuve que hacer un gran esfuerzo para no levantarme de un salto con mi guitarra aérea y cantar esa canción de Status Quo. («Down, down, deeper 'n' down. Nerner-ner-ner!» ¡Mueve esas greñas, nena!)

En fin, que el hipnotismo no funcionó y, paradójicamente, el asunto ha ido perdiendo peso con los años. Y no solo porque pienso que cuando sea mayor a la gente no le importará mi aspecto y estará mucho más interesada en mi personalidad. (Es cierto que a veces tengo la tentación de mentir sobre mi edad. Si le digo a la gente

que tengo cincuenta y dos en lugar de treinta y nueve, pensarán que estoy estupenda. Puede que hasta digan: «No tiene mal tipo para una cincuentona». Vaya, que el contexto lo es todo.)

Puede decirse que ya he derribado a mis demonios internos. Quizá se deba a toda la terapia que he hecho o a que por fin estoy madurando. Después de todo, la obsesión por el aspecto personal es bochornosamente adolescente, y la verdad es que con el tiempo acaba una por aburrirse. Por no mencionar el tiempo que te roba. Francamente, estos días estoy demasiado ocupada para hacerle un hueco a la tarea de detestarme.

El contacto constante con mis limitaciones me ha llevado a un punto en que puedo ver fotos mías, comentar despreocupadamente «Dios, estoy horrible» y seguir adelante con mi vida. Y cada vez me resulta más fácil concentrarme en mis cosas buenas. (Ejemplos: suelo comprar *The Big Issue*, soy amable con los animales pese al miedo que me dan, nunca he pegado a un fotógrafo y le deseo lo mejor a Cindy Crawford.)

Aunque lo más importante es lo que mi madre me dijo un día después de someterla a una vehemente perorata sobre mis velludas piernas. Escuchó pacientemente, asintió solidariamente y respondió:

—Al menos tienes piernas.

Por supuesto, tiene razón.

*Publicado originalmente en Woman and Home,
mayo de 2003*

Falso moreno

La mejor noticia que he recibido en los últimos años ha sido que ya no tenemos permitido tomar el sol. Nunca me gustó. Me parecía un rollo eso de permanecer tumbada con el sudor corriendo por mi pelo, sin poder hablar con la gente que me acompañaba porque eran unos fanáticos del astro rey que creían que la conversación anulaba la acción de los rayos solares. En fin, que tomar el sol nunca fue mi fuerte. Creo que soy la única persona del mundo que tiene un tipo de piel diferente en cada parte del cuerpo, y así es como absorbía el sol: pies - tono dorado; barriga - caoba; espinillas - rosa pálido; cara - blanco azulado con una capa de pecas. La guinda del pastel: nariz tan roja como la de un payaso. Después de pasar dos semanas al sol parecía una colcha de *patchwork*.

Pero ahora, por cortesía del agujero de la capa de ozono, me he liberado. (Como podéis ver, los desastres ecológicos no siempre traen cosas malas.) Y aquí es donde entran los bronceados falsos. (Salvo que ya no podemos llamarlos «falsos». Se trata de «autobronceados» o bronceados «sin sol».) No obstante, autobroncearse no siempre es tarea fácil. Reflexionemos sobre lo siguiente:

¿Qué odias más?

- a) el espantoso olor
- b) la maldición de la palma naranja
- c) el efecto «teñido veteadado» en los talones
- d) la hora bailando en cueros a la espera de que la piel se seque
- e) las imborrables manchas marrones en la ropa y las sábanas
- f) todo lo anterior

Si no os importa, volveré a lo del olor espantoso. La primera vez que «me lo hice», me fui a la cama y a medianoche desperté aterrorizada, preguntándome de dónde provenía la incalificable peste. ¿Podía ser el demonio? Pero ¿el demonio no iba precedido de un olor parecido a la caca? Temblando de miedo, levanté la sábana esperando ver unos ojos rojos como brasas y una gruesa cola ahorquillada y descubrí que el hedor no era otro que el que emanaba de mi cuerpo recién bronceado. De unos

años a esta parte las compañías de cosméticos se han esforzado por atenuar el feroz tufo y ahora hay marcas que hasta aseguran tener un «aroma agradable». Y tienen un aroma agradable. Pero eso es «además de», eso es, junto con el desagradable aroma que caracteriza a todos los autobronceadores.

Yo he cometido todos los errores que se pueden cometer con los bronceadores sin sol.

Error elemental número uno: tener una prisa loca por broncearme y suponer que una capa gruesa es tan eficaz como varias capas finas. Me brotaron cuarenta tonos de naranja y no pude salir de casa en una semana.

Error elemental número dos: creer las promesas de los vendedores, a quienes solo preocupa la comisión y les trae sin cuidado tu bronceado. No lo avergonzaré dando su nombre, pero un exuberante mariquita me convenció en Los Ángeles para que me gastara un montón de pasta en su marca. Él mismo la utilizaba, me dijo. Persuadida por su cara de tanguista, aflojé el bolsillo, pero cuanto conseguí fue una dosis ligera de vetas y las palmas más naranjas que he visto en mi vida; de haberlas levantando, se habrían visto desde el espacio. Aprendí dos lecciones importantes de este trágico encuentro. Una, la existencia de los guantes quirúrgicos. No solo te ahorrarás la maldición de las palmas naranjas, sino que podrás vivir un instante de *Hospital Central* en el momento de ponértelos. Dos, que la misma marca no funciona igual con todo el mundo.

Error elemental número tres: decidir hacerlo correctamente. Yo solía ponerme una capa finísima y le daba mucho tiempo para que se secara antes de la siguiente aplicación. Lo malo es que se convirtió en una obsesión que, en cierto modo, se apoderó de mi vida. Aplicaba una capa, hacía un poco de danza libre a la espera de que la piel se secara y luego aplicaba otra capa y bailaba un poco más, y si el color todavía no había brotado, me aplicaba otra. En un momento dado el producto final dejó de tener importancia, lo importante era el hecho de hacerlo (que es como los gurús de la autoayuda nos dicen siempre que tenemos que vivir la vida).

De modo que ahí estaba yo, bailando, tarareando y pensando en cosas agradables—incluso me había procurado un vaporoso pañuelo rojo para hacerlo flotar sobre mi cabeza—, cuando Él Mismo entró en la habitación y gritó:

—¡Santo Dios!

Pensaba que era por la danza libre y me detuve en seco, algo abochornada por lo del pañuelo.

—Ve a mirarte —me dijo—. ¡Ve a mirarte!

Así que fui a mirarme y, en lugar del radiante tono dorado que estaba esperando, tropecé con un desagradable caoba que sin duda me llegaba hasta los órganos internos. Una vez más, no pude salir de casa en una semana. A nadie le gusta que los desconocidos lo humillen en la calle gritando: «¿Quién se ha bebido el autobronceador?».

Error elemental número cuatro: el barro y cómo funciona. En los días delirantemente felices en que escribía mi columna sobre maquillaje, me invitaron a hacerme el barro. Así pues, me personé en la habitación de un hotel, me desnudé y me tumbé en una camilla, donde una chica encantadora me untó el cuerpo con un barroapestoso; luego me retiró parte del barro con una esponja vegetal y, por último, me dijo que me levantara y me vistiera.

Cuando le señalé que todavía tenía barro en el cuerpo, contestó que claro, que así debía ser, que todo el mundo lo sabía, pero que podría quitármelo con agua por la mañana.

—Como es lógico, esta noche dará un poco de asco —dijo—, pero mañana por la mañana, después de ducharse, tendrá un bronceado fabuloso.

—Qué bien —respondí.

La chica pareció percibir cierta preocupación en mí.

—No tenía planeado salir esta noche, ¿verdad?

—No, qué va. —Solo al cumpleaños de mi madre.

—Será mejor que no se ponga las botas ni las medias, porque entorpecen el proceso del bronceado. Conduzca descalza.

Contemplé por la ventana esa noche de marzo. Llovía a cántaros y hacía un frío que pelaba.

—Vale.

De modo que me marché y la suerte quiso que la policía estuviera haciendo controles aleatorios en la carretera de Booterstown. Bajé la ventanilla y vi que la cara del poli retrocedía cuando le llegó el olor.

—Permiso de conducir, por favor.

Se lo tendí, pero era evidente que el olor lo estaba alarmando, de modo que tuvo una queda charla con su colega y el resultado fue que me pidieron que bajara del coche. Descalza. Traté de explicarles lo del bronceado falso, pero me ordenaron que abriera el maletero, presumiblemente para comprobar que no llevaba unapestoso cadáver dentro.

Me retuvieron durante una eternidad, buscando en su reglamento alguna razón para

detenerme. No estaba incumpliendo ninguna ley, pero sospechaban de mí.

Finalmente me dejaron ir y, cuando llegué al restaurante para celebrar el cumpleaños de mamá, causé cierto alboroto. Como si el olor no me estuviera haciendo lo bastante impopular, algunos trocitos de barro de mi cara estaban poniéndose negros y verdes y cayendo en mi plato. Parecía la víctima de un incendio.

Debo decir, no obstante, que al día siguiente, cuando me retiré el barro con agua, tenía un precioso e intenso bronceado. ¿Y no se trataba de eso?

*Publicado en Marie Claire,
septiembre de 2005*

Adiós a la ansiedad

Me preocupo, luego existo, y en mi esfuerzo constante por controlarme he probado muchas cosas: reiki, terapia craneosacral, hipnoterapia, yoga y comunicación con los ángeles.

Nada de eso me ha ayudado, al menos durante un período de tiempo aceptable, aunque debo decir que el reiki sí produjo una reacción en mí. Cuando salí de la clínica, sentí un arrebato de ira que casi me tiró al suelo delante de la trayectoria de un Saab. ¿Se había liberado una ira con décadas de antigüedad? ¿O simplemente me sentía superestafada por haberle dado ochenta libras a alguien para que me tumbara en una camilla y le mascullara a mi cabeza y mis pies? Quién sabe.

El caso es que, no hace mucho, tres personas por separado me aconsejaron que probara la meditación.

Una de ellas era un reflexólogo dulce y amanerado que me dijo que debía imaginarme que era un huevo dorado (mmm, ¿por qué?), de modo que, como es lógico, enseguida descarté su consejo. Pero la segunda era una de las criaturas humanas más bellas que conozco. La llamaremos Judy. (Es su nombre.) Hace muchos años que medita.

Y la tercera era un especialista que me estaba tratando una dolencia maxilar que yo misma me había generado por apretar constantemente la mandíbula a causa de la ansiedad.

El hecho de recibir el mismo consejo de tres personas tan dispares me dio que pensar. De repente me gustó la idea de ser una persona que meditaba y enseguida me puse a probar diferentes versiones de mí misma a las que preguntarían: «Marian, ¿por qué eres una persona tan serena?». Y yo contestaría: «Porque medito. La meditación es parte de mi vida. Pero no por eso he de llevar sandalias y greñas, como puedes ver».

Sonreiría con ironía y complicidad. Me invitarían a muchas comidas benéficas. Y seguiría llevando tacones muy altos y brillo de labios.

Entonces me enteré de que el tiempo de meditación recomendado era de veinte minutos, dos veces al día, y me indigné. ¡Veinte minutos! ¿Dos veces al día? ¿De dónde iba a sacar veinte minutos dos veces al día? ¡Estoy demasiado ocupada!

Poco importaba el hecho de que pudiera pasarme tranquilamente veinte minutos examinándome la espinilla, pinzas en mano, en busca de pelos encarnados. (¿Me estoy yendo por las ramas? ¿No? En ese caso, permitidme que siga.) Esas (venturosas) mujeres de suaves piernas que nunca se han depilado con cera no saben de qué estoy hablando, pero el hallazgo y la extracción de los pelos que crecen hacia dentro es el premio de consolación de las mujeres de piernas velludas. El placer que produce es indescriptible.

El caso es que me comprometí a meditar una vez al día. Comprometerme a dos sesiones diarias habría sido como comprar un juego entero de palos de golf antes de recibir mi primera clase de golf. (O eso me dije.)

¿Y cómo debía hacerlo? Primero, necesitaba algo que me indicara que los veinte minutos habían pasado, de modo que me agencié el cronómetro de la cocina de la Oveja Shaunie. Luego, por lo visto, se ha de pronunciar un mantra. El más famoso es «Om». Pero ¿cómo tenía que decirlo? ¿Como «om, om, om, om, om, om, om, om, om...» y así indefinidamente? Vaya, como el ruido que hacen los pies de los soldados al desfilar. ¿O en plan «ooooooooooooommmmmmmmm»? Lo que me angustiaba enormemente, como cuando tengo que contener la respiración debajo del agua. ¿Cuánto tenía que durar cada «om»? ¿Cuándo podía parar y pasar al siguiente?

Se lo pregunté a la encantadora Judy, que me dijo que no estaba obligada a pronunciar «om» si no me iba bien. Si lo prefería, podía meditar siguiendo el ritmo de mi respiración. O contando hasta cuatro, luego bajando y empezando de nuevo. También había unos mantras arameos y sánscritos que podrían servirme.

Elegí una palabra aramea de cuatro sílabas y cada día le digo a Él Mismo: «No estoy para nadie durante los próximos veinte minutos. Voy a meditar». Y pienso que molo.

Entonces me siento en mi silla especial, en mi habitación especial (la de invitados), y enciendo mi vela especial (lima de Jo Malone), giro veinte minutos la cabeza de Shaunie —como retorcerle el cuello a un pavo— y pienso: «¡Dios, soy fantástica! Bueno, y ahora, a meditar un poco. Ahí vamos. Venga, medita, medita, medita... ¡Ostras, se me olvidó llamar a la mujer de las plantillas! La llamaré en cuanto termine la meditación. Pero ¿qué decía su mensaje? ¿Que no estaría localizable en toda la mañana? Bueno, probaré esta tarde, si me acuerdo. Ostras, debería estar meditando. Concéntrate, concéntrate. Bien, me estoy concentrando. ¿Qué cenaremos esta noche? La ensalada ya debe de estar pasada, la compramos el lunes...».

Y si paso más de tres segundos sin pensar en algo que tengo que hacer (o comer),

de repente pienso: «¡Caray, mírame, estoy meditando! Estoy meditando de verdad». Y entonces, naturalmente, dejo de meditar.

Quizá parezca fácil, quizá penséis que solo hay que sentarse en una silla y cerrar los ojos durante veinte minutos, pero esto de la meditación es algo muy difícil. ¡Y muy largo! Mientras la pobre carita de Shaunie va recuperando su posición natural, cada minuto de meditación es como un minuto en la Línea Norte.

Así y todo, tres meses después sigo en ello. Es posible que esté algo más tranquila. Lo cual me preocupa un poco. Si dejo de angustiarme, ¿a qué me dedicaré?

*Publicado originalmente en Marie Claire,
febrero de 2005*

DE MUJER A MUJER



El poder del hombre

Cuando conocí a Él Mismo, tenía un estupendo empleo —coche de la empresa, plan de jubilación, respeto a regañadientes de su personal—, en fin, el lote al completo. Yo, por el contrario, estaba mal pagada y no tenía ambiciones. Después me publicaron un par de libros y, contra todo pronóstico, empecé a ganar más que él. En cuanto me fue posible abandoné mi empleo para dedicarme de lleno a la escritura y descubrí que dicha actividad implicaba tanto papeleo que necesitaba, a tiempo completo, un secretario/botones/persona amable que me tomara la mano y me dijera que no soy una mierda. Él Mismo se licenció en Cambridge, sabe hacer mentalmente sumas difíciles y conoce el significado de la palabra «ataraxia». Así y todo, pasó a convertirse a tiempo completo en ese secretario/botones/persona amable que me toma la mano y me dice que no soy una mierda y renunció a su empleo, despidiéndose del coche, el dinero y el respeto a regañadientes de su personal. Muy pronto sus días consistieron en una sucesión vertiginosa de llamadas y carreras a las cinco de la tarde calle abajo para recoger la correspondencia de última hora. En otras palabras, le arruiné la vida.

Nuestra situación no es tan inusual: desde tiempos inmemoriales el cónyuge inteligente ha renunciado a sus ambiciones para dirigir la casa y favorecer la carrera de su pareja, quizá no tan inteligente pero sí mejor pagada. Hasta hace poco, no obstante, casi siempre eran las mujeres las que se sacrificaban, a veces con justificado resentimiento y amargura.

Ahí está Hollywood. ¿Cuántas historias hemos oído de mujeres que ponían en suspenso sus propias ambiciones para respaldar a su marido actor durante los primeros y difíciles años de carrera? (Para ser abandonadas cuando el dinero empezaba a llover. «Un millón de gracias por trabajar en tres empleos de mierda mientras yo acudía a las pruebas. Me largo con esa anoréxica de las tetas falsas y los labios de neumático, pero siempre hablaré con cariño de ti en las entrevistas de *People*.»)

¿Son mejores las cosas fuera del mundo hollywoodiense? La verdad es que no. Muy de tarde en tarde los hombres, si se han tomado unas copas, su equipo ha ganado y se sienten benignos, dejan que una mujer o dos asciendan a puestos de importancia en el lugar de trabajo. Solo por la novedad, naturalmente. Es como comprarse una

mascota. Y si creéis que exagero, echad un vistazo a la sección de primera clase de cualquier avión: es impresionante la de testosterona de traje gris que se pasea por ella.

No obstante, en alguna rara, rarísima ocasión, la mujer tiene tanto más éxito que su cónyuge masculino que el hombre asume el papel de esposa y se convierte en amo de casa.

Y eso a los hombres no les gusta, o por lo menos así debería ser. La norma dice que los hombres son los cazadores recolectores y que si a sus esposas les sobra tiempo para ayudarlos a recoger bayas, bienvenidas sean, pero nunca deben olvidar quiénes son los verdaderos proveedores o de lo contrario nos castigarán volviéndose refunfuñones e impotentes.

Pregunté a mi hermano Niall si le gustaría ser amo de casa y me contestó que le encantaría: podría jugar al golf y divertirse mientras otro se encargaba de ir al trabajo, soportar el estrés y conseguir la pasta. Pero cuando le planteé que él se encargaría de cuidar a los hijos y hacer la cena, desapareció detrás del periódico y murmuró: «Y un cuerno».

Lo curioso es que cuando la gente promete que permanecerá junto a su cónyuge «en la riqueza y en la pobreza», la parte que más inquieta es la de «en la pobreza». A nadie se le ocurre que lo de «en la riqueza» pueda ser un problema.

Conozco a una escritora que recibió uno de esos anticipos que, según sus palabras, «te cambian la vida». Por desgracia, se la cambió, porque seis meses después su marido se largó de casa. ¿Quién dice, no obstante, que la pasta fue la razón de su huida? Para ser franca, dicha escritora tiene bastante de Madeleine Bassets (chica supersentimental de las novelas de P. G. Wodehouse), y si yo hubiera estado casada con ella, también me habría ido. (Toda esa palabrería de que cuando un ángel llora nace una estrella es capaz de ahuyentar a cualquiera.)

Conozco a otra escritora que recibió un anticipo lo bastante generoso para tener a su familia disfrutando de iPods y vacaciones en la nieve durante años, pero su marido sigue trabajando de sol a sombra y ahora ella lo ve menos que nunca.

Sea como fuere, cuando Él Mismo se convirtió en mi secretario yo sabía lo importante que era que conservara su amor propio. De modo que, al poco tiempo de embarcarnos en nuestro nuevo acuerdo, una amiga preocupada me llevó a un lado y me aconsejó que la próxima vez que quisiera que Él Mismo me trajera algo de comer, quizá debería abstenerme de golpear el suelo del dormitorio con un bastón y gritar: «¡Eh, tú, súbeme más patatas! ¡Doble ración!».

Pero hay cosas que yo no puedo evitar, como que llamen a Él Mismo señor Keyes

(no es su apellido, sino el de mi padre). De hecho, hay gente que ni siquiera es capaz de acertar con su nombre. Durante los últimos meses Él Mismo (alias Tony) ha sido John, Tom y Joe. Existe confusión incluso en lo referente a su profesión: en un artículo de una revista le atribuyeron la condición de psiquiatra (y quizá lo sea, puesto que tiene que tratar conmigo todos los días) y en otro de «dentista». Él Mismo, sin embargo, no reacciona paseándose furibundo por la habitación, pidiéndome que escriba al editor y exija una retractación. A él lo trae sin cuidado porque sabe quién es. (Estoy haciendo que parezca un santo y corriendo el riesgo de que me golpee la Maldición de la Petulante. Seguro que dentro de dos semanas lo pillan en algún callejón oscuro recibiendo una paja de un transexual.)

Pero lo más gracioso es que las mujeres no siempre se sienten cómodas con la modesta posición de Él Mismo. Las periodistas le preguntan a menudo qué «hace» y él responde, orgulloso: «Soy sirviente». Y, por increíble que parezca, cuando se publica el artículo no dicen que es mi «sirviente» ni mi «compañero», sino mi «mánager».

¿A qué viene todo eso?

Y, siguiendo con el tema, la tensión que genera el éxito desproporcionado de la mujer se dispara cuando aparecen los hijos. Conozco a una pareja donde la mujer es una abogada de gran prestigio y el compañero instala cocinas. Hace poco su bebé fue hospitalizado y el hombre se negó rotundamente a dejar el trabajo. De hecho, llegó a decir —por increíble que parezca—: «No puedo fallarle a mi jefe». Todavía existe la extraña convicción de que los hijos enfermos son responsabilidad de la mujer. Aunque ambos cónyuges trabajen, casi siempre es la mujer la que se levanta por la noche si el niño ha vomitado encima de su pijama de Beatrix Potter.

Pese a nuestros mejores esfuerzos, Él Mismo y yo misma no tenemos hijos y a estas alturas no parece probable que vayamos a tenerlos. Pero, en los tiempos idílicos en que estuvimos «intentándolo», considerábamos la disparatada posibilidad de tener al menos cinco. Tres niñas, dos niños. Yo aceptaba que me tocara estar embarazada nueve meses —algo que mi cónyuge no podía hacer por mí—, pero el plan era que Él Mismo se encargara del cuidado de la criatura en cuanto asomara la cabeza.

Yo volvería de inmediato al trabajo en algún lugar remoto de la casa —o insonorizado, en el caso de que la casa no fuera lo bastante grande para tener lugares remotos—, mientras él se dedicaba a hacer de mamá. Comentábamos en broma que yo aparecería una vez que mis cinco retoños estuvieran bien aseados y listos para la inspección, y que me pasearía entre ellos como hace el príncipe Carlos cuando recibe

y saluda al personal de una fábrica de cojinetes. De vez en cuando me dignaría inclinarme para preguntar: «¿Y cuál de mis vástagos eres tú?». Cuando me hubiese alejado, uno de los pequeños preguntaría lastimeramente: «Papá, ¿quién era esa señora tan rara?». Y él respondería: «Tu mamá. Tienes que recordarla, la viste en otra ocasión».

Sea como fuere, los bebés nunca llegaron, pero estoy segura de que por muy insonorizado que estuviera mi despacho, intuiría si mis hijos lloraban y no podría evitar correr a atenderlos. Otra escritora que conozco se halla exactamente en esa situación. Trabaja en casa y su marido cuida de los hijos, pero no puede evitar intervenir cuando están afligidos. ¿Instinto maternal o naturaleza controladora? En ambos casos constituye un problema.

Hace poco, una periodista describió a Él Mismo como «el hombre perfecto», y no porque se acostara con él —o por lo menos eso creo—, sino por haber aceptado asumir el papel de asistente en nuestro acuerdo. No puedo negar que le estoy profundamente agradecida y que lo admiro, pero —y con el debido respeto a Él Mismo— se trata de algo que las mujeres siempre han hecho. Está claro que los hombres dispuestos a desempeñar un papel secundario con respecto a sus prósperas compañeras todavía son vistos como novedades fascinantes —y he aquí lo delicado— no solo por los hombres sino también por las mujeres.

Sé que aún es el principio, pero las mujeres nunca convencerán a los hombres de que dicha situación no es nada del otro mundo si insisten en llevarlos sobre los hombros entre ovaciones, metafóricamente hablando, cada vez que ganen menos que su compañera y no se enfurruñen ni se vuelvan impotentes por eso. Si actuamos como si fuera algo normal, quizá se convierta en algo normal.

*Publicado originalmente en The Guardian,
septiembre de 2002*

Diciembre

Lo único que digo es que en aquel entonces me pareció acertado. Quizá no todo el mundo piense que casarse el 29 de diciembre sea una decisión inteligente, pero tenéis que escucharme. Yo vivía en Londres pero iba a casarme en Irlanda. Una gran parte de los invitados irlandeses residía igualmente en Londres pero tenía planeado pasar la Navidad en Dublín. Así pues, iba a ahorrarles un viaje.

Y, tratándose de Irlanda, era muy probable que el tiempo resultara igual de agradable en diciembre que en agosto. Por desgracia, no fue así y dos días antes de la boda, el día que la mayoría de los invitados británicos (entre ellos mi futuro marido, o sea, Él Mismo) debía volar a Dublín, el tiempo dio un violento giro. Todos los vuelos procedentes de Reino Unido se retrasaron y las primeras semillas de pánico brotaron en mi estómago: «Es un mal presagio. Él Mismo no vendrá. Me dejará plantada en el altar».

Nunca había sido una de esas mujeres que anhelaban una gran boda blanca, planificar el vestido, las damas de honor, la alianza, etcétera. Cuando pensaba en una boda tradicional, la única imagen que me venía a la cabeza era la de mi padre y servidora en un Rolls-Royce blanco, dando vueltas a la manzana, esperando a un novio que ya se encontraba volando a Río. Cada vez que nos acercábamos a la iglesia, el acomodador nos gritaba: «¡Una vuelta más! ¡Denle otra oportunidad!».

Entonces Él Mismo telefoneó para decir que su avión había aterrizado en Dublín pero que se quedaría en el aeropuerto para esperar a Guy, su padrino, que estaba a punto de llegar en otro vuelo. Pero el tiempo pasaba y Él Mismo no aparecía y yo no podía telefonarle porque nueve años atrás solo los idiotas tenían móvil. Mi histeria iba en aumento, sobre todo porque teníamos el ensayo en la iglesia esa misma noche.

—Es un mal presagio —anuncié—. No se casará conmigo.

—Está en el país —me decía la gente—. Claro que se casará contigo.

—Probablemente ahora mismo —respondía yo— esté comprando un billete a Río.

Él Mismo llamó para decir que el vuelo de Guy había sufrido mucho retraso pero que estaba a punto de aterrizar y que no tardarían en llegar. Cuando nos preparamos para ir al ensayo, no obstante, seguían sin aparecer. Entonces llamaron a la puerta y

casi vomité de alivio. Mas no era él, eran mis amigos Laura y Bruce, quienes, al ver el penoso estado en que me encontraba, decidieron acompañarme a la iglesia.

En el coche, con una voz que rayaba en la histeria, expuse mi postura.

—Fui una idiota al pensar que podía pescar a un hombre tan encantador como Él Mismo. Todas mis relaciones han sido un desastre y, teniendo en cuenta mi historial, soy la persona idónea para que la dejen plantada. Llevo la palabra «plantada» escrita en la frente. Claro que, algún día, nos reiremos de lo ocurrido. Sería un título genial: «Dos días antes de la boda mi prometido huyó a Río».

—¿Por qué tiene esa obsesión con Río? —oí murmurar a alguien.

—Apuesto a que ahora mismo —continué— está subiendo al avión que va a Río.

—No hay vuelos directos a Río desde Dublín —puntualizó mi padre, como si eso fuera un consuelo.

En la iglesia mi madre me dio una cápsula amarilla y blanca —miembro de la familia Valium— y me «casé» con Bruce.

Justo en el momento en que terminaba la «ceremonia», Él Mismo irrumpió en la iglesia cual estrella de cine, alborotado el pelo y empapado el abrigo, y me tomó en sus brazos.

—No te has ido a Río —dije, sorprendida.

—Los vuelos estaban llenos —respondió.

Pero lo mejor de sufrir un colapso dos días antes de mi boda fue que el día en cuestión estaba increíblemente serena. Ya había descargado toda la tensión. Fui a mi peluquero del barrio para que me hiciera un complicado moño de flores. (Sé que hoy día artistas del maquillaje y la manicura acuden a casa de la novia para embellecerla, pero nueve años atrás todo era más casero.)

Mi peinado requirió mucho tiempo, más del que había previsto, y sin embargo no perdí la serenidad. Ni siquiera cuando la señora Benson, madre de mi amiga Suzanne e invitada a la boda, introdujo la cabeza debajo de mi secador y dijo, extrañada: «Es hoy, ¿verdad? Porque si es hoy, te casas dentro de una hora».

Salí de la peluquería dispuesta a tomar un taxi, pero, como una carroza mágica, mi autobús local, el 46A, se detuvo justo delante de mí. Me subí, me dejaron pasar sin pagar y, diez minutos más tarde, me bajaba en la parada de mi casa con las felicitaciones de los pasajeros todavía resonando en mis oídos.

Llegué a casa a las 13.50, me casaba a las 14.30 y seguía serena. Mis hermanas — mis dos damas de honor— estaban histéricas, peleándose por el espejo. En silencio, sin molestar a nadie, me vestí y me maquillé. Ayudé a mi hermana con la cremallera

y, después de muchas subidas y bajadas, todo el mundo se marchó de casa y se hizo el silencio. Quedábamos únicamente papá y yo, con el elegante coche esperándonos fuera, y uno de los dos dijo:

—Será mejor que nos pongamos en marcha.

La ceremonia y el enlace y todo eso fue precioso. Solo después, cuando tuvimos que salir para las fotos, el tiempo representó de nuevo un problema. Hacía un frío indescriptible, tanto que pensé que iba a nevar —lo que habría quedado muy bonito en las fotos—, pero un amigo de mi padre dijo: «Hace demasiado frío para que nieve». Se sumaron otros hombres, que examinaron el cielo y opinaron: «Demasiado frío para que nieve, diría yo». La verdad, una de las afirmaciones más extrañas que he oído en mi vida.

Mi vestido era de raso fino y, unos meses antes, cuando me lo estaban diseñando, había considerado la posibilidad de hacerme una capa corta de pelo blanco y un manguito a juego, pero finalmente decidí que no merecía la pena, convencida de que el amor me mantendría en calor. Pero me equivocaba. En mi vida he pasado tanto frío. Al final tuve que suplicar al fotógrafo que dejara de hacernos fotos al raso a Él Mismo y yo misma.

La foto colectiva en los escalones de la iglesia muestra una alineación de invitados incompleta porque el fotógrafo se pasó tanto rato jugando con la luz y la perspectiva que muchos se metieron de nuevo en la iglesia para calentarse.

Después de la boda, cuando algunos invitados tenían que regresar a Reino Unido, el tiempo —ya de por sí horrible— empeoró todavía más. El transbordador de coches salió de Dún Laoghaire pero no pudo atracar en Holyhead y algunos invitados, entre ellos mis suegros, pasaron veinticuatro horas atrapados en alta mar. Finalmente les permitieron desembarcar y mis agotados suegros se subieron al coche y pusieron rumbo a casa. Sin embargo, a un kilómetro de su pueblo, el coche resbaló en una placa de hielo y aterrizó en una zanja. No se mataron de milagro.

La próxima en junio, eso seguro.

*Publicado originalmente en Brides Magazine,
diciembre de 2004*

La palabra con F

La palabra con F. La terrible palabra con F. Y no me refiero a «fornicar». Me refiero a «feminismo».

Yo alcancé la mayoría de edad justamente después de la llamada revolución sexual, y el mensaje que recogí fue que el trabajo duro ya estaba hecho y que ahora todos éramos iguales y fantásticos. El mundo pertenecía a las mujeres. Los hombres serían nuestros sirvientes y nos proporcionarían polvos fugaces y apasionados cada vez que nos viniera en gana, y nosotras nos pasearíamos por las salas de juntas con medias y carmín. (Bueno, en realidad nunca pensé que yo podría, pero pensaba que otras mujeres podrían hacerlo si querían.)

Curiosamente, no obstante, lo último que deseaba que me llamaran era feminista: las feministas eran brujas estridentes de piernas velludas que no podían encontrar novio. Y eran destructivas. Me hacían sentir culpable por llevar tacones —una feminista diminuta e invisible se sentaba en mi hombro y se burlaba de mí diciendo: «Mírate, provocando a los hombres con esos tacones que te hacen caminar contoneando las caderas»—, cuando en realidad los llevaba porque medía un metro cincuenta y cinco y quería divisar el número de mi autobús por encima de las cabezas de la gente.

Mi relación con los hombres, tirante las más de las veces, se complicó aún más porque vivía con el temor de ser investigada por la Policía de Noviazgos para comprobar si me estaba tratando a mí misma con suficiente respeto. Cada vez que lloraba por un hombre, esperaba que la Malvada Bruja Feminista de Occidente entrara en mi dormitorio inundado de lágrimas con sus vaqueros y sus Doc Marten, y me dijera: «¡Ja! Eso te pasa por salir con hombres. Si te hubieras unido al colectivo de mujeres nada de esto habría sucedido. Te lo tienes merecido, bonita».

El enemigo había cambiado de cara: ya no eran los hombres, sino las mujeres que habían luchado por nosotras. Evidentemente, después de cada revolución tiene lugar cierto revisionismo, pero ¿cómo había podido ser tan ingenua? Lo único que me impide morir de vergüenza es que yo no fui la única mujer que alguna vez dijo: «Por supuesto que creo en la igualdad de las mujeres, pero no me considero feminista».

Tardé un tiempo bochornosamente largo en comprender que, en realidad, el trabajo duro no estaba hecho y que no éramos todos iguales y fantásticos. Ni de lejos. Caí en la cuenta de eso una tarde que intentaba abrirme paso entre una multitud de trajes grises en la sección de primera clase de un avión. De repente me pregunté: ¿dónde están las mujeres con medias y carmín? No había ni rastro de ellas. (Porque se encontraban en la oficina haciendo el trabajo de secretarias, bebiendo sopa de sobre y pintándose la carrera de las medias con esmalte de uñas porque no podían comprarse otras.)

Entretanto, había surgido una nueva palabra para las mujeres como yo: «posfeministas». Yo no tenía muy claro el significado de ese término, pero cuando miré a mi alrededor advertí que íbamos mucho al gimnasio, comprábamos muchos zapatos y casi todas teníamos todavía trabajos cutres y mal pagados, pero al parecer ahora la culpa era nuestra, no del sistema.

Lo cual, por supuesto, es falso: la discriminación laboral es una realidad. Y, además de la igualdad en el trabajo, todavía estamos esperando guarderías asequibles, el reconocimiento de la labor de las amas de casa, un trato más humano en los tribunales a las víctimas de violación (¿por qué hay tantos misóginos seniles entre los jueces?), una mayor atención a la violencia doméstica... En fin, la lista es interminable.

A la mayoría de nosotras, sin embargo, no nos queda energía para ser feministas activas: estamos reventadas de conservar trabajos agotadores, hacernos las raíces, combatir la depresión leve, intentar seguir el método Pilates, correr al colegio si tenemos hijos o preocuparnos sobre cuándo sería el mejor momento de tenerlos.

No es cierto que lo tengamos todo. Estamos demasiado ocupadas haciéndolo todo para tenerlo todo.

En el ínterin, en el frente feminista, no solo la guerra no se ha ganado, sino que nuestros logros corren peligro. Por ejemplo, ese pelmazo de George Bush está luchando por ilegalizar nuevamente el aborto en Estados Unidos. Y hacia donde Dubya apunta (en realidad no debería llamarlo por su apodo, porque es una manera de estimularlo), su amigo, el santo Tone, no puede andar muy lejos.

Lo que el feminismo necesita es una transformación basada en el Nuevo Partido Laborista (pero sin perder la ideología fundamental, naturalmente).

Por ejemplo, apuesto a que no sabías que se puede ser feminista y

a) vestir de rosa,

- b) acostarse con hombres,
- c) reírse a carcajadas.

¿Sorprendente, verdad? Si creéis que os corresponden los mismos derechos que a las demás personas (o sea, que a los hombres), sois feministas. ¿Lo veis? No es tan terrible. Según palabras del bardo y visionario Adam Ant: no hay nada de que tener miedo.

*Publicado originalmente en Marie Claire,
abril de 2005*

AMIGOS Y FAMILIA



En esta sección conoceréis detalles sobre mi familia, de modo que, para evitar confusiones, he aquí una breve introducción.

Soy la mayor de cinco y he tenido el gran acierto de elegir hermanos que viven en el extranjero. (Así puedo ir a verlos y pasarlo estupendamente.)

Me he agenciado, con suma inteligencia, a un hermano (Niall) que vive en Praga. Niall está casado con Ljiljana, alias «La mujer más fabulosa del planeta». (Es capaz de preparar un maravilloso ágape de tres platos para seis personas a partir de dos tomates mohosos rescatados del fondo de la nevera. Además, habla tres idiomas con fluidez, es guapa, atenta y muy divertida.)

Niall y Ljiljana tienen dos hijos, Ema y Luka. Son tan fantásticos que Él Mismo y yo misma (que no hemos gozado de la suerte de tener hijos) hemos ofrecido grandes sumas de dinero por ellos. Para nuestro gran pesar, sus padres siempre rechazan la oferta, de modo que ahora estamos estudiando el plan B: denunciar a Niall y Ljiljana a los servicios sociales praguenses por malos padres para que Él Mismo y yo misma obtengamos la custodia. Ingenioso, ¿verdad?

Luego viene la hermana (Caitriona) que vive en Nueva York y es igualmente fabulosa. Parece una modelo pero puede arreglar una válvula de flotador rota. Es, además, la persona más graciosa que conozco.

Los pequeños son los gemelos Rita-Anne y Tadhg, que son un encanto, no me interpretéis mal, pero se empeñan en vivir en Dublín a pesar de que no paro de decirles que en las Seychelles las casas están tiradas de precio.

Y ahora mamá. Mamá Keyes es una leyenda y casi tan graciosa como Caitriona. Reza por Él Mismo y yo misma sin importarle que seamos unos sucios ateos. Además, cocina para nosotros. Cada jueves cenamos en su casa y una semana nos pone espaguetis a la boloñesa y la siguiente estofado de pollo, una semana espaguetis a la boloñesa y la siguiente estofado de pollo, una semana... Aunque estemos viajando, dicho patrón se cumple durante nuestra ausencia y a nuestro regreso solo tenemos que subirnos de nuevo al carro. Es maravilloso, un punto estable en un mundo incierto.

Mi padre es muy bueno. Si voy a verlo el martes o el viernes por la tarde, me incluye en sus cartones de Telebingo. A veces hasta me compra una chocolatina para aumentar mi alborozo. Está muy orgulloso de mi éxito, aunque nunca lee mis libros.

El caso es que leyó el primero, que tenía una escena de sexo, y no pudimos mirarnos a la cara durante seis meses, de modo que hemos llegado a un maravilloso acuerdo tácito: él no lee mis libros y yo no me ofendo. No obstante, lo sabe todo sobre el mundo editorial. Antes era contable, así que utiliza su agudo cerebro matemático para analizar mi carrera. Sabe cómo me van las cosas, cuántos libros he vendido, mi cuota de mercado, las ventas de mis rivales, quién está a punto de sacar un libro que me bajará los humos...

Es un hombre muy, muy leal. A veces entro en la librería del barrio y descubro que toda una pared está dedicada a mis libros. Aunque sé que la tienda me apoya mucho, tengo un presentimiento.

—¿Ha estado aquí? —pregunto a la encargada.

—Así es —responde—. Tu padre ha estado de nuevo aquí.

—Lo siento —digo con un suspiro—. Hablaré con él.

Y, por último, estoy casada con Él Mismo, un ser del todo indescriptible.

Gran noche

Yo nunca gano nada. Nunca. Ni a la rifa, ni a la lotería, ni al póquer, ni a las tragaperras, ni a las quinielas. Nunca. Y, aunque en la vida me han ocurrido un montón de cosas maravillosas, en el fondo me considero una persona con muy mala suerte. No consigo quitarme de encima la sensación de que en el mundo existe una cantidad limitada de suerte para repartir y que, si otro se la lleva, menos probabilidades tengo de que me toque algo. Tomemos, por ejemplo, el Telebingo. Lo dan todos los martes y todos los viernes por la tele (como indica el nombre). Mamá y papá están enganchados y, si da la casualidad de que me encuentre en su casa, también yo me engancho. Sin embargo, jamás he ganado nada, ni un cartón, ni siquiera una línea (es posible llevarse hasta 12 euros).

Siempre empiezo en excelente forma, el bolígrafo bien derecho sobre el cartón, atolondrada por la esperanza. Puede tocarte a ti, me digo. Tengo tantas probabilidades como los demás. Pero cuando veo que pasan los minutos y las bolas, y yo solo he tachado tres números y el marcador informatizado me informa que hay quince personas en el condado de Monaghan a las que no les falta más que un número para ganar el bote, me vengo abajo. ¿Por qué nunca me ocurre nada bueno? ¿Por qué siempre les ocurre a los demás? ¿Por qué la ha tomado Dios conmigo? Y, aunque he ido a casa de mis padres para pasar la tarde, en cuanto anuncian la última bola me vuelvo a mi casa. Y, cuando Él Mismo abre la puerta, sorprendido de mi temprano regreso, observa mi cara lúgubre y exclama: «¡Oh, no, otra vez el Telebingo! ¡No lo veas!».

Pero la esperanza siempre vuelve, y cuando me enteré de que el club de golf de papá había organizado una noche de bingo para recaudar fondos por Navidad, salté de alegría. Al parecer, habría diez partidas de bingo y, según mamá, un montón de premios. La interrogué al respecto.

—Poinsettias, botellas de Jameson, cajas de galletas, osos de peluche.

—¿Cestas de Navidad?

—Alguna.

Con tantos premios, mis probabilidades de ganar algo tenían que ser elevadas. ¿O no?

Nos apuntamos siete: Él Mismo y yo misma, mis padres, Rita-Anne, Susan, novia de Tadhg, y Ann Carty, amiga de mamá. Aunque el bingo no empezaba hasta las ocho, papá nos hizo llegar al club de golf a las siete y media. Tuvimos suerte de que no nos obligara a estar allí a las cinco menos cuarto. Si un viaje requiere veinte minutos, papá prefiere salir una hora y tres cuartos antes por si las moscas. En cualquier caso, a las siete y media el club de golf ya hervía de actividad. Los tacos de cartones de bingo cambiaban rápidamente de manos y ya se estaban vendiendo los números para la rifa. La gente entraba en tropel, reservaba mesas, pedía bebidas y estrechaba manos. Yo pensaba que los socios del golf lucirían sus pantalones de Ruperte el Oso y sus cutres jerséis Pringle, pero en lugar de eso vestían de paisano y parecían bastante normales. Según pude dilucidar de las personas que mi madre me presentaba, mucha gente del golf también era gente del bridge. Una pandilla competitiva, seguro. Me desanimé un poco.

Entonces reparé en la mesa de los premios. Supuse que no sería de buena educación examinarlos —debería estar más pendiente de relacionarme con la gente o del carácter benéfico de la velada— pero estaba impaciente por ver lo que podía ganar. Había puesto mis esperanzas en una cesta. Él Mismo y yo misma nos habíamos pasado la noche en vela haciendo una lista de lo que debería contener la cesta perfecta: una tabla de quesos, una botella de oporto, un bizcocho de Navidad, un tarro de mantequilla de coñac, fruta confitada, una bolsa de 200 gramos de Percy Pigs...

Me acerqué a la mesa con Susan para inspeccionar los premios y Susan se mostró maravillosamente desdeñosa. (Como el club de golf no dejaba entrar a Tadhg con tejanos ni gorra, había calificado el lugar de agobiantemente pijo y, por tanto, esperaba que los premios también fueran pijos. Nada como una pequeña decepción para dar rienda suelta a la bilis.) Contemplando burlonamente las hileras de poinsettias, dijo que le recordaban a *El día de los Trífidos*, y la verdad es que, todas así alineadas, tenían un aspecto amenazador, como si estuvieran vivas. No obstante, reservó lo más amargo de su bilis a las cajas de galletas Rover. Yo no las conocía (y si alguien sabe de galletas, esa soy yo), pero Susan me aseguró que eran horribles. Tan horribles que tenía entendido que habían dejado de hacerlas. Probablemente alguien las había tenido en el desván durante quince años y las había donado, dijo. Mejor aún, alguien debió de morir y cuando vendieron su casa y la vaciaron para los nuevos propietarios, las galletas Rover aparecieron en el desván, sugirió. O alguien las había ido ganando durante los últimos veinte años y cada año las donaba. Yo soy

muy influenciable y, aunque pensaba que los premios eran preciosos (cajas de Roses y de galletas nada cutres, nada de Rover), cuanto más se mofaba Susan de ellos, más me mofaba yo. No solo soy una inmadura, sino que el hecho de estar en un lugar con un montón de amigos de mis padres me había devuelto a la adolescencia.

Cuando regresamos a la mesa, le dije a mamá:

—Susan dice que los premios son una porquería.

—Tienen un fin benéfico —susurró mamá—, baja la voz. Y también hay vales para pavos, solo que los pavos no están aquí y no puedes verlos, pero son excelentes premios.

En otra mesa divisé los premios de la rifa, que eran diferentes de los premios del bingo. ¡Y vi una cesta! Obligué a Susan a levantarse. Tenía que verla.

—Sentaos —suplicó mamá— y haced el favor de comportaros.

Pero ya estábamos abriéndonos paso entre el gentío y lo primero que vi detrás del celofán fue un tarro de mermelada con marca de supermercado y un bote de Nescafé.

—Mira, pepinillos Branston —dijo Susan riendo y estrujándome el brazo.

—Galletas saladas Jacob —dije a mi vez—. Maravillosa cesta navideña, valorada en dos euros con veinte.

Nos carcajearnos con disimulo. Entonces vi la cara de mamá y mi alborozo se esfumó. Y, en honor a la verdad, debo decir que detrás de la hilera cutre había una botella de Smirnoff, una botella de oporto, salmón ahumado y un sobre blanco, probablemente con uno de los famosos vales para un pavo. Así y todo, ni una sola bolsa de mi adorada exquisitez, los Percy Pigs...

Poco después de las ocho comenzó el juego y se hizo el silencio. Las bolas corrían, la gente tachaba números y las frentes se arrugaban. La concentración era intensa. «Gana —me dije—. Vamos, gana.» Pero en menos que canta un gallo una mujer de otra mesa gritó «¡Jaque!», refiriéndose a «Bingo» —no entiendo por qué no podíamos decir «Bingo»—, y alguien se llevó su cartón para comprobar si era correcto. Pero ¡se había equivocado! Todo el mundo (no solo nuestra mesa, sino todo el mundo) intercambió sonrisitas maliciosas y alguien del otro lado de la sala aulló «¡Tramposa!». Mamá me propinó un codazo y susurró:

—¡Ya basta!

Nerviosa y sonrojada, la mujer negó las acusaciones, inventándose la excusa de que se había equivocado de gafas y no veía bien los números. Nadie le creyó, naturalmente, y el juego continuó. No obstante, al poco rato otra mujer gritó «¡Jaque!» y esta vez el cartón era correcto. Le llevaron el premio a la mesa (una

poinsettia, una caja de Roses, un Beanie Baby y una botella de vino) y todo el mundo aplaudió, y yo también aplaudí, aunque ya empezaba a notar el bajón. La noche estaba perdiendo su brillo. Todo el mundo empezaba a parecerme más afortunado que yo.

Comenzó una partida nueva y procedí a tachar obedientemente los números mientras pensaba en lo terrible que era ser oficialmente desafortunada y me preguntaba qué debía de sentir la chica de oro que lo ganaba todo. Entonces caí en la cuenta de que solo me faltaban tres números para completar el cartón. Pero no tenía sentido que me hiciera ilusiones. Sabía que millones de personas se me adelantarían. Entonces taché otro número y vi que solo me faltaban dos. Y de repente solo uno: el sesenta y cinco. Y fue cuando el presentador dijo: «La edad de la jubilación». ¿La edad de jubilación? ¿No era...? «¡Sesenta y cinco!», gritó.

¡Sesenta y cinco! ¡Dios mío! ¡Había ganado!

—¡Jaque! —aullé mientras los de mi mesa levantaban la vista de sus cartones, estupefactos. ¿Qué hacía yo ganando algo? No podía ser.

—Déjate de bromas —dijo, nervioso, papá—. Aquí me conocen.

Pensaban que iba a pasar lo mismo que con la señora de las gafas erradas y reconozco que también a mí me preocupaba que estuviera a punto de hacer el ridículo, pero comprobaron mi cartón, ¡y era correcto! Dos señoras avanzaron entonces entre las mesas para llevarme el premio: dos botellas de vino, una caja de galletas (que no eran Rover), una poinsettia y una caja de bombones Terry. La gente me aplaudió calurosamente y yo sonreí agradecida, saboreando el momento, uno de los más agradables de mi vida hasta la fecha.

—Podéis llamarme la Afortunada —murmuré.

Arrancamos de nuevo, pero antes de que nos pusiéramos a tachar números como dementes, advertí al resto de la mesa:

—Ya hemos agotado toda nuestra suerte. Más nos valdría irnos a casa.

—¡Que te den! —susurró alguien, y aunque miré severamente a cada uno de ellos, no pude determinar quién había sido.

Resultaba muy tranquilizador tachar números ahora que ya había ganado algo. La angustia había desaparecido, me sentía serena y en paz. Un tachón por aquí. Limpio y fácil. Un tachón por allá. Ningún problema. Otro tachón. Entonces caí en la cuenta de algo realmente extraño. Solo me faltaban dos números. Luego uno. El treinta y siete.

—Treiiiiintaaaaaaa —dijo el presentador, y el corazón se me paró— y seis. Treinta y seis.

Ah, bueno.

—Y el que sigue al treinta y seis —prosiguió. *¿El que sigue al treinta y seis? ¿No era el...?*— ¡Treinta y siete!

—Vaya por Dios —dije a los demás—. He vuelto a ganar.

—Te lo advierto —dijo papá, fulminándome con la mirada.

Pero ¡había ganado! Tenía el cartón lleno.

—Esto, jaque —anuncié en tono de disculpa.

Las caras de toda la sala se volvieron hacia mí y su alborozo se desvaneció en cuanto vieron que era yo. Otra vez.

«¿No ha ganado ya?» Desde todos los rincones me llegaban murmullos de desaprobación. «¿No es la misma chica de antes?» «¿Cómo es posible que haya vuelto a ganar?» «Tiene que haber un error.»

Pero comprobaron mi cartón y estaba correcto. Llegó mi premio: otras dos botellas de vino y otra poinsettia. Y, al igual que la primera vez, lo recibí con una enorme sonrisa. Mas nada ocurrió.

—No me han aplaudido —susurré a Él Mismo.

—Tienes suerte de que no te hayan abucheado —respondió.

Entonces el ambiente se tranquilizó, comenzó otra partida, otra persona ganó y aplaudimos con entusiasmo cuando recibió su premio. En otras palabras, la vida seguía su curso. Hasta que, cuatro cartones más tarde, Rita-Anne se puso súbitamente nerviosa.

—Ostras —gimoteó—, solo me falta un número. El veintiuno.

Papá la miró horrorizado, como si lo hubiera hecho a propósito, y en ese momento el presentador gritó:

—La llave de la puerta. ¡El veintiuno!

Hubo un momento de pánico durante el cual mantuvimos una conferencia silenciosa con la mirada. ¿Qué hacemos? ¿Fingir que no ha ocurrido y dejar que otro gane? Pero Rita-Anne era, como reconocería más tarde, demasiado competitiva para consentir semejante opción.

—¡Jaque! —gritó.

Esta vez la noticia fue recibida con sonrisas desdeñosas tipo «¿no me digas?». Hay que decir, no obstante, que cuando Rita-Anne recibió su premio —otras dos botellas de vino, medio salmón ahumado, una caja de Roses, una caja de galletas (no Rover) y otra poinsettia— la gente aplaudió, aunque fuera un aplauso lento.

Roja como un tomate, Rita-Anne dejó la poinsettia en el suelo, junto a las otras.

Ciertamente, en grupos de dos o más adquirirían un aspecto escalofriante, como si se dispusieran a invadir el mundo. Tensa y muerta de vergüenza, Rita-Anne quiso abrir la caja de Roses, pero la convencí de que no lo hiciera. Ya éramos lo bastante impopulares sin disfrutar de los frutos de nuestra ridícula suerte delante de las narices de los demás.

Comenzó otra partida y papá susurró entre dientes para toda la mesa:

—¡No se os ocurra volver a ganar!

Le dimos nuestra palabra y mamá comentó con nerviosismo:

—Espero que no nos atraquen en el aparcamiento. Me gustaría llevarme una poinsettia a casa.

Pasamos el resto de la noche sin hacer otro bingo —aunque estuvimos aterradoramente cerca en un par de ocasiones— y suficientes personas ganaron para restar importancia a nuestra desproporcionada suerte. Luego llegó el momento de la rifa que cerraba la noche y el presentador dijo:

—Es un billete azul claro con el número setenta y cinco. Número setenta y cinco. ¿Alguien lo tiene?

De repente Susan reparó en algo que había sobre la mesa, delante de ella.

—Santo Dios —dijo—. Es el mío.

Inédito

Chaletitis

Chaletitis. El temor, estando atrapada con toda tu familia en un chalet de las afueras de Cannes, a quedarte sin pan.

La cosa ya empezó antes de que nos marcháramos. La semana previa a nuestra partida mi madre me llamó toda nerviosa.

—¿No crees que cuando estemos en esa casa del sur de Francia deberíamos hacer un fondo común?

Me dejó atónita, porque si algo se puede decir de mi familia es que siempre estamos dispuestos a pagar. De hecho, la situación hasta puede ponerse fea. En la casa iban a convivir diez adultos y dos niños durante una semana y todos harían lo posible no solo por pagar su ronda de supermercado, sino por ser los primeros en hacerlo. Se lo recordé a mamá Keyes, pero no se dejó convencer.

—¿Y si bajo a desayunar y alguien se ha comido todo el pan y no puedo hacerme mis tostadas?

Entonces comprendí a qué se refería. No estaba hablando de un fondo común, sino de la delimitación de la comida. Fácil de entender: en mi familia todos somos seres adultos, acostumbrados a vivir solos o bien con un número reducido de personas a las que podemos vigilar para asegurarnos de que no se acercan a nuestro pan. De repente íbamos a meternos en una casa con un montón de individuos hambrientos e iba a resultar muy difícil vigilarlos a todos.

Pero ¿qué proponía mamá? ¿Que cada uno ocupara un estante de la nevera francesa, como en un piso compartido? ¿Que pusiéramos notitas en las cosas? «Mantequilla de Tadhg. ¡La he pesado!» O (como en Roma) «Les Müller Cornes de Marian. Ne touchez pas!».

Traté de animarla diciéndole que la cosa se resolvería sola. Pero, por lo visto, no logré convencerla, pues me llegó el rumor de que, además de los vestidos de tirantes, las sandalias y la crema solar, tenía planeado meter un pan de molde en la maleta. Al parecer (según mi informador), su intención era guardar el mencionado pan bajo llave y abrir la cámara una vez al día para sacar dos rebanadas y bajarlas para su desayuno. Cuando la interrogué al respecto, no lo afirmó ni lo negó. Sin embargo, cuando le

mencioné la afición de mi sobrino Luka por la TDO (la Tostada Del Otro, una exquisitez para él, una delicia indescriptible por el simple hecho de pertenecer a otra persona) y que no podría resistir la tentación de dársela, porque nadie es capaz de negarle nunca nada, pude ver cómo calculaba mentalmente si tendría suficientes rebanadas para bajar cada día a desayunar con una rebanada de más para Luka. Los cálculos, sin duda, fueron positivos, porque su frente se relajó y la serena expresión de «No me quedaré sin pan» se apoderó nuevamente de su cara.

Total, que un sábado de principios de septiembre doce de nosotros tomamos posesión de una preciosa casa situada en las afueras de Cannes. Llegamos de todos los rincones del planeta: Praga, donde vive mi hermano con su esposa Ljiljana y sus dos hijos; Nueva York, donde vive mi hermana Caitriona; y Dublín, donde vivimos los demás.

La primera cena transcurrió sin que nadie mencionara el asunto del pan, pues la cuidadora nos había preparado una comida tan deliciosa que nos tenía totalmente distraídos. Al día siguiente Él Mismo y yo misma pusimos rumbo a *le supermarché* a fin de comprar provisiones para los doce. Todo el mundo tenía una petición especial—queso de cabra, cacao en polvo, barras de Special K, Winders de grosella (esa era yo)—, pero hasta en estos tiempos dominados por la fobia a los carbohidratos, el pan fue el denominador común. Todo el mundo quería pan. Lógico: no teníamos quien nos cocinara y como (salvo Ljiljana) no somos la clase de familia que «improvisa»—escaldando pimientos y haciendo nuestro propio aliño de vinagre balsámico y preparando una «comida deliciosa y ligera» en quince minutos— el pan era fundamental. Podíamos hacer bocadillos de queso. Podíamos hacer bocadillos de jamón. Podíamos hacer bocadillos de queso y jamón. Ni siquiera necesitaríamos platos. Antes de marcharnos a *le supermarché*, todo el mundo quiso darme dinero para la compra. («Pago yo.» «No, pago yo.» «Je... moi... le... a la mierda, pagamos todos.») Me marché engalanada de billetes, como una novia afgana. (¿Quise decir afgana o uzbeka? ¿O armenia?) Justo antes de que el coche se zambullera en la carretera, una ventana del piso de arriba se abrió y una voz incorpórea gritó:

—¡Compra pan!

Compramos cuatro barras, lo cual nos pareció suficiente para un día, pues teníamos previsto ir a *le supermarché* o a *la boulangerie chaque jour*. Llegamos a casa y pasamos un día delicioso. Tomamos el sol, nos bañamos, nos tiramos unos a otros de las colchonetas y entramos y salimos de la cocina para hacernos un bocadillo cada vez que nos vino en gana. (¿A mí? A mí me gusta almorzar a eso de las 10.45.)

Pero, hacia el mediodía, papá salió corriendo de la cocina, se detuvo en lo alto de las escaleras que conducían al jardín y, como un general que regresa con la noticia de una derrota terrible e inesperada, aulló a los cuerpos tendidos junto a la piscina:

—¡Se ha acabado el pan!

Quise que la tierra me tragara. Había sido mi responsabilidad comprar pan suficiente, y había fracasado. Papá organizó un lastimoso ágape con barras de Special K, queso de cabra y Winders de grosella, y aunque hizo un gran trabajo, era evidente que estaba disgustado.

Más tarde, sin embargo, en la enorme cocina, tropecé con una barra casi entera oculta bajo una funda de tetera. Seguí investigando y hallé otra barra en —mira tú por dónde— la panera. Y medio brioche en el escurrerplatos.

Pero el daño ya estaba hecho. Nos encontrábamos todos al borde de la histeria, del terrible temor a quedarnos sin pan.

Al día siguiente les tocó a otros el viaje oficial a *le supermarché*, donde compraron cinco barras. Luego Niall y Tadhg regresaron de jugar a golf con varias barras de dos metros. Cinco minutos más tarde apareció papá tras haber estado ausente toda la mañana. Había hecho a pie los tres kilómetros hasta el centro de Cannes para cargarse de pan.

Nos salía el pan por las orejas, pero seguía sin ser suficiente. Parecía como si no pudiéramos ver lo que teníamos delante y lo único que importara fuera conseguir más. (Una metáfora sobre la vida, si pudiera molestarme en analizarla.)

Al día siguiente la situación alcanzó su punto crítico. Yo no estaba (balneario del hotel Martínez, otra historia), pero por lo visto papá repitió la actuación del general que regresa con la noticia de la derrota. ¡Se había acabado el pan!

Ljiljana, demostrando que era más que merecedora de su título, «La mujer más fabulosa del planeta», se ofreció a hacer pan. Casualmente, había traído un paquete de harina destinado a ese fin. De modo que cuando regresé a casa, apestando a aceite de lavanda, tropecé con la extraña visión de Ljiljana en una cocina rebosante de pan, haciendo pan.

Desde entonces he descubierto que este miedo a quedarnos sin pan no se debe exclusivamente al hecho de que mi familia esté chiflada, que por supuesto lo está, sino que es un problema causado por la «chaletitis», síndrome relacionado con el desplazamiento y la falta temporal de autonomía doméstica. Mi amiga Shoshana fue a un chalet en España con su familia y vivió una situación casi idéntica. La gente, me contó, acaparaba más y más pan a pesar de que ya no les quedaba sitio en los

armarios donde guardarlo y tenían que apilarlo en el suelo. Y un día ella y su madre visitaron Gibraltar y descubrieron una sucursal de Marks and Spencer. Pese a estar rodeadas de Marks and Spencers en casa, se pusieron como locas. (Eso también constituye una característica vacacional en mi caso: tiendas que puedo visitar cuando me apetece en casa, me parecen de repente Cuevas de Aladino llenas de cosas maravillosas.) ¿No sería genial, pensaron, comprar emparedados de Marks and Spencer para todos? Regresaron corriendo al chalet y exclamaron: «¡Emparedados de M&S para todos!». Los demás asomaron las cabezas por encima de las pilas de pan y dieron las gracias al cielo por tener algo que comer.

Una versión de este artículo se publicó originalmente en Cara, agosto de 2004

Vida nueva

Nunca me han gustado los cumpleaños. Cuando cumplí dieciocho estaba hundida por la rapidez con que la vida se me estaba escurriendo entre los dedos. Lo mismo a los veintiséis. Y el día que cumplí treinta estaba tan angustiada que parecía que había cumplido dos mil treinta.

El problema está en que, como le ocurre a la mayoría de la gente, la imagen que tengo de mí misma está congelada en el tiempo (tengo diecinueve) y todavía estoy decidiendo qué haré cuando termine el instituto. Me siento «joven», aunque reconozco que la gente realmente joven se reiría de ese sentir. Pero debo decir en mi defensa que me gustan las tostadoras Hello Kitty, me hago mechales complicadas y cuando lanzaron el Kit-Kat Chunky me puse supercontenta.

Así pues, teniendo en cuenta todo lo mencionado, mi cumpleaños número cuarenta —tradicionalmente considerado como el preámbulo a media vida de cinturillas elásticas y trabajos de jardinería— debería haber sido un auténtico baño de sangre. Próxima parada, la muerte...

Pero ¡no lo fue!

Porque tener cuarenta ya no es como antes. Los cuarenta —por si no lo habíais oído— son los nuevos treinta. Varias amigas «han cruzado la frontera» este año y la mayoría parece y se comporta como si tuviera diez años menos. (¿Vitaminas? ¿Actitud positiva? ¿Botox? Sea lo que fuere, funciona.) Una volvió a fumar después de varios años de abstinencia porque los cuarenta la hacían sentirse joven. Otra se prometió por primera vez; como dijo con espléndida altivez: «Prometerse es algo muy serio, una decisión que no debe tomarse a la ligera».

Los cuarenta habían sido rehabilitados y, de hecho, yo también. Desde los treinta y uno en adelante, tras haber llegado a una frágil tregua conmigo misma, mis cumpleaños habían dejado de ser tan angustiosos, y a medida que se acercaba el gran día me pavoneaba, asegurando que cumplir cuarenta no me molestaba lo más mínimo. Hasta hubiera podido decir —¡Dios me libre!—: «¿La edad? ¡Ja! No es más que un número». (Llevaba mentalizándome desde los treinta y siete.) Pero es evidente que solo estaba alardeando, porque la mañana en cuestión sentí que me caía encima un saco de arena mojada. Tenía CUARENTA años. Era un vejestorio. ¿Cómo era

posible que hubiera pasado todo este tiempo sin que me diera cuenta? ¿Por dónde se me había ido la vida?

De no haber sido por mi familia y los regalos que me esperaban en la sala, probablemente ahora seguiría en la cama mirando fijamente el techo, paralizada y desesperada.

Lo único que consiguió levantarme el ánimo fue mi aspecto. El día antes, como treintañera, me había deprimido a causa de mi aspecto, pero ahora que era cuarentona me descubrí pensando que, en realidad, no estaba tan mal.

El gran día pasó y todo siguió como siempre, y entonces me di cuenta de lo decepcionada que estaba. Me había pasado la vida esperando el glorioso momento en que alcanzaría la cima de la montaña y me convertiría finalmente en una adulta. A partir de ese preciso instante iba a ser capaz de decir a los taxistas que bajaran el volumen de sus atronadoras cintas de Def Leppard, y a mi peluquero que no me secaba bien el flequillo y que le diera otra pasada, sin sentirme abrumada por la culpa. Había confiado fervientemente en que cumplir cuarenta traería, milagrosamente, ese cambio. Sin embargo, seguía siendo una chica de diecinueve atrapada en un cuerpo de cuarenta, demasiado atraída por Claire's Accesories y todavía con granos.

Entonces ocurrió algo...

Yo siempre he temido el enfrentamiento. Incluso cuando he tenido razón y hubiera debido defenderme, me he tragado las palabras, he destruido las paredes de mi estómago y he dado un chute a mi incipiente úlcera.

Pero una semana después de mi gran día quedé con una amiga a la que quiero mucho pero que está obsesionada con el peso. Eso carecería de importancia si solo fuera el suyo, pero también tiene fijación con el peso de las demás personas, a quienes desdeña cuando engordan y envidia cuando adelgazan. Cada vez que quedamos puedo sentir, de hecho, que me está pesando, pero nunca me he encarado con ella porque yo no hago esas cosas. El caso es que ese día se puso a contarme que había abandonado por completo los Twixies y ahora se sentía delgada y poderosa, cuando, de repente, una neblina roja se cernió sobre nosotras y, desde lo lejos, como si estuviera escuchando a otra persona, me oí regañarla. Agucé el oído. Creo que le dije que hacía muy mal en juzgar a la gente por su gordura y no por cualidades como la bondad, la generosidad o el sentido del humor. (Dije «gente» pero, como es lógico, me refería a mí.)

Luego la neblina se diluyó y, aunque las dos estábamos algo perplejas, no le di más

vueltas. Hasta dos semanas después, cuando me ocurrió de nuevo. Tengo otra amiga querida, madre de tres niños, que se ha vuelto tan aburrida que preferiría quedarme atrapada en un ascensor con Osama Bin Laden. Tiene la extraña habilidad de desviar cualquier tema de conversación —permisos de estacionamiento, cirrosis de riñón, cerdos hormigueros— hacia sus hijos. (Debo decir que conozco a muchas madres, y ninguna la supera en ese campo.) Resulta agotador mantener una sonrisa rígida mientras dices: «¿En serio que intentó abrir una carta que hubiera podido ser tu permiso de estacionamiento? Bueno, ¡qué suerte que no lo fuera!». Antes de darme cuenta de lo que estaba ocurriendo, la neblina roja descendió de nuevo y me escuché preguntar si podíamos hablar de otra cosa que no fueran sus hijos durante al menos diez minutos.

No fue hasta que me envolvió una tercera neblina, y una cuarta, que intuí que tenía algo que ver con mi nueva edad. ¿Podía ser...? ¿Era posible...? ¡Finalmente había madurado!

De los cuatro enfrentamientos, tres dieron excelentes resultados, pero la madre de los tres niños no me ha perdonado. Dice que no es culpa suya que yo no haya tenido hijos y quiere saber qué se supone que ha de hacer con los suyos, ¿esconderlos en un cajón? Estoy apenada pero lo superaré. (Otro signo de madurez, qué maravilla.) He tardado cuarenta años en descubrir que puedo tener enfrentamientos y sobrevivir. Abrigo grandes esperanzas para las paredes de mi estómago en mi camino hacia los cincuenta.

Caray, cincuenta. Eso sí son muchos, ¿no?...

*Publicado originalmente en Woman and Home,
febrero de 2004*

Gran aéreo

Una de las tareas del escritor es el trabajo de investigación. Hay trabajos de investigación maravillosos (pasar dos meses en Los Ángeles), trabajos de investigación tediosos (buscar información en internet) y trabajos de investigación... esto... interesantes. Como asistir a la final del primer campeonato irlandés de guitarra aérea. El ganador representará a Irlanda en el campeonato del mundo que ha de celebrarse en Finlandia.

Convencida de que cuantos más fuéramos mejor, busqué acompañantes entre amigos y familiares. Casi todos se echaron a reír y me enviaron a paseo, salvo mi padre, que me miró atónito.

—Nadie finge tocar la guitarra en público. Eso es algo que se hace en la intimidad. Delante del espejo. —Miró a Tadhg—. Con una raqueta de tenis, ¿a que sí?

—Sí, bueno, pero esos chicos lo hacen en público —dije.

—Hay que ser imbécil —opinó Tadhg, todavía sonrojado por la indirecta de la raqueta.

—Pobrecillos —dijo mi madre, siempre dispuesta a apoyar a los desamparados—. Yo te acompañaré.

Pero cuando se enteró de que no habría asientos y tendría que estar de pie, se echó para atrás.

La única persona que conseguí que me acompañara, aparte de Él Mismo (que no tenía elección), fue mi amiga Eileen, una abogada con espíritu aventurero.

Y ahora la ropa. Vaya a donde vaya —un funeral, una manifestación contra la guerra, un campeonato de guitarra aérea—, siempre me devano los sesos sobre lo que debería ponerme. Mi único objetivo es no desentonar. Supuse que el público estaría «aireando» junto con sus ídolos del escenario, de modo que el estilo iba a ser pelo hacia atrás, cinta en la cabeza, pantalones de elastano y raya en los ojos.

La raya no era un problema, pero el resto constituía una misión imposible, de modo que (como siempre) decidí vestirme de negro de los pies a la cabeza, pues el negro es el color más seguro si no se quiere dar la nota. Sin embargo, un repentino arrebato de desafío me instó a pasar de todo. «¡Que se ríen!», me dije, y me puse mi cárdigan

rosa. (No un cárdigan rosa cualquiera, sino uno precioso de Club Monaco. Lo siento, un rápido inciso para contar mi historia de Club Monaco. La última vez que me encontraba de gira promocional por Estados Unidos, se decidió que mi lectura en Nueva York no la hiciera en una librería, sino en Club Monaco, combinando así libros con moda. Iba a ser una noche divertida, la gente podría comprarse ropa con descuentos y yo luciría prendas de Club Monaco que luego podría quedarme. Cuando corrió la noticia, algunas personas me dijeron, en tono acusador: «Tienes el mejor trabajo del mundo». Temblorosa, yo asentía, pero en el fondo estaba horrorizada, porque, para mí, comprar ropa es una operación de imagen que destruye el alma. Soy tan baja y regordeta que casi nada me queda bien y temía que en Nueva York me esperara una terrible humillación. También me corroía el sentimiento de culpa: no me merecía mi trabajo porque, debido a mi baja, regordeta culpa, no podía compartir las ventajas.

Los días previos a la gira me despertaba en medio de la noche, paralizada de miedo: «¿Y si nada de Club Monaco me cabe? ¿Hasta dónde llegará mi humillación? ¿Hasta el punto del suicidio?».

Pero mis temores eran del todo infundados. Mi primera mañana en Nueva York aparecí en Club Monaco en cuanto abrieron las puertas y descubrí que tenían un montón de cosas que me sentaban estupendamente, blusas, chaquetas, faldas y bolsos preciosos, y sí, fabulosos cárdigans rosas. Yo luzco el mío con orgullo.)

Entonces vi el atuendo de Él Mismo y me asusté ligeramente. Llevaba tejanos, una camiseta oscura y una cazadora tejana cortita. El caso es que Él Mismo, de joven, era un as de la guitarra aérea con una cabellera rizada hasta los hombros, ideal para hacer giros de cuello de 360 grados. La cabellera es ahora un recuerdo lejano pero, al ver la ropa que había elegido, presentí que el guitarrista aéreo largo tiempo aletargado acababa de resucitar. Él lo negó todo y se limitó a decir que estaba «intentando no avergonzarme». Y farfulló que al menos él no llevaba un cárdigan rosa.

Fuimos al despacho de Eileen, que cerró rápidamente una fusión multimillonaria (eso me gusta pensar) y se alisó su traje beige.

—¿Piensas ir así? —preguntó, inquieto, Él Mismo.

—Al menos yo no llevo un cárdigan rosa —contestó Eileen.

Durante el corto paseo hasta el recital, descubrí que Eileen y yo esperábamos cosas diametralmente opuestas de esa noche cuando dijo:

—Me pregunto cómo se las arreglarán los guitarristas aéreos calvos.

Sorprendida, repuse:

—No habrá calvos, todos tendrán pelo, mucho pelo. Y monos de elastano y un montón de maquillaje.

Pero Eileen insistió en que todos llevarían camisetas de Metallica y tejanos guarros y yo me pregunté de dónde había sacado esa información.

En columna de tres caminamos hasta la entrada, donde el gorila contempló la elegante indumentaria de Eileen y preguntó:

—¿Seguro que quieres entrar, cariño? ¿Ya sabes lo que ocurre ahí dentro?

Eileen contestó que sí, pero el tipo insistió hasta que al final ella dijo:

—Soy la madre de uno de los participantes.

Eso tranquilizó al hombre, hasta que su mirada se detuvo en mi cárdigan rosa y la preocupación se apoderó nuevamente de su semblante.

—Yo también —dije.

De modo que entramos, y entre la luz ultravioleta y Led Zeppelin en el equipo de sonido, Él Mismo se volvió súbitamente nostálgico. Sospecho que, si pudiera ser otra persona, sería Robert Plant en 1971. Entonces también yo me subí al tren del recuerdo, cuando tenía catorce años y Lynyrd Skynyrd y Deep Purple sonaban en la discoteca.

Contrariamente a lo esperado, cuando nos dirigimos al bar la gente nos pareció muy normal, nada de pieles de leopardo ni melenas. Me dije que probablemente eran familiares y amigos que habían ido a dar su apoyo. O a reírse. Me había preocupado innecesariamente por mi indumentaria.

Acabábamos de conseguir nuestras bebidas cuando, con una puntualidad impecable e inusual para nosotros, la presentadora apareció en el escenario para animar el cotarro. Era una chica y parecía una auténtica rockera, con medias de lurex, minifalda, botas hasta la rodilla y pesadas cascadas de pelo hasta las costillas.

Y empezó el espectáculo. El primer concursante era un tipo diminuto con camiseta de Metallica y tejanos guarros. Aunque no era calvo, llevaba el pelo corto. Eileen me sonrió con petulancia. Ondulando su barriga, el guitarrista iba y venía por una línea invisible de medio metro mientras su colega ponía un pie en el altavoz y saludaba con el gesto de los cuernos. Era terriblemente malo. Yo lo habría hecho mejor.

—Dios mío —murmuró Eileen, horrorizada—. Menudo ridículo haremos en Finlandia si todos son como él.

Para nuestro ferviente, patriótico alivio, el segundo tipo fue mucho mejor. Con un atuendo de colegial a lo AC/DC y una gorra con visera sobre una peluca de nailon negro, hizo todo eso de arrodillarse, echarse hacia atrás y poner cara de sufrimiento.

Luego se tumbó boca arriba, se retorció, estuvo a punto de derribar un micrófono y, como colofón, hizo añicos su guitarra. Eileen, sin embargo, la tomó con él porque dijo que había pasado demasiado tiempo tocando la batería aérea o, por lo menos, la guitarra aérea al ritmo de batería. Y esto era, como acertadamente señaló, una competición de guitarra aérea. Ahora entenderéis cómo llegó a ser abogada de altos vuelos.

Al tercer concursante fui yo quien le cogió manía. Por el estilo: gafas de sol grandes y redondas, pelo rizado y corto, cinta en la cabeza y collares, demasiado hippy para mi gusto.

—¿Hay alguno que se esté tomando esto en serio? —pregunté.

Meladdo había elegido una canción de Led Zeppelin y noté, a mi lado, que Él Mismo temblaba.

Para entonces, una tubería situada en un lado del escenario había empezado a resollar asmáticamente, lanzando nieve carbónica en ráfagas irregulares. Entonces entró Smell Gibson, otro tipo diminuto. Llevaba el torso desnudo y pintado con rayas rojas que imitaban sangre, y el pelo, aunque no muy largo, tenía mucha electricidad estática. ¡Era genial! Mucho pavoneo y mucho salto, y cerró su deslumbrante actuación con una exhibición de sus diminutas nalgas. Fantástica energía.

Después de tan virtuoso espectáculo, el número cinco tenía que ser, por fuerza, una decepción, y lo fue. Vestía como un sacerdote e interpretó «Houses of the Holy» de Led Zeppelin. Un cómico en paro, dedujimos, y si de nosotros dependiera, decididamente no iría a Finlandia. (Para ser justos, sus muecas fueron, probablemente, lo mejor de la noche —hizo una excelente imitación de un pato— pero eso, sencillamente, no bastaba.)

¡El sexto era una chica! El único concursante de la noche con el pelo largo. Repito: *el único concursante de la noche con el pelo largo*. Una vergüenza. Vestía minifalda y medias con dibujos diamantinos de Marks and Spencer. Las reconocí porque yo tengo unas. La música que había elegido era un rock duro infumable que no podía reconocer porque soy demasiado mayor, y en medio de su actuación la iluminación estroboscópica se encendió, lo que le dio más categoría de la que tenía. Pero, independientemente de lo buena que fuera, las rockeras no deben llevar medias de Marks and Spencer.

El séptimo participante era otro tipo menudo, con tejanos y camiseta, que recorrió el escenario dando saltos con la pierna extendida, a lo Chuck Berry.

Entonces, cuando la presentadora prometió que el octavo concursante llevaba un

mono, la cosa se animó. Ya era hora. Me espantaba lo mucho que había desorientado a Eileen sobre el atuendo de los concursantes. Mas era el mono equivocado. Se le pegaba a la entrepierna, eso sí, pero era un mono de un gato. Sin cabeza, de acuerdo, pero peludo y con una cola que el tipo hacía girar todo el rato. Volvió a irritarme que nadie se estuviera tomando esto en serio. La dignidad nacional estaba en juego.

Acorde con el tema animal, había elegido la canción «Black Dog» de Led Zeppelin. Podía percibir la tensión de Él Mismo. Se moría de ganas de saltar al escenario y enseñar lo que es bueno a esos mocosos.

El noveno era un tío alto con el pelo corto, gafas de sol, pulseras de cuero con púas y una cazadora tejana con las mangas arrancadas. No lo hizo mal.

Pero el décimo, ¡por favor! De nuevo una chica, tocando el «Bad Girl» de ZZ Top. Llevaba tejanos, camiseta, pelo corto, cero maquillaje y, Dios todopoderoso, gafas. No gafas de sol, ni gafas de exhibición: gafas de miope. Era —y Dios sabe que no me gusta ser cruel— espantosa.

—¿Y esta gente llegó hasta aquí después de pasar las pruebas regionales? —preguntó, atónito, Él Mismo—. ¡Cómo debían de ser los demás!

Terminó la primera vuelta y la gente salió a fumar. En las escaleras adelantamos a un tipo que estaba diciendo por el móvil: «¿Mamá? ¿Me oyes bien? Acaba de terminar la primera vuelta, la de estilo libre, y lo ha hecho muy bien».

Media hora más tarde regresamos para la segunda vuelta. En esta los concursantes tenían que acompañar una canción concreta, que resultó ser «Smoke on the Water». Una maravilla.

Una vez más, Smell Gibson se superó a sí mismo y cuando llegó el momento de las votaciones, puse todas mis esperanzas en él.

A los concursantes, al parecer, se los juzga por «originalidad, capacidad para dejarse absorber por la música, carisma en el escenario, técnica, impresión artística y potencia aérea». Sin embargo, si por mí fuera, se los juzgaría por «enredos en el pelo, dosis de lápiz de ojos, sufrimiento reflejado en el rostro, ángulo de los golpes de paquete y brillo del elestano».

Pero ¡poco importaba eso ya! Smell Gibson, gran esperanza de nuestra república gloriosa, había ganado.

Tras lo cual me apresuré a empujar a Él Mismo y Eileen hacia la salida.

—Vamos, daos prisa —dije.

El caso es que el finés que había organizado el campeonato piensa que la guitarra aérea puede contribuir a la paz en el mundo. Cree que si todo el mundo toca la

guitarra aérea al mismo tiempo, los soldados depondrán las armas, el crimen se acabará y todos los virus y bacterias quedarán paralizados por la energía colectiva de la guitarra aérea.

Como homenaje a tan encomiable sentimiento, la actuación de esa noche debía concluir con todo el mundo, público inclusive, tocando su guitarra aérea. Yo no tengo nada contra la paz en el mundo, nada en absoluto, pero no podía correr riesgos con Él Mismo: si la música se apoderaba de él, saltaría al escenario sacudiendo la cabeza, dibujando enormes círculos con su brazo y haciendo muecas como si acabaran de darle una patada en los cataplines.

Antes de que la música comenzara ya habíamos salido del edificio y nos habíamos perdido sigilosamente en la noche.

Inédito

Eyes Wide Shut

Unos años atrás, en Navidad, una plétora de Keyes fuimos a ver a Niall y compañía a Praga, esperando encontrar nieve, juguetes de madera hechos a mano y un clemente descanso del pavo. (Lo suyo, al parecer, es la carpa.) Por desgracia, no había suficiente sitio para todos en el piso de Niall (lleno de encanto y estilo europeo, con preciosas y curiosas ventanas y extraños nombres como Skvorecky y Havranova en las puertas). No importa, dijimos, iremos a un hotel, y fue cuando descubrimos que un número alarmante de hoteles praguenses cerraba en Navidad.

Finalmente, presas del pánico, encontramos un lugar —hotel Praha— por internet. Dijeron que estarían encantados de alojarnos. Pero, curiosamente, no salía en ninguna guía y, aunque estaba a cinco minutos caminando de casa de Niall, mi hermano nunca había oído hablar de él. Solo Dios sabía qué aspecto tenía, pero ¿qué otra cosa podíamos hacer?

Reconozco que desde el principio los presagios no fueron buenos. En primer lugar, el vuelo de Dublín a Londres sufrió un tremendo retraso y temimos perder nuestra conexión. En cuanto aterrizamos en Londres, tuvimos que realizar una indecorosa y sudorienta carrera entre terminales, con los miembros más mayores y débiles del grupo agazapados entre las maletas y agarrados a los cantos de los carritos para no caer. Por los pelos, por los pelos —no paraban de decirnos—, no perdimos el avión. La puerta se cerró a nuestra espalda en cuanto embarcamos, y entonces... ¡nada! Esperamos en la pista durante lo que parecieron días, y en un momento dado nos dimos cuenta de lo hambrientos que estábamos. No habíamos comido nada en todo el día y no nos darían nada hasta que el avión despegara, si llegaba a despegar, y de no haber sido por el alijo de emergencia de M&Ms de cacahuete de mi madre, habríamos empezado a comernos unos a otros, como en aquella película sobre un accidente de avión en los Andes.

Lo peor, sin embargo, estaba por llegar. Cuando aterrizamos en Praga descubrimos que mi maleta, con todos los regalos de Navidad dentro, no había hecho el viaje. (Tengo un terrible karma con el equipaje. En otra vida debí de ser un despachador de equipajes con tendencia a hurgar en las maletas sin candado.) Estoy tan acostumbrada

a perder maletas que ya ni me molesto en esperar junto a la cinta transportadora; me voy directa al mostrador de equipajes perdidos y empiezo a llenar el impreso.

El resto de mi familia, todos con sus maletas —afortunados puñeteros—, se marchó y, una vez que hube rellenado suficientes impresos para tener contenta a la burocracia checa, Él Mismo y yo misma arribamos finalmente al hotel Praha. Llegados a este punto cabe recordar que yo había tenido un día muy estresante, que solo había comido siete M&Ms de cacahuete y que mi maleta con todos mis preciosos regalos dentro había desaparecido y estaba convencida de que no volvería a verla.

—¡Bienvenidos al hotel Praha! —exclamó el jovial recepcionista—. Llegan muy, muy tarde, así que les hemos puesto en una habitación especial.

Lógicamente, con lo mal que había ido el día, imaginé que se refería a una caja de dos metros cuadrados sin ventanas y me dispuse a encaramarme al mostrador para saltarle a la yugular. Pero me detuve a media flexión de rodillas cuando añadió:

—Cuando Tom Cruise rodó *Misión Imposible* en Praga, se alojó en esa misma suite durante seis semanas. ¡Nicole le hacía allí la cena!

Entorné los ojos. ¿Me estaba tomando el pelo? Pero ¿y si... por casualidad... no estaba...? Recogí lentamente la llave, le lancé una mirada de «volveré si hace falta» y partí hacia nuestra «habitación especial».

No se trataba de ninguna broma. Nuestra habitación era muy especial, enorme, mucho más grande que nuestra casa de Dublín. Se tardaba diez minutos en recorrer la sala de una punta a otra (exagero solo una pizca), tenía cuatro cuartos de baño, una mesa para doce comensales, un despacho y un gigantesco balcón con vistas al castillo de Praga. (Todas las habitaciones tienen la misma vista.) ¿Qué importaba que a veces recibiera una descarga eléctrica al tocar algo metálico o que la puerta del cuarto de baño estuviera concebida de tal manera que si uno la cerraba sin soltar el picaporte (¿y de qué otra forma se puede cerrar?) se pillaba dolorosamente los dedos?

Nos costaba ochenta dólares la noche. Cuarenta dólares cada uno. Prácticamente nada. Mis padres y hermanos acudieron a admirarla mientras yo me pavoneaba, encantada con el repentino cambio de suerte.

—¿No te alegras ahora de que te perdieran la maleta? —preguntó mamá—. Venga, tenemos que bajar a comer la carpa. Oye, ¿es cierto lo de Tom Cruise?

Difícil asegurarlo, pero durante los días que siguieron suficientes miembros del personal me juraron que Tom se había alojado en esa misma habitación y que Nicole había ido a verlo, con el fin de convencerme. Curiosamente, uno de mis regalos de

Navidad era un antifaz de terciopelo (para facilitar el sueño en las mañanas luminosas de verano), pero resultó muy útil como atrezo cuando Él Mismo y yo misma jugamos a ser Tom y Nicole en *Eyes Wide Shut*. Durante horas.

A la luz del día pudimos hacernos una mejor idea del hotel. Era una pasada. Terminado en 1981, constituía la versión checa del lujo de finales de los setenta. Era todo un alarde: miren nuestro excelente hotel de estilo occidental, vean lo bien que el sistema soviético funciona para los checos trabajadores. Y muchos de los grandes nombres se habían alojado en él: Bréznnev, Andropov, Ceausescu.

Dentro no habían reparado en gastos. Todas las puertas y paredes están forradas de nogal y las dimensiones son descomunales. Hay piscina, pistas de tenis, un salón de belleza, extensos jardines y hasta una bolera (algo cutre, eso sí).

La fachada refleja la típica arquitectura moderna checa: mucho, mucho hormigón, pero curvo y elegante. Desde el aire parecería una «S» gigante.

Y la arquitectura no era lo único centroeuropeo y atrapado en el tiempo. La carta del servicio de habitaciones ofrecía diez desayunos diferentes, repartidos del siguiente modo. (Esto me encanta.) Desayuno n.º 1: 50 g de queso nacional y 50 g de fiambre. Desayuno n.º 2: 100 g de queso nacional. Desayuno n.º 3: 100 g de fiambre. Y así sucesivamente. Semejante precisión se remonta a los tiempos soviéticos, cuando existía un gran miedo a que te timaran. Uno podía llevarse su propia balanza para comprobar que el mozo del servicio de habitaciones no le hubiera pisado 5 gramos de queso en el trayecto desde la cocina. (Por supuesto, hay que pagar un suplemento para que te traigan tus 100 gramos de queso a la habitación, nada menos que dos euros que serán añadidos a tu factura.)

Sin embargo, el encantador personal no es de estilo soviético y está más que dispuesto a salirse del menú. He solicitado —y recibido— un yogur que no está en la carta. Y en otra ocasión me dieron una macedonia. Y en otra ocasión, un plátano.

El «zum» de «naranja», con todo, es atroz. Tiene de todo menos naranja y es espeso como un jarabe, como un Miwadi sin diluir. Y el contenido del minibar es adorablemente exiguo: un par de cervezas nacionales y algunos refrescos químicos con muy mala pinta.

Él Mismo y yo misma vamos mucho a Praga para ver a Ema y Luka y ahora siempre nos alojamos en el Praha. Por desgracia, no hemos vuelto a disfrutar de la suite de Tom Cruise, pero las habitaciones corrientes también son espaciosas y singulares.

Durante mucho tiempo tuvimos la sensación de ser los únicos huéspedes. Aunque

el hotel tiene cuatro plantas, siempre nos ponían en la primera, lo que nos llevó a sospechar que las otras tres estaban cubiertas de fundas, como una versión hotelera de Miss Havisham, aguardando a que los visitantes regresaran. Y, sorprendentemente, regresaron. En una de nuestras visitas habían llegado los alemanes, autocares repletos de ellos. Para un rodaje. Un desfile de moda, creo. O... o... una película porno. Muchas mujeres rubias y pechugonas paseándose con blusas transparentes, filmadas por hombres barbudos con pantalón de cuero.

Y en otra de nuestras visitas —increíble— la sociedad coral de Galway tenía previsto dar un concierto. Nos llevamos a Luka y Ema para que vivieran la parte irlandesa de sus genes y está claro que a Luka la experiencia lo conmovió profundamente, pues durante una armonía de dieciséis partes de «Danny Boy» lanzó a la primera fila de cantores la espada de plástico que le habíamos comprado en Ikea (sí, en Praga hay un IKEA) y tuvimos que llevárnoslo.

Me encanta el Praha. Es una suerte de monumento al pasado soviético y el personal es cálido y atento, algo que, sin intención de criticar a los checos, no siempre es el caso. (A veces, en Praga, corro el terrible riesgo de convertirme en una de esas personas irritantes que dicen: «Anímate, cielo, puede que nunca ocurra».) Además, está alejado del centro, de modo que si no queréis despedidas de soltero tronando frente a la puerta de vuestra habitación cada noche, el Praha es vuestro hotel.

Vale, no se encuentra en medio de la ciudad, y si lo que necesitáis es estar a un tiro de piedra del centro, el Praha no es para vosotras. Pero si no os dan miedo los trayectos en tranvía y queréis ver un poco del pasado reciente de Praga, quizá os apetezca darle una oportunidad. Os prometo que son de lo más amables. Decidles que yo os envié.

*Una versión de este artículo se publicó
por primera vez en Abroad, mayo de 2004*

¿Viva La Resolución?

El mundo esta dividido en dos clases de personas: las que adoran la Nochevieja y las que la detestan. Quienes la adoran la celebran yendo a fiestas, luciendo diademas de purpurina, bailando la conga, gritando «DIEZ, NUEVE, OCHO...», besando a todo el que se cruza en su camino y esperando grandes cosas para el nuevo año. La otra clase —que puede ser totalmente sociable las otras 364 noches del año— siente que la Nochevieja lo sumerge en una oscura desesperación. Yo, para mi vergüenza, pertenezco a este grupo.

No puedo explicar muy bien qué me ocurre, pero mientras todo el mundo está mirando hacia delante, yo miro hacia atrás. Me asaltan viejos pesares y me siento como un enorme fracaso. Se parece al balance que hago en cada cumpleaños pero peor, mucho peor. Tan profundo es mi pesimismo que tengo la sensación de que si alguien me colocara una diadema de purpurina en la cabeza, se pondría negra al instante, y lo último que quiero hacer, cuando el viejo año deja paso al nuevo, es soplar un matasuegras y morreararme con mi dentista.

La noche se ve empeorada por el desdén que la pandilla de diademas de purpurina muestra hacia mi malestar y su resistencia a creer que preferiría estar en casa viendo *Billy Elliot*.

—¡Si es el mejor acontecimiento del año! No te enfades. Toma —dicen, entregándome un tubo chillón—, ábrelo cuando gritemos «Feliz Año Nuevo». Lanza serpentinas.

Con el tiempo, he conocido a otras personas como yo, una pequeña banda secreta. Todas padecemos el Pánico a la Nochevieja y nuestro gran desafío fue la madre de todas ellas: el Milenio. Consciente de que esa noche nuestra angustia se multiplicaría por dos mil, se me ocurrió una gran idea para superarla. ¡Les proporcionaría una casa segura! Escondería todos los relojes para no saber en qué momento llegaba la temida medianoche y tendríamos películas de Audrey Hepburn, edredones, puré de patatas, baños calientes y demás recursos de arropamiento imaginables.

Pero la pandilla de diademas de purpurina se enteró de la reunión y fue imposible hacerle entender que no se trataba de una fiesta. De repente empezaron a llegar cajas de champaña, la casa se llenó de banderines rojos de «Feliz Milenio», y diademas

especiales para la ocasión —con el «2000» escrito en ellas— eran repartidas a medida que llegaban los invitados. ¡Una auténtica pesadilla!

Y si la Nochevieja se nos echa encima, ¿cuán lejos puede estar el Año Nuevo?

El día de Año Nuevo siempre lo siento como el fin del mundo. Reina un aire como de estupefacción, de pasmo. La gente despierta temblorosa, como si estuviera volviendo en sí de un porrazo en la cabeza. Contemplamos los cutres regalos recibidos y entregados y recordamos el vergonzoso asunto con el bizcocho del día de Navidad (nadie más quería, solo pretendía comerme un trocito, etc., etc.) y pensamos: «¿Qué ha pasado aquí?».

Tras los excesos navideños el péndulo se inclina hacia el otro lado, de modo que la pregunta más frecuente el día de Año Nuevo (después de «¿Tienes ibuprofeno?» y «¿Cómo llegué anoche a casa?») es, naturalmente, «¿Cuáles son tus resoluciones para el nuevo año?».

Como yo siempre me paso con todo (no es culpa mía, nací sin el botón de «paro»), comprendo muy bien esa necesidad de purgarse y renovarse. Hasta hace poco toda mi vida fue Operación Nuevo Comienzo. Casi todos los lunes pensaba: esta será la semana que agarraré mi vida por los cuernos y la someteré a mi voluntad. Perderé esos tres kilos, dejaré de comprar compulsivamente las preciosas velas aromáticas Jo Malone y aprenderé serbocroata (o lo que sea).

Por tanto, soy la candidata perfecta para las Resoluciones de Año Nuevo. Y he tomado toneladas de ellas. Me he pasado una gran parte de mi vida viviendo en un futuro utópico donde soy una mujer esbelta, una compradora comedida y hablo con fluidez los principales idiomas europeos. Todo será maravilloso cuando eso ocurra, pero entretanto mi vida permanece en suspenso.

Cada Año Nuevo rebose determinación: este será el año en que cambiaré de verdad. Pero más tarde o más temprano —generalmente más temprano— me desvío del camino y empiezo otra vez a comer, a comprar y a hablar en inglés. Naturalmente, acabo abrumada por la culpa y el odio a mí misma.

Por tanto, este año mi Resolución para el Año Nuevo es no tomar ninguna Resolución para el Año Nuevo. La vida ya es lo bastante dura para todos sin necesidad de cargarnos de culpa por intentar alcanzar un estado de perfección (francamente inalcanzable). La realidad es esta: no perderé esos tres kilos (entre nosotros, ahora ya son seis) pues, si tuviese que ocurrir, ya habría ocurrido; todo el

mundo en Europa habla inglés; y ¿qué tienen de malo un par de velas aromáticas repartidas por la casa?

Perdonad (no, en serio, perdonad, esto me da un poco de vergüenza) por esta perogrullada, pero la vida es lo que sucede mientras esperamos a que sea lo bastante perfecta para vivirla.

Feliz Año Nuevo.

*Publicado originalmente en Marie Claire,
enero de 2005*

Hurling

«¡Eh, pueblerinos de mierda, bestias de estercolero!», llovían los insultos sobre nuestras cabezas. Él Mismo y yo misma nos dirigíamos a Croke Park para ver el partido de cuartos de final de hurling (hockey irlandés) entre el Clare y el Galway, y nuestra ruta atravesaba una parte del Dublín deprimido donde la gente tiene que buscarse sus propias distracciones. Niños de diez años con el rostro envejecido fumaban y se acodaban en el balcón de sus pisos para participar en el deporte dublinés de meterse con los pueblerinos.

Teniendo en cuenta que yo he nacido en Limerick, estaban en su derecho, pero Él Mismo ha nacido en Inglaterra, de padres ingleses, de una larga ascendencia inglesa. La gente mal informada lo llama inglés, pero en realidad es irlandés. Digamos que Él Mismo es un transnacional —un irlandés atrapado en el cuerpo de un inglés— y, dado que se mudó aquí hace siete años, su proceso de asimilación casi ha tocado a su fin. Ha aprendido irlandés, bebe Guinness y adora la GAA (Asociación Atlética Gaélica). Su equipo de fútbol es el Dublín, pero su equipo de hurling es el Clare. (Una larga historia: mi madre es de allí, pasamos mucho tiempo allí, estamos muy apegados al lugar y la gente, etc.)

Él Mismo estaba encantado con los insultos.

—Imagínate —dijo—, no solo piensan que soy irlandés, sino encima pueblerino.

Sin otra intención que rematar la situación, se volvió y bramó:

—¡Esa lengua, cachorrillos!

Y ahora, el hurling.

Cuando yo vivía en Londres y los ingleses decían del hurling que era un deporte fantástico, rápido y emocionante, siempre respondía:

—Sí, sí, fantástico.

Y me apresuraba a cambiar de tema para no tener que confesar que nunca había asistido a un partido de hurling. Lo cierto es que siempre he jurado que me encantaría ir, pero solo porque nunca pensé que tendría que hacerlo realmente.

Sin embargo, cuando se supo que el Clare iba a jugar contra el Galway en cuartos de final de la liga de campeones, se planeó, durante una cena con nuestros amigos Paul y Aoife, que fuéramos los cuatro juntos al partido. Yo pensé que eran

paparruchas de borrachos, pero al día siguiente ya tenían las entradas: no había vuelta atrás.

Estaba desconcertada. Yo no voy a los estadios. (Para que no haya malentendidos, yo tampoco.) Sentarme en un banco duro, a la intemperie, para ver perder a mi equipo no es lo que yo entiendo por una tarde divertida. Y aún menos cuando hay tiendas que visitar u horas de sueño que recuperar. Creo que a Aoife tampoco le hacía mucha gracia; cuando los cuatro ocupamos nuestros asientos, me lanzó una sonrisa de ánimo. Al interrogarla, negó que estuviera allí por obligación, si bien solo lo dijo porque es tan cortés como encantadora. Pero era evidente que Él Mismo y Paul se sentían absolutamente felices, y de vez en cuando gritaban «¡Somos los mejores!».

Los jugadores saltaron al campo y la gente se levantó. Si los futbolistas de la liga inglesa cada día se parecen más a modelos de pasarela, estos muchachos tenían pinta de haber recibido una paliza. Son hombres duros, corpulentos, con vendas en la cabeza y piernas blancas y pecosas, que no sabrían distinguir una espuma moldeadora de un agujero en el suelo. Eran auténticos.

La banda empezó a tocar el himno nacional y el estadio al completo se puso en pie. Yo no alcanzaba a recordar la última vez que había oído el himno, pero la imagen de esos jugadores de muslos pálidos, llegados para cubrir de gloria a su condado, y de toda esa gente que había viajado para apoyarlos y soportar los insultos lanzados desde los pisos, me conmovió.

De repente me acordé de otra Irlanda, la Irlanda de mi infancia, cuando éramos un páramo pequeño y atrasado, cuando la crónica vertiginosa de Michael O'Hare dominaba la radio de los domingos por la tarde, cuando éramos una nación más salvaje, menos sofisticada, cuando aún no nos había envuelto esta membrana de pulcritud.

Recordé que somos —o por lo menos éramos— una nación rural, donde lo local era más importante que lo global, donde el resentimiento podía durar generaciones porque alguien había dado una patada al asno de otro.

Siempre hemos gozado de una fuerte identidad. En las últimas décadas, no obstante, las depresiones y protuberancias de nuestra singularidad se han allanado. Mas, aun a riesgo de sonar como una supremacista irlandesa, el día del partido, durante unos minutos, me sentí absorbida por esa concentración de irlandesismo y pensé: «Dios, me encanta ser irlandesa». En serio, estaba profundamente emocionada.

Y ahora el partido.

Teníamos asientos privilegiados, prácticamente sobre el campo. Como era julio,

hacía un tiempo atroz. El aire había estado envuelto por una neblina durante todo el día y, cuando el partido empezó, también lo hizo la lluvia. Aoife y yo nos acurrucamos bajo mi paraguas, preocupadas por nuestro pelo. La lluvia, dijo, se lo rizaba hasta darle el aspecto de un Jackson Five. Veo tu Jackson Five, dije, y subo hasta un Sideshow Bob.

El Clare estaba destinado a perder y yo no soportaba la idea de ver cómo ocurría. Además, la forma en que los jugadores sostienen el *sliothar* sobre el palo mientras corren me pone los nervios de punta: siempre pienso que se les va a caer. Presa de esta doble angustia, desvié la mirada y hablé con Aoife de productos de pelo mientras en el campo se libraba la desigual batalla.

Cuando el viento cambió de dirección y nos lanzó la lluvia directamente a la cara, permanecemos estoicamente donde estábamos. No fue hasta que el agua nos nubló por completo la visión que abandonamos nuestros asientos para ocupar un lugar más protegido, donde nos encontramos rodeados de los seguidores del Galway. Una familia de rosadas mejillas, seguidora del Galway, estaba sentada justo detrás de nosotros, comiendo emparedados de jamón envueltos en aluminio y bebiendo té de varios termos. ¿Infiltrados del Departamento de Turismo? Quién sabe...

Y de repente ya era media parte. Los deportes gaélicos tienen eso de bueno. Cada parte dura solo treinta y cinco minutos, de modo que prácticamente no hay tiempo de aburrirse.

Hora del refrigerio. Nos dirigimos al quiosco. Paul quería que Él Mismo tuviera una experiencia irlandesa completa y tomara Tayto, caramelos Colleen (¿los recuerdas?) y limonada roja. Yo, no obstante, siempre recordaré ese día como el día que probé por primera vez los Crunchie Nuggets. Nunca olvidaré el momento en que los vi, en su bolsa dorada: me quedé literalmente sin respiración. Qué gran idea. Qué golpe de inspiración. ¡Qué visión! Hasta ese momento había creído que nada podría superar al Kit-Kat Chunky en lo que a dulces se refiere, pero eso demuestra lo mucho que una persona puede equivocarse.

Así y todo, la ilusión por los Crunchie Nuggets se desvaneció cuando me di cuenta de que tenía que ir al lavabo. Había temido ese momento porque pensaba que la GAA no tenía lavabo. Y aun menos de mujeres. ¿Por qué iba a necesitar un lavabo de mujeres? ¡Las mujeres no van a los partidos! Están demasiado ocupadas en casa, sin tomar anticonceptivos, arrodillándose sobre guisantes congelados y criando a sus dieciocho hijos. Y en cuanto a los hombres, en fin, ellos pueden hacerlo donde quieran. Pero ¡sí había lavabo de mujeres! Y en lugar de tres cubículos repugnantes,

dos de ellos apestosos y atascados, de los que salía una cola de mujeres desesperadas que llegaba hasta las escaleras, había una plétora de retretes limpios y libres.

Al comenzar la segunda parte, la atmósfera ya era diferente. El caso es que el Clare había empezado a dominar el partido hacia el final de la primera parte. Yo no había querido reconocerlo porque tengo la manía de que soy gafe: en cuanto los dioses se enteran de que estoy apoyando a un equipo, lo hacen perder.

El Galway parecía ahora nervioso y nada quedaba ya de la arrogancia y las bravatas de que habían hecho gala sus seguidores al principio del partido.

Cada vez que el Clare tenía un tiro libre, un joven seguidor del Galway (de unos doce años) de la familia de los emparedados de jamón gritaba «¡Falla!». Y, cada vez que lo tenía el Galway, aullaba «¡Aprovechadlo, idiotas, aprovechadlo!». Semejante pasión me pareció adorable, sobre todo en alguien tan joven.

Era imposible no dejarse absorber por el entusiasmo. Yo tenía un nudo en el estómago y la charla sobre productos de pelo cesó cuando empecé a morderme las uñas con la mirada clavada en el campo.

El tanteo estaba muy reñido. A diferencia del fútbol, en la GAA los equipos marcan constantemente, de modo que un resultado que parece definitivo puede cambiar inopinadamente. A un minuto del final, los marcadores estaban igualados. Parecía que iba a haber empate. Entonces Colin Lynch (jugador del Clare) lanzó el *sliothar* por encima de la barra y veinte segundos después sonaba el silbato: el Clare había ganado.

Él Mismo se levantó dando saltos, besó a Paul, hizo su ola mexicana particular, se cubrió la cara con la camiseta y gritó: «¡Galway, Galway! ¡Dime el resultado, Galway! ¡El RESULTADO!». Con la superstición que caracteriza a los hinchas, Él Mismo llegó a la conclusión de que yo era un amuleto y a partir de ese momento tendría que asistir a todos los partidos del Clare.

—Serénate —dije— y tómate un Crunchie Nugget.

*Publicado originalmente
en The Croke Park Annual, 2005*

Negro que te quiero negro

Probablemente tiene que ver con eso de hacerse mayor, porque mi tolerancia a un montón de cosas ha disminuido de repente: analgésicos, juergas, gente que se me pega en el autobús y —la más rara de todas— la luz del sol. No la luz del sol que te llega cuando estás tumbada en una playa mientras un camarero te sirve combinados de frutas gratis, sino el sol que, como un ejército invasor, entra en mi dormitorio todas las mañanas de verano a las cuatro de la madrugada.

O me despierto a las cuatro de la madrugada con la habitación tan brillante como en pleno día y no puedo volver a conciliar el sueño sin las gafas de sol, o consigo alargar el sueño hasta las seis y me despierto con la frente llena de arrugas, las mandíbulas apretadas, la cabeza hecha un bombo y la musculatura tensa por el denodado esfuerzo de mantenerme dormida pese a la cualidad trascendental de la luz matutina.

Y no porque la ventana no tenga un estor, que lo tiene. De lona. Pensaba que resistiría, pero últimamente el sol lo ha hecho picadillo. Es como si no estuviera. Pero eso no es lo peor, oh, no. Lo peor es la delgada ranura entre el filo del estor y la pared. Diminuta pero mortal. Una línea, fina como una cuchilla, de luz deslumbrante que me abrasa las retinas, de manera que me paso las cuatro primeras horas de vigilia con dos pelotas amarillas delante de los ojos y no puedo ver con claridad y confundo mi pomada para los hongos con la pasta de dientes, la salsa en polvo con el café y otras cosas que la hacen a una desgraciada.

Lo extraño es que llevo seis años viviendo en mi casa y durmiendo en mi dormitorio sin haber reparado siquiera en la gran bola amarilla del cielo, de modo que no puedo entender por qué ahora, de repente, la luz representa un problema. Nadie ha movido la tierra sobre su eje ni desplazado la ventana del dormitorio unos grados hacia el este (¿o sí? ¿Es posible que esté en un «reality show»?). Así pues, he tenido que reconocer, a regañadientes, que el problema soy yo.

Yo antes no era así, naturalmente. Me recuerdo joven y tolerante. Me recuerdo viajando con la mochila por Grecia, despertándome en cuartos sin cortinas en los que entraba una luz que parecía el foco de un helicóptero sobrevolando el motín de una cárcel, y comentando: «¡Mira qué sol, es fantástico!». En mi década veinteañera pasé

muchos años felices sin cortinas en pisos alquilados y jamás se me ocurrió comprar «tratamientos para ventanas». Tenía cosas mucho más importantes en las que gastarme el dinero. Como cortes de pelo, copas y preciosas libretas forradas de piel.

Pero esos días felices son historia y ya no soporto la luz, de modo que decidí que un estor opaco era la solución. Había experimentado el placer de uno en Londres y, la verdad, no os imagináis lo fabuloso que es. La habitación permanecía oscura como una carbonera a pesar de que el sol estaba fulminando la piedra de la fachada. Un vampiro le habría puesto un diez. No solo la luz no podía atravesar la tela sino que (he aquí mi parte favorita) el estor iba encajado al marco de la ventana, como un óleo a un cuadro, de modo que ni siquiera padecía el viejo problema de la rendija de luz que me fríe las retinas cada mañana.

Esperanzada, telefoneé a un especialista en estores. Su anuncio decía algo como: «¡Estores, estores, estores! Usted pide y nosotros se lo damos. Sus estores son una orden». Prometedor, ¿verdad?

Pues no.

Dije al joven (¿Joven? ¿Veis como me estoy haciendo vieja?):

—Estoy buscando un estor opaco. ¿Ustedes los fabrican?

—Desde luego —respondió con firmeza.

—Genial. ¿Me está diciendo que hacen los estores opacos que van encajados al marco de la ventana?

Larga pausa, como si le hubiese dicho: «Estaba viendo un documental, creo que se titulaba *Star Trek*, en el que aparecía una enorme máquina con la que se podía viajar largas distancias en unos segundos. Estoy casi segura de que lo llamaban teletransportador. ¿Ustedes lo fabrican?».

Amable, pero incapaz de ocultar su regocijo, el joven repuso:

—Eso no existe.

—Sí existe. Vi uno en Londres...

—No existe —repitió, algo más firme esta vez. Luego cambió de táctica—. A menos que esté buscando una ventana Velux.

—No, una ventana normal.

—Ya. Entonces no existe. —Y, antes de colgar, casi añadió: «Siga tomando el psicofármaco».

Sabía que después se volvería hacia sus colegas y soltaría, entre risitas: «No os imagináis lo que acaban de pedirme».

Probé en otro sitio. Y en otro. Cada conversación comenzaba de forma alentadora.

Sí, podían hacer estores opacos. Hasta que les explicaba que no quería un estor normal y corriente con esa cosa negra pegada en el reverso y todo se iba al garete.

Al quinto sitio ya me había puesto algo borde (tolerancia agotada por el paso de los años) y pregunté a la chica por qué decían que hacían toda clase de estores cuando no era verdad. Y ella respondió, toda indignada: «Los hacemos. ¡Hacemos estores para tejados de invernaderos!». Como si eso fuera un gran adelanto. (¿Lo es? Puede. Como no tengo invernadero, no lo sé.)

Fue un día aciago, tengo que reconocerlo. Desalentada, le agarré una manía repentina a Irlanda. No quería vivir en un país atrasado que pensaba que los estores en los tejados de los invernaderos podían contarse como progreso. Me mudaría a Londres. O a Nueva York. O a cualquier lugar donde pudiera vivir en libertad y comprar estores opacos decentes.

Entonces —¿no se hace siempre la oscuridad antes de la luz?— el novio de mi amiga Eileen me dio un número y aplacé los planes de emigrar. Vino un hombre a medir la ventana. Me instalarán mi estor opaco decente dentro de dos semanas. No quepo en mí de la alegría.

*Publicado originalmente en Cara,
octubre de 2003*

Este año tenemos que vernos sin falta

Yo no odio la Navidad. ¿Cómo iba a odiarla siendo la época en que más abunda el chocolate? Y lo de los regalos me gusta. Por no mencionar el bizcocho del día de Navidad. Y siempre es divertido ver a hombres de negocios algo ajumados luciendo unas enormes astas rojas, balanceándose en el tren de regreso a casa, ajenos a su tocado.

Pero como mi madre (devota practicante) suele recordarme, la Navidad no solo implica cajas de surtidos y juegos de gel de ducha y leche hidratante de Trésor. Y tiene razón. La Navidad implica un trabajo del carajo.

Ni siquiera estoy hablando de tener que levantarse el gran día antes del amanecer para rellenar pavos y pelar ocho mil patatas. (Debido a un excelente acuerdo que tengo con mi madre, ambas nos resistimos a aceptar que yo sea una adulta. Ella es la madre, ella cocina y nunca ha comido nada de lo que yo he preparado. Nunca. Aunque poca gente lo haría.)

No. Lo que detesto de la Navidad es tener que enviar tarjetas. ¿Qué tiene esta tarea en particular que consigue despertar mi instinto suicida? ¿La pena de que haya tanta gente a la que ya no veo? Para mi vergüenza, es el tedio que me provoca. Sobre todo cuando la gente posee una dirección larga. (Los peores son los que tienen un nombre para la casa: Traveller's Rest, Formentera Revisited, etc. ¡Menudo desperdicio! Desperdicio de tinta, desperdicio de espacio y desperdicio de diez preciosos segundos de mi tiempo.)

Contemplo mi lista, docenas y docenas de personas a las que aprecio pero que no he visto en quince años y con las que ya no tengo nada en común, y se apodera de mí una terrible lasitud. Deseo que se produzca una pequeña pero inofensiva explosión doméstica, lo que sea para poder escaquearme. Podría explicarlo al año siguiente: «Siento que el año pasado no os enviara una tarjeta, pero nuestro tendedero estalló. ¡Estuvimos recogiendo bragas de los setos hasta bien entrado el nuevo año!».

Luego está el reto de recordar el nombre de la pareja. Si siguen con la misma, claro. Porque, aunque me muera de ganas de preguntar «¿Sigues con aquel tipo tan raro obsesionado con los conejos y con esa barba que parece vello púbico?», no puedo hacerlo. Se supone que lo sé. ¿Y si han tenido hijos? Entonces asoma el vago

recuerdo de haber recibido una foto de un recién nacido con la cara arrugada y una tarjeta que decía: «El mundo da la bienvenida a la pequeña Agatha». ¿O era el pequeño Tariq? ¡Dios! ¿Fue un perro lo que se compraron? Pero, ante tan turbia situación, he descubierto que el comodín «Espero que tú y los tuyos estéis bien» funciona.

Mucho más difícil es encontrar el tono adecuado, transmitir un mensaje afectuoso de manera que al abrir la tarjeta sonrían y digan: «Mira, es de Marian. Qué encanto». PERO —y es un gran pero— no tan afectuoso como para que descuelguen espontáneamente el teléfono y organicen una cena cuando hace una década que no nos vemos.

Así que me descubro pensando, con sentimiento de culpa: este año, ¿sería tan terrible si no...? ¿Quién va a echar en falta mi tarjeta cuando todo el mundo recibe tantas...?

¡Y ya está! ¡Decisión tomada! Mucho más relajada, le digo a Él Mismo:

—Este año no enviaré tarjetas de Navidad. La vida es demasiado corta.

—Bien —responde—, ya tienes suficientes cosas en que pensar.

Lo miro con detenimiento para ver si está siendo sarcástico y, como no logro dilucidarlo, me voy. Y es entonces cuando empiezo a pensar: pero fulanita me cae muy bien, quiero mantener el contacto con ella, no quiero verla, naturalmente, pero no quiero perder el contacto. No obstante, si le envío una a ella y no le envío una a su hermana, su hermana pensará que he pasado de ella, lo cual será cierto, pero no quiero que lo piense...

En la casa flota el no reproche de Él Mismo. El hecho de que esté sentado a la mesa dedicando metódicamente tarjetas a todo el mundo que conoce no significa que me esté juzgando por no hacer otro tanto.

Así y todo, mi sentimiento de culpa va en alza.

Hay gente que se evita el infierno de escribir tarjetas enviando lo que se empeñan en llamar «una circular» que imitan la letra escrita a mano. Suelen comenzar así, «Hola, estimado amigo». O, mejor dicho, «*Hola, estimado amigo*». Luego te cuentan las cosas maravillosas que han hecho durante el año con un montón de gente a la que no conoces: «En junio, Lacey, Cain y yo hicimos un taller de Jin Shin Jyutsu. ¡Todavía caminamos de forma extraña!». Y yo pienso: ¿quién es Lacey? ¿Quién es Cain? ¿Qué es Jin Shin Jyutsu? Estas cartas siempre terminan con algo del tipo, «Amor, luz y bendiciones para tus seres queridos y para ti», siendo el trasfondo, «quienquiera que seas».

Es una posibilidad, ciertamente... Podría redactar algo en el ordenador, hacer cien copias y enviarlas. Aunque seguiría teniendo que escribir los malditos sobres, pues no domino lo de la impresión de etiquetas. Y no me solucionaría el problema de las direcciones largas, como la del Traveller's Rest.

Además, son demasiado repulsivas e impersonales y... y... norteamericanas. Pese a mi resistencia a enviar tarjetas de Navidad, sigo prefiriendo los mensajes personales escritos a mano. Aunque escriba el mismo en cada tarjeta. Aunque siempre diga «Este año tenemos que vernos sin falta», con el «sin falta» subrayado.

Entonces el cartero llega con la primera tarjeta de la temporada, que dice «Este año tenemos que vernos sin falta», con el «sin falta» subrayado. Y la persona que lo ha escrito me cae bien —aunque no tanto como para verla, claro—, así que pienso: le enviaré una a ella. Entonces, al día siguiente, llegan cinco más, y de gente a la que también aprecio, así que envío cinco «Este año tenemos que vernos sin falta», con el «sin falta» subrayado. Entonces me pongo a pensar en todas las personas a las que no he enviado una tarjeta y me martirizo. Y al día siguiente el cartero trae una avalancha de «Este año tenemos que vernos sin falta» y me derrumbo.

Entro en el cuarto donde Él Mismo está viendo inocentemente la tele o lo que sea y le grito:

—¡DE ACUERDO, ESCRIBIRÉ LAS MALDITAS TARJETAS! ¿CONTENTO?

Inédito

Época de buena voluntad (y chocolate)

La Navidad llega una vez al año y cuando llega, lo hace cargada de alegría. O, en mi caso, de pánico, pues este año TOCA EN MI CASA. Vendrán un montón. Trece, de hecho. Mala suerte para algunos... Bueno, para cualquiera que tenga que comer lo que yo cocino. Yo vivo en un mundo de fantasía donde siempre hay un estofado delicioso y alimenticio cociéndose en el fogón, de modo que si alguien aparece inesperadamente en mi casa puedo darle de comer y, cuando tiene que marcharse — súper a regañadientes—, recibe una bolsa con mi *focaccia* de romero casera. (En esta fantasía también tengo el pelo de Nigella, visto un atuendo vaporoso de Marni, voy descalza y luzco varios anillos maravillosos en mis dedos de los pies pintados con esmalte de Chanel.)

Pero la realidad —esa vieja aguafiestas— es la siguiente:

- a) Vivo de comida precocinada y multivitamínicos y tengo que ir todos los jueves a casa de mi madre para ingerir una comida casera caliente a la semana.
- b) Todos los estofados me parecen iguales.
- c) La palabra «menudillos» me provoca arcadas.
- d) Intenté ponerme un anillo en el dedo índice del pie pero me atrapó un nervio y me generó punzadas muy dolorosas que me subían por la pierna y la espalda.

El caso es que todos tenemos nuestros dones, y cocinar no está entre los míos. No solo me asusta la idea de introducir la mano en un pavo, sino la coordinación que exige preparar un ágape. El hecho de tener que tenerlo todo listo al mismo tiempo me crea un nudo en el estómago. Dejé de dar cenas en mi casa (de comida precocinada y multivitamínicos, naturalmente) cuando me di cuenta de que incluso hacer tostadas y café me estresaba; intentar que el agua rompa a hervir en el momento en que la tostada salta del tostador me llena de ansiedad.

Pero para la cena de Navidad se esperará de mí que sirva pavo, jamón, patatas asadas, puré de patatas, chirivías, zanahorias, guisantes, relleno y salsa, todo ello caliente y comible al mismo tiempo. Me dan ganas de acurrucarme en un rincón y echarme a llorar.

De modo que vuelvo a plantearme la eterna pregunta, la que me ha perseguido toda la vida: ¿Cómo lo consiguen los demás? ¿Por qué ellos recibieron el manual de la vida y yo no? ¿Dónde estaba yo cuando Dios repartió aptitudes y capacidad para apañárselas? Mirando zapatos, seguramente.

Hubo un tiempo en que pareció que estaba pillándole el tranquillo a esto de madurar —aprendí a conducir, pedí la tarjeta de donante de riñón—, pero este asunto de la Navidad me ha sumergido de nuevo en la confusión. Alguien (un adulto como es debido) me dijo que las listas eran la clave de la coordinación, y durante un tiempo eso sofocó mi desasosiego, pues me gusta hacer listas y me gusta tachar las cosas una vez cumplidas. (A veces me hago una lista e incluyo cosas que ya he hecho para poder tacharlas y experimentar esa sensación de bienestar.) Pero las listas, por muchas que sean, no me enseñarán a cocinar, de modo que he tomado la audaz decisión de comprarlo todo hecho, desde el pavo hasta el bizcocho. Lo sé, lo sé, soy una vaga y una derrochadora y sí, me siento como un fracaso. (Nada nuevo, por cierto.) Pero es la única opción que me queda si quiero que los trece nos sentemos ante una cena navideña comible.

Lo que me lleva a mi siguiente problema: sentar a los comensales. ¿Dónde, si puede saberse? Tengo cuatro sillas de cocina. Por lo que me faltan nueve, si he hecho bien las cuentas. Tengo dos pufs donde los invitados más altos pueden sentarse, descansando la barbilla en la mesa, y hay una escalera de mano que se convierte en silla. Como silla es sumamente inestable (y también como escalera de mano), pero es lo que hay. Los demás tendremos que comer de pie. O podríamos hacer turnos, pues acabo de darme cuenta de que tampoco tengo suficientes platos. Santo Dios...

Para mi vergüenza, solo ahora comprendo lo mucho que mis padres se esforzaban en Navidad. Allí estaban ellos, trajinando en una cocina inundada de vapor, preparando toda esa comida deliciosa, mientras yo y mis hermanos, sin excepción, permanecíamos delante de la tele devorando latas de Roses. ¿Os cuesta imaginarlo? Dejad que os ayude. Pensad en una guardería. Pensad en el foso de pelotas de colores donde los niños dan volteretas. Pues sustituid las pelotas de colores por chocolatinas.

Sin embargo, no hay que olvidar el verdadero sentido de la Navidad, porque la Navidad no es solo comer hasta reventar, la Navidad es algo mucho más importante. ¡Estoy hablando, naturalmente, de los regalos! Y aquí entramos en mi terreno. Yo soy excelente gastando dinero. Nadie me gana a la hora de comprar cosas bonitas y acumular deudas. Pero lo que más me gusta es comprar regalos. Es una oportunidad

de adquirir cosas bonitas sin el consiguiente sentimiento de culpa, y en lugar de sentirme como una derrochadora, me siento como un ser generoso.

A diferencia de la mayoría de la gente (y de las restantes áreas de mi vida) yo compro mis regalos de Navidad con meses de antelación. Contrariamente a lo que podáis pensar, no es algo aconsejable.

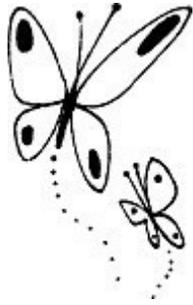
- a) Todo el mundo me odia cuando, a finales de octubre, anuncio que he comprado todos mis regalos navideños. Se les avinagra la cara y siempre hay alguno que suelta «Caray, la señorita organizada», y es obvio que pretende ser un insulto.
- b) No se ahorra tiempo alguno. La crema facial que mi madre dijo que quería fue y se la compró la segunda semana de noviembre. Los almohadones verdes que compré para el dormitorio de mi hermana estuvieron súbitamente de más cuando se pasó el puente de octubre redecorando su casa y se inclinó por el rosa.
- c) Si he comprado algo especialmente bonito, me pongo a dar saltos, como si me muriera por ir al lavabo, impaciente por dárselo al destinatario. Dos años atrás no pude aguantar más e hice eso con una buena amiga, es decir, le di su regalo de Navidad a principios de noviembre. Así pues, cuando me dio mi regalo varias semanas después, no entendí su cara de expectación, hasta que se quejó a mi hermana de que me había vuelto una roñosa. Se había olvidado y eso casi acabó con nuestra amistad.

Por consiguiente, si estáis recorriendo las tiendas a las cuatro y media de la tarde de un 24 de diciembre, probablemente sea mejor para vosotras.

¡Feliz Navidad!

*Publicado originalmente en RTE Guide,
diciembre de 2002*

AHORA EN SERIO



Lo nunca soñado

En el primer volumen de Bajo el edredón escribí un artículo sobre mi alcoholismo que cubría hasta el momento en que dejé de beber. Sin embargo, es tanta la gente que me ha escrito queriendo saber qué sucedió después, cómo empecé a escribir, etcétera, que decidí añadir otro capítulo al relato. Entonces pensé en los lectores que no conocían mi relación con la bebida y en el poco sentido que tendría para ellos leer sobre mi recuperación. Así pues, para no dejar cabos sueltos, he escrito una historia donde lo abarco todo. Mis disculpas a quienes ya conocen mis aventuras con el alcohol; os las podéis saltar e ir directos a «lo que sucedió después».

Desde que me alcanza la memoria siempre había algo que no iba bien. Pese a crecer en una familia corriente y afectuosa de clase media, durante toda mi vida tuve la sensación de que me faltaba una pieza, lo cual me provocaba un desequilibrio. Siempre andaba descompasada con el resto del mundo y nunca me sentía «normal». Veía que las demás personas eran «normales» sin hacer esfuerzo alguno y trataba de imitarlas como un extranjero que intenta copiar las costumbres locales para no desentonar.

La mayor de cinco hermanos, yo era una niña menuda y flaca que tenía miedo prácticamente de todo: de los perros, de los muchachos, de llegar tarde al colegio, de jugar al béisbol, de que me hicieran fotos (me odiaba, pensaba que era la cosa más fea del planeta). Lo más doloroso, sin embargo, era mi desesperación por gustar. Yo era una muchacha emocionalmente maleable, sin conciencia de mí misma, cuya oferta tácita al resto del mundo era: dime quién quieres que sea y lo seré. Eso no significa que semejante magnanimidad me funcionara; pese a mi deseo desesperado de tener una amiga, siempre parecía un penoso parásito dentro de un trío donde las otras dos niñas eran amigas de verdad.

La gente me pregunta a menudo si me «ocurrió» algo y la respuesta es no. Creo que nació así. Que es como decir que creo que nació alcohólica. Una alcohólica en ciernes.

Así pues, cuando, llegada la adolescencia, tomé mi primera copa, el mundo dio un giro y me enamoré. Presa de un gran alivio, me encantó la forma en que el alcohol me

hacía sentir y pensé que era la forma en que la gente se sentía en todo momento. «Ya lo tengo —me dije—. He aquí la pieza que me faltaba, mi salvación.»

Aunque tardé varios años en volverme físicamente adicta, emocionalmente estaba enganchada y pasé el resto de mi adolescencia bebiendo siempre que surgía la oportunidad. En realidad, no era muy a menudo, pues el bolsillo no daba para tanto, pero estaba claro que cuando bebía lo hacía para emborracharme. Buscaba olvidar, escapar de mí misma, y creía que eso era lo que hacía todo el mundo.

Ya desde el principio me despertaba por las mañanas con un nudo en el estómago, avergonzada por el recuerdo de algo que había dicho o hecho la noche antes y rezando para que todo fuera un sueño. Las llamadas telefónicas del día después, presa de la vergüenza, se convirtieron en una característica de mi vida, característica que duraría dieciséis años.

Pese a todo eso, era una estudiante aplicada (como corresponde a una miedosa), y al terminar el colegio ingresé en la universidad y me licencié en derecho. Algo de lo que hubiera debido enorgullecerme, mas no fue así. Todo lo que tocaba parecía estropearse, y cuando mis compañeros de clase salieron para convertirse en abogados de altos vuelos, yo les demostré que era un espíritu libre yéndome a Londres y poniéndome a trabajar de camarera.

¿Extraño? Desde luego que sí. ¿La reacción de una persona carente de autoestima? Sin duda. Pero esto era la Irlanda de mediados de los ochenta y conceptos como «autoestima» todavía no se habían inventado.

Finalmente conseguí trabajo en una pequeña contaduría, donde irradié resentimiento cada segundo de los ocho años que pasé allí. Parte de mi trabajo consistía en entregar dinero para gastos menores, pero me comportaba como si fuera mi propio dinero el que estuviera repartiendo. Estaba claro que ese trabajo no me llenaba. Una persona normal, en mi caso, habría salido a buscar otro empleo, pero cuando se trataba de hacer algo bueno para mí, me bloqueaba. Además, no me interesaba prosperar en mi profesión (o eso me decía; me lo decía mucho, sobre todo cuando mis compañeras de piso recibían ascensos y aumentos de sueldo). A mí me interesaba Pasarlo Bien. Y durante un tiempo lo pasé muy bien. Estaba en Londres, era joven, libre y soltera, había bares y discotecas y fiestas, siempre había alguien con ganas de Pasarlo Bien y el alcohol coronaba todos los aspectos de mi vida. ¿Penas que ahogar? ¡Tómame una copa! ¿Algo que celebrar? ¡Tómame una copa! ¿El perro del vecino ha muerto? ¡Tómame una copa!

Cualquier acontecimiento social constituía una excusa para consumir alcohol. Hay

un montón de obras de teatro cuya segunda parte no he visto, pues siempre atrapaba a alguien en el entreacto y lo convencía de que era mucho más divertido quedarse en el bar.

Yo bebía deprisa. Pero también bebían deprisa los demás. Como la mayoría de los alcohólicos, me había asegurado (inconscientemente) de rodearme de gente que bebiera tanto como yo para que mi consumo étílico no destacara. En nombre de Pasarlo Bien, había noches que no podía recordar cómo había llegado a casa. Empecé a despertarme cubierta de moretones (u hombres) no identificables y a menudo me encontraba demasiado mal para ir a trabajar, pero estaba segura de que era así para todo el mundo.

Todas las casillas de mi vida estaban cubiertas: tenía compañeras de piso, gimnasio, obsesión por los sueros capilares, problemas con la comida y novios. Vale, mis relaciones nunca funcionaban, pero ¿no era eso un aspecto más? Noches en casa con las compañeras de piso, bebiendo Chardonnay y despotricando contra los hombres.

A los veintilargos, no obstante, las cosas empezaron a torcerse de veras. Mi comportamiento cuando estaba borracha era cada vez más desmedido e imprevisible; me ponía agresiva o sensiblera o bailaba sobre las mesas, tirando las copas al suelo. Nunca sabía de antemano en quién me iba a convertir, pero siempre eran personas horribles a las que no reconocía.

«Lo siento» se convirtió en mi frase más usada, y casi todos los lunes comenzaban con la promesa ferviente a mis compañeras de piso, amigos, colegas y, sobre todo, a mí misma, de que no volvería a beber. Se acabó, no más alcohol. Volvería al gimnasio, comería comida sana, puede que hasta asistiera a clases nocturnas de algo. Pero tarde o temprano —y cada vez era más temprano— me venía abajo, me tomaba una copa y me subía de nuevo al tiovivo. Una vez que empezaba no podía parar. Y una vez que paraba, no podía permanecer parada.

En torno a esa época, la gente con la que me había divertido durante años empezó a comportarse de manera extraña: se casaba, compraba sofás nuevos, tenía hijos. En pocas palabras, sentaba la cabeza. Todo estaba cambiando y eso me asustaba, sobre todo porque habían empezado a utilizar el término «alcohólica» al referirse a mí. Yo me defendía diciendo que el hecho de que no me hubiera comprado un sofá no les daba derecho a llamarme alcohólica. Y lo cierto es que no me consideraba tal: la negación es un componente de esta enfermedad. Siempre va un paso por delante de

uno, ocultando la verdad, creciendo al tiempo que crece la adicción, manteniéndose siempre un poco más grande.

Yo, simplemente, no creía posible que una joven de veintitantos, con un trabajo, un piso y zapatos bonitos, pudiera ser una alcohólica. Los alcohólicos eran otros, gente marginada con rastas involuntarias que gritaba a enemigos invisibles en la calle.

Y como mis amigos seguían empeñados en que yo estaba alcoholizada y necesitaba ayuda, corté la relación. Dejé de salir y empecé a beber sola, sin nadie que me juzgara, y así comenzó mi descenso final al alcoholismo puro y duro. Bebía durante todo el fin de semana e incluso me despertaba a medianoche para beber. Pero los fines de semana empezaban el jueves o incluso el miércoles y se alargaban hasta el lunes o el martes. Me había convertido en una borrachina.

Cada vez me encontraba peor y faltaba más al trabajo, y casi había dejado de comer y de asearme. Me despertaba en la penumbra, sin saber si estaba amaneciendo o anocheciendo, y la idea del suicidio me rondaba como un espectro. Hundida en la depresión y la paranoia, el mundo me parecía un lugar hostil y odiaba salir de casa porque pensaba que todo el mundo me miraba. (Y probablemente así era. No me cuidaba mucho en aquellos tiempos.)

Para entonces ya solo me quedaba una compañera de piso, la cual había dejado de venir a casa porque temía el estado en que podía encontrarme. De vez en cuando yo llamaba a mi hermana a Nueva York y, arrastrando las palabras, le decía que iba a suicidarme. Egocéntrica hasta la médula, estaba dispuesta a perderlo todo; había convertido el alcohol en mi estrella, mi mejor amigo, mi amante, y estaba dispuesta a seguirlo a donde me llevara.

Sorprendentemente, gracias a una jefa atenta y comprensiva yo seguía conservando mi trabajo, pero aparte de eso mi vida era como una hoja en blanco que se iba doblando sobre sí misma, cada vez un poco más, hasta que ya casi no quedó nada.

Mi depresión se fue haciendo más oscura y profunda, la idea del suicidio era cada vez más intensa. Rezaba a un Dios en el que no creía para que no permitiera que despertara por la mañana. Y, cuando despertaba, era como si las fauces del infierno se abrieran ante mí.

Durante esa época estuve desesperadamente agradecida al alcohol. Parecía lo único bueno en mi vida, lo único que se interponía entre mi persona y la desdicha absoluta. Nunca hacía la conexión de que era desdichada a causa del alcohol.

Entonces, una tarde de septiembre de 1993, dos semanas después de cumplir los treinta, cuando hubiera debido estar en el trabajo pero me encontraba en casa aguardando las consecuencias de otra borrachera, matando el tiempo hasta que los temblores, las náuseas y el pánico hubieran pasado, leí un relato corto en una revista. Era divertido y estrafalario, y algo en mi interior dijo: «Me gustaría hacer eso». (Mucha gente me pregunta quién escribió ese relato, pero lo ignoro porque no lo guardé. Yo no era consciente de que en ese momento tenía lugar un acontecimiento que iba a cambiarme la vida.)

No era propio de mí tener ganas de hacer algo que no fuera beber, pero me puse a buscar por mi piso una libreta y un bolígrafo, me senté y, sin detenerme un solo instante, escribí un relato de principio a fin. (Una dulce historia sobre un ángel que pierde una apuesta y viene a la tierra. Estaba tremendamente orgullosa de ella.)

Yo ignoraba que quería escribir, pero ahora, cuando miro atrás, me doy cuenta de que el momento fue el oportuno: mi vida se había reducido a casi nada, era como si estuviera sobre un pedazo de tierra que se iba encogiendo erosionada por el alcohol, y la crisis acababa de destapar algo enterrado en mi interior en un esfuerzo desesperado por impedir que yo desapareciera del todo. (No es un trayecto que recomiendo a quien aspire a escribir, pero a cada uno le toca lo que le toca.)

Durante los siguientes cuatro meses escribí cuatro relatos más, un reflejo, todos ellos, de mi estado de ánimo en aquel momento. Uno trataba de una mujer que se había muerto pero todavía no se había dado cuenta de ello y se paseaba por su vida preguntándose por qué nadie podía verla. Otro hablaba de una tarjeta de crédito que se enamoraba de su dueño.

Estaba encantada con mis historias. No era uno de esos escritores reservados a los que aterraba que alguien lea su trabajo. Yo detenía prácticamente a la gente en la calle y la obligaba a agarrar las hojas. Pero ni siquiera la escritura consiguió que dejara de beber y en enero de 1994 sufrí una caída espectacular. Tras un intento de suicidio, terminé en un centro de rehabilitación en Irlanda para ser tratada de alcoholismo crónico.

Se habían equivocado de persona, pensé. Yo no era una alcohólica. No obstante, aunque horrorizada por el giro que había dado mi «vida», he de reconocer que casi me atraía la idea de ver a un montón de alcohólicos en cautividad. Y siempre existía la posibilidad de ver alguna cara famosa.

Pero la rehabilitación no fue lo que esperaba. A los diez días de estar allí, las piezas empezaron finalmente a encajar y lo que vi casi me dejó ciega. Al examinar mi vida,

comprendí que todo lo malo en ella había sido consecuencia del alcohol y que cada vez que había tomado una copa había encendido un infierno que había arrasado con todo lo que encontraba a su paso. El juego había terminado y la única manera de tirar hacia delante era una vida sin alcohol. ¿Cómo había podido ocurrirme esto a mí? ¿Cómo iba a sobrevivir? El dolor era desgarrador. Era como terminar con un apasionado idilio, y me revolvía contra eso.

Salí seis semanas después. El sol era demasiado brillante, los ruidos demasiado fuertes, hasta subirme a un autobús me asustaba. Tenía la sensación de estar haciéndolo todo por primera vez, y me sentía tan vulnerable y novata como un recién nacido.

Pero, asombrosamente, no quería beber. La atroz compulsión que solía apoderarse de mí, empujándome hasta la tienda de licores, había desaparecido. Y había algo más, una pequeña chispa de amor propio (por primera vez en mi vida). Estaba harta de hacer el numerito gratis para otra gente.

Regresé a Londres, donde, gracias a la enorme generosidad de mi jefa y mis colegas, todavía conservaba mi puesto. También tenía mi piso, y el hecho de estar nuevamente rodeada de mis cosas fue una gran ayuda. Necesitaba toda mi energía para atravesar un día normal. En el centro de rehabilitación me explicaron que mi desarrollo emocional se había detenido en la adolescencia, cuando creé mi vínculo con el alcohol. Eso significaba que cada vez que sufría una decepción o me peleaba con alguien, no pasaba por la experiencia ni maduraba en el proceso, sino que la eludía, ya fuera poniéndome a beber de inmediato o recordándome que podría beber en otro momento.

Ahora que ya no había escapatoria, por primera vez tenía que vivir la vida según sus condiciones. Iba a reuniones de alcohólicos anónimos, comía mucho chocolate y me sumergía en las tiendas, el sueño y las novelas de Jacqueline Susann, pero no bebía.

Y empecé a escribir de nuevo. Me había aterrado la idea de no poder escribir si no bebía. (Todo eso del artista atormentado; me había encantado esa versión de mí misma.) Mas no necesité el alcohol, y alguien en una reunión me juró que era posible ser un artista atormentado sin la bebida.

Rebosando optimismo, decidí enviar mis relatos a una pequeña editorial irlandesa junto con una carta donde explicaba que había empezado a trabajar en una novela. En

realidad, lo de la novela era un cuento. Se tardaba mucho tiempo en escribir una novela, me decía. La satisfacción instantánea de los relatos me gustaba mucho más. La editorial, no obstante, me contestó: quería ver mi supuesta novela.

El pánico se apoderó de mí. Aterrada, enseguida me puse a escribir. No tenía trama ni personajes, solo el deseo de impedir que me descubrieran la mentira. En menos de una semana conseguí redactar cuatro capítulos, que envié a la editorial todavía resoplando. Dos semanas después me respondieron: me ofrecían un contrato para tres libros.

Seis meses antes había intentado suicidarme y ahora tenía un contrato con una editorial. ¿No era increíble? Por primera vez en mi vida tenía que celebrar algo sin alcohol. (Me compré unos zapatos. Casi igual de placentero.)

Pero mis esperanzas de abandonar el trabajo e iniciar una vida glamurosa eran infundadas. Mi adelanto ascendía a seiscientas libras por libro, nada capaz de cambiarme la vida, de modo que adapté mi actividad literaria al trabajo escribiendo por la mañana y por la noche.

En septiembre de 1995 mi primera novela (*Claire se queda sola*) se publicó en Irlanda y fue muy bien recibida. La gente hablaba de lo divertida que era, pese a tocar temas tristes. Pero también salieron un par de críticas negativas que me dejaron hecha polvo. Yo carecía de mecanismos para sobrellevar semejante humillación pública y enseguida —como cada vez que me llevaba un disgusto— experimenté un deseo desesperado de beber. Pero no lo hice. En lugar de eso me metí en la cama con dos trozos de pastel de queso y chocolate de Marks and Spencer y esperé a que se me pasara el bochorno. (Solución que me ha funcionado hasta hoy.)

Entretanto había empezado a trabajar en mi segunda novela, una comedia alegre sobre la depresión. Y había conocido a un hombre. Un hombre muy diferente de aquellos a los que había perseguido cuando bebía. A estas alturas todavía me da miedo hablar de lo maravilloso que es por si me cae encima la Maldición de la Petulante.

Entonces, en septiembre de 1996, las cosas avanzaron varios peldaños. Me hallaba una tarde en el trabajo tratando de cuadrar el libro de ventas, cuando la máquina que tenía al lado escupió un fax. Era para mí, pero no era la copia de una factura u otra cosa relacionada con el trabajo, sino un fax de mi agente donde me contaba que una gran editorial de Reino Unido había ofrecido un montón de dinero (diez veces mi salario anual, por lo visto) por publicar mi obra. Me quedé sentada frente a mi mesa,

temblorosa, apretando las teclas equivocadas en la calculadora —todavía tenía que cuadrar el libro de ventas—, preguntándome si podía ser verdad.

Lo era, y poco después se vendieron los derechos a Alemania, Holanda, Suecia y Estados Unidos. De repente podía permitirme dejar mi trabajo y —lo nunca soñado— dedicarme de lleno a escribir.

La suerte me sonreía. Pero si bien mi vida exterior había cambiado, mis sentimientos estaban necesitando mucho más tiempo para asimilar los acontecimientos. La inseguridad e inmadurez que habían caracterizado mi adicción al alcohol seguían presentes y me sentía desconcertada e indigna.

Como otras veces que he estado abrumada, la idea de una copa me parecía deliciosamente atractiva, pero aguanté. En el fondo de mi alma sabía que mi sobriedad era el pilar de los demás aspectos de mi vida y que si la protegía acudiendo a las reuniones y manteniendo el contacto con otros alcohólicos rehabilitados, todo iría bien.

El tiempo pasó y mi tercera novela fue publicada, y luego la cuarta, todas comedias sobre temas oscuros, y la acogida del público me conmovió profundamente. Paradójicamente, escribir sobre mi sensación de desconexión me ayudaba a conectarme. Recibí cientos de cartas y todas ellas decían, en esencia: «Sus libros describen cómo me siento exactamente». Y eso a la persona que había llegado a sentir que no pertenecía a la raza humana.

Los lectores me contaban lo bien que había reflejado sus sentimientos más sombríos y lo mucho que los había hecho reír. Y por primera vez me di cuenta de que todos esos años horribles, inmersos en el alcoholismo, no habían sido del todo en balde.

Y seguía sin beber. Había creído que mi vida en sobriedad iba a ser como arrastrarme por un árido desierto durante los siguientes cuarenta años, o el tiempo que viviera, obsesionada con el alcohol. Pensaba que dedicaría cada día a No Beber, que sería un trabajo de jornada completa. Pero, curiosamente, no representa un problema. Me he desvinculado por completo del alcohol. Saber que no puedo probar ni una gota me lo pone más fácil.

Resulta muy interesante, con todo, estar sobria en un mundo empapado de alcohol. Durante mis primeros días de rehabilitación iba mucho al cine y por primera vez me percaté de que casi todos los anuncios eran de alcohol.

No todo el mundo entiende por qué no bebo. Después de haberlo dejado, fui a ver a una amiga que no me había visto en mis peores momentos y se extrañó de que ya no

bebiera. Le expliqué detenidamente que mi cuerpo era tan sensible al alcohol que un solo trago dispararía en mí un deseo vehemente que me enloquecía y enfermaba, y que estaba mucho mejor sin él. Mi amiga me escuchaba con atención, asintiendo con la cabeza, y cuando hube terminado me dijo: «Entiendo, entiendo, pero tomarás una copa de vino con la cena, ¿verdad?».

Hay personas que no quieren entenderlo, personas que probablemente sospechan que ellas mismas tienen un problema. Resistirse a sus invitaciones a una copa es lo más difícil.

Mi vida, con todo, es normal en muchos otros aspectos. Pensaba que no podría estar entre bebedores, que, verde de la envidia, me preguntaría qué sentían cada vez que dieran un trago a su copa. Pero, en realidad, me divierte, al menos hasta el momento en que me cuentan la misma historia por tercera vez o me arrinconan y me dicen con mirada vidriosa que soy su mejor amiga y que me quieren.

Dado que el alcohol había sido el centro de mi vida durante tanto tiempo, me costaba creer que pudiera gozar de semejante libertad.

Eso no significa que no sienta deseos de evadirme. Hay momentos, cuando estoy disgustada o enfadada, o simplemente cuando deseo descansar de mí una noche, en que sé que media botella de vino me relajaría y que, sencillamente, no puede ser. También lamento que ahora vendan todas esas bebidas modernas que nunca llegué a probar, como los Bacardi Breezers. (Me han dicho que no son tan buenas, pero así y todo...)

Y tengo la sensación de que necesito dormir más que los no alcohólicos. Creo que debo de encontrar la realidad agotadora, porque cada noche, en un momento dado, siento que choco contra un muro y me digo: ya he tenido bastante vida por hoy, gracias.

Pero es un pequeño precio para pagar.

Han pasado más de diez años y sigo sin probar el alcohol.

Ha sido un viaje increíble. Se han vendido más de diez millones de ejemplares de mis libros en todo el mundo, se editan en treinta y dos idiomas, he viajado por todo el planeta gracias a mi trabajo y sin embargo mi sobriedad sigue siendo lo más importante en mi vida. Sé que si vuelvo a beber existe el riesgo de que ya nunca pueda parar. Se me dio una oportunidad y la guardo como un tesoro. Es el mejor regalo que me han hecho en mi vida.

Una versión de este artículo se publicó por primera

vez en Marie Claire, noviembre de 2004

Concern

Habiendo expresado mi interés por su trabajo, la organización benéfica irlandesa Concern, que trabaja en el mundo en vías de desarrollo, me invitó a visitar algunos de los proyectos que está llevando a cabo en Etiopía. Y allí viajé con Él Mismo en septiembre de 2002.

JUEVES, 5 DE SEPTIEMBRE

Él Mismo y yo misma nos personamos en la oficina de Concern en Dublín para recibir las últimas instrucciones. De repente tomo conciencia de la dureza del viaje y me maldigo por haber aceptado la invitación. Pese a asegurarnos que lo pasaremos muy bien y que hay un mercado maravilloso delante del complejo de Concern en Adís Abeba, no las tengo todas conmigo. El pánico también se ha apoderado de Él Mismo.

LUNES, 9 DE SEPTIEMBRE

9.00 de la mañana. Partimos hacia el aeropuerto para tomar un avión a Londres, luego a Alejandría y de allí a Adís Abeba. Retraso en Londres y retraso en Egipto.

MARTES, 10 DE SEPTIEMBRE

3.30 de la madrugada (dos horas y media de demora). Aterrizamos en el aeropuerto de Adís Abeba y esperamos un buen rato en la cinta transportadora hasta que llegamos a la conclusión de que nuestra maleta no ha viajado con nosotros. Llegará, no obstante, en el próximo vuelo, nos asegura el agradable hombre. O sea, el viernes. Pero hoy es lunes, protesto. Martes, me corrige él.

Solo tenemos la ropa que llevamos puesta, un ejemplar de *Vanity Fair* (ya leído) y una selección de tentempiés sustraídos de la sala de un aeropuerto. Salimos a reunirnos con nuestro pobre chófer, que lleva esperando desde la una y media.

4.45 h. Llegamos al complejo de Concern.

5.00 h. La cabeza golpea la almohada.

5.01 h. Gallo cacarea.

5.02 h. Otro gallo cacarea. Se le unen cuatrocientos de sus mejores amigos. Un equipo estéreo cobra atronadora vida con música pop etíope. Ah, sí, el mercado situado al otro lado del muro.

9.30 h. Nos levantamos, nos ponemos nuestras ropas sucias y nos presentamos al personal de Concern. Hace una mañana encantadora, con un cielo intensamente azul. A lo lejos diviso colinas de exuberante vegetación. Tiene que ser un error. ¿Dónde están los áridos desiertos?

El personal de Concern, muy amable, se ofrece a prestarnos ropa y nos recomienda el mercado para comprar ropa interior y demás. Una mezcla de temor y curiosidad nos impulsa a Él Mismo y yo misma a cruzar las puertas y sumergirnos en Adís, y juro por Dios que fue como volver a los tiempos bíblicos. Un polvoriento camino de tierra roja hirviendo de vida: hombres altos y elegantes ataviados con túnicas y botas, mujeres acarreando bebés amarrados a la espalda, un hombre portando una oveja en el cuello como si fuera una bufanda, asnos cargados con enormes atados de leña, música atronadora proveniente de algún lugar. La única nota no bíblica eran los microbuses, que pitaban como dementes mientras trataban de dispersar las manadas de cabras que holgazaneaban en su camino. Las mantas desplegadas en las cunetas ofrecían de todo: cebollas, tomates, pilas, cordeles, pollos (vivitos y coleando), leña y —¡genial!— calcetines y bragas. Los calcetines estaban bien, las bragas no tanto, holgadas y poco favorecedoras. Pero ¡qué demonios! Donde fueres... ¿El precio por dos pares de calcetines y dos bragas rosas? Veinte birr, unos dos euros. Barátísimos. Nos habían dicho que regateáramos, pero no pudimos. Pasamos al siguiente puesto, donde compramos dos calzoncillos para Él Mismo, una camiseta por cincuenta birr y unas sandalias de plástico para mí por ochenta birr.

12.30 h. Luciendo nuestras mejores galas, nuevas y prestadas, nos vamos a visitar algunos proyectos de Concern. Adís, a primera vista, es una ciudad construida casi por entero con chapas de cinc, kilómetros y kilómetros de chabolas y de boquetes en el podrido cinc tapados con esteras y bolsas de plástico. Casi todas las calles están sin asfaltar y cubiertas de baches, algo que no había visto antes en una ciudad. Y hay gente por todas partes. Adís tiene una densidad de población muy elevada. Se calcula que en ella viven unos cinco millones de personas.

Nuestra primera parada era un programa de desarrollo urbano comunitario en el

que Concern trabaja con los más pobres de entre los pobres —familias mantenidas por mujeres y familias con más de diez miembros— para construir casas, cocinas comunitarias, puntos de agua, letrinas y calzadas. Concern facilita la mayor parte del dinero, mientras que la comunidad proporciona la mano de obra y se encarga del mantenimiento de las zonas comunes.

Una de las muchas personas que conocí fue una bella mujer llamada Darma. Los etíopes son increíblemente guapos. Darma tiene nueve hijos, es más joven que yo y su marido se ha «ido». Hinchida de orgullo, nos invitó a entrar en su nueva casa, una habitación de diez por diez con el suelo de tierra apisonada, sin electricidad ni agua corriente. Señaló el techo con una sonrisa: «No hay agujeros, así que la lluvia no entra». Eso convertiría el suelo en un lodazal. Estaba empezando a comprender. Las robustas paredes le arrancaron otra sonrisa: «Seguras contra las ratas». Lo pillo.

El día de Darma comienza a las seis de la mañana, cuando prepara el desayuno para ella y sus hijos. Es más duro de lo que parece. El alimento básico es el *injera*, un pan que se elabora con una hierba llamada *teff* que hay que machacar hasta reducirla a una pasta —lo cual puede exigir hasta dos horas— y luego se cocina. Antes de que Concern creara las cocinas comunitarias —una por cada tres familias— Darma se veía obligada a encender un fuego en su casa sin chimenea, llenándola de un humo que perjudicaba a sus hijos.

Después del desayuno Darma camina media hora hasta el mercado mayorista, compra patatas y cebollas, regresa y las vende en su barrio. A las seis vuelve a casa y se pone de nuevo a machacar *teff* hasta que las manos se le llenan de ampollas. Se acuesta a las doce de la noche.

Su vida, con todo, ha mejorado mucho, dice. Tiene la cocina, el punto de agua comunitario —lo que le ahorra una hora de camino al día para ir a comprar agua— y, sobre todo, la casa. Su actitud fue toda una lección de optimismo y confié en que la próxima vez que quisiera decir «He tenido un día duro», lo pensara dos veces.

Antes de marcharme me invitaron a admirar las letrinas, lo que hice como mejor supe —¿qué se dice en una situación así?— y luego fuimos a una clínica que atiende y da de comer a treinta y seis niños desnutridos. Para cuando nosotros llegamos ya se habían ido, de lo cual, para mi vergüenza, me alegré. No me veía capaz de enfrentarme a tres docenas de criaturas desnutridas.

De vuelta en la casa de Concern, recordé que era mi cumpleaños. El obsequio de Él Mismo estaba en la maleta ausente. Sin embargo, me regaló un Club Milk que había robado del salón de Aer Lingus en Dublín. Me puse muy contenta.

MIÉRCOLES, 11 DE SEPTIEMBRE

Día de Año Nuevo. Y 1995, nada menos. Algo relacionado con una disputa sobre la fecha de nacimiento de Cristo. Muchas risas (al menos por mi parte) cuando Él Mismo se pone sus calzoncillos etíopes, diminutos y ceñidos, Bruce Lee en 1977. Muchas risas (al menos por su parte) cuando me pongo mis bragas, holgadas y disparatadas, como las de una abuelita.

11.00 h. Visita al proyecto financiado por Concern para educar y dar formación a chicas. La sociedad etíope es muy machista y me habían contado que las mujeres etíopes vivirían mejor si fueran asnos. Tienen muchas menos probabilidades que los hombres de recibir una educación y, sin embargo, muchas veces acaban siendo las principales sustentadoras de la familia, además de encargarse del trabajo «invisible» de cuidar a los hijos, atender a los familiares enfermos, cocinar, transportar agua y ocuparse de los animales.

Este proyecto deja clara su postura con un letrero en la pared de la oficina que reza: «Dios creó al hombre antes que a la mujer. ¿Por qué? Porque el artista siempre hace un boceto antes de crear su obra maestra». ¡Genial, hermanas!

Visitamos un colegio que están construyendo para niñas. Cuando se inaugure, en septiembre, proporcionará educación a doscientas alumnas. Docenas de niños de ojos ambarinos aparecen de repente para estrecharnos la mano (incluso los que aún gatean) y hacerse una foto.

15.30 h. Proyecto de formación profesional para niños de la calle. Unos 60.000 niños y madres jóvenes viven permanentemente en las calles de Adís Abeba, donde se encuentran a merced de todo el mundo, incluso de la policía. Este proyecto tiene como objetivo formarlos en toda clase de disciplinas —desde conducir y trabajar el metal hasta tareas administrativas— para que puedan conseguir trabajo.

Me presentaron a una muchacha de veinte años graduada en el programa. Se parecía a Lauryn Hill —exquisita, vaya— y me pidió que no utilizara su nombre. Sus padres habían fallecido cuando ella tenía dieciséis años y había tenido que mantener a sus tres hermanas y dos hermanos lavando ropa y recogiendo y vendiendo leña. Sus ingresos eran tan bajos que la prostitución habría sido el siguiente paso para ella o para sus hermanas menores, pero en lugar de eso consiguió una plaza en un curso de formación. Ahora gana 340 birr al mes como cocinera (es un buen sueldo, en serio), puede pagar el alquiler de una casa para ella y sus hermanos y asiste a clases de informática que paga de su bolsillo.

Cuando le pregunté de qué habían muerto sus padres, agachó la cabeza, empezó a llorar y no respondió. Más tarde el director del programa me contó que la joven nunca lo había dicho, pero que él sospechaba que habían muerto de sida. A pesar de que al menos uno de cada diez adultos etíopes, y puede que incluso uno de cada seis, tienen el VIH, esta enfermedad constituye tal estigma que pocos lo reconocen.

Entre otras historias de éxito del proyecto están las de dos niñas de la calle que ahora trabajan para el ex presidente de Etiopía, una como cocinera y la otra como ama de llaves.

Fue un día estimulante y alentador. De vuelta en el complejo, vimos *The Young and the Restless*, atroz culebrón estadounidense, y pasamos una hora feliz tratando de distinguir quiénes eran los jóvenes y quiénes los inquietos. Fue extrañamente cautivador.

JUEVES, 12 DE SEPTIEMBRE

5.30 h. Varios de nosotros partimos en un abarrotado cuatro por cuatro hacia Damot Weyde, a seis horas de viaje en dirección sur. La zona fue azotada por la hambruna en el año 2000 y este año las lluvias no han llegado, de modo que la cosecha de maíz no ha prosperado y la gente se enfrenta nuevamente al hambre.

Durante el trayecto pasamos por campos y más campos de maíz abrasados. Pero, aparte de eso, el paisaje era espectacular: cadenas de enormes montañas dibujadas contra el cielo azul, un color sorprendentemente verde y muchos árboles. Cuando pregunté por qué no cortaban los árboles para poder arar la tierra, me dijeron que los árboles eran necesarios para evitar la erosión del suelo, un grave problema ya existente que agrava todavía más la sequía.

Al aspecto exuberante de la vegetación contribuye una planta llamada *insett* o «falso banano», la cual, aunque de crecimiento lento, es resistente a la sequía. Posee las enormes hojas del banano pero solo sus raíces son comestibles (después de machacarlas durante tres horas). Así pues, aunque la zona se enfrenta a la hambruna, la llaman «hambruna verde».

Las cunetas aparecían en todo momento abarrotadas de gente. Pese a tratarse de una zona rural, está muy poblada, con una densidad de 250 personas por kilómetro cuadrado. En dos ocasiones pasamos por delante de gente que transportaba en camilla a un amigo o familiar enfermo hasta la clínica más cercana.

9.30 h. Nos detuvimos a desayunar en Shashemene, una ciudad con una extensa

comunidad rastafari. Tuve que contener a Él Mismo. Siempre ha abrigado el deseo de desaparecer y hacerse rasta.

Mediodía. Llegamos al complejo de Concern. Está a veinte kilómetros de la carretera asfaltada y carece de línea telefónica. Pero tiene electricidad y, como la gente no se cansaba de repetirme con el rostro iluminado, había una ducha, una ducha con agua caliente. «¿Y retrete?», pregunté con preocupación. Sí, me dijeron. Bueno, una letrina exterior, que es lo mismo. En realidad no soy una chica de letrinas exteriores, pero iba a convertirme en una.

13.30 h. Tras un rápido almuerzo, fuimos a visitar una fuente que había construido Concern, pero había llovido y el cuatro por cuatro quedó atrapado en el fango. Tuvimos que bajar del vehículo, y al hacerlo aterricé sobre un asno, que me lanzó una mirada paciente de «no te lo tendré en cuenta» y prosiguió su camino colina arriba.

Regresamos y fuimos a ver a una asistente social, una lugareña a quien Concern había formado para que educara a su comunidad en temas sobre nutrición e higiene y, lo más importante, en la atención a los niños desnutridos. Antes, si un niño estaba desnutrido, la madre iba a un centro de alimentación de Concern, donde permanecía con su hijo hasta que ambos recuperaban la salud. La recuperación podía tardar tres semanas. Entretanto, no quedaba nadie en casa para cuidar de los demás hijos de la mujer, la cual, además, no podía ganar dinero durante ese tiempo. Este programa pretende evitar tales situaciones y trasladar el control y la responsabilidad a la comunidad. Todo el trabajo de Concern se basa en la «sostenibilidad», o sea, en formar a la comunidad para que pueda hacer las cosas por sí sola, de manera que cuando Concern se vaya (todas las organizaciones no gubernamentales deben marcharse transcurridos tres años) los lugareños sean capaces de cuidar de sí mismos.

Pero la asistente social no estaba. Se habían ido todos al «llanto», una forma lírica de describir un entierro. «Qué se le va a hacer —dijimos—. Visitaremos la clínica Kerchech.»

De vuelta en el cuatro por cuatro y tras otra hora de viaje por caminos llenos de fango y baches, llegamos a una clínica de tres habitaciones. En ese momento una mujer joven llamada Erbeke llegaba con Bassa, su marido, y Jelsalem, su bebé enfermo. Habían caminado durante cuarenta minutos, descalzos, porque Jelsalem estaba expulsando sangre. Tenía quince meses, pero estaba tan flaca y encogida que aparentaba tres. Bassa vestía lo que en otros tiempos podrían haber sido pantalones de

Farrah pero que ahora era una colección de harapos sujetos con un cordel amarillo. Había visto muchas cosas tristes, pero por la razón que fuera esta fue la gota que colmó el vaso. No podía dejar de llorar.

El doctor Degu Tinna, que dirige la clínica y visita a los pacientes en una motocicleta comprada por Concern, examinó a Jelsalem y comprobó que solo tenía el 75 por ciento del peso debido, mas no mostraba síntomas de edema (deficiencia proteica). Le dio antibióticos. El método local para tratar la diarrea infantil consiste en quemar el estómago del bebé. (Las infecciones de ojos se «tratan» marcando las sienes con hierro candente.) Se me pusieron los pelos de punta al comprender que, si la clínica no hubiera estado ahí, Jelsalem habría muerto.

20.00 h. La cena, esa noche, era el famoso pan *injera*. Tenía un color gris y semejaba una esponja enrollada, pero estaba bueno. Tuve que levantarme dos veces durante la noche para ir a la letrina. No me comieron los leopardos.

VIERNES, 13 DE SEPTIEMBRE

7.00 h. Salimos a visitar otra fuente pero volvimos a quedar atascados en el barro. Esta vez pudimos seguir adelante y llegamos a las nueve de la mañana. ¡Sí!

La fuente era una bendición: agua limpia para lavar, cocinar y, más importante aún, para beber. Antes de que la construyeran, la única opción era el agua del río, tan sucia que al llenar un vaso parecía chocolate.

Había mucha actividad en la fuente. Ofusi, una belleza de trece años, estaba lavando la ropa de su familia frotándola enérgicamente con una pastilla de jabón. Salmen, una niña de diez años, estaba llenando de agua un envase de cinco litros para llevarla a su casa, a una hora de camino a pie.

Pero lo que más llamó mi atención fue que muchos de los niños que me rodearon parecían enfermos. Tenían los dientes marrones y la mayoría parecía sufrir una infección ocular. Las moscas se posaban en las bocas de los bebés y algunos niños tenían la piel parcheada, como a manchas. Recordé haber leído que eso denotaba una insuficiencia aguda de proteínas. Estaba viendo en directo los efectos de la desnutrición crónica. Los niños se apretaban contra mí pero no decían nada, y, por primera vez desde mi llegada a Etiopía, me asusté un poco.

De regreso nos cruzamos con algunas mujeres que estaban trabajando en los campos, entre ellas Tefari, una embarazada de siete meses. Luego conocimos a

Itanish, la asistente social; el trabajo que estaba haciendo con las mujeres de su zona iba a garantizar la mejora de los niños desnutridos. Eso me animó.

11.00 h. Regreso a Adís Abeba.

17.00 h. ¡Nuestra maleta había llegado! Puesto que llevaba una semana viviendo con lo justo y necesario, pensaba que su contenido no me interesaría, pero lamento decir que andaba muy equivocada. Me abalancé sobre la maleta como si fuera un amigo largo tiempo ausente y admiré mis preciosas pertenencias. ¡Mi crema para la cara! ¡Mis gafas de sol! ¡Mis pastillas contra la malaria!

18.30 h. Concierto al aire libre para concienciar sobre el sida entre los jóvenes y los sin techo de la zona de Merkato (un mercado enorme donde abunda la prostitución). Pensé que sería una cosa más bien cutre pero juro por Dios que nunca he visto nada tan bonito. Sobre el escenario, tres muchachos esbeltos y elegantes y tres jóvenes lozanas, vestidos con el traje típico, bailaron como los irlandeses no serían capaces de bailar aunque practicara un millón de años. Imaginaos a unos chicos recibiendo descargas eléctricas pero *con gracia*, y os haréis una idea de lo maravillosos que eran. Y lo estaban pasando tan bien que era un placer contemplarlos. El artífice del concierto (un acontecimiento mensual) es un hombre sumamente enérgico e inteligente llamado Anania Admassu, que dirige un proyecto financiado por Concern de ayuda a los huérfanos por sida. Hay muchos en Adís Abeba; mil ya solo en el área de Merkato.

SÁBADO, 14 DE SEPTIEMBRE

9.30 h. Visitamos el Programa de Vendedores Ambulantes de Concern, que proporciona formación comercial básica y préstamos a bajo interés, sin aval, para los vendedores más pobres de la calle (casi siempre mujeres). Este programa ha cambiado la vida a cientos de mujeres y casi todas ellas han empezado incluso a ahorrar.

Parte del programa incluía la construcción de varias letrinas, y fui invitada a ver un par. No sé a vosotras, pero a mí todas las letrinas me parecen iguales, y aunque intentaron convencerme de lo contrario, no lograron hacerme cambiar de opinión. Se llevaron una decepción, pero creo que la superaron.

14.00 h. Última visita. A Mekdim, una asociación dirigida por personal

seropositivo que proporciona educación, asistencia médica, asesoramiento, atención en casa y gastos de entierro a las personas seropositivas.

El sida es un problema muy serio en Etiopía. Muchas mujeres, debido a su extrema pobreza, no tienen otra opción que prostituirse. Eso, o permitir que ellas y sus hijos se mueran de hambre. La situación no se ve favorecida por la actitud del gobierno, que hasta hace poco negaba la realidad. Ahora, aunque tarde, finalmente ha reconocido que el problema ha alcanzado proporciones epidémicas.

Mekdim la dirige Tenagne Alemu, un hombre carismático que lleva trece años conviviendo con el virus. «Sin medicación», me decía todo el mundo antes de conocerlo. Como una idiota, pensé que no se medicaba como una forma de protesta. En absoluto. No se medica porque no puede costearse los medicamentos. Los milagrosos medicamentos antirretrovirales que están salvando las vidas de miles y miles de personas seropositivas en el mundo desarrollado están fuera del alcance de los etíopes.

Conocí a una de las asistentas a domicilio. Era una mujer guapa y elocuente de veintinueve años que había descubierto que era seropositiva después de que su hija de tres años enfermó y falleció. Nadie sabía decirle de qué había muerto, pero ella había oído hablar de «la enfermedad» y sospechó lo peor. Su marido había sido su primera pareja sexual, de modo que se lo había pasado él. Como es natural, se vino abajo. Se divorció de su marido y estaba pensando en suicidarse cuando se enteró de que Mekdim buscaba a gente para formarla como asistentes a domicilio.

Contrae infecciones cada dos por tres y sufre el ostracismo de sus coetáneos. (No dejó que le hiciera una foto porque ya sufría suficiente acoso, dijo.) Hay medicamentos antirretrovirales que pueden curarla pero no están disponibles en Etiopía porque son demasiado caros. Y el número de infectados con el virus —sobre todo mujeres— sigue aumentando.

—Estoy enfadada —me dijo con vehemencia—. Siempre estoy enfadada. ¿Le dirá a la gente de Irlanda que necesitamos su ayuda? —preguntó. Le dije que sí.

Véase www.concern.ie para más información.

*Publicado originalmente en el
Sunday Independent, noviembre de 2002*

Reconstruyendo niños

El verano de 2003 me convertí en madrina de To Russia With Love (Para Rusia con amor). He aquí la historia de cómo se creó esta organización benéfica y de un viaje que hice a Rusia en enero de 2004. Todas las regalías de las ventas en Irlanda de los ejemplares en tapa dura de Bajo el edredón irán destinadas a esta organización.

«La primera vez que fuimos no había espejos, de modo que ningún niño sabía qué aspecto tenía. Antes de marcharnos colgamos una foto del grupo, pero cuando volvimos la foto estaba llena de agujeros: todos los niños habían recortado su rostro. Era la única imagen que tenían de sí mismos. Las encontramos por todas partes, debajo de las almohadas, en los bolsillos...»

Son palabras de Debbie Deegan, un ama de casa corriente de Dublín que hace siete años, por un antojo, decidió acoger a dos huérfanas rusas en su casa para que disfrutaran de unas cortas vacaciones irlandesas, ignorando por completo que eso iba a cambiarle la vida. A los pocos días se había enamorado de las pequeñas, que tenían siete años, y se resistía a la idea de devolverlas. La «suerte» quiso que una de las pequeñas, Zina, contrajera meningitis y, demasiado débil para viajar, tuviera que quedarse en Irlanda. La otra, sin embargo, fue menos «afortunada», nada de meningitis para ella. Cuando las dos semanas tocaran a su fin, tendría que regresar al orfanato. Y eso, pensó Debbie, sería todo. Un año más tarde, atormentada por haber enviado a la niña de vuelta al orfanato, se vino abajo y decidió ir a Rusia y buscarla.

Sin saber una palabra de ruso, voló a Minsk, se las arregló para llegar a Bryansk, una ciudad del sudoeste a ocho horas de Moscú, y finalmente dio con el orfanato, Hortolova. Según sus propias palabras, no estaba preparada en lo más mínimo para lo que le esperaba. «El lugar se caía a trozos, estaba sucio, el hedor era indescriptible, los retretes estaban rotos y los baños eran, sencillamente, un enorme retrete.» Peor casi que las privaciones físicas era el hecho de que los niños no tenían conciencia de sí mismos ni sentido de identidad: no sabían, literalmente, cómo eran. Cuando salió de allí, estaba hundida.

Lo cual no conducía a nada, se dijo. Regresó a Irlanda decidida a reconstruir el

orfanato. Sus amigos y familiares —como gente sensata— intentaron disuadirla y esperaron a que se le pasara el arrebató. No tenía contactos, le dijeron, ni dinero, ni comprendía el sistema ruso. Pero a veces la gente corriente logra cosas extraordinarias. Comenzó con una reunión social matutina y recaudó nada menos que nueve mil libras. (Aunque tendríais que ver a Debbie. Posee una energía, una compasión y una visión de futuro que convencerían a cualquiera. Es una fuerza de la naturaleza.)

Dos meses después regresó a Hortolova con un equipo de peritos y obreros para buscar la mejor manera de reconstruir el orfanato. Había 150 niños de edades comprendidas entre los seis y los dieciocho años y Debbie estaba decidida a dejárselo todo bien nuevo y bonito. No obstante, había previsto una cosa rápida y, una vez terminadas las obras, retirarse y volver a su antigua vida.

Pero ya era demasiado tarde, pues se había implicado con los niños y sus intereses ahora eran otros: ya no se trataba de reconstruir los destartalados dormitorios, sino, mucho más importante aún, reconstruir a los niños.

Y Dios sabía que necesitaban reconstrucción. La mayoría tiene pasados tan espantosos que cuesta creer que estemos hablando de gente de verdad, como Lena, cuya madre intentó venderla en el mercado, como si fuera un animal. O Vika, que vio cómo su padre mataba al amante de su madre. O Sergei, que es casi ciego, tiene tuberculosis y fumaba como un carretero desde los cinco años. Muchos de estos niños no habían recibido cariño en años, algunos en toda la vida, y a Debbie su instinto maternal le decía que lo que necesitaban con más urgencia era un buen abrazo.

Ese fue el comienzo de *To Russia With Love*. Seis años más tarde, han reconstruido el bloque de los varones, la cocina y la lavandería, han añadido un bloque médico y un centro de formación práctica, y han transformado por completo la vida de todos los niños.

El verano pasado Debbie me invitó a visitar Hortolova junto con otras treinta personas, la mayoría recaudadores de fondos y padrinos. Iríamos a principios de enero, a tiempo para la Navidad rusa, cargados con sacos repletos de regalos. Papá Noel en todo su esplendor.

Acepté la invitación con tal antelación que no pensé que fuera a ocurrir de verdad (ya sabéis cómo son esas cosas). No obstante, a medida que se acercaba el día el miedo se apoderó de mí. Él Mismo iba a acompañarme y, como no tenemos hijos, temía que empezáramos a llenar la maleta de huérfanos. Una semana antes contraje la

gripe y me esforcé por convertirlo en algo realmente debilitante, como una pleuresía, para no poder viajar, pero no lo conseguí.

Aterrizamos en Moscú justo cuando empezaba a nevar. (Debbie tiene un brazo derecho ruso supereficiente llamado Igor. Corre el rumor de que puede arreglar cualquier cosa. Debbie le había comentado que las primeras impresiones que el grupo se llevara de Rusia serían más impactantes si había nieve. Al parecer Igor tuvo algo que ver...)

En la cinta transportadora hubo un momento de pánico porque pensamos que el atuendo rojo de Papá Noel no había hecho el viaje; pero, antes de que empezáramos a coser nuestros gorros rojos, apareció. Emprendimos un largo viaje hasta Bryansk y a las cuatro de la mañana nos inscribíamos en nuestro hotel, sorprendentemente agradable.

A la mañana siguiente, a las once, el autocar del orfanato vino a buscarnos con una emisaria de diez años, Polina, nuestra primera huérfana. Era una niña encantadora, alegre y habladora, con un aire a Kate Moss, aunque más pequeña y mucho menos hosca. Estaba feliz de haber sido elegida para acompañarnos y, cuando Papá Noel subió al autocar, casi se cayó de espaldas. Más tarde me contó, con suma naturalidad, que su madre la había abandonado cuando tenía dos meses; al parecer su madre tiene ahora una nueva familia con otro hombre «lejos, muy lejos» y nunca la llama. Polina llegó a Hortolova cuando su padre fue enviado a la cárcel. Muchos de los «huérfanos» no son huérfanos en el sentido estricto de la palabra; son «huérfanos sociales», de manera que uno o ambos progenitores están vivos pero les han sido negados los derechos parentales por diferentes motivos, siendo el más común la desatención por alcoholismo. Su padre, no obstante, había sido asesinado y Polina hizo lo posible por convencerme de que había sido «un buen hombre».

Finalmente llegamos y descubrimos que el orfanato no tenía nada de lúgubre. En lugar de una institución sombría de aire dickensiano, se trataba de un conjunto de casitas de una planta ubicadas en un bosque de abetos salpicados de nieve. Hasta los perros —semejantes a lobos de pelaje plateado y ojos azules— contribuían a darle un aire de cuento.

Nos aguardaban muchos niños, todos con gorros de Papá Noel, tan alborotados como si fuera... en fin, como si fuera Navidad.

Cuando bajé del autocar advertí, sorprendida, que también había un Papá Noel ruso, vestido en este caso de terciopelo naranja, con la cara totalmente maquillada y una barba mucho más imponente que la del nuestro. Temí un duelo. Los dos Papá

Noel caminaron en círculo, recelosos, mirándose los sacos, pero finalmente hicieron las paces y entramos en el edificio para la entrega de regalos.

Debbie me había contado que los niños eran muy cariñosos y me abrazarían constantemente, y oír eso me produjo cierta angustia. «Qué triste —pensé— que estén tan necesitados de cariño como para lanzarse a los brazos del primer extraño que pase, cual cachorros indefensos.» Mas no se trataba de eso en absoluto. Durante la entrega de regalos tropecé con Polina, la niña vivaracha que había conocido en el autocar, y en un momento dado nos sonreímos y nos dimos un achuchón espontáneo. Y con el paso de los días congenié más con unos niños que con otros (como ha de ser) y cuando nos encontrábamos nos abrazábamos como si fuéramos viejos amigos. Él Mismo, por su parte, tenía «sus» niños.

Lo que de verdad me deprimía era el papel tan preponderante que el alcoholismo tenía en la historia de muchas de estas criaturas. Conocí a Tatiana, una preciosidad de ojos azules y cabello rubio. Solo tiene catorce años pero aparenta muchos más, por lo menos dieciocho, e irradiaba una serenidad inusual, probablemente como consecuencia de haber sobrevivido a tanto desde tan pequeña. Tiene una hermana de once años, Luba, un poco traviesa, de la que está muy pendiente. Su madre falleció a causa de «la bebida», pero su padre, todavía vivo, reside en un piso de la ciudad y Tatiana va a verlo una vez al mes. Me contó que está muy preocupada por él. Se ha vendido todos los muebles para comprar alcohol y nunca tiene comida en casa. «Tiene que comer —me dijo Tatiana—. Estoy preocupada porque no come.» Yo la miraba en silencio y pensaba: tienes catorce años. Pensé que a mí me ahogaría el dolor.

Curiosamente, los que más me conmovieron no eran los niños, sino los adolescentes, lo cual es muy extraño, porque los adolescentes generalmente me aterran. Me recuerdo a esa edad —confundida, enfadada, desdeñosa de los adultos— y me da tanto miedo decir algo estúpido que les haga poner la mirada en blanco y susurrar «¡Dios!», que tiendo a rehuirlos. Pero los jóvenes de Hortolava eran muy sociables, y también perspicaces. Observaron que Él Mismo llevaba una gorra del Watford (su equipo de fútbol) y, por una coincidencia realmente curiosa, mientras estábamos en el orfanato el Watford jugó contra el Chelsea por la tele. Como lo dirige Abramovich, el Chelski parece haberse convertido en el segundo equipo nacional de Rusia. Un batallón de muchachos vino a buscar a Él Mismo para ver el partido, pero yo lo obligué a seguir con su función de fotógrafo (soy así de mala). Intercambiaron una mirada de «¡Mujeres!» y, cada vez que un jugador marcaba un gol, los jóvenes

enviaban a un mensajero para mantener a Él Mismo informado. Todo era increíblemente natural, y eso era lo que lo hacía tan triste.

Quizá no esté bien tener un favorito, pero yo lo tenía. Era Andrei, de diecisiete años y, como Tatiana, un «cuidador». También él tiene un hermano, de quince años. Se llama Dima y ha sufrido varias crisis nerviosas. La madre perdió la custodia porque bebía y su padre fue apaleado hasta morir después de salir de la cárcel. Andrei tardó mucho tiempo en contárselo a Dima y, aunque este tuvo problemas para asimilarlo, al menos ya lo sabe. Andrei es un conciliador por naturaleza y aspira a ser mecánico porque le encantan los coches. Su automóvil favorito es el BMW, y Debbie tuvo que llevarme a un lado y advertirme severamente que no le comprara uno. Como si yo... Bueno, la verdad es que la idea se me pasó por la cabeza, pero en realidad no lo habría hecho...

Aunque lo cierto es que uno daría a estos niños lo que fuera, se arrancarían el corazón por ellos. Yo había esperado que fueran difíciles, hoscos, retraídos, ¿y cómo no iba a ser así teniendo en cuenta todo lo que ya habían tenido que soportar en sus cortas vidas? Sin embargo, eran encantadores, educados, traviosos, serios, dulces, considerados, cariñosos y, sobre todo —y lo más conmovedor—, tenían amor propio. Yo no salía de mi asombro. Y todo gracias a Debbie y su equipo. Aunque Hortolova acoge a 150 niños, todos ellos son tratados como individuos, como ocurriría en una familia. Me conmovían los muchos detalles humanos que tenían con ellos, la consideración, los regalos especiales. Como llevarse a un montón de chicos a Moscú para ver el partido de Rusia contra Irlanda. O como el hecho de darles a elegir. La mayoría de los huérfanos no pueden escoger lo que comen, la ropa que se ponen, la cama donde duermen: lo que hay es lo que hay y si te gusta bien, y si no, también. La gente de Hortolova, en cambio, lleva a los niños al mercado y dejan que elijan su ropa. Las primeras veces fueron incapaces de hacerlo. La falta de costumbre los tenía tan bloqueados que las visitas al mercado se hacían eternas.

A diferencia de otros orfanatos, los niños de Hortolova pueden visitar a sus hermanos. Los orfanatos rusos están dirigidos —a saber por qué— por el Departamento de Educación, de modo que a los niños se los «clasifica» de acuerdo con sus aptitudes académicas. Los más inteligentes son enviados a un orfanato, los medianos a otro, y así sucesivamente. Y no importa que dos niños sean de la misma familia. Si uno es más listo que el otro, van a parar a orfanatos diferentes y no hay más que hablar. Nada menos que el 60 por ciento de los niños de los orfanatos tiene hermanos en otros centros. A fin de suavizar esta brutal situación, Debbie creó el

Programa Fraternal: cada domingo el autocar lleva a los niños de Hortolova a ver a sus hermanos y hermanas.

Y cada niño tiene una familia irlandesa que lo apadrina y que entrega 150 euros al año para pagar cosas como ropa, gafas y gastos imprevistos. Más importante aún, les envían cartas, tarjetas de cumpleaños y fotos para darles la sensación de pertenencia, de que les importan a alguien, en algún lugar.

Una peluquera acude regularmente al orfanato, y también un dentista y un psicólogo, y en el centro de formación práctica los niños aprenden desde poner gasolina a un coche (practican con medio Lada que alguien encontró) hasta cocinar. En nuestro último día, todos los niños de ocho años cocinaron y nos sirvieron el té con una solemnidad conmovedora.

Paradójicamente, cuanto más se hace en Hortolova, más se necesita hacer, pues el listón sube constantemente. Algunos niños de Hortolova son muy, muy inteligentes; tres chicas y un chico están recibiendo educación complementaria para conseguir que ingresen en la universidad. Si lo logran, será la primera vez que un huérfano acuda a la universidad. Los muchachos mayores se están preparando para abandonar el orfanato (están obligados por ley al cumplir los dieciocho), de modo que se ha creado el Programa Challenger, destinado a reforzar su autoestima, «desinternarlos» (un concepto que hasta hace poco no existía en Rusia y era literalmente imposible de traducir) y prepararlos para el mundo exterior.

Entretanto, To Russia With Love también se dedica a extender sus redes en otras direcciones. Está uniendo a niños de otros orfanatos con familias irlandesas. Y Debbie acaba de emprender la descomunal tarea de mejorar el orfanato de Bryansk, un lugar dickensiano con 350 niños, donde muchos de los adolescentes ya están mostrando problemas de alcoholismo. Mucho hecho, mucho por hacer, como dijo alguien...

Mi visita a Hortolova me cambió la vida. Haber hecho ese viaje representó para mí un gran privilegio. Yo no suelo llorar, ni siquiera cuando estoy muy triste. Él Mismo (hombre) llora mucho más que yo. Sin embargo, en mis cinco días en Rusia vertí más lágrimas de las que he vertido en toda mi vida junta. Llegó un momento en que hasta me sentía abochornada por el numerito que estaba haciendo. No lloraba solo por las historias desgarradoras de los niños. Lo que más me conmovía era su dignidad innata. Pese a todo lo que les había pasado, eran unas personitas increíblemente dulces y optimistas, un macizo de flores limpias y brillantes en una tierra abrasada.

Véase www.torussiawithlove.ie para más información.

*Publicado originalmente en el
Sunday Independent, marzo de 2004*

RELATOS



Consultorio de mamá Walsh

Aquellos de vosotros que hayáis leído libros donde aparece la familia Walsh ya conocéis a mamá Walsh. Espero que al resto también os guste.

Os presento a mamá Walsh, madre, esposa, ama de casa y mediadora. No se anda con rodeos, no intenta quitar hierro. Mamá Walsh llama a las cosas por su nombre.

Hola a todo el mundo, soy mamá Walsh. Envíame tus problemas y haré lo posible por ayudarte. Pero antes has de saber que no he recibido ningún tipo de formación oficial. He aprendido en la «universidad de la vida». En otras palabras, tengo cinco hijas que, en diferentes momentos, han sido un quebradero de cabeza. La mayor, Claire, siempre fue un poco alocada, pero se casó y se quedó embarazada y pensé que todo se había normalizado, hasta que el cerdo de su marido huyó el día que ella dio a luz. Al final todo se solucionó, pero en aquel momento no tuvo ninguna gracia, te lo aseguro.* Luego la mediana, Rachel, decidió que tenía un problema con las drogas y que debía ingresar en ese centro de desintoxicación que cuesta una fortuna.* Por el mismo dinero el señor Walsh y yo podríamos haber viajado en el Orient Express a Venecia y habernos pasado ahí un mes. Luego, y hete aquí el golpe más fuerte, Margaret, la única hija buena, abandona a su —lo reconozco, soso, sosísimo— marido y se larga a Los Ángeles, donde vive su amiga Emily.* Anna, la cuarta, siempre estuvo algo mal de la cabeza. Para seros totalmente sincera, siempre pensé que le faltaba más de un tornillo. Pero me equivocaba, pues después de pasarse años dando tumbos, ha conseguido un estupendo empleo en Nueva York con una casa de cosméticos. Seguramente habréis oído hablar de ella; es una marca que está muy de moda y se llama Candy Grrrl. Mis hijas y yo conseguimos un montón de productos gratis, a veces incluso antes de que lleguen a las tiendas. Estamos muy orgullosas de ella, aunque todavía nos cueste creerlo. Y Helen, la pequeña, más inútil aún que su hermana, también ha encontrado un trabajo estupendo. Es detective privada, o DP, como la llamamos a veces. Cuando tiene mucho trabajo, me suplica que la ayude en sus operaciones de vigilancia, y si no coincide con mi día del bridge, acepto, porque no me gusta fallarle. En dos ocasiones la he ayudado a entrar en pisos ajenos y buscar

documentos y otras cosas, y os diré algo: no imagináis la de suciedad que se acumula en las casas cuando la gente no espera visita. De todas mis hijas, Helen probablemente sea la que tiene el mejor trabajo, con excepción de la noche que alguien arrojó un ladrillo a la ventana de nuestra sala de estar mientras daban *EastEnders* para «asustarla».

PREGUNTA. Querida mamá Walsh, le escribo porque no tengo a nadie más a quien acudir. Creo que mi esposa tiene un amante. Solo llevamos casados diecisiete meses, pero en cinco ocasiones durante los últimos meses he visto marcas de neumático en la entrada de nuestra casa que no pertenecen a mi coche. Podrían ser de un Saab. (Yo conduzco un Ford Mondeo.) Luego encontré un trozo de envoltorio debajo de mi almohada que podría ser de un condón, pero no de la marca que yo uso. Además, últimamente mi vecino me mira con mucha compasión, como si se me hubiera muerto alguien, y antes nunca había sido tan amable conmigo; a mi esposa y a mí no nos invitaba a sus reuniones de amigos. Amo profundamente a mi mujer y esta sospecha me está desquiciando. Le he preguntado directamente si hay alguien y ella me ha dicho que no. ¿Qué debo hacer?

DAVID, Dublín.

RESPUESTA. Querido David de Dublín, has tenido suerte porque, efectivamente, puedo ayudarte. Mi hija menor, Helen, es detective privada y está especializada en esa clase de casos. Creo que sus honorarios son muy elevados, pero eso es porque carece de moral y no teme incumplir la ley. No obstante, puedo pedirle, como un favor, que te haga un descuento. Obtiene resultados muy buenos. Instala cámaras en dormitorios y pilla a la gente haciendo toda clase de travesuras. También se esconde en setos y fotografía a la gente saliendo y entrando de casas. Ojalá no lo hiciera, porque siempre anda pillando infecciones de garganta y es a mí a quien le toca escuchar sus lamentos. Es, además, una chica muy atractiva y los hombres siempre se enamoran de ella. Existe la posibilidad de que tú también te enamores, en cuyo caso la situación con tu esposa ya no importaría. Debo advertirte, con todo, que Helen te cobrará igual.

P. D. El señor Walsh dice que los Saab son coches muy buenos, mucho mejores que el Ford Mondeo. En realidad dijo que los Saab son «sexys», lo cual encuentro sumamente irritante. Todo tiene que ser «sexy» estos días. ¿Cómo puede un coche ser «sexy»? Los culos son «sexys» (o pueden serlo). Los ojos son «sexys». Pero no los

sillones blancos ni el arroz y aún menos los coches... Lo siento, me he ido por las ramas. ¿Por dónde iba? Ah, sí. El señor Walsh dice —y mis disculpas si te resulta un poco fuerte, pero me limito a comunicarte lo que él me ha dicho— que si fuera mujer se acostaría con el hombre del Saab.

P. Querida Mamá Walsh, me pregunto si podría aconsejarme en lo siguiente. Tengo un novio al que quiero mucho. Llevamos dos años y hace poco nos fuimos a vivir juntos. Ayer por la noche me dijo que sus padres, que viven en Nottingham, vendrán a pasar el fin de semana con nosotros. El problema no es eso, el problema es que mi novio dice que su madre espera que el domingo le prepare un redondo de ternera, y soy vegetariana. La carne me da asco y la sola idea de tocarla me pone la piel de gallina. Sin embargo, mi novio insiste en que debo hacerlo. Dice que, de lo contrario, su madre no me aceptará. ¿Qué debo hacer? ¿Me empeño en que sea él quien cocine la carne, y fingimos que la he hecho yo?

ANGIE, Londres

R. ¿Estás loca? ¿Quieres que tu casa se incendie? Los hombres son un desastre en la cocina, todo el mundo lo sabe. No, tienes que afrontar la situación y abandonar esa tontería vegetariana. Mi hija Rachel también fue vegetariana durante un tiempo, pero solo porque quería llamar la atención. Luego se aficionó a las drogas e intentó suicidarse, y entonces fue capaz de dejar el vegetarianismo porque recibió toda la atención que necesitaba. El caso, Angie, es que la carne es deliciosa, no tiene sentido comer sin ella y la necesitas para que te aporte hierro y otros nutrientes básicos. Si no comes carne, sufrirás infecciones de oído e hidropesía. ¿Y quién acabará subiendo y bajando las escaleras para cuidarte? Exacto, tu mamá. Empieza por el pollo —Marks and Spencer hace menús completos muy sabrosos— y cuando menos te lo esperes, ¡te estarás comiendo un filete! ¡Suerte!

Un momento de Gracia

LUNES

Yo soy un ángel. Eso, eso, ríete cuanto te apetezca, pero es cierto. Un ángel. Un ángel como es debido, con su afiliación celestial, alas, aureola y todo lo demás.

Y estoy en Los Ángeles en una misión. Una misión de Dios, ya que me lo preguntas.

Suena como una gran cosa pero, para serte franco, el motivo que me ha traído aquí no tiene nada de genial. Algunos ángeles poseen un don natural para este trabajo. Por desgracia, no soy uno de ellos, de modo que me han enviado a la tierra para formarme. El caso es que para poder ayudar a los humanos primero tengo que entenderles. Así pues, mientras esté aquí he de cometer —sin excesivo entusiasmo, por supuesto— los siete pecados capitales. Y tengo siete días para hacerlo.

—Envidia, Pereza, Avaricia —me enumeró Ibrox, mi superior—, Gula, Ira, Envidia... Espera, Envidia ya lo he dicho, ¿verdad? Nunca consigo recordar los siete. Me ocurre lo mismo con los siete enanitos; generalmente llego a cinco y luego me quedo en blanco. Dilos.

—Gruñón, Mudito, Dorm...

—¡No, los siete pecados!

—Lo siento. Bien, Avaricia, Envidia, Pereza, Ira, Gula... —Lo miré impotente.

—Soberbia —prosiguió él—. Y el séptimo ya lo recordarás.

Así que me marché y aquí estoy, en Silverlake, Los Ángeles, delante del apartamento que va a constituir mi hogar durante una semana. Por lo visto me ha recomendado un amigo de un amigo de un amigo y tendré dos compañeros de piso: Nick, un actor que siempre interpreta a psicópatas, y Tandy, una actriz que recibe numerosas ofertas para hacer papeles de putilla.

Toqué el timbre. No acudió nadie. Llamé de nuevo y oí un grito ahogado. Luego un hombre abrió la puerta.

—¿Qué?

Tenía un aspecto horrible: pelo salvaje, mirada salvaje, olor espantoso. Parece que este Nick es un actor que sigue el método Stanislavski.

—Soy Gracia, y tú debes de ser Nick.

—¡Y tú debes de estar chiflada! —gruñó el tipo—. Nick vive en la puerta de al lado.

—Ah... vaya... lo siento.

¿Entiendes ahora cuando digo que hago fatal mi trabajo? ¿Te imaginas que fuera el arcángel Gabriel? Probablemente llamaría a la casa equivocada y le diría a la mujer equivocada que es la madre de Dios. Nunca conseguiré grandes cosas si sigo así.

Avancé una puerta y me abrió una mujer que supuse que era Tandy. Me miró de arriba abajo y, cuando comprobó que ella estaba más delgada, se relajó visiblemente y sonrió.

—Pasa.

Era muy, muy bonita, pero podía entender por qué siempre le ofrecían papeles de prostituta. Tenía los labios tan inflados que parecía que le iban a reventar y estaba flaca como un fideo, salvo por un par de tetas enormes que, sin duda, pertenecían a otro cuerpo.

—Nick, ven a saludar a nuestra nueva compañera de piso —gritó.

Llegó Nick. Le eché una ojeada y recordé el séptimo pecado. ¡Lujuria!

—Hola —dijo distraídamente.

¡Holaaaaa!

Moreno, desgarrado, de constitución ágil y mirada distante del tipo «no vive en esta dirección». Me pregunté, por curiosidad, si yo era su tipo. Me parezco un poco a esos ángeles de la pintura renacentista, pero sin la aureola, las alas y la desnudez. No hay por qué asustar a la gente, me digo siempre. Pero tengo todo lo demás: pelo rubio y rizado, rostro redondo de mejillas sonrosadas y un cuerpo algo más entrado en carnes de lo que gusta en Los Ángeles.

Inopinadamente, de la habitación de Nick salió una chica. Estaba llorando.

—Nick —imploró, tratando de agarrarse a él. Era de ojos negros, pelo sedoso y cuerpo menudo. De repente, deseé fervientemente ser ella.

—Cuídate, nena. —Nick la condujo firmemente hasta la puerta—. Ya te echo de menos.

—Pero... —insistió la muchacha. Nick la besó dulcemente en la frente al tiempo que conseguía depositarla en el rellano.

Por la forma en que Tandy me miró, con los ojos en blanco, deduje que la escena se repetía a menudo.

Nick cerró la puerta, esperó, se puso rígido al oír una explosión de aullidos y

llantos y se relajó al ver que nada ocurría. La muchacha se había ido para lamerse sus heridas en otra parte.

—¿Por qué siempre hago daño a la gente que quiero? —preguntó a nadie en particular antes de marcharse distraídamente de la sala.

De repente me alegré de no ser esa chica exquisita.

—Granola —dijo Tandy—, ven a conocer a Gracia.

Entonces reparé en un pequeño terrier blanco que estaba sentado en una cesta con actitud expectante. Me estaba mirando como hipnotizado. ¡Ja! Podrás hacer creer a la gente que eres humana, pero los animales funcionan a otro nivel. Granola sabía que había algo muy raro en mí.

—¿Qué ocurre, cachorrito? —preguntó Tandy sonriendo—. Bueno —dijo, encogiéndose de hombros—, sé un maleducado si quieres. ¿Te apetecería salir esta noche y atiborrarte de martinis y tarta de queso con fresas, Gracia?

—¡Me encantaría!

Se había apoderado de mí ese sentimiento de soledad, de añoranza del hogar. Atiborrarme de martinis y tarta de queso con fresas era justamente lo que necesitaba.

Más tarde, cuando nos disponíamos a salir, le conté a Tandy que me había equivocado de apartamento.

—¿Qué? ¿Llamaste a la puerta del loco Karl? —Estaba horrorizada—. Es un alcohólico y está como una cabra. Siempre le está aullando a la luna, como un lobo. Aunque últimamente está muy tranquilo —añadió cuando pasábamos por delante de su puerta. Sonaba casi decepcionada.

Subimos al coche y partimos entre palmeras que se dibujaban contra el horizonte. El sol estaba bajando y el cielo era una paleta de colores. El azul claro daba paso a un azul oscuro y luminoso donde las primeras estrellas empezaban a brillar como diamantes.

Fuimos a un bar de Sunset. Era un lugar moderno, vibrante, lleno de gente guapa. Si no hubiera estado con Tandy, jamás habría entrado, me habría intimidado.

Nada más sentarnos, un tipo atractivo que se había fijado en Tandy nos envió una botella de champaña.

—Devuélvasela —dijo Tandy al camarero. Luego me miró—. No quiero nada con él, de modo que no sería justo.

—Ah, vale.

Frente a martinis de diferentes sabores, conocí la historia de Tandy. Provenía de una familia rica e intelectual de la costa Este. Su hermana mayor tenía un doctorado en algo que impresionaba mucho, se las arreglaba para llevar una casa y era muy buena al tenis. Su hermana menor había ganado sus primeros cuatro millones creando una página web que vendía unos bolsos preciosos y era tan buena montando a caballo que, de haber querido, podría haber formado parte del equipo olímpico. La familia al completo estaba espantada con la decisión de Tandy de convertirse en actriz y más espantada aún de que estuviera haciendo trabajos temporales mientras esperaba su gran oportunidad.

—Es duro pertenecer a una familia donde todos son perfectos menos uno —suspiró.

¡Dímelo a mí!

—¿Y qué me cuentas de ti? —preguntó Tandy—. ¿También eres actriz?

Me habían dado una identidad completa, un poco como hace el Programa de Protección de Testigos. Al parecer, soy actriz; pero, dado que mis dimensiones son algo generosas, mi currículum solo muestra personajes secundarios: la mejor amiga gordita, la jovial compañera de trabajo gordita, la extraña compañera de piso gordita. «Gordita» es el denominador común.

—¿Qué edad tienes? —preguntó Tandy.

Me quedé muda. ¿Qué edad tenía? En tiempo real, varios cientos de milenios, pero para Los Ángeles... ¿Qué me habían dicho?

—No importa —susurró Tandy—. A mí me pasa lo mismo. Mi currículum dice veintidós, pero tengo unos cuantos más.

—Los llevas muy bien.

—Bueno, veintisiete —reconoció con un suspiro.

—Y yo veintinueve. —Acababa de recordarlo.

—Como yo.

Nos miramos con simpatía y decidimos pedir otra ronda de martinis. Lo estaba pasando muy bien, pero no debía olvidar que estaba allí para trabajar.

Tuve mi primera oportunidad cuando fuimos al servicio para retocarnos el maquillaje.

Tandy me tendió un frasquito.

—¿Quieres un poco de Envidia?

¡Envidia! Uno de mis siete pecados capitales.

—¿Me estás diciendo... que en este frasco... hay Envidia?

Tandy giró la etiqueta y la examinó burlescamente.

—Eso dice.

No daba crédito a mi suerte. Solo llevaba aquí unas horas y ya estaba haciendo progresos. Me habían dicho que iba a experimentar los pecados de las formas más inesperadas. Ahora entendía a qué se referían.

Tandy me roció de Envidia y la miré radiante a través de la fragante neblina. Primer pecado conseguido. Me faltan seis.

MARTES

Dormir es una experiencia maravillosa. En el lugar de donde vengo no se duerme. Pero ahora soy humana, de modo que dormiré, comeré, trabajaré y, entretanto, cometeré los siete pecados capitales. Después volveré a casa siendo un ángel más sabio y nadie volverá a decir de mí que tengo «pocas luces».

Ya llevaba ventaja en el marcador. Menos de veinticuatro horas en la tierra y ya me habían rociado de Envidia. ¿Sería posible ir al centro comercial del barrio y comprar la Soberbia, la Gula, la Ira, la Pereza y... y... el resto (enseguida me acordaré), experimentarlos en media hora y pasar lo que quedaba de la semana bronceándome? Por desgracia, tras indagar discretamente, descubrí que ninguno de los demás pecados capitales se hallaba disponible en perfume.

Desperté con un sol radiante y muerta de hambre. Nick estaba en la cocina, encorvado sobre un cuenco de Cheerios.

—¿Has dormido bien? —murmuró sombríamente. Nick era dado a murmurar las cosas sombríamente. No parecía comunicarse de otro modo.

—¡Y tanto! Fue genial, vi un montón de películas en mi cabeza.

Me miró como si me faltara un tornillo.

—Sueños —farfulló.

—Ah... sí, eso. —¡Porras!

Por suerte, el teléfono sonó y Nick, tras lanzarme otra mirada de extrañeza, se abalanzó sobre el auricular. Escuché un tartamudeo agudo, como el ruido que hace una cinta de casete rota. Una mujer. Parecía disgustada.

—Por supuesto, nena —susurró Nick—. Lo sé, nena, y lo siento. No pretendía hacerte daño, nena. Cuídate, nena. Adiós.

Colgó con violencia, suspiró con tanta fuerza que casi derribó las sillas y adquirió de nuevo ese aire taciturno.

El sonido de una llave arañando la puerta anunció la llegada de Tandy, que regresaba de pasear a su perro. Granola entró corriendo en la sala, frenó en seco al verme y retrocedió un par de pasos. El precioso rostro de Tandy estaba rojo de furia.

—¿Por qué voy al parque canino? ¿POR QUÉ?

—Para que tu perrito pueda jugar con otros perritos —dijo Nick con la cabeza entre las manos, mirando su cuenco.

—¡Para conocer hombres! —Tandy dirigió su furia hacia mí—. Pero, en lugar de eso, solo consigo que se me acerquen mujeres. ¿Cuántos años tiene Granola? ¿Cuánto hace que lo tengo? ¡Es ridículo!

—Tranquilízate —dijo Nick— y come algo. Ay, no, olvidé que tú no comes, ¿verdad?

—Y dime, Gracia —continuó Tandy, haciendo caso omiso de él—, ¿qué piensas hacer hoy?

En realidad, ese día tenía planeado cometer el pecado de la Pereza. En cuanto descubriera qué era. Pero debía interpretar mi papel de aspirante a actriz de Smallsville que busca su oportunidad en Hollywood.

—He quedado con una agente. Tengo posibilidades de que me acepte.

Como Nick y Tandy eran actores, mi comentario provocó una avalancha de preguntas. ¿Quién era? ¿A quién representaba?

En medio del interrogatorio volvió a sonar el teléfono. Otra mujer para Nick.

—Te comprendo, nena —murmuró—, pero nunca dije que quería una relación.

—¿Por qué siempre hago daño a la gente que quiero? —preguntó Tandy, imitando a la perfección la entonación de Nick.

Nick la fulminó con la mirada. Tandy hizo otro tanto.

Fui a prepararme para mi cita. Me habían enviado a la tierra con un montón de ropa bonita, todo lo que una chica podía necesitar.

—Ostras, me encanta tu bolso —exclamó Tandy. Entonces noté que se ponía tensa—. Pero... ¿no es de la nueva colección? ¡Pensaba que no se podía comprar hasta dentro de seis meses!

¡Claro! Tandy estaba al corriente de estas cosas. Su hermana triunfadora —bueno, una de sus hermanas triunfadoras— vendía bolsos. Mascullé algo de que tenía un contacto en la plantilla de diseño que me había conseguido una muestra. Caray, a

veces pueden ser tremendamente ineficaces Ahí Arriba. Y luego tienen el valor de quejarse de mí...

Cuando me iba, me detuve titubeante y dije:

—Quizá os parezca una pregunta un poco rara, pero ¿alguno de vosotros sabe qué es la Pereza?

—Tienes razón —respondió Tandy—, es una pregunta un poco rara.

—Es un animal —dijo Nick—. Estoy casi seguro.

Yo no lo tenía tan claro. ¿Cómo iba a «cometer» un animal?

En honor a la verdad, debo decir que mis superiores se habían esmerado a la hora de equiparme para la vida en Los Ángeles. Tenía un coche alquilado y —para más inri— la capacidad de conducirlo, un currículum falso y una lustrosa colección de fotos de veinte por treinta.

Conduje bajo un cielo azul por carreteras flanqueadas de palmeras, en dirección a Beverly Hills, dejando atrás moteles, dentistas, casas de adobe de imitación, salones de manicura, tiendas de armas, tiendas de animales, salones de bronceado, más dentistas... y preguntándome sobre la personalidad que me habían dado. A grandes rasgos, no era excesivamente neurótica, no sentía el impulso de automutilarme, parecía una persona puntual y no fumaba. Un poco sosa, la verdad.

La agente, Robyn Dude, poseía una energía inagotable. Hablaba muy deprisa, por una comisura de los labios. Era la clase de mujer que estaría magnífica tirando de la anilla de una granada con los dientes.

—Sí, creo que podría conseguirte algunos papeles —dijo—, pero debo serte franca. Tu rostro, con ese aire querúbico, es ideal, pero si no bajas a cuarenta kilos, mojada, te pasarás la vida haciendo papeles secundarios.

—La amiga gordita, la compañera de piso gordita —dije, casi enfurruñada.

—¡Exacto!

Sentí un extraño resentimiento. Es cierto que este no era mi cuerpo, que solo lo había recibido prestado durante una semana, pero ¿no podían haberme dado algo un poco más adecuado para una actriz?

Al parecer, no había nada más que decir. Antes de irme, me vino algo a la cabeza.

—¿Conoce el significado de la palabra Pereza?

Robyn se puso roja como un tomate y tuve la sensación de que la cara le iba a

estallar. Abrió la boca y gritó:

—¡Tendrás cara! No hay nadie que trabaje tanto como yo. ¡Nadie! Muy bien, intentaré conseguirte papeles de chica delgada, si eso es lo que quieres, pero será mejor que te apuntes a una clase de *spinning* y no pares hasta que hayas bajado tres tallas.

No tenía la más mínima idea de lo que estaba hablando. Nerviosa, le di las gracias por su tiempo y cerré la puerta tras de mí. En la sala de espera había una joven con cara de empollona. O al menos tenía puestas esas gafas rectangulares de concha que lleva la gente que quiere parecer empollona.

Impulsivamente, le dije:

—Perdona que te moleste, pero ¿sabes qué es la Pereza?

Se apretó contra la pared, como si yo estuviera loca.

—Lo siento —farfullé, dirigiéndome a la salida.

—Es lo mismo que vagancia —dijo al fin.

—¿No es un animal? —pregunté.

—Tú te estás refiriendo al perezoso. El perezoso es un animal muy vago que se cría en Sudamérica.

—Gracias.

De modo que pereza era lo mismo que vagancia. ¡Por eso Robyn Dude se había ofendido tanto!

Regresé a casa sin un ápice de energía. Esto de ser humano resultaba agotador. Pasé el resto del día tumbada en el sofá, viendo programas de entrevistas y totalmente entregada a la pereza. También me comí un montón de cosas redondas y deliciosas. Pringles, creo que se llamaban.

MIÉRCOLES

Al día siguiente, la ciudad de Los Ángeles se comportó de una forma impropia de ella: estaba lloviendo. Mientras veía las gotas deslizarse por la ventana, redacté una carta de reclamación en mi cabeza. «Me prometieron cielos azules y un sol inagotable, bla, bla, bla. Imaginen mi decepción... Exijo que me devuelvan el dinero...»

Tandy y Nick se fueron a trabajar y yo me di una vuelta por el centro comercial, pero en un momento dado tuve que regresar al apartamento atraída por las cositas redondas.

Nick regresó a casa por la tarde e hizo uno de esos paseos taciturnos por la sala que tan bien se le daban. En un momento dado, se detuvo frente a mí.

—¿Te has comido todo el tubo de Pringles? ¡Menuda «gulafra»!

—¿Me has llamado «gulafra»? —pregunté débilmente, incapaz de dar crédito a mi suerte—. ¿Significa eso que he cometido... —estaba tan emocionada que me costaba pronunciar la palabra—... el pecado de la Gula?

—Era una broma. Es agradable ver comer a alguien de vez en cuando por aquí —dijo Nick, mirando deliberadamente la puerta del cuarto de Tandy.

—No te preocupes. —Yo estaba encantada—. Solo necesito saber si ser una «gulafra» es lo mismo que pecar de Gula.

—Sí, supongo que sí —contestó con renuencia.

La Gula, un pecado menos en mi lista. ¡Y había sido genial! Casi tan reconfortante como la Pereza. Y el olor de la Envidia me había encantado. Ahora comprendía por qué la gente disfrutaba tanto comiendo los siete pecados capitales. Mis niveles de empatía y entendimiento se estaban disparando. El siguiente pecado de la lista era, déjame ver, la Lujuria, quizá. O la Avaricia.

—A veces eres... —Nick me estudió— un poco extraña.

Súbitamente nerviosa, tragué saliva. La expresión de sus ojos había removido algo en mí.

—Soy mujer —repuse efusivamente—. Piensa en un hombre y quítale la razón y el intelecto.

Eso le arrancó una risa algo desgana.

—¿Cómo te ha ido el día? —me preguntó con cautela—. ¿Te ha llamado tu agente?

—No, en vista de que no he bajado diez kilos desde ayer. ¿Cómo te fue a ti? De hecho, ¿a qué te dedicas?

—Soy carpintero. Solo hasta que me llegue mi gran oportunidad en Hollywood —respondió secamente.

—Pensaba que todos los actores que esperan su oportunidad eran botones.

—Yo no. No tengo el físico adecuado para un botones.

Le entendí. Efectivamente, tenía cierto aspecto de psicópata. No era de extrañar que lo hubieran encasillado como un hombre capaz de meter la mano en una llama sin inmutarse.

—Oye, ¿has visto la puerta de mi armario? Es el peor trabajo de carpintería que he visto en mi vida. ¿Podrías arreglarla? —pregunté.

—¿Arreglarla? La hice yo.

—¡Huy! —La cara empezó a arderme, inflamada por el bochorno—. Lo siento... yo... lo siento.

Entra, Tandy, te lo ruego, entra.

Y en ese momento Tandy entró por la puerta. No soy un ángel muy hábil, pero a veces, si me esfuerzo, si me esfuerzo mucho, puedo hacer que ocurran cosas.

—Llegas temprano —la acusó Nick.

—Lo sé. —Tandy miró su reloj con desconcierto—. No lo entiendo. Son las seis y cinco pero salí del trabajo a las seis y media. Debí de leer seis y media cuando en realidad eran las cinco y media. O algo... Esto es muy raro...

Sí, estaba avergonzada, ya que lo preguntas. ¡Asustarla de ese modo!

Pero la fantástica noticia que Tandy había recibido por la mañana bastó para hacerle olvidar mis sucias manipulaciones con la relación espacio-tiempo. Su agente le había dado un guión para una prueba a la que debía presentarse al día siguiente.

—¿No es genial? Estaré en mi cuarto aprendiéndome el papel.

Tengo que reconocer que me llevé una desilusión. Había pensado que podríamos arreglarnos para ir a un bar a ligar con hombres y ver si podía cometer Lujuria con alguno.

—Solo espero —añadió Tandy con un suspiro— que el loco de Karl no haga ninguna locura esta noche. Necesito dormir de un tirón.

—Algo le ocurre a Karl —dijo Nick, saliendo repentinamente de su ensimismamiento y contemplando la pared que dividía los dos apartamentos—. Está muy tranquilo.

—Demasiado tranquilo —coreamos los tres.

—En serio, hace días que no tenemos que llamar a la poli. No ha tenido un berrinche de borrachera desde... desde el domingo.

—Desde que Gracia llamó a su puerta.

—¿Gracia llamó a su puerta? —preguntó Nick, con excesivo interés.

—El día que llegué me equivoqué y llamé a su apartamento —me apresuré a explicar—. Me dijo que estaba chiflada.

—Típico de Karl.

Tandy se metió en su cuarto con Granola y yo me puse a ver la tele mientras una sucesión de mujeres desconsoladas mantenían a Nick al teléfono murmurando:

—Lo sé, nena, y lo siento. Ya conocerás a otro hombre, nena, no, tu vida no ha terminado, nena...

Luego me fui a la cama y tuve otra gran noche, con todas esas películas pasando por mi cabeza. Las tramas eran algo rocambolescas y, algunas veces, poco concluyentes, pero no me importaba. Cuando desperté hacía otra mañana gloriosa.

Nick era poco hablador por las mañanas. Permanecía encorvado sobre su cereal (Fruit Loops de manzana y canela ese día) sin abrir la boca mientras yo daba sorbos a mi café.

Cuando Tandy entró en la cocina, pensé que llegaba de una noche de juerga. Lucía un vestido rosa casi inexistente que dejaba al descubierto sus largas, delgadas y doradas piernas, y sus espléndidos pies aparecían envueltos por unas sandalias con plumas rosas y tacón de aguja. Sus hinchados labios eran insolentemente sexys, su pelo dorado caía como una densa cascada dorada y los huesos de sus caderas eran lo bastante afilados para cortar un filete.

—Chicos —dijo—, quiero saber si os queréis acostar conmigo.

—Desde lueeeeeeego. —Nick la miró de arriba abajo con los ojos entornados.

—¿Gracia?

—Sí, si fuera lesbiana. —Pero no creía que lo fuera.

—Estupendo. —Tandy chasqueó los labios con satisfacción—. Este papel está hecho para mí. —Me tendió el guión—. ¿Te importaría hacer una lectura conmigo?

Empecé, pero me detuve a las dos frases.

—Tandy...

—¿Qué pasa?

—Tu papel. Se supone que eres una monja que se está muriendo de cáncer.

—¿Y? —Me miró desafiante.

—Pues que pareces una puta —intervino Nick.

—Eso no importa —repuso Tandy con exasperación—. Esto es Hollywood. Lo mismo da que esté interpretando a una adicta al crack que se está muriendo de sida, a un embarazada de nueve meses o a una depresiva suicida. No conseguiré el papel a menos que hasta el último hombre presente en la sala de *casting* quiera acostarse conmigo.

La miramos boquiabiertos.

Nick fue el primero en romper el silencio.

—Tienes razón.

—Lee —me ordenó Tandy.

—Voy. «Pero, hermana Martha, ¡debe descansar!»

—«¿Cómo voy a descansar? Esos pobres huérfanos me necesitan...»

JUEVES

Nick y yo despedimos a Tandy gritando frases de ánimo.

—Te darán el papel, ya verás. ¡Buena suerte, rómpete una pierna!

Al cerrar la puerta lamenté haberle dicho lo de la pierna. Las piernas interminables de Tandy ya eran lo bastante delgadas para partirse solas.

Solo había querido decirle que deseaba que le dieran el papel porque me caía muy bien. Aunque, al ser un ángel, me caen bien todas las personas, incluidas las malas. No tengo elección. Pero Tandy poseía una dulzura y una vulnerabilidad que me conmovían y contrastaban con su aspecto atrevido y sexy.

Nick se quedó un rato más, consiguiendo parecer sombrío y misterioso mientras engullía otro cuenco de cereales. (Lucky Charms, esta vez.)

—Me largo. —Metió el cuenco en el lavaplatos—. El deber me llama. Que tengas un buen día.

Y con ese garbo desenfadado que tenía a la mitad de las mujeres de Los Ángeles aporreando su puerta, salió del apartamento.

Entonces —aparte de Granola, que seguía sin acercarse a mí—, me quedé sola. ¿Qué podía hacer? Hasta el momento había conseguido cometer tres de los siete pecados capitales, de modo que me quedaban cuatro días para la Avaricia, la Ira, la Soberbia y... y... ¿cuál era el otro? Ah, sí, la Lujuria. ¿Cómo he podido olvidarlo?

Me asaltó una idea peligrosa. El complejo de apartamentos tenía piscina. ¿Y si me instalaba en una tumbona y me dedicaba a observar a los hombres? Seguro que, de ese modo, me surgía alguna oportunidad de darle a la Lujuria.

Cuando rebusqué entre las ropas que me habían dado para mi misión, encontré un elegante bikini de color verde jade con un pareo a juego. Eso me convenció de que tomar el sol era lo que tenía que hacer.

En la piscina solo había otra persona, y la suerte quiso que fuera un hombre. Pero el hombre equivocado. Estaba sorprendentemente flaco y pálido. En Los Ángeles apenas se encuentra a gente pálida, aunque sí abunda la gente flaca. De hecho, es muy difícil encontrar a gente que no esté flaca. Pero la delgadez de este hombre semejaba la de alguien que ha estado mucho tiempo enfermo. Estaba tendido en una tumbona, dormitando bajo las gafas de sol.

Pasé un par de veces por delante, pero no reaccionó, de modo que me instalé yo también en una tumbona y me puse a pensar.

Probablemente era una buena cosa que no hubiese prosperado como ángel. De haber sido un ser perfecto, con una comprensión innata de la naturaleza humana, jamás me habrían enviado aquí. Adormilada, dejé que el sol me cocinara mientras lidiaba con un interrogante filosófico: ¿pueden los ángeles quemarse con el sol?

Transcurrido un rato, la duda aumentó, de modo que me subí al coche, fui a la farmacia más próxima y compré una crema con factor de protección 25.

Pero, cuando salí de la farmacia, se produjo una catástrofe. De repente, me oí gritar:

—¡Oiga, que ese es mi coche!

Las dos ruedas delanteras estaban levantadas del suelo, amarradas a un gancho atado a un camión. *¡Era la grúa!* Un hombre con uniforme me dijo:

—No puede estacionar aquí.

Sentí que algo me revolvía por dentro. Un sensación extraña, cada vez más intensa, que me provocaba un impulso irrefrenable de agredirlo.

—¡Solo he tardado cinco minutos! —grité.

—Controle su ira, señora.

—¿Ira? —aullé.

—Eso he dicho, ira.

Me detuve un instante y comprendí que el tipo tenía razón. *Creo que estoy experimentando... ¡la IRA!*

Me arrojé sobre el hombre, que levantó una mano para desviar el golpe. Pero no quería pegarle. En lugar de eso, lo abracé.

—Gracias, muchas gracias.

Me miró petrificado.

—Sí, bueno. —Entonces se volvió hacia otro hombre que estaba dentro del camión—. ¿Qué demonios? Solo ha tardado cinco minutos. Devuélvele el coche.

—No, no, no —insistí—. Usted se limita a hacer su trabajo.

Se había formado un pequeño corro. Cuando mi coche regresó al suelo, la gente estalló en aplausos.

—Estas cosas —oí decir a uno de los curiosos cuando me alejaba— te devuelven la fe en la raza humana.

De nuevo en la piscina, cubierta de crema protectora, advertí que el tipo flaco y pálido seguía inmóvil. El temor a que se quemara su delicada piel empezó a

inquietarme. Suavemente, procurando no despertarlo, procedí a darle una rápida pasada con mi factor 25. Pero, mientras le untaba la crema en el brazo, me di cuenta de que se había levantado las gafas de sol y me estaba mirando, intrigado, con sus ojos azules.

—Eres un ángel —dijo con voz ronca.

—Ssshhh —susurré enfadada, ahora que conocía ese sentimiento.

Lo último que los dos queríamos era que adivinara qué era yo en realidad. Porque o lo encerraban a él o me encerraban a mí.

Por la noche, en casa, se respiraba un ambiente alicaído. Tandy no solo no había conseguido el papel, sino que le habían dicho que nunca triunfaría porque su físico estaba «pasado de moda».

—¿Qué puedo hacer? —gimoteó—. Es el físico que tengo. ¿Qué se supone que debo hacer?

—¿Cirugía plástica? —propuso Nick.

—Ya me la he hecho —respondió Tandy.

—¿En serio? —pregunté muy intrigada—. ¿Dónde exactamente?

—Nariz, labios, párpados, pómulos.

—Tetas —añadió Nick—. No te olvides de las tetas.

Tandy apartó las manos de la cara el tiempo justo para fulminarlo con la mirada.

—Tienes mucho talento —le dije.

—¡Ja! —Tandy agitó una mano con desdén—. Esto es Hollywood. ¿De qué me sirve el talento? —Me miró con el rostro cubierto de lágrimas—. Tenemos que salir y beber martinis de chocolate blanco.

—Para ti eso es lo más cercano a una comida decente —dijo Nick.

—¡Dame un respiro! Yo como. A menudo.

—Ah, sí, lo había olvidado. El martes pasado te tomaste una aspirina.

—¡Soy actriz! No puedo comer.

—Si me meto contigo es porque me importas.

—A ti no te importa nadie salvo tú mismo.

—Mentira.

—Verdad.

—Chicos, chicos —intervine rápidamente—, ya vale.

—Me voy al súper.

Nick desapareció tras la puerta. A los quince minutos estaba de vuelta. Parecía muy preocupado.

—No vais a creerlo. Acabo de encontrarme al loco Karl, el desagradable alcohólico del barrio, y...

—¿Te amenazó con un cuchillo? —preguntó Tandy, alarmada.

—No, mucho peor. Me saludó y me preguntó qué tal estaba.

—Y luego te pidió un dólar.

—No, dijo que sentía mucho las locuras que había hecho, los gritos y los aullidos de lobo. Dice que no volverá a ocurrir, que se ha enmendado.

—¿En serio?

—En serio.

—Voy a echar de menos sus aullidos —reconoció Tandy—. ¿Qué le ha ocurrido?

—No lo sé. —Nick se encogió de hombros—. Que yo sepa, no ha sido el mismo desde que Gracia llamó a su puerta.

—Solo lo vi dos segundos —me defendí.

—¿Qué ocultas? —Nick me estudió con sus ojos oscuros.

Más tarde, en un bar de azulejos blancos y fachada acristalada, después de que tres hombres hubieron solicitado sin éxito el número de teléfono de mi amiga, Tandy empezó a despotricar contra la prueba.

—Tratan a la gente como yo trataba antes a los zapatos. Me paseaba por la tienda pasando de unos, escogiendo otros y diciendo las cosas más hirientes.

—¿Como qué?

—Como... demasiado alto, tacón raro, color equivocado, demasiado bajo. Es tan CRUEL.

Asentí con la cabeza. La gente de las demás mesas empezaba a mirarnos.

—Ahora, cuando estoy en el mercado comprando, por ejemplo, manzanas, elijo las más rojas y brillantes pero intento enviar buenas vibraciones a las manzanas que no escojo, para que sepan que el hecho de que no las elija no significa que no sean VALIOSAS y ÚNICAS. Por si alguna se siente mal, ¿me entiendes? ¡Oh, no!

Acababan de llegar dos martinis, gentileza de un hombre que lanzaba animados guiños desde el otro lado de la sala.

—Devuélvelos —suplicó Tandy al camarero—. Por favor.

—Es muy mono —dije para persuadirla.

—Gracias —respondió cordialmente el camarero—. Usted también.

—Yo... esto... en realidad me refería al hombre que ha enviado los martinis —aclaré—, pero gracias.

VIERNES

Al día siguiente Tandy se había ido a trabajar cuando Nick salió del cuarto y flotó hasta la cocina en una nube cítrica de frescor matutino. Ofrecía un aspecto descuidado extrañamente seductor y siempre parecía que le hiciera falta un buen fregoteo. Aunque ya se lo hubiera dado. Aunque se lo estuviera dando, según Tandy, quien, la noche antes, me había confesado que se había enrollado con él en la ducha una «espantosa» noche (sus palabras) en que habían bebido diez vodkatinis de más.

—¿No llegarás tarde al trabajo? —le pregunté.

—Hoy no trabajo, Gracia.

—¿Por qué no?

—Tengo una prueba.

—¡Eso es genial! ¿Por qué no lo has dicho antes?

Se encogió de hombros.

—Tandy estaba tan hecha polvo por la prueba de ayer que pensé que si le contaba lo mío se deprimiría aún más.

—¿Qué papel te han dado?

—El de un hombre afable felizmente casado y padre de tres hijos que denuncia a una compañía química que está envenenando la red de aguas.

—¿En serio? Es fantástico. —Y un cambio con respecto a los personajes de acosador/asesino/chiflado que solían darle.

—Bromeaba. —Se dejó caer en una silla—. Psicópata. Tendencias neonazis. Sorprendente colección de cuchillos.

Nick se comió sus Capitan Crunch con aire deprimido.

Entonces sonó el teléfono. Otra mujer desconsolada para Nick, pensé. Pero no. ¡La llamada era para mí! Y solo había una persona en Los Ángeles que tuviera mi número: Robyn Dude, agente teatral de armas tomar. Y eso solo podía significar una cosa: ¡una prueba!

Sé que no soy un ser humano. Sé que soy un ángel con la mente puesta en cosas más elevadas. O por lo menos así debería ser. Pero cuando Robyn me gruñó que me

personara en una suite de Wilshire con mi currículum y mis fotos, de repente anhelé ese papel. Ferozmente. Vehementemente.

Tanto que por un momento olvidé por qué estaba en la tierra. Los siete pecados capitales, me recordé con severidad. Quizá hoy consiguiera tachar otro de la lista, como por ejemplo... ¡la Soberbia!

—Cuéntame lo que sepas de la Soberbia —dije a Nick.

—Viene antes de una caída.

—¿Eso es todo lo que puedes decirme?

—¿Me tomas por un diccionario?

—Vaaale.

¿Por qué había creído que podía ayudarme? Después de todo, este era el hombre que me había dicho que la Pereza era un animal.

Nick se marchó a su prueba y yo procedí a prepararme para la mía. El papel era el la hermana gordita y fiel de la hermosa y estrambótica heroína. Otro papel de chica gordita que añadir a mi currículum de chica gordita...

En la suite de Wilshire había un montón de chicas, todas esforzándonos por proyectar la energía de hermana gordita y fiel. Pero yo, petulantemente, sospechaba que era la mejor. Con cincuenta y un kilos era, sin duda, la más gorda, y algo en mi interior me decía que iban a darme el papel. Estaba tan segura que fui capaz de charlar animadamente con la dulce chica que tenía al lado, quien me confesó que hacía tanto tiempo que nada le funcionaba que estaba empezando a sospechar que su ex novio le había echado una maldición. Le habían robado el coche, sus mechas habían adquirido un color extraño y llevaba seis meses sin trabajar. Cuando oí mi nombre, posé una mano en su hombro y le dije:

—Espero que te den el papel.

—Espero que a ti también —contestó. Conversación ciertamente absurda, teniendo en cuenta que no había más que un papel, pero supongo que nos habíamos caído bien.

Yo nunca había estado en una prueba, pero después de haber ensayado con Tandy para la suya, sabía exactamente lo que tenía que hacer. Una chica llamada Lana me daba las entradas y Wayne, el director, observaba desde el fondo de la sala.

—Estoy como una caaaabra —dijo Lana, haciendo el papel de la estrambótica heroína.

—Ja, ja, ja —reí yo, confiando en sonar como una hermana gordita y fiel.

—¡Gracias! —gritó Wayne.

—De nada —dije. Me volví de nuevo hacia Lana y esperé a que dijera la siguiente frase, pero mantenía la boca cerrada.

—Vamos —la animé.

—Gracias —gritó de nuevo Wayne—. Ya puedes irte.

—¡Si no he terminado! —Alcé la página de mi diálogo.

—Nos gustaría que te marcharas.

Entonces comprendí. Cuando gritan «Gracias», en realidad no te están dando las gracias. Te están diciendo que eres una mierda. Mientras me arrastraba hacia la puerta, Wayne aulló:

—¡Siguiente!

Apenas me di cuenta de que habían hecho pasar a la chica dulce con la que había estado charlando en la sala de espera.

Estaba destrozada. Destrozada. Tandy me había advertido sobre las pruebas. Son como ferias de ganado donde te tratan como si no fueras un ser humano. (Bueno, yo no lo soy, pero ¿qué sabían ellos?)

Camino del coche sentí un fuerte deseo de volver a casa. No a mi casa de Silverlake, sino a mi casa de verdad.

Había estado tan segura de que iban a darme el papel... Me puse furiosa al recordar lo convencida que había estado de que lo tenía en el bolsillo. ¿Qué había dicho Nick? «La Soberbia viene antes de una caída.» Y tenía razón. Me había pegado una buena piña...

Entonces empecé a comprender. Si había sufrido una caída, eso significaba que había experimentado la soberbia. La Soberbia.

Y de repente sentí que el sol volvía a asomar entre las nubes. Llevaba cinco pecados. Solo me faltaba la Avaricia y... y... ¿cuál era el otro? Ah, sí, la Lujuria. Avaricia y Lujuria.

Oí unos pasos que corrían hacia mí. Era la chica dulce con la que había charlado en la sala de espera.

—Me han dado el papel —resopló—. Me miraron y, antes de que leyera una sola palabra, dijeron «Eres nuestra Mary Ann». Es realmente extraño —añadió—. Estas cosas nunca funcionan así, nunca. Han despachado al resto de las chicas.

Y, efectivamente, en ese momento llegaba al aparcamiento una avalancha de hermanas fieles con semblante rabioso y desilusionado. Un murmullo de descontento recorrió el aire.

—Tengo la sensación de que fuiste mi amuleto. —La chica me miró con extrañeza, un poco como Granola.

—Me alegro mucho por ti —dije, porque lo sentía de corazón.

Para celebrar mi humillación iniciática en la prueba fui a un bar con Tandy para tomar martinis de manzana. Estaba atestado de gente guapa.

—¿Por qué fue tan espantoso? —pregunté.

—¿El qué?

—Dijiste que cuando te enrollaste con Nick fue espantoso.

—Lo espantoso no fue el sexo —respondió, algo incómoda—, sino lo que vino después... Nick no volvió a mencionar lo ocurrido. Y luego estaban... están... todas esas chicas.

Asentí con la cabeza. Había muchas chicas pululando alrededor de Nick.

—No, gracias, no la quiere —ahuyenté con irritación a un camarero que había aparecido con una botella de champaña y un número de teléfono.

—No, espere. ¿Quién la envía? —preguntó Tandy.

—El caballero que ha levantado la copa como un personaje de una película de James Bond de serie B —respondió educadamente el camarero—. ¿Puede sentarse con ustedes?

—Desde luego —dijo Tandy con un suspiro—. Si a ti no te importa, Gracia.

—Mmmm, no, no.

Para cuando, dos horas más tarde, nos marchamos, Tandy había acordado salir con James —estoy segura de que no era su verdadero nombre— al día siguiente.

Nick, por su parte, había celebrado que le habían dado el papel de psicópata neonazi yendo al cine. Con Karl.

—¿Con el chiflado y alcohólico de Karl? —preguntó Tandy, estupefacta.

—Que no ha probado el alcohol desde el domingo —repuso Nick—. Me habló de ti —se refería a mí—. Dice que decidió dejar de beber tras tener un momento de Gracia.

—Que yo me llame Gracia no quiere decir que eso tenga que ver conmigo.

—¿Qué ocultas? —Nick me miró fijamente, perdido en su escrutinio.

—Nada. No oculto nada.

SÁBADO

Tandy y yo estábamos en la tienda Rodeo Drive, admirando la belleza de sus bolsos de piel, sus formas curvas y sólidas, el reflejo de la luz en el cuero increíblemente flexible, las largas asas suplicando que nos las colgáramos del hombro.

Deseé ardientemente que fueran míos.

—Otras personas van a galerías de arte —dijo Tandy—. Yo vengo aquí y miro bolsos. Son tan bonitos que a veces lloro. Antes me pasaba lo mismo con los zapatos, pero...

—Los bolsos son los nuevos zapatos —terminé por ella. Solo llevaba en la tierra seis días, pero me había asegurado de aprender lo más importante. Los conocimientos que me llevarían a todas partes.

—Cuando haga mi primera película que no vaya directamente a vídeo —prometió Tandy— vendré aquí y compraré todos los bolsos.

—Yo también —dije—, cuando interprete mi primer papel de chica no gordita. Tandy, ¿puedo preguntarte algo? —Y sí, reconozco que era una pregunta con trampa—. ¿Se considera avaricia querer robar uno de estos bolsos?

Tandy me miró desconcertada.

—¿Avaricia? Qué va, es muy normal.

Probé de nuevo.

—¿Sería avaricia querer robar más de uno?

—Depende. ¿Qué tendrías planeado hacer con los dos?

—¿Los dos? Bueno, estaba pensando en más de dos.

Eso pareció impresionarla.

—Vale. ¿Qué harías con ellos? No puedes lucir más de dos bolsos al mismo tiempo.

—Pondría algunos cerca de la cama para que fuera lo primero que viera al despertarme. Puede que enmarcara otros y los colgara en la pared. Y los demás los guardaría en el armario y cuando estuviera deprimida los sacaría y les daría besitos.

Tras una pausa incómoda, Tandy preguntó:

—¿Me regalarías alguno?

Avergonzada, tuve que confesar:

—No, Tandy, me los quedaría todos.

—Eso sí es avaricia —replicó enfurruñada—. Eso no está bien. Pensaba que eras mi amiga.

—Lo siento —susurré, volviendo a ser yo.

Naturalmente que regalaría a Tandy uno de los bolsos que quería robar de Prada.

De hecho, se los daría todos, si los quisiera. (Aunque confiaba en que no fuera así.)

—Oye —sonrió con dulzura—, esto es una locura. Nadie va a robar nada.

—Me alegro —dijo el dependiente que había aparecido súbitamente detrás de nosotras—. Me horrorizan las escenas.

Recuperé el ánimo. Acababa de cometer mi sexto pecado capital. De modo que así operaba la Avaricia, anulando el sentido de la amistad y la generosidad. Y todo por un cuero bellamente punteado. Espléndidamente punteado, pensé, de colores preciosos, con cremalleras y cerrojos y... Noté que la avaricia volvía a arrastrarme.

De mis siete pecados capitales, solo me faltaba la Lujuria. Justo en ese momento, una mujer entró en la tienda y se abalanzó sobre un bolso de noche morado de piel de avestruz.

—¡Dios mío, qué vicio, qué lujuria! —chilló—. ¡Un bolso como este es mejor que el sexo!

Como es lógico, eso me dio que pensar. En mi intenso anhelo por un bolso, ¿había cometido también el pecado de la Lujuria? Sería muy conveniente, la verdad, porque así podría pasar mi último día en la tierra tumbada junto a la piscina. Puede que hasta le diera conversación al hombre pálido e interesante que había visto dos días atrás. Siempre había pensado, no obstante, que sentiría Lujuria por un hombre, no por un bolso. Todavía me resistía a renunciar a eso.

Los hombres no habían dejado de acosar a Tandy en toda la semana. Cada vez que salíamos, se pasaba la velada rechazando botellas de champaña, números de teléfono y frases trilladas. Así pues, ¿qué hacía aceptando una cita con ese James? ¿Qué tenía de especial?

—Voy a ponerlo todo de mi parte —dijo—. Es absurdo que siga esperando a... — Se interrumpió de repente y se puso otra capa de brillo en los pómulos.

Cuando hubo terminado de arreglarse, estaba tan guapa que hipnotizaba.

Sombrío y alicaído como nunca, Nick había desconectado por completo. Estaba repantigado en el sofá como un agujero negro humano.

—¿Qué tal estoy? —Tandy entró en la sala bailando y dio unos cuantos giros.

—Me estás tapando la tele. —Nick estiró el cuello para tratar de ver la pantalla.

—¡Estás fantástica! —exclamé.

Nick alcanzó el mando y subió el volumen.

—¿Nick? —preguntó Tandy por encima de la estridente carcajada grabada.

—¿Qué quieres que te diga, Tandy? —La voz de Nick era fría—. Estás guapa. Siempre estás guapa.

Eso pareció desconcertar a Tandy, y parte de su alborozo se desvaneció.

—Y estarías aún más guapa si comieras de vez en cuando —añadió Nick.

Tandy salió de la sala dando un portazo. ¡Glups!

Cuando se hubo marchado, Nick y yo nos pusimos a ver una película acompañados de palomitas e inmersos en un silencio cordial. Bueno, más o menos cordial. Nick estaba tan taciturno que no podía evitar lanzarle una mirada de vez en cuando. En una de esas se volvió bruscamente y me pilló. Después de otro silencio, dijo:

—¿Por qué no has salido esta noche, Gracia?

—Nadie me lo ha propuesto. Tandy es tan guapa —me encogí de hombros— que es fácil pasar inadvertida a su lado.

Vale, lo estaba haciendo a propósito.

—Pero tú eres muy mona —dijo dulcemente Nick al tiempo que bajaba las piernas de la mesa y se acercaba a mí—. Tienes unos rizos muy bonitos —enredó su mano en mi pelo—, una piel preciosa —me acarició la cara con la otra mano— y una boca perfecta. —Tiró suavemente de mi labio inferior con el pulgar y acercó su cara a la mía.

Iba a besarme. Y yo quería que lo hiciera. El corazón me retumbaba en los oídos y el deseo me tenía paralizada. Me incliné sobre su calor, sintiendo su mano en la nuca, y luego, y luego... La magia se rompió.

—Lo siento —dijo, retrocediendo con un pesado suspiro. Nick tenía la mirada cansina, pero la caricia de su mano en mi cara fue amable—. Lo siento mucho, Gracia. El problema no eres tú.

—No importa. —Mi voz estaba cargada de helio y no convenció a nadie.

Ardía de humillación. Lo peor era que la película me gustaba y ahora me veía obligada a marcharme a mi habitación.

Para ser franca, de los siete pecados, la Lujuria era el que había esperado con mayor impaciencia. Y había terminado antes de comenzar.

Sonó el teléfono y oí a Nick decir a una chica desconsolada:

—Lo siento, nena.

La frase que había estado soltando desde mi llegada. Parecía un disco rayado. Entonces empecé a darme cuenta de algo, algo relacionado con lo que Tandy había

dicho de que lo suyo con Nick nunca funcionaría porque tenía a todas esas mujeres pululando a su alrededor... Pero, antes de que pudiera verlo con claridad, llamaron a la puerta y me desconcentré. Siempre he tenido una capacidad de concentración algo escasa.

Agucé el oído para averiguar quién era. *Por favor, que no sea una chica*, supliqué. Por fortuna, era Karl, el chiflado alcohólico. Quien, si Nick decía la verdad, ya no estaba loco ni alcoholizado. Se fueron a jugar al billar.

DOMINGO

Mi último día en la tierra. Qué dramático suena, ¿verdad?

Había cumplido mi misión, cometer los siete pecados capitales, en seis días. Cuando cayera la noche sería enviada de nuevo a Allí Arriba como un ángel más seguro, experimentado y humano. Aun así, tenía la sensación de que me quedaba algo importante por hacer. Lo más importante, en realidad.

Era otra hermosa mañana. Granola estaba persiguiendo motas de polvo pero en cuanto me vio entrar en la sala corrió disparado a su cesta, se acurrucó y empezó a temblar. Por lo visto, ganarme la simpatía del chucho no iba a estar entre mis logros.

Tandy rondaba por el apartamento, provocando a Nick.

—Anoche lo pasé de fábula. James es una monada, un tío inteligente y divertido. —Hablaba observando a Nick muy detenidamente, pero este mantenía la cara pegada a las páginas de deportes—. Es un tío superdivertido —prosiguió Tandy con mirada soñadora—. Te contaré lo que me...

Con un brusco crujido de papel, Nick se incorporó.

—¿Piensas volver a salir con él?

—¿Y a ti qué te importa?

—Tienes razón, no me importa lo más mínimo.

Se miraron fijamente, como si se odiaran.

Era evidente que estaban enamorados. ¿Cómo era posible que no me hubiera dado cuenta hasta ese momento? Bueno, hasta el día anterior. Al menos lo había pillado a tiempo.

Tenía que hablar con Tandy. Me faltaba poco para volver a casa.

—Nick... —empecé.

—¡Ese imbécil!

—Ya. Bueno, veamos si lo he entendido bien. Te enrollaste con él...

—Estaba borracha —se defendió ella con vehemencia.

—Pero después no ocurrió nada, y tú estabas enfadada porque Nick siempre estaba rodeado de chicas.

—Ajá —dijo Tandy, vacilante, como si no estuviera segura de adónde quería ir a parar yo.

—Reconozco que desde que llegué —proseguí con dramatismo— han llamado muchas chicas, pero Nick las ha despachado a todas. Tengo la impresión de que está despejando el camino.

—¿Para qué?

—¡Jesús! ¿Tú que crees? ¡Para ti!

Para mí no, eso seguro. Y no estaba molesta. Los ángeles no se molestan. Aunque, si no hubiera sido un ángel, creo que habría estado muy molesta. En fin...

—¿Para mí? ¿Eso crees? —Tandy no pudo ocultar el tono de esperanza en su voz, pero enseguida cambió de enfoque—. Cree que soy anoréxica.

—La verdad es que estás muy delgada —dije con cautela—. Y no parece que comas mucho.

—¡No soy anoréxica! —gritó—. Estoy...

—Lo sé, estás abriéndote camino como actriz.

—No. ¡Estoy enamorada de él! Pesaba cincuenta y cinco kilos cuando me mudé a este apartamento.

—¿Cuánto hace de eso? —Quería saber cuánto había tardado en perder trece kilos.

—Un año. Entonces hacía papeles de amiga gordita.

—¡Como yo!

—Exacto, como tú. Me gustaban más que los papeles de prostituta que consigo ahora.

Nos estábamos desviando del tema principal.

—¿Qué tal con James?

—Un gilipollas —respondió Tandy con desdén.

Siguiente parada, Nick. No habíamos hablado desde que había estado a punto de besarme y cambiado de parecer con las palabras inmortales: «El problema no eres tú».

Cualquier persona a la que le hayan dicho «El problema no eres tú» comprende de

inmediato que el problema es ella. Pero este caso era una excepción. El problema no era yo, ¡era Tandy! Nick quería a Tandy, pero los viejos hábitos no se pierden fácilmente y restos de su viejo comportamiento probablemente lo llevaron a pensar que sería un descortesía no intentarlo conmigo.

Estaba en la terraza con la mirada perdida en el infinito.

—¿Podemos hablar?

El pobre puso cara de susto. Pensaba que iba a comportarme como una chica e insistir en que analizáramos el hecho de que la noche antes hubiéramos estado a punto de enrollarnos.

—Claro —farfulló, realizando una salvaje retirada detrás de los ojos.

Me senté y le lancé una mirada tranquilizadora. Vale, no me había encontrado atractiva. Pero yo me hallo por encima de todo eso. Bueno, al menos estoy en ello.

—Es sobre Tandy... —empecé.

—Ajaaaaá.

—Desde que estoy aquí te has estado despidiendo de un montón de chicas por teléfono. ¿Lo estás haciendo por Tandy?

Me miró fijamente, con intención de intimidarme, pero yo puedo mirar más tiempo y con más dureza. A veces es genial ser una criatura sobrenatural.

Con un suspiro, se rindió.

—Vale, quería que supiera que no tenía intención de tontear con otras chicas. ¿Y qué he conseguido? Que salga con un tipo guapo, inteligente y divertido llamado James.

—Es un gilipollas. —Pensé en la suerte que tenían Tandy y Nick de que yo estuviera allí. De no ser así, jamás habrían aclarado este embrollo.

—¿Quién lo dice?

—Tandy.

—¿Ah, sí? ¿En serio? —En sus labios se dibujó una sonrisa inusual. Ciertamente, era increíblemente atractivo.

Si te gustan los de su tipo.

—Tenéis que hablar, pero no es fácil acercarse a ti. Lo sabes, ¿verdad?

—Antes no era así —espetó—. Yo era un tipo muy alegre hasta que Tandy se mudó a este apartamento. La veo, así, tan bonita, y me deprimó. Antes hacía muchos papeles cómicos, pero ahora solo me ofrecen personajes psicópatas.

—Habla con ella ahora mismo —le ordené, encantada por la forma en que estaban yendo las cosas.

En ese momento, no obstante, llegó un invitado.

—¡Karl! —exclamó Nick—. Ya conoces a Gracia.

Era el hombre pálido, de aspecto enfermizo, que había visto en la piscina. También era —aunque no lo había reconocido— el tipo apestoso a cuya puerta había llamado inadvertidamente cuando llegué a Los Ángeles. Se había dado un buen fregoteo.

—¡Eres tú! —exclamó.

Sí, era yo. De nada servía negarlo.

Me miró de arriba abajo con el mismo pasmo con que me miraba Granola.

—¿Qué has hecho? —me preguntó—. Llamaste a mi puerta y cuando te fuiste ya no tenía ganas de beber. Y luego evitaste que el sol me quemara.

—¿Cómo? —inquirió Nick.

—Le puse crema protectora.

—¿Quién eres? —dijo Karl—. ¿Una especie de ángel?

Nick seguía la conversación con interés. Yo sabía que había tenido sus sospechas con respecto a mí, de modo que me sorprendió cuando dijo, con total naturalidad:

—Es Gracia, de Hicksville, y ya hacía tiempo que tenías pendiente dejar de beber. No es tan alucinante.

Karl se mantuvo en sus trece.

—Sé que has tenido algo que ver en ello. Gracias.

—De nada —respondí con timidez.

—¡Lo sabía! —exclamó Karl.

—Karl, colega —interrumpió Nick—, ¿te importa que te llame luego? Tengo algo muy importante que hacer.

—Vale.

Tandy estaba en su cuarto. Después de un empujoncito por mi parte, Nick llamó a la puerta y entró. Yo ansiaba saber qué estaba ocurriendo, pero no era capaz de ver a través de la pared. Desde luego, tenía que trabajarme la vista de rayos X. Por suerte, Nick no había cerrado del todo la puerta, de modo que podía ver a Tandy por la estrecha rendija.

Al principio se mostró suspicaz, luego escuchó a Nick, sonrió y dijo algo. Escuchó un poco más y Nick apareció de repente en el cuadro y la abrazó como si no fuera a soltarla nunca.

La situación pedía a gritos una banda sonora. Incapaz de resistir la tentación, el aire

tembló y se llenó con el sonido sublime de violines celestiales. En la cesta de la cocina, Granola empezó a aullar de felicidad.

Inédito

PREGUNTA. Querida mamá Walsh, le escribo por un problema bastante delicado. Se trata de mi novio. Cuando hace «pipí», lo mancha todo. El cuarto de baño está salpicado de gotas y huele fatal. Le he pedido que sea más cuidadoso, pero no hace caso. ¿Qué debo hacer?

FIONA, Edimburgo

RESPUESTA. Al principio de nuestro matrimonio, el señor Walsh era culpable del mismo comportamiento. Mi consejo es que se lo restringues por las narices.

P. Querida mamá Walsh, tengo una hija que dice que es lesbiana y se pasea por nuestra calle de la mano de su «pareja» a plena luz del día. Estoy muerta de vergüenza. ¿Qué debo hacer?

ANON, sin dirección.

R. Querida Marguerite (he reconocido tu letra), no me haré la sorprendida porque yo misma las he visto con mis propios ojos y todos los vecinos se dedican a espiarlas por detrás de las cortinas. A ellas les trae sin cuidado que las vean y en una ocasión hasta se detuvieron al lado de mi ciprés para «morrearse». Ángela es una chica encantadora y solo busca llamar la atención. Todas las hijas lo hacen, y muchas veces me he preguntado si sería más fácil con un hijo. Si las hijas no son lesbianas, se empeñan en ser vegetarianas o drogadictas, o se esconden detrás de setos húmedos con un objetivo de largo alcance, pillan anginas y se pasan una semana en la cama pidiendo Lemsip y Kit-Kats Chunky. Es la cruz que nosotras, las madres, tenemos que cargar. Resígnate. Piensa en nuestro Señor en la cruz, con clavos de quince centímetros en las manos y en los pies, muriendo por nuestros pecados, y hay gente que ni se lo agradece.

P. D. Tal vez tu marido, el señor Kilfeather, podría por una vez en su holgazana e inútil vida echar una manita teniendo una pequeña charla con ella. No me extraña que tu hija piense que es «bollera» teniendo a su padre como único modelo masculino.

P. Querida mamá Walsh, ¿puede ayudarme con un dilema? Me encanta leer novelas para chicas, me animan, sobre todo los finales felices en que la heroína consigue a su hombre. No obstante, hace poco leí un artículo donde una feminista tachaba estos libros de «antifeministas» y perjudiciales para la causa de la igualdad de la mujer. Me llevé un gran disgusto porque siempre me he considerado una feminista comprometida, pero una feminista que cree en el amor entre el hombre y la mujer. Por favor, ayúdeme.

CAMILLA, Gothenburg

R. Estoy hasta el moño de las feministas. No son más que una pandilla de arpías chillonas y malhumoradas que buscan que las mujeres se sientan culpables de todo. Son peores que los hombres. ¡Decirme a mí que me dejo explotar por llevar sujetador y hacerle la cena al señor Walsh! En realidad, yo no le hago la cena al señor Walsh desde los años ochenta. No porque me sintiera explotada, sino porque mis cinco mocosas hijas solo comían Frosties. Si me mataba cocinando, se reían y fingían no saber si el resultado final era animal, vegetal o mineral. Así pues, decidí no hacer más el primo matándome en la cocina cuando podía estar viendo *Neighbours* y jugando al bridge. Pero lo decidí no porque sea feminista, sino porque ya no me apetecía. Y tampoco me mato en la casa, pero no porque tema que me exploten, sino porque tengo mal la espalda y no me conviene agacharme (la aspiradora queda descartada). Demuestra lo independiente y librepensadora que eres leyendo lo que te apetezca y enviando a las feministas al cuerno.

P. D. ¿Es tu verdadero nombre?

P. P. D. ¿Me has escrito antes? ¿Me estás «acosando»?

P. Querida mamá Walsh, ¿puede darme algún consejo para obtener un bronceado falso? Cuando no se me hacen vetas, me pongo demasiado naranja, y en el trabajo he sido objeto de una campaña de murmuraciones.

DAWN, Cardiff

R. ¿Se han reído de ti, cielo? Sé muy bien lo que es eso. La paciencia es la clave. Por otro lado, y con esto podría parecer que estoy promocionando a mi hija, con Candy Grrrl conseguirás un bronceado precioso. Y otra cosa, Dawn, ya no lo llamamos

bronceado falso, sino autobronceado. Bueno, como decía, Candy Grrrl va muy bien. Te has de aplicar la crema con guantes de látex, en plan *Hospital Central*, y el bronceado aparecerá al cabo de tres aplicaciones. Ni vetado ni demasiado naranja. Tiene un olor bastante apestoso, pero todos lo tienen. El señor Walsh se pone furioso. Dice que apesto el dormitorio. Yo le digo que cierre el pico, que es un pequeño precio por tenerme guapa. Otra cosa que podría ayudarte es hacerte una «exfoliación», o sea, un buen fregoteo con algo granuloso, antes de aplicarte el autobronceador. Si no quieres gastarte dinero en una crema exfoliante, restriégate con fuerza con la toalla de la cara. Aunque, y quizá parezca de nuevo que estoy promocionando a Anna, Candy Grrrl tiene una crema exfoliante estupenda que huele a piña. Aunque para mí es fácil decirlo porque la consigo gratis.

Mamá Walsh lamenta no poder entrar en la correspondencia privada, pues tiene una casa que llevar, un marido prácticamente inútil y cinco hijas que siempre se están metiendo en líos.

*Escrito originalmente para la página web
de Penguin Books, 2004*

El derecho de una mujer a sus zapatos

Tenue luz matutina, acera gris, cuento cuarenta y ocho segundos desde la puerta de casa hasta el final de la calle. Doblo por la calle principal y empiezo de nuevo, setenta y ocho segundos antes del semáforo. Cruzo en trece y cuento veintinueve hasta la zona comercial.

Empecé con esto de contar no hace mucho, pero ahora lo hago constantemente. Lo cuento todo. Es muy útil, porque impide que me vuelva loca.

Mientras me acercaba a la taberna, me pregunté si mi sandalia plateada seguiría afuera. Seguro que sí. ¿Quién iba a quererla? Aunque de la gente borracha se puede esperar cualquier cosa. Si se llevaban a casa conos de tráfico, ¿por qué no una sandalia plateada?

Casi había llegado. Había algo en la acera, y tenía el tamaño de un zapato. Pero ya sabía que no era mío. Alertada por algún instinto, ya sabía que algo extraño estaba sucediendo. Efectivamente, cuando estuve lo bastante cerca vi que mi sandalia no estaba y que, como si de alquimia se tratara, en su lugar brillaba otro zapato, el zapato de un hombre. Era un zapato asombrosamente bonito: un mocasín clásico, pero de una piel de color morado intenso. Sobre la acera gris daba la sensación de que flotara y de que latiera, como si fuera el único objeto de color en un mundo en blanco y negro. Ligeramente hipnotizada, lo levanté y le di la vuelta. No tenía marcas en la suela, como si nunca lo hubieran estrenado. Una piel blanda como la mantequilla, de color marrón claro, recubría el interior, y el simple hecho de contemplarla constituyó un alivio para mis doloridos ojos.

¿Debía llevarlo a la comisaría? Parecía lo bastante importante. Pero era un zapato, un zapato suelto. Extraviado por un hombre que la noche anterior había bebido más cubatas de la cuenta. La policía me reprendería por hacerle perder el tiempo.

Tal vez debería colgar un letrero que informara que había sido encontrado; si se tratara de un perro o un gato, la gente lo haría, y muchas personas adoraban sus zapatos. Junto a la taberna se encontraba el quiosco con el tablón de anuncios. Podría colgar una nota: «Se ha encontrado un zapato mágico». Entonces recordé la última vez que había puesto allí un anuncio relacionado con zapatos. Y mira cómo había terminado.

Pero este zapato era demasiado bonito para dejarlo abandonado. Lo recogí, lo envolví en mi bufanda, me lo guardé en el bolso y me fui al trabajo.

LA NOCHE ANTES

Sí, puede que llevar una sola sandalia alta y plateada a mediados de noviembre huelga a histrionismo. Pero la gente tenía que saber que estaba haciendo una proclama, una protesta incluso.

Por una cuestión práctica, para ir hasta la taberna me había puesto unas zapatillas deportivas viejas —unas preHayley que, por alguna razón, aún conservaba pese a creer que esos días ya eran historia—, pero antes de entrar en la agradable calidez del local me las quité y las sustituí por una sandalia alta y frágil correspondiente al pie derecho. Advertí que la media del pie izquierdo —el descalzo— tenía un agujero en el dedo. Lo miré fijamente. Qué se le va a hacer. No podía echarme atrás a estas alturas.

Cojeante, me detuve en la entrada de la taberna. ¿Habían llegado? Todavía no. Bien, así podría buscar el lugar donde generara el máximo impacto. Había muchos sofás —era una taberna que pensaba en las señoritas—, pero yo necesitaba altura y visibilidad. Dando saltitos, me acerqué hasta la barra, me encaramé a un taburete y lo giré hasta quedar de cara a la sala. Era imposible no verme y —sobre todo— no ver mis pies dispares, uno calzado, el otro no.

Mis ojos, incansables, iban de un lado a otro, como hace la gente muy trastornada, y entre suceso y suceso (gente que entraba, que encendía un cigarrillo, que apartaba un mechón de pelo de los ojos de su novia) me ponía a contar, comenzando desde cero después de cada interrupción. Y, mientras contaba, daba sorbos a mi copa. Había planeado ceñirme al agua mineral, pero, entre la conmoción y mi cercanía al alcohol, el plan se había venido abajo. Me pasé la noche pegada al taburete, con la espalda orgullosamente derecha, esperando a que aparecieran, pero no lo hicieron. Eso me irritó mucho. ¿Cómo iba a avergonzarlos si no se presentaban?

Nick, el camarero, aunque algo alarmado por mi conducta, estuvo amable. No como Naomi, amiga de Steven y mía, que dijo:

—Alice, por lo que más quieras, ponte unos zapatos como es debido. Tu conducta es indigna.

¿Indigna yo? Pero si era la dignidad personificada, tan digna como lo sería cualquiera con una sandalia en un pie y una media en el otro pie en pleno noviembre.

Con el fin de tranquilizarme, Naomi trató de incluirme en su grupo de amigos, que estaban instalados en un sofá, pero me negué a abandonar mi puesto.

A eso de las once tiré la toalla. Comprendí que no iban a aparecer. Tampoco había tenido la certeza de que lo hicieran: el mundo real no es como *Coronation Street*. Pero los habían visto juntos aquí. Toda una falta de tacto, teniendo en cuenta que Steven y yo veníamos a menudo. No cada noche, puede que una o dos veces por semana, y no solo para beber sino también para comer. (Tartaletas de salmón, ensaladas asiáticas, budín de pan de moca y mantequilla, etcétera. Como ya he dicho, una taberna que piensa en las señoritas.)

Antes de marcharme recorrí la taberna con la mirada. Estaba bastante concurrida ya, lo cual era una pena, porque eso hacía que mi gran desequilibrio en los pies no resultara todo lo visible que habría deseado. De hecho, temí que algunas personas creyeran que mi balanceo era producto de la embriaguez. Mientras pasaba cojeando, me percaté de los codazos. Incluso oí a alguien decir:

—Sí, está borracha, ¿y qué? ¿Cómo no va a estarlo, después de lo que le ha pasado?

Esperé a estar en la calle para sacar las zapatillas deportivas del bolso y quitarme la sandalia. Me disponía a guardar esta cuando pensé: ¿para qué? ¿De qué me sirve ahora?

De modo que la dejé allí. Justo a medio camino entre las dos puertas (bueno, tan a medio camino como me fue posible después de una noche de intensa ingestión etílica).

Consideré la posibilidad de hacer lo mismo al día siguiente con otro zapato. Y todas las noches, hasta haber agotado mis treinta y un zapatos. Lo que representaría un mes.

CÓMO CONOCÍ A HAYLEY

La mayoría de las personas son desequilibradas, o, como suele decirse, asimétricas. Mi zona problemática son los pies: en el derecho tengo un treinta y seis y en el izquierdo un treinta y siete. Antes solventaba el problema comprando zapatos del treinta y siete y utilizando plantillas, pero no siempre funcionaba, sobre todo si el objeto de mi deseo tenía el talón descubierto o la punta abierta.

Pero un día se me ocurrió una idea brillante que me cambió la vida: si tenía un pie derecho del treinta y seis y un pie izquierdo del treinta y siete, ¿podía haber alguna

mujer en la metrópoli donde residía con un treinta y siete de pie derecho y un treinta y seis de pie izquierdo? O sea, mi reflejo. Si pudiera dar con ella, podríamos comprar dos pares idénticos, uno del treinta y seis y el otro del treinta y siete, y repartírnoslos según nuestras necesidades.

Pensé en poner un anuncio en *Time Out* o en un periódico nacional, pero al final lo puse en el tablón de un quiosco del barrio. ¡Y obtuve respuesta! De una chica que vivía a menos de diez minutos a pie del piso que yo compartía con Steven.

Estaba feliz, seducida por la idea de la simbiosis, de que esta mujer me completara.

Yo soy increíblemente baja y, por tanto, me gustan los tacones altos. (A veces, cuando desciendo de mis tacones de diez centímetros, la gente mira en derredor y pregunta: «¿Adónde se ha ido?», y yo me veo obligada a gritar: «Estoy aquí abajo».) Hayley, por el contrario, era alta y delgada. Temí que rechazara los tacones altos y prefiriera ir con zapatos bajos, y por desgracia casi siempre fue así. Desde el principio lo nuestro fue una batalla de voluntades y nuestra compartida asimetría no desembocó en una amistad. A veces nos encontrábamos por el barrio, pero en realidad solo quedábamos cuando necesitábamos comprar. Y eso hicimos durante más de dos años: en marzo, cuando la cosecha de sandalias nuevas llenaba las tiendas, y en septiembre, cuando aparecían las botas. También se producían casos aislados, como unos zapatos de fiesta para Navidad o el descubrimiento casual de unos zapatos preciosos que habría sido un crimen no comprar.

A veces Hayley estaba de buen humor y accedía a comprar tacones vertiginosos, lo cual me hacía muy feliz. Pero ni en los mejores momentos fue tan divertido como había imaginado. De hecho, era hasta violento, pero yo fingía lo contrario. ¡Éramos chicas! ¡Comprábamos zapatos juntas! ¡Teníamos un vínculo especial! Lo cierto, no obstante, es que Hayley era horrible. He aquí una importante lección que aprendí demasiado tarde: que una persona adore los zapatos no significa necesariamente que sea una buena persona.

Cuando Steven me dijo que me dejaba por ella, el golpe me sumergió en una pesadilla. Fue entonces cuando empecé a contar. Me descubría contando incluso en los sueños, porque, en cuanto paraba, el pánico subía lentamente hasta que amenazaba con asfixiarme.

Lo peor, con todo, estaba por venir. Dos días más tarde llegué a casa del trabajo y descubrí que me habían robado todos los zapatos del número treinta y siete. Había

sido Hayley. Me había dejado con treinta y un zapatos del pie derecho. Los únicos pares completos que me quedaban eran las botas que llevaba puestas y unas zapatillas deportivas cutres y viejas.

Según la psicología popular, cuando una persona sufre un trauma —un atraco o un abandono, por ejemplo— reacciona pensando que no vale nada. Yo todavía no había llegado a ese estado. Pero Hayley sí, a pesar de que el trauma era mío. Para ella, me había vuelto del todo insignificante. Después de arrebatarme el marido, creía que podía quitarme lo que se le antojara. Al parecer, había decidido que sus pies calzaban, de pronto, el mismo número. Después de una vida con un treinta y seis y un treinta y siete, ahora sus dos pies eran del treinta y siete. ¿Un cambio increíble? Bueno, ¿y por qué no? ¿Acaso era más increíble que la deserción de Steven después de haberme prometido que siempre me amaría y de haber querido casarse conmigo? (Me habían hecho los zapatos —fornados de raso blanco— especialmente para la boda; por una vez mis pies habían estado perfectamente calzados.)

Les telefoneé para pedirles que me devolvieran los zapatos. Hayley me dijo que dejara de acosarlos. Le contesté que solo quería recuperar mis zapatos. Hayley dijo que iban a pedir una orden de alejamiento.

Pese a mi depresión, sabía que estaba obrando correctamente. Pero lo único que me quedaba era la autoridad moral. Decidí que a partir de ese momento me personaría en la taberna con mi colección de zapatos sueltos con la esperanza de avergonzarlos en público.

LA BÚSQUEDA

Esa noche, cuando salí del metro después del trabajo, pensé que vería fotocopias pegadas en las farolas preguntando con grandes letras en negrita: «¿Ha visto este zapato?». Y una foto borrosa —o incluso un dibujo— del mágico zapato morado. «Visto por última vez en mi pie el 17 de noviembre. Se ofrece recompensa.»

Pero no había nada. ¿Es que a nadie le importaba?

Me habría preparado algo de cenar, pero había dejado de comer. Me tragué tres series, hasta que llegó la hora de ir a la taberna. Esa noche elegí una bota de ante marrón. Luego envolví el zapato mágico en un chal de suave *pashmina*. Me alegraba de poder darle finalmente una utilidad; había pagado una fortuna por él y a los cuatro segundos de tenerlo en la mano se había pasado de moda.

Nick me miró boquiabierto mientras yo atravesaba la taberna nuevamente

cojeando, hasta el taburete donde me había sentado la noche antes. Mi presencia lo violentaba. Allí él. Desenvolví el zapato morado como si estuviera desvelando un objeto de gran valor y le pregunté si tenía idea de a quién podía pertenecer. No, dijo, pero estaba de acuerdo en que era un zapato magnífico, y le encantó el trasfondo de Cenicienta que el asunto tenía.

—Tú eres como el príncipe, y cuando encuentres al dueño del zapato, puede que te enamores de él.

Lo miré con desdén.

—Esto no es ningún cuento de hadas. ¿Y por qué —quería saber— los hombres siempre piensan que un nuevo hombre es la solución a los problemas de las mujeres?

—Lo siento —repuso quedamente Nick, agarrando el zapato y colocándolo en un lugar visible detrás del mostrador.

Pasó allí toda la noche, pero nadie lo reclamó. Cada vez que entraba un hombre, mis ojos iban directos a sus pies, buscando a ese ser especial con un zapato morado y un pie descalzo. Pero nada.

Tampoco vi a Steven y Hayley. Al marcharme, dejé mi bota marrón en la calle. Luego me dirigí a casa y dormí con el zapato morado sobre la almohada. No era la primera vez que dormía con un zapato, pero siempre habían sido míos. Parecía brillar en la oscuridad, llenando la habitación de una agradable luz violeta.

A la mañana siguiente, camino del trabajo, me pregunté si mi bota abandonada habría sido reemplazada por otro zapato morado. En cierto modo, esperaba que fuera como los elfos y el zapatero: un zapato nuevo cada día. Pero esta vez no había nada, exceptuando una cajetilla de cigarrillos vacía.

Los días pasaban y yo llevaba el zapato morado a todas partes. Sin él me notaba tensa (vale, más tensa), y a veces, cuando el acto de contar no me ayudaba, lo sacaba del bolso, me lo llevaba a la mejilla y eso, sorprendentemente, me tranquilizaba. Una noche me llevé un susto de muerte cuando lo busqué en el bolso para ponerlo en la almohada y no lo encontré. Sin él me sentía inestable. No obstante, al despertarme por la mañana lo vi en la moqueta de mi cuarto, titilando para mí, como siempre hacía, como un cachorro contento de verme. ¿Cómo había sucedido? ¿Era magia o una simple confusión provocada por el exceso de alcohol? Me dio igual. Presa de un profundo alivio, estreché el zapato entre mis brazos.

De vez en cuando observaba mi conducta y me preguntaba qué estaba haciendo.

Pero me habían robado el marido y todos los zapatos del pie izquierdo. Si estaba algo trastornada, ¿quién podía reprochármelo?

Cada noche acudía a la taberna, me sentaba en un taburete y buscaba hombres que llevaran puesto un solo zapato. Cada noche me calzaba un zapato y lo dejaba en la calle antes de regresar a casa. Pese a haber dejado nueve zapatos en nueve noches diferentes, todavía no me había tropezado con Hayley y Steven.

Una noche, cuando llegué a la taberna, encontré a Nick muy alborotado.

—Tengo a tu Cenicienta —susurró—. Estuvo aquí la noche antes de que tú encontraras el zapato. Y es la clase de tío que llevaría un zapato tan bonito. —Giró disimuladamente la cabeza—. Es ese de allí.

Miré y enseguida supe que no era nuestro hombre. Demasiado guapo. ¿Lo tradicional no era acercarse primero a las hermanas feas?

Así y todo, hicimos lo debido, pero el tipo no reaccionó nada bien. Cuando saqué el zapato del bolso, me miró desconcertado y, acto seguido, contempló mis pies, el zapato de tacón de aguja en el derecho y la media con el dedo gordo asomando por un agujero en el izquierdo. (Sí, todas mis medias habían desarrollado agujeros.) El pánico se dibujó en su cara. Sospechó que era un montaje, que le estaban haciendo una broma y que toda la taberna estaba implicada.

—Este zapato no es mío. —Desvió la mirada y se alejó de mí con la rapidez que le permitían sus botas Oliver Sweeney Chelsea. Segundos después salía de la taberna.

Nick y yo nos miramos.

—Valía la pena intentarlo —dije, y Nick se puso a secar vasos mientras yo me ponía nuevamente a contar y beber.

—Déjame verlo otra vez —me pidió Nick más tarde—. Recuérdame otra vez la marca.

Abrí el chal y una luz morada envolvió el mostrador. Nick y yo nos miramos. Sabía qué estaba pensando: los zapatos normales, no mágicos, no se comportan así. El nombre de la marca destacaba en dorado sobre la plantilla de cuero. Merlotti.

—La buscaré en internet —dijo Nick.

—No hace falta —repuse. Ya había buscado la marca con el Google, sin obtener resultados...

De repente, una voz a mi espalda interrumpió nuestra conversación.

—Disculpad —dijo—, pero ese zapato es mío.

Me quedé helada. Conocía esa voz. Y Nick, a juzgar por la expresión de su cara, conocía ese rostro. Permanecí quieta, vuelta hacia Nick y todas esas botellas lustrosas dispuestas detrás de la barra. Serena y desafiante, me negaba a girarme porque sabía que, en cuanto lo hiciera, toda la magia se desvanecería, la magia de la que había acabado por depender.

Maldito cabrón. Tenía que estropearlo todo.

Seguí contando. Probablemente, visto desde fuera, parecía que los tres y el zapato estuviéramos atrapados en un incómodo silencio, pero yo estaba absorta en lo mío. Había llegado a veinticuatro cuando él dijo:

—Alice, ¿es que no piensas mirarme?

—No. —Ahora tenía que empezar de nuevo. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

—Es mi zapato —repitió.

—¿Qué quieres? ¿Una medalla? —pregunté.

—¿Cómo sabemos que es tuyo? —lo retó Nick con una ligera mueca de desdén.

Unas manos sigilosas dejaron una bolsa de plástico sobre la barra. Por ella asomaba una bolsa de franela del tamaño de un zapato. Tras una leve pausa, como para aumentar el suspense, las manos desataron el cordel de la bolsa y extrajeron un zapato morado. Por la luz violeta que proyectó, no había confusión posible. Era la pareja del otro zapato.

Lo dejó junto al mío, sobre el mostrador de madera, y me quedé mirándolos, como hipnotizada. Así, uno junto al otro, formaban un todo trascendental, una integridad asombrosa. Nunca dos cosas se habían pertenecido tanto y habían creado una unidad tan perfecta, superior a la suma de sus partes.

Solté un suspiro y me di la vuelta. Ahí estaba, poniendo esa cara de preocupación —frente arrugada, mirada «bondadosa»—, la cara que había puesto el día que me dejó por Hayley, cuando me preguntó si iba a estar bien. En aquel entonces se suponía que debía cooperar y decir que sí, que por supuesto que iba a estar bien. Pero no lo hice. Le aseguré que nunca volvería a estar bien de la cabeza. «Bien», había contestado él distraídamente. «Bien.» Y se marchó, libre de culpa porque había actuado honrosamente al fingir preocupación.

—Steven, ¿a qué viene todo esto?

—Estos zapatos son míos. Hayley los mandó hacer a mano en París para mí. Me midieron los pies especialmente para ello. Valen una fortuna.

Adopté una expresión entre cortés y altiva, como diciendo: ¿y eso qué demonios tiene que ver conmigo? (Nota personal: los zapatos hechos a mano requieren mucho

tiempo. Yo aún no había logrado determinar el tiempo que Steven y Hayley llevaban liados. Por lo visto, mucho.)

¿Y qué hacía Hayley regalando a Steven unos zapatos franceses de color morado hechos a mano? A Steven le importaban los zapatos tanto como a mí los hábitos de apareamiento de las bolsas de patatas fritas. No obstante, yo sabía que Hayley era tan egocéntrica que solo regalaba cosas que ella quería. (Como esos idiotas que regalan a sus esposas un navegador GPS por su cumpleaños y se extrañan de que echen la casa abajo con sus chillidos.)

—Siento mucho lo de tus zapatos —dijo—. Que te hayan quedado todos desaparejados. Naomi me telefoneó. Vine a la taberna y te vi dejar la sandalia plateada en la calle. Pensé que si dejaba mi zapato hecho a mano en su lugar, sabrías que me estaba disculpando.

Detrás de mi expresión cortés procesé esa ridiculez. La aparición del mágico zapato morado en el lugar de mi sandalia plateada era una disculpa en clave de Steven por dejar entrar a su novia en mi piso para que me robara los zapatos. ¡Qué encanto!

Habría sido mil veces mejor que hubiera recuperado mis zapatos en lugar de dejar uno suyo. ¡Menudo gilipollas! Pero ¿qué otra cosa podía esperar? Me acordé del día que tenía un espantoso dolor de muelas y Steven, en lugar de llamar a un dentista y atiborrarme de calmantes, se tumbó a mi lado y lloró conmigo.

—Pero, como seguías viniendo cada noche con un solo zapato, me di cuenta de que no sabías que me había disculpado. Entonces pensé que era mejor que te lo dijera.

—Aquí tienes tu zapato.

Lo deslicé por la barra. Ya no lo quería, había perdido toda su magia. Esa noche lo echaría de menos en mi almohada, pero en algún momento tenía que acostumbrarme a dormir sola.

VEINTISIETE MESES DESPUÉS

Estaba en el metro cuando vi a un hombre cuya cara me sonaba. Por unos instantes no pude recordar de qué lo conocía. Ah, sí, había estado casada con él, ¿a que sí?

No puedo decir que me alegraba verlo. Nunca podría alegrarme de que me recordaran lo estúpida que había sido, pero conseguí estar amable.

Le pregunté por Hayley. Por desgracia, estaba bien. Ella y Steven seguían juntos.

—¿Y tú? —preguntó Steven—. Algún día también conocerás a alguien.

—Ya lo he conocido.

—¡Oh! —Parecía algo afectado—. ¿Es... mmm... serio?

—Sí, y soy muy feliz. Es mi parada, tengo que irme.

Bajé del tren y rememoré brevemente aquellos terribles, terribles días en que había estado como una cabra, obsesionada con los zapatos desparejados. Aquellos días en que la idea de sobrevivir un día entero quedaba descartada, cuando hasta una hora parecía insuperable, cuando tenía que descomponer el proceso de resistencia en segundos. Me costaba creer lo desesperada que había estado entonces, convencida de que nunca conocería a otra persona.

Pero la conocí. Esta vez a través de un anuncio en *Time Out*. Se llama Jenny. Como yo, es bajita y, como yo, le encantan los tacones altos. No lleva otra cosa. Solo nos conocemos desde hace dos meses pero ha sido todo un éxito (dos pares de botas, uno hasta la rodilla, otro por el tobillo, mocasines azul marino para el trabajo, sosos pero útiles, y fantasiosos zapatos de salón), y estoy segura de que con ella no tendré el mismo problema que tuve con Hayley.

Escrito para End of Story de la BBC, 2004

PREGUNTA. Querida mamá Walsh, llevo con mi novio casi tres años y anoche, cuando estábamos en casa viendo *EastEnders*, de repente me soltó: «¿Has engordado? Has engordado, ¿verdad?». Y sí, debo confesar que he engordado. Cuando lo conocí tenía la talla doce y ahora tengo la dieciséis, así que le dije: «Sí, creo que un poco. Pero ¿me quieres igual, verdad?». Y él dijo: «Claro que te quiero». Pero me miraba de forma extraña, como si en verdad hiciera meses que no me veía. Sus ojos se detuvieron demasiado tiempo en mi barriga, lo cual no es justo, porque iba vestida con ropa de andar por casa, lo que hace todo el mundo después del trabajo, y a nadie le favorece esa ropa. De modo que metí la barriga y dije: «Pues si me quieres, no hay ningún problema». Entonces él dijo: «Pero me gustabas más cuando estabas delgada». Me quedé de piedra. Si la gente se quiere, su aspecto no debería importar. ¿Qué debo hacer?

HOLLY, Londres

RESPUESTA. Querida Holly de Londres, ¿has intentado el programa *Weight Watchers*? Deirdre McMahon, que vive cuatro puertas más arriba, obtuvo excelentes resultados. Estaba bastante rolliza cuando empezó, pero ya ha alcanzado su «peso ideal» y es toda piel y huesos. Aunque se ha pasado un año que solo hablaba de bajadas y estancamientos. A veces, cuando era «día de pesarse» y la veía llegar, fingía una cistitis para no tener que invitarla a pasar. Y desde que alcanzó ese maldito «peso ideal», se ha cortado y teñido el pelo, se ha renovado el vestuario y no habla más que de sexo. Y te estoy hablando de una mujer como yo, sexagenaria. Ayer vino a casa luciendo una camiseta ceñida que decía «Ángel malo», unos pantalones de tiro corto y un tanga rosa asomando para que todas lo viéramos, aunque yo sé que eso de enseñar el tanga ya no se lleva. Ya nunca se sienta, porque estando de pie puede lucir mejor su pérdida de peso. Estábamos hablando de encargar el pavo de Navidad y yo dije: «Necesito uno bien grande», y ella respondió: «¡Y quién no, nena!», e hizo ese gesto vulgar de echar la cadera hacia delante y los brazos hacia atrás. Luego no podía abrir la lata de galletas (siempre insiste en tener galletas presentes para demostrar lo estupenda que es por no picar ni una), y le dije: «Tira con fuerza», y ella soltó: «¡Lo mismo me dijo Des anoche!». Des es su marido, un hombre enorme al que no le iría

mal perder unos kilos. Helen, mi hija, lo llama Dessy McCincomichelines (en su cara) y dice que apuesta a que hace una década que no ve «a la pequeña Dessy». (También en su cara, y en esa ocasión el hombre se vino abajo y reconoció que era cierto, y Helen estaba espantada porque tuvo que esforzarse por ser amable con él hasta encontrar una excusa para largarse.)

Así que, como he dicho, puedo aconsejarte Weight Watchers. Si sigues el programa durante unos meses te valdrá la pena, porque tu novio volverá a quererte. (Sé que ha dicho que todavía te quiere, pero las dos sabemos que estás en la cuerda floja.)

No obstante, si eres de esas personas «adictas» al chocolate y has de comerlo sí o sí, puede que Weight Watchers no sea suficiente. Puede que tengan que hipnotizarte. Hicieron un programa sobre eso. En él salía una mujer que decía que tenía que comer chocolate, que si llevaba más de un día sin comerlo se peleaba con la gente y se ponía a llorar en plena calle. El caso es que el hombre la hipnotizó y le dijo que relacionara el chocolate con cosas horribles, como las purgas estalinistas de los treinta, los terneros en el matadero, Westlife cantando «Mandy», sobre todo cuando extienden las manos y agarran el aire, siempre descoordinados. Era un programa muy interesante. Y la hipnoterapia funcionó. Empezaron a arrojarle chokolatinas —Flakes, Crunchies, Snickers (¿O es Snickerses? Nunca estoy segura), Bounties, Yorkies— como si estuvieran acosando a un oso con un palo, y ella suplicó que se las llevaran. (Para serte franca, creo que detecté una chispa de interés cuando le tiraron el Bounty, pero puede que solo fueran imaginaciones mías.)

Sea como fuere, la mujer lo estaba llevando a las mil maravillas, evitando el chocolate en todos los frentes, cuando, a los tres días, se vino abajo y empezó a rondar los Fruit and Nut, aunque ella mentía, asegurando que el chocolate seguía dándole asco. Pero gracias a las cámaras ocultas instaladas en su piso, nosotros nos enterábamos de todo y los productores la asaltaron por sorpresa, la llevaron a una habitación y la obligaron a ver la grabación de sus atracones. La mujer, naturalmente, estaba muerta de vergüenza, pero tres meses más tarde hicieron un programa de seguimiento y continuaba dándole al chocolate.

Si tienes la suerte de padecer obesidad, quizá puedan hacerte una reducción de estómago. Se trata de una operación en que te cortan varios kilómetros de intestino grueso y te grapan el estómago hasta el tamaño de un guisante (de los grandes, no de los pequeños). Eso significa que si tomas más de dos cucharadas de puré de patatas

en la cena, los puntos revientan y tienes una muerte lenta y espantosa. Algo en lo que pensar cuando estás contemplando ese trozo de pastel de chocolate y nata.

En fin, Holly, te deseo toda la suerte del mundo escojas el camino que escojas, pero, por lo que más quieras, no elijas la dieta de sopa de calabaza. Padecerás una flatulencia severa y si tu novio no te deja por tu gordura, te dejará por tu olor.

¡Me alegro de poder ayudarte!

P. Querida mamá Walsh, gracias por tus detalladas recomendaciones para perder peso, pero no era el consejo que buscaba. Lo que yo quería decir es que si mi novio me quiere, debería quererme tenga el aspecto que tenga, ¿o no?

HOLLY, Londres

R. Holly, lamento el malentendido. El caso es que en mis tiempos todo era diferente. Una vez que una tenía la sortija en el dedo, podía mandarlo todo a paseo e hincharse a pasteles y pan con mermelada. Podía engordar veinte kilos en cuatro meses, que no había nada que el marido pudiera hacer al respecto, porque en Irlanda no había divorcio. Si bien todos esos trastornos alimenticios no existían en mis tiempos. Y, aunque nos poníamos rollizas, era más por los muchos hijos que teníamos que por comer compulsivamente.

Lo que quiero decir, Holly, es que tú no tienes una sortija en el dedo. Y, aunque la tuvieras, él podría divorciarse de ti en menos que canta un gallo. Hoy día la mujer ya no está segura. Según una expresión que escuché en un programa de economía que daban por la tele (a saber qué hacía yo viendo algo así), tú eres «una vendedora en un mercado favorable al comprador».

Helen acaba de decirme que soy «un viejo dinosaurio fosilizado para quien el feminismo nunca sucedió». Bueno, quizá lo sea, pero no me avergüenzo de ello; solo digo lo que otras personas no dicen porque son demasiado «políticamente correctas». Así y todo, Holly, quizá deberías acudir a otra clase de consejera, una de esas orientadoras espirituales que te dirán que eres perfecta con tu talla dieciséis, que eres una persona bella y completa, que no tienes que cambiar nada y que si tu novio no está de acuerdo, deberíais hacer terapia de pareja para resolver vuestros problemas, donde te cobrarán setenta euros semanales durante veintiséis semanas. (Pago por adelantado.)

Holly, lamento que tú y yo no hayamos congeniado. Eres mi primer fracaso y debo

reconocer que duele. Pero os deseo a ti y a tu novio lo mejor con ese enfoque espiritual. Solo recuerda que podrías evitar todo eso renunciando a los postres y poniéndote un vídeo de aeróbic tres veces por semana.

Cuidado con tus deseos

«Cuidado con lo que deseas», dicen. Así que cuando Siobhan regresó de Australia con un cuenco aborigen y nos animó a todos a introducir un deseo, debo reconocer, para mi vergüenza, que pedí una historia de amor de cuento de hadas. No era propio de mí hacer esas cosas, pero en aquella época estaba algo magullada. Y mientras doblaba el papelito para echarlo en el cuenco, odié a Mark por convertirme en la clase de persona que pide deseos tan patéticos.

Como es lógico, dije a todo el mundo que había pedido la paz en Oriente Próximo. Únicamente le conté la verdad a Siobhan, que me confesó que ya lo sabía, que una vez que la gente se hubo marchado había abierto todos los papelitos y los había leído. Luego se apresuró a asegurarme que yo no era la única, que la persona que había dicho que había pedido que su madre mejorara de su artritis en realidad había pedido un Merc SL320 plateado con todo el equipamiento opcional, incluidos los asientos de cuero con calefacción incorporada y el reproductor de CD.

—Es solo un juego —dijo Siobhan, pero yo necesitaba creer en el futuro y confié en que mi deseo se hiciera realidad. Y, en cierto modo, así fue.

Aunque te cueste creerlo, menos de una semana después conocí a un hombre. No un hombre cualquiera, no, un bombero. Ya el trabajo en sí me parecía sexy, y él estaba divino: brazos del tamaño de mis muslos y unos pectorales enormes contra los que estrujarme mejor. El único problema era... que medía menos de lo que yo habría esperado en un bombero. Pero no me importó. Estaba harta de los hombres altos.

Y era una persona atenta y cariñosa. Solo una persona atenta y cariñosa arriesgaría su vida entrando en edificios en llamas para rescatar a niños de sus cunas y trepando a los árboles para devolver a sus hogares a adorables gatitos.

Nos caímos bien, me invitó a salir, Siobhan sonrió con satisfacción, como si ella hubiese sido la artífice, y de repente me sentí en plena forma. Impaciente por que llegara la noche del sábado, emprendí la ronda de compras y retoques personales propia de una primera cita.

Pero el sábado por la tarde sonó el teléfono. Era mi héroe, y bostezaba con tanta

fuerza que la mandíbula le crujía.

—Lo siento, Kate, ayer hubo una emergencia y acabo de llegar a casa. Necesito dormir. Mañana tengo turno de nuevo.

Otro gran bostezo.

¿Qué podía decirle? Enfadarme no era una opción. No podía reprocharle mis uñas recién pintadas, mis sandalias nuevas, el hecho de que hubiera rechazado otras cuatro invitaciones... ¿Qué se suponía que debía hacer, pasarme la noche del sábado limpiando el cuarto de baño? (Como había hecho cada sábado del último mes.) Tenía que mostrarme comprensiva, incluso elogiosa, y por primera vez experimenté los inconvenientes de tener un novio que se gana la vida salvando vidas.

Aplazamos la cita al jueves por la noche y me prometió que estaría totalmente despierto y lleno de energía. El jueves fui a trabajar vestida para esa noche y Mark me observó taconear con mis sandalias hasta la fotocopidora, mas no dijo nada.

Pero esa tarde —después de haber destinado la hora de la comida a marcarme el pelo— mi bombero me telefoneó. Acababa de llegar a casa tras haberse pasado quince horas sofocando un tremendo incendio en un almacén de artículos de goma.

—Lo siento, Kate —dijo, seguido de un bostezo de cinco segundos al estilo tirolés—. Necesito dormir. Estoy muerto.

La decepción fue intensa, y mientras pensaba en mi cabello recién marcado y mi inadecuada indumentaria, tragué saliva, cobré ánimo y me lancé.

Con la mayor frescura, dije:

—Podría ir a tu casa a hacerte compañía.

Se quedó estupefacto. Hasta la médula. Hizo que el interferir en el sueño de un bombero sonara como un delito, y cuando colgué tuve la sospecha de que no volvería a saber de él.

Mas no hubo tiempo para lamentaciones porque a los pocos días conocí a Charlie en una fiesta. Caminó derecho a mí, me señaló con un dedo y dijo:

—Tú, nena, eres la mujer con la que voy a casarme.

—Será capullo —murmuró Siobhan, y aunque una parte de mi cerebro estaba de acuerdo con ella, la otra encontraba esa autoconfianza extrañamente seductora.

—El nombre es Charlie —dijo—. Recuérdalo, porque pronto estarás gritándolo.

—Lo dudo mucho —respondí, y él rió y dijo que no aceptaba un no por respuesta.

Me persiguió ávidamente durante dos semanas, y tan seguro parecía de que iba a conquistarme que al final consiguió convencerme de ello a mí también.

Cuando finalmente acepté salir con él, me prometió que me mostraría la mejor noche de mi vida, y debo reconocer que me tenía intrigada.

Primero me llevó a una fiesta, pero a los quince minutos insistió en que nos fuéramos porque se aburría. Luego me llevó a un bar del que yo había oído hablar pero en el que no había estado, pero no había transcurrido ni media hora cuando Charlie quiso que nos fuéramos. De ahí pasamos a otras dos fiestas y una discoteca. Charlie poseía la capacidad de concentración más reducida que había visto en mi vida y, en cierto modo, toda esa variedad me parecía estimulante.

Hubo otras tres o cuatro noches como esa y en aquel entonces me creía sofisticada, pero lo que más recuerdo ahora es la de veces que tuve que beberme de un trago la copa que acababan de servirme mientras Charlie miraba la salida y martilleaba impacientemente el suelo.

Tan arrasadora resultaba su fanfarronería que tardé un tiempo en darme cuenta de que era más bajo que yo. Mucho más bajo cuando me ponía mis botas. Y el día que fue incapaz de ver una película de principio a fin —y no estamos hablando de *Bailando con lobos* ni *La puerta del cielo*—, su síndrome de déficit de atención empezó a irritarme.

Para colmo, parecía estar siempre resfriado y sus constantes sorbetones me estaban volviendo loca. Loca. En cuanto terminaba un sorbetón, yo tensaba los hombros a la espera del siguiente. De vez en cuando estornudaba y hacía de ello un gran drama, lo cual me dejaba desconcertada.

La causa de sus constantes sorbetones —y de su reducida capacidad de concentración— la descubrí el día que entré sin llamar en su cuarto de baño y lo encontré inclinado sobre el borde del lavabo con un billete de cinco enrollado en la nariz.

No fue la cocaína lo que me impactó, sino el hecho de que la estuviera consumiendo un sábado por la tarde para salir de compras. Y que la hubiera estado aspirando todo ese tiempo y no me hubiera ofrecido ni una sola vez. Lo envié inmediatamente a paseo y ni siquiera el hecho de que se postrara y me jurara que alquilaríamos un vídeo y encargáramos comida china y nos quedaríamos una noche entera en casa me hizo cambiar de opinión.

El chasco de Charlie me dejó algo pocha y empecé a extrañar a Mark más de lo conveniente, así que para animarme decidí dar una fiesta, y fue cuando conocí a Owen.

En cuanto nos miramos a los ojos empezó a enrojecer. En mi vida había visto nada igual. El rubor le trepó por el cuello y la cara cual lava candente, le alcanzó la coronilla y, por último, le «tintineó» en los bordes de las orejas. Por alguna razón pensé en un eslogan publicitario: «En casa te espera un fuego de verdad».

Aturullado, se volvió y golpeó una botella de vino tinto con tanta violencia que salpicó el vestido de Siobhan y mis cortinas amarillas, y la única razón por la que no me puse a chillar como una fiera era porque me atraía.

Owen era, sencillamente, el hombre más tímido que había conocido en mi vida, pero después de la arrogancia encocada de Charlie, su retraimiento me gustaba.

Y aunque era bajo, era muy guapo, un auténtico bombón.

Me preguntó si algún día podría invitarme a una copa y cuando le dije que sí, se alegró tanto que volcó involuntariamente mi adorado florero y lo hizo trizas.

Nuestra primera cita no fue mucho mejor. Vino a buscarme a casa, dijo «Tienes unos ojos muy bonitos, aunque estén muy juntos» y arrancó el teléfono de la pared con tanta fuerza que nunca volvió a funcionar como es debido.

Me dije que tenía que ser paciente, que con el tiempo se relajaría. Pero cada cita resultaba tan tremenda como la primera: el rubor visible desde el espacio, el cumplido entrecortado que conseguía convertirse en insulto, el porrazo de rigor y la rotura de algún objeto.

Tuve que terminar con él antes de que destrozara todas mis pertenencias.

Y el hueco lo llenó Shane, un amigo del hermano pequeño de Siobhan. Demasiado joven para mí, pero no me importaba. Era muy mono —otro retaco, de hecho, últimamente solo me invitaban a salir hombres bajitos— y muy dulce.

Me llevó a la bahía de Brittas para hacer volar una cometa, lo cual habría sido divertido si no me hubiera dicho que después iríamos a una exposición de arte y no me hubiera vestido para la ocasión. Shane aseguró que no recordaba en absoluto haberme comentado lo de la exposición. Luego echó a correr por la playa con su enorme cometa amarilla y yo casi me di de bruces contra el suelo cuando fui tras él y mis tacones de diez centímetros se hundieron en la arena.

Finalizado el tormento de la cometa, fuimos a la taberna y ahí comenzó la

verdadera cita, pero a los pocos minutos Shane desveló que pensaba que: a) Jack Nicholson y Jack Nicklaus eran parientes; b) que el cubata era un baile de salsa; c) que el verdadero nombre de Mona Lisa era Muriel.

Al llegar a lo de Muriel suspiré profundamente. Qué desastre. Pero, pese a su cortedad, Shane comentó:

—No tienes muchas ganas de salir, ¿verdad, Kate? Siobhan me ha contado que un tipo te rompió el corazón.

Suspiré de nuevo. Siobhan hablaba demasiado. Sin embargo, la idea de charlar sobre lo ocurrido con Mark con este muchacho receptivo y corto de luces resultaba tentadora.

—Fuimos felices mucho tiempo y no entiendo muy bien qué ocurrió, pero el caso es que al final me dejó tirada en la cuneta.

—¿En qué cuneta? —preguntó Shane, indignado.

¡Hasta aquí hemos llegado! Shane, sin embargo, quería verme otra vez.

—Podríamos ir a esa exposición de la que hablabas —dijo con el rostro expectante.

Rechacé amablemente la invitación. Shane era, sencillamente, demasiado, demasiado, demasiado bobo.

Entonces me deprimí. Había salido con un montón de hombres y seguía pensando en Mark. Aunque nos veíamos en el trabajo, nunca hablábamos. Últimamente me sonreía un poco, quizá porque pensaba que ya había pasado tiempo suficiente para que empezáramos a comportarnos como personas civilizadas. Lo tenía claro.

Enderecé los hombros y me dije que con el tiempo volvería a estar bien. Pensé que ese momento finalmente había llegado cuando conocí a un médico bajito e inteligente que siempre intentaba llevarme a la cama tirándome de la ropa y diciendo: «Déjeme entrar, soy médico». La primera vez que lo dijo me hizo gracia, pero no la suficiente como para acostarme con él. La segunda vez también me hizo reír. Pero a la quinta empecé a preocuparme. ¿Era esa su idea del sentido del humor? Desafortunadamente, lo era, y no volví a dejarle entrar.

Fue Siobhan quien cayó en la cuenta de lo que pasaba.

—¡Hola! —me saludó toda contenta—. ¿Cómo te va con tu historia de amor de cuento de hadas?

—Todavía la estoy esperando —respondí con tristeza.

—¿De qué estás hablando? Estás en medio de ella. Tú eres Blancanieves y estás pasando por los siete enanitos.

Le dije que se le había ido la olla y que no pensaba seguirle la corriente, pero insistió.

—Todos han sido bajitos, ¿no es cierto? ¿No es cierto? Y sus personalidades coinciden. ¿El bombero que no podía levantarse de la cama? Dormilón, evidentemente. Y Charlie, el cocainómano, es Mocosito.

—Más que moquear, sorbía —puntualicé, pero Siobhan no se inmutó.

—El pobre Owen, tan tímido él, es, naturalmente, Tímido, y Shane podría ser Mudito porque está más mono callado, y lo curioso es que también sus amigos le llaman así. ¿Y el doctor? Sabio, evidentemente.

—¿Por cuáles no he pasado todavía? Es imposible recordar el nombre de los siete.

—Gruñón y Feliz.

Mark me preguntó si podía tomar una copa con él después del trabajo. Acepté, algo apesadumbrada. Habían pasado cinco meses y me dije que tenía derecho a recuperar sus cosas.

Pero apenas nos habíamos sentado cuando soltó:

—Lo siento, Kate, me porté como un cerdo gruñón.

En cuanto escuché la palabra «gruñón» el corazón me dio un vuelco. Pero ¡Mark no podía ser Gruñón! ¡Era muy alto!

—Hiciste bien en pasar de mí. He tenido mucho tiempo para pensar y, Kate, me siento muy pequeño. Me siento muy, muy pequeño.

—¿Pequeño? —repetí.

—Pequeño, diminuto. —Alzó los dedos pulgar e índice, dejando apenas un hueco entre los dos—. Así de pequeño.

Entonces me dijo que me amaba, que era muy desgraciado sin mí, y me preguntó si existía alguna posibilidad de que le dejara volver.

—Sé que no te merezco. —Bajó la cabeza—. Pero si me das otra oportunidad, te compensaré con creces y haré cuanto esté en mi mano para hacerte dichosa. Si vuelves conmigo, Kate, seré feliz. Seré muy feliz.

PREGUNTA. Querida mamá Walsh, soy un hombre joven (veintisiete años) y me tiene usted medio encandilado. Me gusta su enfoque práctico. Dígame, si hicieran una película sobre su vida, ¿quién le gustaría que la interpretara?

DARREN, Cork

RESPUESTA. Querido Darren de Cork, ¡yo, naturalmente! No obstante, sé que los estudios de Hollywood suelen insistir en una «estrella», en cuyo caso creo que Halle Berry sería perfecta. Ella y yo tenemos las orejas muy parecidas, el señor Walsh me lo ha dicho en más de una ocasión. Gracias por tu interés y por tus corteses comentarios. Hace poco tuve mi primer fracaso debido al enfoque práctico del que hablas, y está bien que te recuerden que no puedes complacer siempre a todo el mundo.

P. Querida mamá Walsh, otra vez yo. Me estaba preguntando que si pudiera hacer el trabajo que quisiera, ¿cuál sería?

DARREN, Cork

R. Querido Darren de Cork, me gustaría presentar *A toda marcha*.

P. Querida mamá Walsh, ¿por qué?

DARREN, Cork

R. Querido Darren de Cork, porque me encantaría conducir coches veloces. Me he pasado la vida conduciendo máquinas prudentes como los malditos Sunny de Nissan y los puñeteros Corolla de Toyota, y me encantaría probar un Maserati o un Merc SL55. También me gustan las motos, pero el casco me arruinaría el pelo.

Afectado

Era el hombre más guapo que había visto en mi vida.

Cierto que yo solo tenía veinte años y no mucha experiencia que digamos, pero lo era.

Llevaba tres semanas en mi primer empleo «como Dios manda» y acababa de regresar de la barra del bar después de un intento frustrante de invitar a una ronda postrabajo. No solo habían tardado una eternidad en servirme sino que el camarero se había resistido a creer que yo tenía más de dieciocho. Así de joven era yo, desesperada por parecer mayor.

Dejé bruscamente una jarra delante de Teresa y otra frente a mi silla y comenté indignada:

—Más lentos y estarían recuperando las copas de los clientes y devolviéndoles el dinero.

Él rió y yo me quedé muda. ¿De dónde había salido esta criatura de cabellos morenos y ondulados, y una piel tan blanca que casi parecía azulada?

Mi colega y, casualmente, mi nueva mejor amiga —a esa edad se intima con rapidez—, Teresa, nos presentó.

—Orla, este es mi amigo Bryan.

En ese momento Bryan, segundo después de Nigel en la lista de nombres horteras, se convirtió en un nombre intensamente romántico.

Bryan era menudo y delgado, pero no tenía un aire infantil. Parecía, más bien, un hombre adulto al que habían rebajado un veinte por ciento. Y las finas muñecas que asomaban por debajo de los puños blancos estaban cubiertas de vello negro.

Llegué a la conclusión de que era extranjero, puede que de ascendencia rusa. Un irlandés no podía ser tan elegante y delicado. No obstante, cuando le pregunté su nacionalidad, me miró sorprendido y respondió:

—Soy irlandés.

—¿Seguro? —insistí.

—Seguro —dijo. Su madre era de Limerick, de los McNamara de Limerick, y la familia de su padre había vivido en Meath desde tiempos inmemoriales.

Al día siguiente, en el trabajo, Teresa soltó algo que casi me hizo levitar.

—A Bryan le gustas. —Ante mi cara de boba, se extendió—. Me estuvo preguntando sobre ti.

Finalmente, dejé escapar la pregunta que me estaba atormentando.

—¿Alguna vez... tú y él...? Ya sabes.

—¿Bryan? —Teresa soltó una risa que no entendí—. Qué va. Es demasiado —otra risa— misterioso para mí.

Me costaba creerle. ¿Cómo era posible que Bryan no le gustara? ¿Cómo era posible que no le gustara a alguien?

Esa noche salimos de nuevo. Fue cuando descubrí que era más alta que él.

Sus gestos me fascinaban. Lo hacía todo —encender un cigarrillo, jugar con la copa— con viril y relajada elegancia. A su lado yo era una torpe campesina, y mi falta de delicadeza me había vuelto muda.

—¿Estás bien? —La voz de Teresa sonaba sorprendida—. Normalmente eres tan dicharachera.

—Estoy bien —dije, forzando una sonrisa.

Bryan tenía aspecto de haber pasado la infancia como un rostro pálido en la ventana de un dormitorio observando con tristeza cómo los demás niños, más toscos y fortachones, se peleaban en la hierba. Pero por lo visto había sido muy bueno jugando al fútbol.

Cuando no estaba respondiendo a una pregunta era un hombre de pocas palabras. No le gustaban las charlas triviales, detalle que me impresionó gratamente y consiguió silenciarme aún más.

—Me pregunto —dijo en un momento dado— cómo debe de sentirse una esponja de baño.

—Yo también... —Procuré que mi voz sonara pensativa, aunque hasta ese momento no había sentido la más mínima curiosidad por el funcionamiento interno de una esponja—. Áspera, supongo.

—¡Áspera! —exclamó Bryan, como si yo hubiera dicho algo profundo, y casi estallé de orgullo... y alivio.

Ser besada por él era como ser acribillada por nubes de azúcar, y le estaba muy agradecida por querer acostarse conmigo.

Pero mi sensación de ineptitud iba en aumento. Bryan era demasiado guapo, demasiado perfecto, demasiado elegante, demasiado autosuficiente. Entonces me

enteré de que era seis meses menor que yo. Eso empeoró aún más las cosas. En cierto modo, me sentía como una pervertida entrada en carnes que se estaba aprovechando de él.

Esperar a que él descubriera que yo no estaba a su altura se me hacía cada vez más insoportable, de modo que aceleré el proceso. Observaba cómo su exasperación crecía con mis silencios incómodos y mis risas tontas. Era como si un camión fuera de control estuviera descendiendo por una pendiente directamente hacia mí. Me veía incapaz de detenerlo e incapaz de apartarme de su camino.

Cada noche, cuando Bryan me dejaba en casa, me juraba a mí misma que la próxima vez —si tenía la suerte de que hubiera una próxima vez— me comportaría de otra manera. Charlaría, reiría y lo haría reír. Pero cuando esa próxima vez llegaba, me quedaba sin palabras y acabábamos en la cama más por la necesidad de hacer algo que por otra cosa.

Desde el principio había sabido que Bryan tenía previsto mudarse a Nueva York y que tan solo podría disfrutar de él un par de meses. Hasta cuando fantaseaba que iba a quedarse por mí sabía que me estaba engañando.

Y un día se marchó, tal como tenía previsto. La única nota discordante era que iba a trabajar en un banco.

Y nunca lo olvidé. A veces lo decía. Me gustaba cómo sonaba. «A los veinte años conocí a un tipo y me temo... —sonrisa valiente, inspiración profunda— que no he podido olvidarlo.»

Su partida supuso, en realidad, un alivio. Yo estaba destrozada, pero era más fácil llevarlo en su ausencia.

Teresa se esforzaba por impedir que me hundiera.

—Me cae bien —dijo—, es mi amigo, pero ¿no te parece un poco afectado?

Durante mucho, mucho tiempo pensé que llamar a alguien «afectado» era un cumplido.

Unos seis meses después me llegó la noticia de que Bryan estaba saliendo con una pintora de Nueva York. Tras recuperarme del golpe inicial, pensé: pero, claro. Una pintora, una artista atormentada. ¿Qué más? Podía verla. Neurótica y sexy, con un aire esquivo, como el mercurio, que mantenía subyugado a Bryan. Era menuda, tenía que serlo para ser digna de Bryan. Flaca, de nalgas aniñadas, pero con una sexualidad que no tenía nada de aniñada. No comía, subsistía a base de cigarrillos y café. Vestía siempre de negro, con un jersey negro de cuello cisne cubierto de pegotes de pintura en los que no reparaba. A veces se cortaba deliberadamente con el escalpelo que

utilizaba en sus lienzos. Mientras el resto del mundo dormía, ella se paseaba por su *loft*, arrojando pintura a la tela y soltando exclamaciones con desesperación insomne. Desprecié mis siete horas seguidas de sueño, tan imperturbables, tan bochornosamente estables.

El tiempo pasó, salí con otros hombres e hice todo lo posible por que me rompieran el corazón. Algunos consiguieron darle una buena cuchillada, mas no lo bastante profunda para borrar el recuerdo de Bryan.

—Lo siento —dije en más de una ocasión—, pero a los veinte años conocí a un tipo y... —sonrisa valiente, inspiración profunda— no he podido olvidarlo.

La mayoría lo aceptaba. Unos se compadecían, otros se sentían heridos, algunos se enfadaban y uno de ellos me dijo que tenía una imaginación febril y que debía vivir la vida.

El día que me contaron que Bryan iba a casarse con la pintora neurótica e insomne, pensé que me había tomado la noticia bastante bien. Hasta que estuve en el autobús de regreso a casa y, presa de un sudor frío y caliente, me di cuenta de que iba a vomitar si no me apeaba en la siguiente parada.

Y transcurrieron diez años desde su marcha de Irlanda. Teresa iba a casarse y Bryan iba a viajar desde Nueva York para la boda, acompañado de Danielle, su esposa.

Desde el instante en que supe que vendrían, noté que me ponía tensa y me faltaba el oxígeno. Y mi tensión fue en aumento a medida que se acercaba el gran día. Se hubiera dicho que era yo la que iba a casarse.

La mañana de la boda invertí mucho, mucho tiempo en mi acicalamiento personal, decidida a recibir cualquier pequeño contratiempo —una desportilladura en el esmalte de uñas, la pérdida de un pendiente— como una gran tragedia.

No los vi en la iglesia, pero cuando llegamos al hotel y reparé en la distribución de los invitados, no supe si alegrarme u horrorizarme de que nos hubieran puesto juntos. Pero mi amiga Jennifer estaría en la misma mesa, lo cual iba a ser un gran apoyo.

Estaba tensa como una cuerda de guitarra y mis ojos iban de un lado a otro del salón. Entonces lo vi y aguardé pacientemente a sufrir un desmayo o a ponerme a sudar o a tener ganas de vomitar. Pero no ocurrió nada de eso.

Bryan me vio a su vez y se acercó a mí. El corazón me resonaba con fuerza en los oídos. Sonreímos y nuestro saludo fue sumamente educado, exceptuando el hecho de que había olvidado mi nombre. Todavía «no del todo de este mundo», pensé. Luego me concentré en la mujer que tenía al lado. Ya había reparado en ella: era imposible

no verla. No era como había imaginado que debía ser la esposa de Bryan. Para empezar, era alta, más alta que él. De hecho, más o menos de mi estatura. Y tenía el pelo rubio y brillante. Bueno, no exactamente rubio, más bien como el tono del Opal Fruits amarillo. Precioso. El vestido también era amarillo, pero de un tono algo diferente. «Qué atrevida», pensé, súbitamente irritada por mi aspecto repipi. Llevaba mucho brillo rojo en los labios, como si se hubiera dado de morros contra un charco de mermelada de fresa. Y me sorprendió que no tuviera pinta de subsistir a base de cigarrillos y café. Una o dos comidas decentes cruzaban cada día esos labios de mermelada roja. Tampoco observé cicatrices de escalpelo en los brazos.

—¿Qué tal por Nueva York? —pregunté a Bryan.

—Bien —contestó.

—Me alegro —dije—. Estaba preocupada.

En realidad no dije eso, pero lo pensé. La verdad es que no hice nada por animar la conversación. Habían pasado diez años y Bryan todavía era capaz de robarme la capacidad de habla.

Durante la comida ella estuvo muy dicharachera y bebió mucho. Por supuesto que bebió mucho. Casi todas las personas creativas tenían un problema con el alcohol. Sacudía el cabello amarillo que no encajaba del todo con el vestido amarillo, y parecía que Jennifer le caía bien. Durante un silencio en la conversación le confesó a voz en grito que tenía tanta celulitis que podía ver en ella el perfil de Calista Flockhart.

Al buscar discretamente, por debajo de la mesa, cicatrices en sus piernas, advertí que estas tenían bastante vello. Al principio pensé que ese detalle no encajaba con la imagen que me había hecho de ella, pero luego me dije que sí. La esposa de Bryan era un espíritu libre que pasaba de los convencionalismos. Mi respeto hacia ella se disparó y me avergoncé de mis suaves piernas depiladas. Yo no era más que una esclava sin imaginación.

Después de los discursos de rigor, los fumadores salieron al jardín. Aprovechando el momento, Jennifer me llevó a un lado.

—Caray, ese Bryan es la cosa más aburrida que he visto en mi vida. Mantener una conversación con él es como intentar sacarle sangre a un nabo. ¿Dónde está Al? Necesito fuego.

Al era mi acompañante, mi «preferido». De hecho, era el hombre que me había dicho que tenía una imaginación febril y que debería vivir la vida. Estábamos muy unidos. Me gustaba su sinceridad cuando hablaba. El simple hecho de que hablara ya

era, de por sí, un rasgo muy atractivo, pensé de repente al observar a Bryan, sentado al otro lado de la mesa, y comprender que la conversación sería inexistente hasta que regresaran los fumadores.

Al cabo de un rato vi a Jennifer cruzar el salón a toda mecha. Tenía el cuello tenso y los ojos encendidos de indignación.

Me arrancó de la mesa.

—Esa Danielle —me dijo con la voz temblorosa— ha intentado pelearse conmigo en los lavabos. Qué tía tan chabacana.

—Bueno, es una artista. —Me encogí de hombros—. Los artistas son temperamentales.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Jennifer—. Es pintora.

—Por eso, una artista.

—No —me corrigió irritada—. Es pintora de brocha gorda, una pintora de brocha gorda chabacana. Está borracha y es una chabacana.

Pintora de brocha gorda. No pintora de cuadros, sino pintora de brocha gorda. Naturalmente, el dato me dejó helada. Hasta que empecé a elaborarlo. ¿No era genial? Una mujer en un mundo de hombres, rompiendo moldes, yendo contracorriente...

Me detuve en seco. Ya era suficiente. En ese momento, Al entró en el salón y echó a andar hacia mí. Parecía muy contento de verme, a pesar de que solo había estado ausente diez minutos. Fui a su encuentro.

«Chabacana», me dije. Me gusta esa palabra. «Chabacana», repetí. «Chabacana.»

*Escrito originalmente para la BBC Radio,
emitido el 29 de diciembre de 2000*

PREGUNTA. Querida mamá Walsh, es usted la bomba. ¿Cree en la monogamia?

DARREN, Cork

RESPUESTA. Querido Darren de Cork, por supuesto que creo en la monogamia, diablillo descarado. Soy católica hasta la médula.

P. Querida mamá Walsh, no puede culpar a un tipo por intentarlo. Respóndame a dos cosas. Una, si pudiera ser un animal, ¿cuál sería? Y dos, ¿cuál es su verdadero nombre? No puedo llamarla siempre mamá Walsh, ¿no le parece?

DARREN, Cork

R. Querido Darren de Cork, ¿por qué no? Mamá Walsh es mi nombre profesional. No puedo revelar mi verdadero nombre a cualquier hijo de vecino. Darren de Cork, estoy empezando a pensar que eres un poco raro, y sé lo que pretendes con esa pregunta del animal, es un truco más viejo que Matusalén. Si digo que mi animal favorito es un tigre (que no lo es), dirás que eso significa que me gustaría tener un tigre en la cama. En realidad, no me gustan los animales, me parecen criaturas sucias y estúpidas. He disfrutado de nuestra correspondencia, pero creo que ha llegado el momento de ponerle fin. Por lo que más quieras, haz amigos con gente de tu edad y deja de dar la lata a los de mi quinta.

P. Querida mamá Walsh, qué dura es usted. ¡Uau, me encanta! Pero he pillado el mensaje.

DARREN, Cork

Almas gemelas

—Entonces, ¿fue un desastre? —preguntó, suplicante, Peter—. ¿Se tiraron los trastos a la cabeza?

Bajo la mirada ávida de siete pares de ojos, Tim negó tristemente con la cabeza.

—Se llevaron de maravilla. En julio repiten.

Hubo un murmullo de «¿No es estupendo?».

Vicky, sin embargo, no pudo aguantar más. Desesperada, se enterró la cara entre las manos.

—¿Cómo lo hacen? —susurró, expresando el sentir general—. ¿Cómo diablos consiguen ser tan perfectos?

Georgia y Joel habían nacido el mismo día del mismo año en la misma ciudad, pero no se conocieron hasta que ambos tenían veintiséis años y medio, mientras se paseaban por una fiesta de lanzamiento buscando cerveza japonesa. Cuando Joel descubrió la trascendental conexión entre ellos, declaró por encima del clamor general:

—¡Somos almas gemelas!

A Georgia la llamaban la chica de oro, apodo insuficiente para transmitir lo fantástica, energética, guapa y simpática que era. En todos los grupos humanos existe un líder natural, y Georgia lo era. Solo un hombre muy especial podía competir con ella, y Joel era el candidato ideal. El más amable y atractivo de su grupo de amigos atractivos metrosexuales, ¿cómo podía evitar su atracción por Georgia, la versión de lujo de su círculo de amigas modernas y glamurosas?

Y ahora ella tenía un alma gemela. No podía fallar, pensó Vicky, su mejor amiga, con bochornosa envidia. Georgia era siempre la primera en todo. Primera en lucir pulsera de tobillo, primera en lucir sandalias con tacón de cuña, poseía un instinto infalible para lo que era bueno, novedoso y adecuado. Unos años atrás Vicky había intentado superarla con unas botas que se había traído entusiasmada de Nueva York. «Esta vez yo seré la ganadora», pensó mientras, contenido el aliento, avanzaba firmemente con sus botas nuevas. Pero Georgia la superó. Una vez más. Calzando

unas botas parecidas... parecidas pero mejores. El tacón era más fino, la piel más suave, el efecto conjunto mucho más convincente. Y tan solo las había comprado en Ravel.

Almas gemelas. Arrancaba la década de los noventa y lo New Age empezaba a estar de moda. Katie se había comprado cuatro espejos y los había repartido por su piso, pero cuatro espejos no podían competir con un alma gemela de carne y hueso. Un alma gemela era lo mejor que podías tener, mejor que un tatuaje o unas uñas pintadas con henna o una máquina para hacer capuchinos. Otras no tardaron en seguir el ejemplo de Georgia asegurando que también ellas habían encontrado a su AG. En realidad se trataba de relaciones íntimas basadas en conexiones químicas que se disolvían en cuanto el efecto de la cocaína, el éxtasis o el Absolut desaparecía.

—Somos gemelos —declaraban Georgia y Joel al mundo, y exhibían con orgullo sus puntos en común. Un diente torcido que ella se había hecho enfundar y que él había perdido en un accidente de moto y reemplazado por otro. Los dos eran rubios, si bien ella se hacía mechas. De hecho, corría el rumor de que él también.

A las pocas semanas de conocerse se fueron a vivir juntos y llenaron el piso con toda clase de objetos peculiares que adquirirían clase en cuanto pasaban a sus manos. Pero por mucho que los demás se esforzaban por emular su estilo, la pintura de color hígado que Georgia y Joel habían utilizado con un efecto tan chic en una de las habitaciones de su piso orientado al sur jamás superó la transición a las paredes de sus amigos. Y aún menos al salón de Tim y Alice orientado al norte.

—No lo soporto —reconoció finalmente Tim—. Tengo la sensación de estar viendo la tele dentro de un órgano humano.

Georgia y Joel no paraban de gastar.

—Ostras, estamos pelados —decían entre risas, y seguidamente se iban al River Cafe.

Si recibían una factura de la tarjeta de crédito especialmente onerosa, se apretaban el cinturón comprando champán. Unidas a ellos, las deudas parecían algo deseable, moderno, vivo.

—El dinero está para gastarlo —decían, y sus amigos seguían prudentemente su ejemplo. Luego luchaban por no despertarse a medianoche asfixiados por los números rojos.

A los cuatro años de estar juntos, Georgia y Joel sorprendieron a todo el mundo casándose. Pero no con una boda cualquiera, aunque supongo que ya lo habrás supuesto. Fueron a Las Vegas. Saltaron a un avión un viernes por la noche después

del trabajo, el sábado los casó un doble de Elvis y el lunes estaban de nuevo en la oficina. El fin de semana siguiente alquilaron un salón barroco en Charterhouse Square, lo forraron de muselina blanca y dieron una fiesta espectacular, demostrando que iban por delante de su tiempo al servir los martinis de antes, los cuales dos años más tarde volverían a ponerse de moda entre los pijos.

Sus amigos Melissa y Tom, que tenían planeado casarse un mes más tarde en una playa de Bali, cayeron en una profunda depresión y querían cancelar la boda.

Dos años después, Georgia reinventó una vez más el estilo de vida ideal anunciando que estaba embarazada. Las estrías y las noches en vela adquirieron caché de inmediato. Llamaron a su pequeña Queenie, nombre de anciana que en su hijita, no obstante, sonaba extravagante y encantador. Durante los meses siguientes varios conocidos pusieron a sus recién nacidas Flossie, Vera o Beryl. Georgia recuperó la figura a las pocas semanas de haber parido. Y lo que es peor, según ella sin pisar el gimnasio.

Entonces, un día, en su mesa de centro de nogal redonda aparecieron unos folletos sobre planes de pensiones.

—¿Planes de pensiones? —preguntó Neil sin dar crédito a su suerte. Joel finalmente había hecho algo digno de desprecio.

—Hay que pensar en el futuro —respondió Joel—. Sabes que no es ninguna tontería.

—Planes de pensiones —repitió Neil, echando la cabeza hacia atrás con un estudiado gesto de burla—. Me das pena.

—¿Quieres llegar a viejo sin un céntimo? —preguntó Joel con una sonrisa que no tenía nada de cruel—. Tú mismo, colega.

Y Neil quiso pegarse un tiro. Las reglas del juego cambiaban constantemente.

Mas era, sobre todo, la relación entre Georgia y Joel lo que nadie podría superar jamás. Habían nacido el mismo día del mismo año, a seis kilómetros el uno del otro. Estaba tan claro que su destino era estar juntos que los compromisos de los demás parecían un remiendo, una chapuza. Georgia y Joel encajaban como las dos mitades de un corazón; simbiosis era el nombre del juego y su dedicación mutua era pródiga y pública. Cada año, uno u otro organizaba una fiesta de cumpleaños «sorpresa» para «mi alma gemela».

Los amigos estaban estrechamente unidos a ellos por una admiración reacia, una envidia soterrada y la esperanza de que algún día parte de su buena fortuna empezara a desmoronarse.

Pero a medida que se acercaban al final de los noventa, quizá la dedicación de Georgia y Joel ya no era tan entusiasta como antes. Quizá los ánimos se caldeaban con más facilidad. Quizá Joel sacaba de quicio a Georgia alguna que otra vez. Quizá Joel se preguntaba si Georgia había perdido parte de su lustre dorado. No es que se les hubiera pasado por la cabeza la idea de separarse, por supuesto que no. Las separaciones eran para los demás, para esos desdichados que no habían encontrado a su alma gemela.

Otras personas sí se separaron. Tom dejó a Melissa por el hermano de Melissa, y el escándalo tuvo a todos pegados al teléfono durante semanas, jovialmente horrorizados, compitiendo por ser el portador de la peor noticia y superándose con los detalles escabrosos. «Me han contado que se lo montaron durante la luna de miel de Tom y Melissa. Durante la luna de miel. ¿Te lo puedes creer?» A Vicky la abandonó su marido. Ella había tenido un hijo, no conseguía bajar de peso y estaba cada vez más dejada. Irreconocible. En otros tiempos había sido una dura rival, aunque nunca tan deslumbrante y llamativa como Georgia, claro. Pero poco a poco se había ido rezagando, hasta quedar fuera de la carrera, renqueando y abandonada.

Georgia era una amiga fiel y constante en los momentos difíciles. Incansable, hacía visitas, insistía en los viajes a la peluquería, cuidaba a los niños, consolaba y engatusaba. Incluso permitía que Vicky y Melissa dijeran cosas como «Crees que tu relación será la que resista, pero lo cierto es que puede tocarle a cualquiera». Georgia las dejaba hablar, esbozando una sonrisa comprensiva y reprimiéndose la tentación de responder: «Joel y yo somos diferentes».

La gente se cansó de esperar que Georgia y Joel tocaran fondo. Los comentarios del tipo «¿No creéis que Georgia y Joel están excesivamente unidos?» o «A mí me parece que protestan más de la cuenta» fueron en disminución. A la gente ya no le quedaba energía ni paciencia para esperar que el tejado de las almas gemelas y su «relación especial» se viniera abajo.

Pero el problema de un alma gemela es que, además de una bendición, también puede ser una carga. Joel se descubrió pensando un día: «Estás atado a ella». Otras personas pueden abandonar a sus parejas y salir impunemente al mundo exterior, donde todo el mundo es una posibilidad, en busca de una nueva pareja. Tener un gemelo espiritual reduce considerablemente las opciones.

Y Georgia se sentía emocionalmente irascible. ¿Qué habría sucedido si no hubiera conocido a Joel? ¿Con quién estaría ahora? Y experimentaba un extraño anhelo.

Echaba de menos a los hombres que no había amado, a los novios que no había tenido.

Tan intensa era su inesperada tristeza que intentó hablar de ella con Katie.

—Se diría que estás harta de Joel —opinó Katie—. ¿Todavía lo quieres?

—¿Quererlo? —exclamó Georgia con instintiva presteza—. ¡Es mi alma gemela!

Entonces una noche Joel pilló una curda de impresión y confesó a Chris:

—Me gustan otras mujeres. Quiero acostarme con todas las chicas que veo. La curiosidad me puede.

—Eso es normal —repuso, sorprendido, Chris—. Ten una aventura.

—No es normal. Estoy con Georgia.

—Me parece que tenéis un problema, amigo.

—¿Georgia y yo? Qué va.

Se creían su propia publicidad y, como manda la tradición, intentaron tapar las grietas de su relación con otro hijo. Un varón, esta vez. Le llamaron Clement.

—¡Es nombre de viejo!

—¡Es irónico! —Pero sus risas sonaron poco convincentes y cuando pintaron la habitación de Clement de color plateado, nadie les copió.

Siguieron trabajando hombro con hombro. Entretanto, la gente a su alrededor bailaba la danza del amor uniéndose y separándose, encontrando nueva pareja, rompiendo, revoloteando y acoplándose felizmente a la siguiente. Encadenados a su alma gemela, Georgia y Joel observaban con patente envidia.

Georgia no se percató de lo absurdo de la situación hasta que empezó a interrogar a su madre sobre las circunstancias de su nacimiento.

—¿A qué hora del día nací, mamá? —preguntó mientras Clement berreaba sobre su regazo.

—A las once.

—¿Crees que pudo ser un poquito más tarde? —se oyó preguntar—. ¿Quizá pasada la medianoche? —«O sea, un día después», pensó, aunque no lo dijo.

—Naciste a las once de la mañana. Faltaba mucho para la medianoche.

Tres semanas después, cuando Joel y Georgia se separaron, la noticia hizo furor. Todo el mundo dijo sentirse horrorizado. Si la pareja de oro no conseguía aguantar, ¿qué esperanza había para los demás? Mas ni uno solo pudo evitar sentir el

estremecimiento de una dicha largo tiempo esperada. Ahora, el señor y la señora Perfectos sufrirían en propia carne lo que el resto de ellos.

El «comunicado de prensa» insistía en que seguían siendo amigos, que todo se estaba haciendo de una forma adulta y civilizada, que estaban totalmente de acuerdo en cuanto al arreglo económico y la custodia de los hijos. «Ya», decía la gente con desdén. «Ya.»

Pero, sorprendentemente, Georgia no se sumó a las conversaciones de «todos los hombres son unos cabrones» de Vicky, Katie y Melissa. Ni siquiera cuando Joel empezó a salir con una enfermera dental bajita y regordeta llamada Helen.

—Tim la ha conocido —la consoló Alice—. Dice que no te llega ni a la suela del zapato.

—No digas eso —protestó Georgia—. A mí me parece un encanto.

—¿La has conocido?!

Y cuando Georgia empezó a salir con un diseñador gráfico llamado Conor, Tim aseguró a Joel que, según Alice, era un imbécil.

—Qué va —replicó Joel—. Es un buen tipo. En Semana Santa nos iremos todos de vacaciones con los niños.

—¿Quiénes? —Tim quería desmayarse.

—Yo, Helen, Georgia y Conor.

Todo el mundo declaró que era estupendo que hubieran llevado la separación con tanta madurez, y solo la certeza de que las vacaciones serían un baño de sangre les consolaba. Impaciente por saber lo mal que les había ido, Tim telefoneó a Joel el mismo día de su regreso. A renglón seguido, Tim, Alice, Katie, Vicky, Melissa, Chris, Neil y Peter se reunieron en el bar, aparentemente para tomar una simple copa. La conversación pasó por los temas habituales —los precios de las casas, los alisadores de pelo, los pechos de Pamela Anderson— hasta que ya nadie pudo soportarlo más. Peter fue el primero en caer. Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas.

—Entonces, ¿fue un desastre? —preguntó, suplicante—. ¿Se tiraron los trastos a la cabeza?

Bajo la mirada ávida de siete pares de ojos, Tim negó tristemente con la cabeza.

—Se llevaron de maravilla. En julio repiten.

Hubo un murmullo de «¿No es estupendo?». Vicky, sin embargo, no pudo aguantar más. Desesperada, enterró la cara entre las manos.

—¿Cómo lo hacen? —susurró, expresando el sentir general—. ¿Cómo diablos

consiguen ser tan perfectos?

PREGUNTA. Querida mamá Walsh, me hallo ante un dilema. Mi novio me ha comprado un uniforme de enfermera y quiere que me lo ponga cuando hacemos el amor. Yo lo quiero, pero la idea no me hace demasiada gracia, sobre todo porque no se trata de un uniforme de enfermera corto y provocativo, como los que venden en Ann Summers o en sitios parecidos, sino de un uniforme de verdad que compró en Oxfam. ¿Qué debo hacer?

AILEEN, Cambridge

RESPUESTA. No volver a escribirme, jovencita, he ahí lo que debes hacer. Esta columna no es un consultorio sexológico. Yo ofrezco consejos sensatos sobre asuntos del corazón. No me interesa en absoluto la vida sexual de la gente y, por consiguiente, doy por terminada nuestra correspondencia. ¿Y qué tienen los hombres con las enfermeras? Es evidente que tu novio nunca ha estado hospitalizado o de lo contrario no vería nada sexy en las enfermeras. Las enfermeras son mujeres despiadadas que te ponen un humillante camisón de papel azul abierto por detrás para que todo el mundo te vea el culo. Y dicen cosas como «¿Cómo “estamos” hoy?» cuando estás solo en la cama, y te obligan a hacer pipí en un recipiente metálico cuando eres perfectamente capaz de caminar hasta el lavabo. Aunque lo peor no es que los hombres quieran acostarse con las enfermeras. Creo que hay hombres a los que pone «cachondos» gatear con pañales por el suelo, tirando cosas, mientras les dan puré de zanahoria y se comportan como un bebé. Ellos no necesitan recipientes metálicos.

Y hay gente (en Estados Unidos, claro, que está lleno de viciosillos) que se viste — agárrate — de conejo, de oso e incluso de gallina, vaya, uno de esos disfraces que un adulto se pondría para repartir por la calle folletos de un nuevo restaurante de comida rápida. Hay «clubes» para estas personas, y se reúnen con sus disfraces de peluche y, por razones que no alcanzo a comprender, eso los pone a cien.

Lo último que se lleva, me han contado, es «perrear». ¿Sabes qué es eso? Yo pensaba que era hacerlo en la postura del perro, postura de la que, naturalmente, he oído hablar porque soy una mujer de mundo, pero nunca he probado. Luego pensé que se refería a practicar el sexo con perros, una idea pecaminosa, pero, por lo visto, es algo muy diferente. Consiste en un montón de gente que se va a un parque o a un

bosque por la noche y «tiene sexo» con desconocidos. Hay personas que «tienen sexo» en el coche y dejan la luz encendida para que otras personas puedan verlas desde fuera y «darse placer», pero yo no veo qué relación tiene todo eso con los perros. Oí hablar por primera vez de esa práctica cuando mi hija Helen me dijo que se iba a «perrear» y, aunque eran las doce y cuarto de la noche, yo pensé que se iba al canódromo a intentar ganarse unas perras, porque estaba sin blanca. Pero cuando me explicó qué era eso de «perrear», al principio pensé que se lo estaba inventando, porque lo hace mucho. Le gusta tomarle el pelo a su madre. Pero luego me enseñó un artículo sobre el tema publicado en el *Marie Claire* del señor Walsh y allí salía, negro sobre blanco, y ni siquiera Helen hubiera podido engañarme hasta ese punto. No podía creerlo. ¿No se enfriaba uno «dándose placer» por la noche, a la intemperie? ¿Y si tropezabas con tu dentista o con alguien del bridge?

Pero, como ya he dicho, no me interesa hablar del sexo vicioso. Además, tu novio me parece un roñoso. ¿Cuánto le costó el uniforme de enfermera de segunda mano que compró en Oxfam, comparado con un precioso uniforme de nailon de Ann Summers? Eso es lo que tendrías que plantearte, jovencita. A nadie le gustan los hombres a los que les cuesta rascarse el bolsillo. (A menos que sea de los que se lo rascan para darse gustito.)

Por favor, no vuelvas a escribirme.

P. D. A menos que descubras el origen de la palabra «perrear». Me gustaría saberlo.

La verdad está ahí afuera

Aeropuerto Internacional de Los Ángeles: abarrotado de pasajeros, estrellas de cine, inmigrantes ilegales, una joven inglesa de aspecto aturdido llamada Ros y, naturalmente, alguno que otro extraterrestre recién llegado de otro planeta. Bueno, concretamente uno. Una criatura pequeña, amarilla y transparente que se hacía llamar Bib. Su verdadero nombre era Ozymandmandyprandialsink, pero Bib le iba mucho más, según él. Bib estaba en Los Ángeles por error. Había robado una nave para darse un garbeo, sin intención de ir más allá del planeta Zephir. O, como mucho, del planeta Kyton. Pero se había encontrado con que estaban reparando la autopista de la supergalaxia y desviando a todo el mundo y, sin saber cómo, se había perdido y había terminado aquí.

Ros Little no había aterrizado en Los Ángeles procedente de otro planeta, pero se sentía como si lo hubiera hecho. Las doce horas de vuelo desde Heathrow, las ocho horas de diferencia horaria y la terrible discusión que había tenido la noche antes de su partida estaban conspirando para hacerla sentir como si estuviera sufriendo un brote psicótico. Su cuerpo le decía que era de noche, su corazón le decía que su vida ya no tenía sentido, pero el sol californiano de la tarde deslumbraba y abrasaba.

Estaba arrastrando la maleta entre el gentío y la densa humedad, en dirección a la parada de taxis, cuando el aullido de una mujer la detuvo en seco.

—¡Un extraterrestre! —gritó la matrona de chándal y pelo ahuecado, señalando con un dedo algo que solo ella podía ver—. Oh, Dios mío, miren, está ahí. Es un extraterrestre pequeño y amarillo.

«Qué californiano», pensó cansinamente Ros. Su primera chiflada y aún no había salido del aeropuerto. En otras circunstancias le habría encantado.

Bib recuperó rápidamente la invisibilidad. ¡Se había salvado por los pelos! Pero tenía que salir de allí cuanto antes, pues él sabía algunas cosas del planeta Tierra, cosas que le habían obligado a estudiar en la clase de Culturas Primitivas. En las raras ocasiones en que se había tomado la molestia de ir al colegio. Al parecer, Los Ángeles era una central de buscadores de extraterrestres y el lugar se llenaría de investigadores de expedientes X en cuestión de minutos.

Mirando nerviosamente a su alrededor, reparó en una pequeña criatura femenina

que estaba subiendo a un taxi. Fantástico. Su salvación. Justo antes de que Ros cerrara la puerta, logró escurrirse hasta su lado sin que ella lo notara y, a renglón seguido, el taxi se alejó de la multitud que rodeaba a la histérica matrona.

—Pero Myrna, los extraterrestres no son amarillos, son verdes, todo el mundo lo sabe —fue el último comentario que oyó Ros mientras el coche se apartaba del bordillo.

Aliviada por el aire acondicionado, se hundió en su asiento y, un segundo después, quedó paralizada. Acababa de reparar en su taxista. Myrna y sus payasadas la habían tenido demasiado distraída para advertir que era un hombre de más de metro ochenta, ciento treinta kilos y cabeza afeitada, con una cicatriz de veinte centímetros en la cara posterior del cráneo.

Y, para colmo, el tipo hablaba.

—Soy Tyrone —se presentó.

«Eres horripilante», pensó Ros, y, con voz temblorosa, le dijo su nombre.

—¿Es su primera visita a Los Ángeles? —preguntó Tyrone.

—Sí —respondieron Ros y Bib al mismo tiempo.

Tyrone miró nerviosamente por encima de su hombro. Juraría que había oído una segunda voz, una voz ronca sobrenatural. Apretó el volante con fuerza y rezó para que no fuera un efecto de los ácidos. Llevaba tanto tiempo sin probarlos que había dado por sentado que ya no podían afectarlo.

Cuando el taxi dejó finalmente atrás el aeropuerto, Los Ángeles adquirió un aspecto tan de, en fin, de Los Ángeles, que Ros apenas podía creer que estuviera realmente allí: cielos azules, palmeras, edificios ondulando bajo los treinta y dos grados de calima, rubias con pechos de dimensiones imposibles. Pero al pasar frente a las tiendas de armas, las ferreterías abiertas veinticuatro horas, los moteles imitando adobe con camas de agua y películas para adultos, y suficientes dentistas para atender a toda Inglaterra, su entusiasmo se vino abajo. «En Londres está lloviendo», pensó para animarse, pero fue en vano.

A fin de dar muestras de buena voluntad, apretó la nariz contra el cristal. Bib no la imitó, pero únicamente porque no tenía nariz. Estaba disfrutando como un loco y el lugar le gustaba. Sobre todo esas criaturas femeninas de pelo amarillo y enorme delantera. Uau, uau.

Tyrone soltó un silbido al detener el coche frente al hotel de Ros.

—Qué elegancia —dijo con admiración—. Está forrada, ¿a que sí?

—Se equivoca —se apresuró a corregirlo Ros. Le habían advertido que los

estadounidenses esperaban siempre propinas generosas. Si Tyrone pensaba que estaba forrada, se vería obligada a darle una propina acorde con esa idea—. Lo paga mi empresa. Si tuviera que pagarlo yo, probablemente me alojaría en uno de esos espantosos moteles con camas de agua.

—¿Pelada entonces?

—Tampoco —farfulló Ros—. Pero estoy ahorrando. O por lo menos estaba ahorrando, hasta ayer noche...

El aire se impregnó de una profunda tristeza, y Bib y Tyrone miraron a Ros con una mezcla de interés compasivo y ardiente curiosidad. Ella, no obstante, se limitó a morderse el labio y ocultar la cara, menuda y pálida, detrás de sus rizos morenos.

Es mona, advirtieron Bib y Tyrone en un acto sincrónico. «Aunque no parece muy contenta que digamos», pensó Tyrone. «Y no tiene el pelo amarillo, como a mí me gusta», añadió Bib. Pero *es mona*, decidieron con una complicidad masculina inconsciente pero innegable.

Tan mona, de hecho, que Tyrone le llevó la maleta hasta el mostrador de recepción e —inaudito en él— rechazó la propina.

«Pero tío —farfulló para sí cuando regresaba al coche—. ¿Qué demonios te pasa?»

Después del calor cegador del exterior, Bib necesitó unos instantes para que sus ojos se adaptaran a la penumbra refrescante del vestíbulo lo suficiente para percatarse de que el recepcionista que estaba registrando a Ros era Brad Pitt, el actor. ¿Qué estaba haciendo aquí? Que él supiera, Brad Pitt tenía mucho éxito como actor de películas terráneas. ¿Qué hacía trabajando en un hotel, por exclusivo que fuera? ¿Y por qué Ros no se había desmayado? Bib sabía de buena tinta que Brad Pitt ejercía ese efecto en las criaturas femeninas. Justo en ese momento Brad se retiró el pelo de la cara y Bib se dio cuenta de que no era Brad Pitt. Era casi como Brad Pitt, pero había algo que no encajaba. Quizá fueran los ojos, demasiado juntos, o los pómulos, no lo bastante altos, pero exceptuando la duda de que su piel tuviera el tono naranja correcto, algo no encajaba.

Todavía no había salido de su asombro cuando otro actor se acercó y echó a andar con la maleta de Ros. Tom Cruise, se llamaba. Y esta vez a Bib no le cabía ninguna duda. Bajo, por lo menos, lo era, pensó, riendo entre dientes. (Bib estaba orgulloso de su estatura; con sus ochenta centímetros, tenía mucho éxito entre las féminas de su planeta.)

El aspirante a Brad Pitt entregó unas llaves a Ros y dijo:

—Le hemos asignado una superhabitación con insuperables vistas al mar.

Invisible pero entusiasmado, Bib sonrió y miró a Ros con optimismo. Quería levantarle el ánimo. ¿Una superhabitación con insuperables vistas al mar? ¿Qué más podían pedir?

Ros, sin embargo, se limitó a asentir tristemente con la cabeza. Y, justo antes de marcharse, Bib observó que hundía las uñas en las palmas de las manos y añadía, como quien no quiere la cosa:

—¿Hay algún mensaje para mí?

Mientras Brad Pitt escudriñaba la pantalla del ordenador, Bib se dio cuenta de que si él hubiera tenido respiración, ahora mismo la estaría conteniendo. Finalmente Brad levantó la vista y, con una sonrisa radiante, dijo:

—No, señorita.

A Bib no se le daba muy bien eso de leer el pensamiento de la gente —se había dedicado a tomar naves «prestadas» y sacarlas a pasear durante las clases de videncia—, pero la emoción que en ese momento emanó de Ros fue tan intensa que hasta él pudo captarla. La ausencia de llamadas era algo malo, comprendió entonces, algo muy malo.

Profundamente alicaído, siguió a Ros hasta el ascensor, donde alguien que parecía el hermano mayor, y más feo, de Ben Affleck pulsó el botón.

Bib estaba impaciente por ver la habitación, y cuando lo hizo se sintió sorprendido y decepcionado a la vez. Era muy... *elegante*, supuso que era la palabra. Él habría preferido la cama de agua y las películas para adultos, pero tenía que reconocer que la habitación, blanca y espaciosa, era imponente. Y el cuarto de baño le gustaba: azul, blanco y cromo. Intrigado, vio que Ros, tras echar un vistazo fugaz por encima del hombro, se apresuraba a recoger el gorro de ducha, la crema corporal, el champú, el costurero, la lima, los bastoncillos y el jabón y lo echaba todo en su bolso. Bib se dijo que, probablemente, no era lo que podría llamarse una viajera experimentada.

Llamaron a la puerta y Ros se apresuró a cerrar la cremallera de su bolso.

—Adelante —dijo, y Tom Cruise, derrochando encanto y sonrisas, entró con la maleta.

Era tan cortés y estaba tardando tanto en marcharse que Bib empezó a irritarse. *Lárgate, no le interesas*, quiso decirle a Tom. Que al final resultó que no era Tom. Solo se parecía a Tom, y eso cuando ponía la sonrisa, la cual se iba apagando cuanto más demoraba su partida. En el momento exacto en que Bib cayó en la cuenta de por qué Tom se resistía a irse, también lo hizo Ros. Tras rebuscar frenéticamente en su bolso, Ros extrajo un dólar (y el costurero se le cayó al suelo en el proceso). Tom

miró primero el billete y luego a Ros. No parecía muy contento y Bib lamentó su perpetuo estado de insolvencia.

—¿Dos? —preguntó nerviosamente Ros—. ¿Tres?

Finalmente quedaron en cinco y Tom recuperó al instante su amplia sonrisa.

Poco después de que Tom se hubo marchado para sacarle el dinero a otro, el silencio que se había apoderado de la habitación se rompió. ¡El teléfono! ¡Estaba sonando! Ros cerró los ojos y Bib comprendió que estaba dando gracias a esa cosa que llamaban Dios. Él, por su parte, estaba levitando de alivio. Ros se arrojó sobre la cama y resbaló hasta el teléfono.

—¿Diga? —dijo con voz ronca mientras Bib la observaba con una sonrisa benévola.

Casi se le saltaron las lágrimas. No obstante, al reparar en el semblante de Ros, la preocupación lo pudo. No parecía contenta. De hecho, parecía terriblemente decepcionada.

—Ah, Lenny —dijo—, eres tú.

—¡Tanta alegría me abruma! —oyó protestar a Lenny—. Me pongo el despertador a las dos de la madrugada para comprobar si mi empleada favorita ha llegado bien de su primer viaje en su nuevo cargo, ¿y qué oigo? «Ah, Lenny, eres tú.»

—Lo siento —se disculpó Ros con resignación—. Pensaba que eras Michael.

—¿Habéis discutido de nuevo? —La voz de Lenny sonaba poco solidaria—. Sigue mi consejo, Ros, y mándalo a paseo. Tienes una gran carrera por delante y él te está poniendo trabas y minando la confianza en ti misma. Esta es tu primera oportunidad para demostrar lo mucho que vales. ¡Podría ser el comienzo de algo fabuloso!

—Podría ser el final de algo fabuloso, querrás decir —repuso Ros con voz queda.

—Hay otros hombres en el mundo —dijo alegremente Lenny.

—Para mí no.

—Como quieras, pero recuerda que ahora eres una profesional —le advirtió Lenny—. Tienes tres días en Los Ángeles, de modo que ponte la sonrisa y déjalos boquiabiertos.

Ros colgó y siguió tumbada en la cama. Alarmado, Bib observó que la vida —que ya desde el principio había sido exigua— se le iba por entero. Ros permaneció media hora así, inmóvil, mientras Bib saltaba sobre sus piernas, las seis, buscando algo que pudiera animarla. Finalmente Ros se movió. Tanteó la cama con la mano y, todavía tendida, dio algunos botes desganados. Haciendo acopio de toda su energía, Bib invocó su capacidad para leer el pensamiento. *Dar saltos sobre la cama*. Por lo visto,

a Ros le gustaba saltar sobre la cama cuando iba a un lugar nuevo. Ella y Michael siempre lo hacían. Pero, a falta de Michael, Ros iba a tener que conformarse con una atractiva —aunque fuera él quien lo dijera— criatura amarillenta de seis piernas y ochenta centímetros de estatura procedente del planeta Duch. *Vamos*, la instó. *Arriba*. Y le tomó las manos, aun cuando ella no podía notarlas. Sorprendida, Ros se descubrió poniéndose de pie. Y haciendo ligeras flexiones de rodilla, y dando algunos botes, y alzando los pies hacia atrás, e impulsándose hacia el techo. Bib, entretanto, la animaba invisiblemente asintiendo con la cabeza. *Esa es mi chica*, pensó cuando ella rió. Era una risa *mona*. Una risa nerviosa, pero no una risa tonta. Ros se preguntó qué demonios estaba haciendo. Su vida ya no tenía sentido y aquí estaba, dando saltos sobre una cama. Y encima pasándolo bomba. Qué extraño.

Es hora de que comas algo, le infiltró Bib en la cabeza. *Sé que los humanos necesitáis combustible con regularidad. Me parece una forma de sobrevivir totalmente ineficiente, pero yo no hago las normas.*

—No puedo —suspiró Ros.

Debes.

—Vale —gruñó, y sacó un Snickers del minibar.

En realidad me refería a algo más nutritivo.

Pero Ros no respondió. Se estaba metiendo totalmente vestida en la cama, y a los pocos segundos se quedó dormida, con medio Snickers sobre la almohada.

Mientras Ros dormía, Bib se dedicó a velarla y a ver la tele con el volumen apagado. No entendía por qué se comportaba así. Su estancia en la Tierra iba a ser limitada, pues podían dar con la nave en cualquier momento, pero en lugar de estar por ahí, admirando a las féminas y divirtiéndose en un lugar llamado Viper Room (cuyo dueño era Johnny Deep, un tipo que tenía a Bib como modelo, de eso no había duda), prefería quedarse aquí, con Ros.

A las cuatro de la madrugada Ros se despertó sobresaltada, víctima del *jet lag* y la congoja. Bib detestaba verla sufrir, pero esta vez no pudo ayudarla. Consiguió sintonizar ligeramente con su longitud de onda y captó algunas cosas. La noche antes de su partida, Ros había intercambiado algunos gritos con ese Michael. Egoísta, la había llamado Michael, tras lo cual añadió que a ella le importaba más su trabajo que él. Ros le había contestado que el egoísta era él por obligarla a elegir entre él y el trabajo. Había sido, sin duda, la peor pelea de su relación y parecía que iba a ser la última.

Varones humanos, suspiró Bib. Trogloditas, eso es lo que eran, con su frágil ego y

su espíritu competitivo. ¿Por qué no podían alegrarse del éxito de sus féminas? A Bib le gustaba tener una mujer fuerte y triunfadora. Eso significaba que él no tenía que trabajar y... ¡Eh! ¿Qué está haciendo Ros, intentando levantar sola esa maleta? ¡Se va a hacer daño!

Resoplando juntos, Ros y Bib subieron la maleta hasta la cama y cuando Ros la abrió y empezó a rebuscar en ella, Bib se dio cuenta de lo consternada que había estado mientras la hacía. La Tierra todavía tenía esas cosas extrañas y anticuadas llamadas estaciones, y aunque en Los Ángeles estaban a más de treinta grados, Ros se había traído ropa apropiada para la primavera, el otoño y el invierno, además de ropa para el verano. Un gorro de pelo. ¿Para que demonios quería un gorro de pelo? ¿Y cuatro pijamas? ¿Para un viaje de tres días? ¿Y qué hacía ahora?

Con sumo cuidado, Ros había rescatado una fotografía de entre una maraña de medias. Alisó con su mano menuda los dobleces y la contempló con ternura. Bib se acercó a mirar y retrocedió asustado. Los hombres no lo intimidaban, pero tenía que reconocer que el tipo de la foto era increíblemente —y ofensivamente— atractivo. Carente de esa perfección impecable de los aspirantes a Brad o Tom, su aspecto era más duro, más sexy. Parecía la clase de hombre que tenía un destornillador eléctrico, que podía montar una estantería, que podía estar con otros seis hombres alrededor del capó abierto de un coche y afirmar: «No, tío, es el alternador, te lo digo yo». Este tipo, pensó Bib tragando saliva, debía de ser Michael. De cabellos morenos y rizados, llevaba el mentón sin afeitar y la pequeña mella en el diente no minaba en lo más mínimo su atractivo. La foto había sido hecha al aire libre porque una madeja de rizos le cubría la frente y parte de los ojos. El ángulo de su cabeza y su sonrisa renuente indicaban que Michael había estado girándose en el momento en que Ros había hecho la foto. *Los hombres de verdad no posan para las fotos*, decía su actitud. Bib se avergonzó de su buena disposición a decir «treinta y tres» a cualquier oportunidad. Pero ¿qué culpa tenía él de ser asombrosamente fotogénico?

Ros estuvo mucho, mucho rato contemplando la imagen de Michael. Cuando finalmente, y de mala gana, dejó la foto a un lado, Bib advirtió, consternado, que una lágrima rodaba por su mejilla. Corrió a consolarla pero se detuvo cuando comprendió que no iba a ser necesario, pues Ros se estaba arreglando para ir a trabajar. Tenía el corazón destrozado —él podía sentirlo— pero su sentido del deber permanecía intacto. Bib notó que su admiración por ella aumentaba. Por suerte, entre todas las cosas que Ros había guardado en la maleta había un traje gris claro, y a las ocho de la mañana, cuando estuvo lista para partir, ofrecía un aspecto muy convincente. Bib

sabía que Ros se sentía como una farsante y estaba segura de que la compañía de Los Ángeles la acusaría de charlatana en cuanto la calaran, pero esa sensación, por lo visto, era normal en las personas recién ascendidas. Con el tiempo se les pasaba.

La falta de confianza en sí misma hizo que Bib decidiera acompañarla. Así pues, tomaron juntos un taxi hasta las oficinas centrales de DangerChem, en Wilshire Boulevard, donde Ros fue conducida hasta una sala de conferencias llena de hombres naranjas con enormes dientes blancos. Todos ellos aplastaron la manita de Ros con sus rollizas y cuidadas pezuñas mientras aseguraban estar «francamente encantados» de conocerla. A Bin le estaba sentando «francamente» mal tanto toqueteo y consiguió ponerle la zancadilla a uno. Y no a uno cualquiera, sino al cabecilla. Bib sabía que era el cabecilla porque era el que tenía la cara más naranja.

Entonces recuperó el ánimo. ¡A la reunión habían llegado un par de chicas! Al principio pensó que eran extraterrestres como él, aunque no podía decir de qué planeta exactamente. A juzgar por sus extremidades exageradamente largas y esqueléticas y sus ojos separados, tanto que casi les nacían en las sienes, parecían féminas del planeta Pfeiff. Pero cuando intentó comunicarse con ellas en ese idioma (solo conocía un par de frases: «¿Tu casa o la mía?» y «Si te dijera que tienes un cuerpo bonito, ¿me lo tendrías en cuenta?»), pasaron totalmente de él. Una se llamaba Tiffany y la otra Shannen, y las dos tenían la piel y el pelo de ese tono amarillo que tanto le gustaba en las féminas. Aunque quizá ya no tanto.

La reunión iba bien. Los hombres naranjas y las chicas amarillas escuchaban atentamente mientras Ros les hacía una propuesta para la compra de sus productos. Cuando ellos plantearon que el precio que proponía era demasiado bajo, Ros fue capaz de defenderse y recitar los precios de muchos de sus competidores, todos ellos inferiores. Bib estaba muy orgulloso de ella.

Durante la comida, Bib observó con interés cómo Tiffany utilizaba el tenedor para deslizar una hoja de achicoria roja por su plato. A veces la recogía con el tenedor y se la paseaba por los aledaños de la boca antes de devolverla al plato. Estaba haciendo ver que comía, comprendió. Y eso no estaba bien. Desvió su atención a Shannen, que se dedicaba a recoger la achicoria roja con el tenedor y, de vez en cuando, llevarse un trozo a la boca. Bib decidió que la prefería a ella. Así que cuando Shannen dijo «Voy al servicio», saltó de su asiento y la siguió.

No le gustaba que lo llamaran mirón. Le gustaba pensar que era un oportunista, un extraterrestre que sabía sacar el máximo partido a las oportunidades de la vida. Y ser invisible.

Pero qué extraño. Siguió a Shannen hasta el cubículo y advirtió que tenía ganas de vomitar. No, no, espera, se estaba provocando el vómito. Metiéndose los dedos hasta la garganta. Y ahora se cepillaba los dientes. Y se retocaba el carmín de los labios. ¡Y parecía feliz! Bib siempre se había considerado un hombre de universo, pero esto era lo más extraño que había visto en su vida.

«Deberían nominarme para un Oscar», pensó Ros mientras estrechaba su última mano del día. Había hecho la actuación de su vida en esa sala, aunque le costara creerlo. Entre la diferencia horaria y su abrumadora tristeza, le sorprendía que esa mañana hubiera conseguido vestirse, y no digamos hablar de costes fijos y descuentos por pedidos grandes.

Pero cuando llegó al hotel se empeñó en echar por tierra su frágil buen humor preguntando a un no del todo Ralph Fiennes si la había llamado alguien. Ralph negó con la cabeza.

—¿Está seguro? —preguntó Ros, exhibiendo su desesperación como un letrero de neón. Por desgracia, Ralph estaba totalmente seguro.

Esforzándose por no desfallecer, se arrastró hasta su habitación, donde ninguna fuerza del universo —ni siquiera del planeta Duch— habría conseguido impedirle que telefonara a Michael.

—Lo siento —dijo en cuanto él descolgó—. ¿Estabas durmiendo?

—No —respondió Michael, y la esperanza inundó el corazón de Ros. Si estaba despierto a las dos de la madrugada, no podía estar muy contento.

—Te echo de menos —dijo Ros en un tono apenas audible.

—Pues vuelve a casa.

—Volveré el viernes.

—No, ahora.

—No puedo —repuso Ros con dulzura—. Tengo reuniones a las que debo asistir.

—Reuniones —espetó amargamente él—. Has cambiado.

Mientras Ros se esforzaba por encontrar las palabras adecuadas para arreglar las cosas, se preguntó por qué era siempre un insulto decirle a alguien que había cambiado.

—Cuando te conocí —la acusó Michael—, eras una chica campechana. Y mírate ahora, pavoneándote con tu ascenso.

«No puede evitarlo», pensó Ros. Demasiados cambios demasiado rápidos. En

apenas dieciocho meses la habían ascendido de recepcionista a supervisora, de ahí a ayudante del director de producción, luego a ayudante del presidente y, por último, a subdirectora de producción. La culpa no era suya. Siempre había creído que no tenía dos dedos de frente. Y no le había importado. ¿Cómo iba a imaginar que tenía un don natural para los números y un sentido innato para dirigir? Debería darle las gracias al maldito Lenny por «descubrirla», pero podría habérselo ahorrado. Todo había ido bien con Michael —mejor que bien— hasta que ella empezó a prosperar profesionalmente.

—¿Por qué mi trabajo representa tanto problema? —preguntó por enésima vez.

—¡«Mi trabajo»! —exclamó acaloradamente Michael—. «Mi trabajo, mi trabajo.» Te encanta decirlo, ¿verdad?

—¡No! Tú también tienes un trabajo.

—Reparador de fotocopiadoras no es lo mismo que subdirectora de producción. — Michael se sumió en un silencio tenso—. No puedo hacerlo —dijo al fin—. No puedo estar con una mujer que gana más que yo.

—Pero será nuestro dinero.

—¿Y si tenemos hijos? ¿Esperas que sea un calzonazos dedicado a la casa? Ni lo sueñes, nena. No soy esa clase de hombre.

Ros percibió rabia en su voz, y una obstinación infranqueable.

«Pero yo soy buena en mi trabajo», pensó, y la desesperación se apoderó de ella. No quería renunciar a Michael. Pero, sobre todo, quería que Michael la aceptara. Tal y como era.

—¿Por qué no puedes estar orgulloso de mí? —dijo, forzando las palabras.

—Porque no es lo correcto. Y será mejor que entres en razón. No puedes estar sola, me necesitas. ¡Piénsalo!

Y, dicho esto, colgó. Ros se apresuró a telefonarle de nuevo, pero a medio camino se descubrió devolviendo el auricular al aparato. No tenía sentido volver a llamarlo, porque no iba a cambiar de parecer. Ya habían sido muchas las discusiones, y él no había cedido ni un milímetro.

¿Qué debía hacer? Quería a Michael. Desde el momento en que se habían conocido, tres años atrás, había tenido el convencimiento de que era el hombre de su vida y que ya nunca estaría sola. Tenían planeado casarse dentro de un año, incluso habían abierto una cuenta para la boda. ¿Cómo podía decir adiós a todo eso? Lo lógico sería que ella renunciara a su trabajo. Pero no lo veía nada claro. ¿No debería Michael quererla como era? ¿No debería estar orgulloso de su capacidad y talento, en

lugar de sentirse amenazado? Y si Ros renunciaba ahora, ¿cómo sería el resto de su vida juntos?

Pero si no renunciaba... se quedaría sola. Muy sola. ¿Cómo se las apañaría? Porque Michael tenía razón: ella era una mujer muy insegura.

Se quedó unos minutos junto al teléfono, dando vueltas a un bolígrafo, meditando sobre la existencia que le aguardaba. Ante ella solo alcanzaba a ver una vida saltando sobre camas de hotel sola. Sintió una pena abrumadora. «Un momento —se descubrió pensando de repente—, he sido capaz de viajar desde Hounslow hasta Los Ángeles sin ayuda de Michael. Y he sido capaz de tomar un taxi de aquí al trabajo. Incluso he sabido defenderme en una reunión.»

Para su sorpresa, se dio cuenta de que su desesperación no era tan profunda. Era cierto que se sentía asustada, triste, angustiada y sola. Pero no hasta el punto de querer morirse, y eso la dejó perpleja. Estaba tan acostumbrada a oír decir a Michael que ella era un desastre sin él, que últimamente no se le había ocurrido ponerlo en duda...

¿Qué te parece? Tumbada en la cama, miró hacia la ventana. Enfrascada en su trauma había olvidado las «insuperables» vistas al mar. Y, efectivamente, lo eran: la playa de Santa Mónica, el sol crepuscular transformando el mar en un manto de tonos rosas y plateados, la arena fina y rosada. Por el paseo marítimo, gente de cuerpo espléndido patinaba o iba en bicicleta. Una elegante pareja pasó velozmente en un tándem con su bebé, sin duda perfecto, sentado en una sillita amarilla atada a la parte trasera. Parecía un pequeño emperador. Luego pasó otra pareja, alta y delgada, patinando con gafas de sol y el discman a todo taco. De la mano, se deslizaban con pasmosa gracilidad, como un ballet perfectamente sincronizado.

«Caed —deseó ferozmente Bib—. Venga, tropezad. Despellejaos vuestras rodillas perfectamente bronceadas. Caed de bruces sobre vuestras caras remodeladas.» Pensaba que eso animaría a Ros. Su deseo, con todo, no se cumplió y la pareja siguió patinando.

Ros los vio alejarse, presa de una melancolía agri dulce. Y de repente, para su asombro, se descubrió decidiendo que iba a probar eso de patinar. ¿Por qué no? Solo eran las seis y media de la tarde y al lado del hotel había un lugar que alquilaba patines.

Sin dar apenas crédito a lo que estaba haciendo, se puso unas mallas, salió de la habitación y a los cinco minutos estaba introduciendo los pies en unos patines. Tímidamente, se impulsó unos metros por el paseo marítimo.

—Caray, no se me da nada mal —advirtió sorprendida.

Bib sujetaba la mano de Ros mientras ella se deslizaba torpemente de un lado a otro. Le había costado un gran esfuerzo convencerla para que saliera a patinar. Y era una nulidad. Si él no la hubiera tenido agarrada de la mano, ahora mismo estaría en el suelo. No obstante, esa desgarbada vulnerabilidad de Ros lo enterneció aún más.

Bib había seguido los acontecimientos de la tarde con sumo interés. La actitud machista de Michael lo había horrorizado. ¡Menudo caradura! En un momento dado había sentido ganas de arrebatarle el teléfono a Ros y decirle a Michael que Ros era fabulosa, que había dejado boquiabierto a una sala llena de poderosos hombres naranjas. Después de que Michael colgó, Bib había concentrado toda su energía para impedir que Ros volviera a telefonarle. Había hecho un gran esfuerzo por recordarle lo bien que se las había apañado desde su llegada a esta ciudad extraña y intimidadora, aunque era tan obvio que ella hubiera debido saberlo...

«¡Cuidado!», suplicó en silencio, cerrando los ojos, cuando Ros estuvo en un tris de chocar con una mujer que estaba sujetando a un niño en una bicicleta.

—Lo siento —jadeó Ros—. Estoy aprendiendo.

—No te preocupes —dijo el niño—. Yo también. Me llamo Tod y esta es mi mamá, Bethany. Me está enseñando a ir en bici.

Bethany se veía obligada a sujetar la parte trasera de la bici y correr a la misma velocidad que Tod pedaleaba. Bib le lanzó una mirada solidaria, pues él se veía obligado a correr a la misma velocidad que Ros patinaba. Velocidad que iba aumentando a medida que ganaba confianza.

—¡Yuhuuuuuu! —aulló Ros al avanzar cuatro metros, antes de perder a Bib y caer al suelo.

Cuando devolvió los patines, tenía las rodillas magulladas y la mirada chispeante.

—Lo he pasado genial —dijo entre risas.

Luego corrió por la arena hasta el hotel. Bib la seguía, resoplando y enredándose con sus seis piernas, esforzándose para no perderla de vista.

Ros se despertó en medio de la noche, disipada ya la euforia de la tarde. Se sentía fría, mayor, asustada y sola. No iba a ser capaz de apañárselas sin Michael, no quería una vida sin él.

Entonces se acordó del patinaje. Ella no era, por lo general, una persona intrépida,

y a la hora de probar algo nuevo, normalmente necesitaba que Michael la acompañara. Esta vez, sin embargo, había patinado sola y eso, en cierto modo, representaba un consuelo.

—Soy una mujer que patina sola —repitió hasta recuperar el sueño.

Por la mañana se vistió y partió hacia al trabajo sintiéndose vagamente más segura, más fuerte.

A su regreso, agotada pero orgullosa de haber sabido defenderse a lo largo de las tortuosas negociaciones, tropezó con Brad Pitt en el vestíbulo del hotel. Por su aspecto dedujo que acababa de terminar su jornada.

—¿Ha tenido un buen día? —preguntó.

Ros asintió educadamente.

—¿A qué se dedica? —inquirió Brad.

Ros se detuvo a pensar. Era una pregunta que siempre la incomodaba. ¿Cómo explicar que trabajaba para una empresa que fabricaba urinarios portátiles? Una empresa de urinarios portátiles de mucho éxito, por eso.

—Mmmm, cuidado de la gente —contestó. ¿Por qué no podía ella andarse con remilgos cuando los estadounidenses llamaban a los urinarios *salas de descanso*?

—¿Cuida de la gente en los rodajes?

Brad nunca dejaba escapar una oportunidad. La puerta de su carrera podía abrirse en cualquier momento —como aquella vez que vio al director de *Buffy Cazavampiros* en la sala de espera de su pedicuro, o cuando dio un golpe al BMW de Aaron Spelling —, de modo que siempre tenía las antenas puestas.

—Sí, a veces sí —respondió Ros con convicción.

Rápido como un rayo, Brad esbozó su radiante sonrisa y se acercó un poco más.

—Oye, me llamo Bryce —murmuró—. ¿Me harías el honor de tomar una copa conmigo esta noche?

¡Un hombre atractivo la había invitado a una copa! Qué pena que ya nada pudiera levantarle el ánimo. Porque si algo hubiera podido conseguirlo, era eso. Así y todo, mientras la negativa se formaba en sus labios, Ros se detuvo a pensar. ¿No sería preferible eso a quedarse sola en la habitación, esperando a que el teléfono sonara?

—Vale —dijo lánguidamente.

Bryce la miró atónito. Las mujeres, por lo general, se mostraban encantadas de poder pasar tiempo con él. Luego chasqueó los dedos.

—Ya entiendo. Eres inglesa, ¿verdad? Llevas encima esa represión Merchant-

Ivory. ¡Me encanta! Te espero en el vestíbulo a las seis y media. —Y, mesándose el pelo, se marchó.

De nuevo en la habitación, Ros comprobó el teléfono, levantó el auricular, venció el deseo de marcar el número de Michael y puso rumbo a la ducha. Estados Unidos, la tierra de las oportunidades. Como mínimo debía intentarlo. Después de todo, Bryce era un hombre muy atractivo.

Tras rebuscar en el revoltijo de prendas arrojadas sobre la cama, consiguió adquirir un aspecto presentable. Un vestido negro corto, pero no demasiado corto, y unas sandalias negras altas, pero no demasiado altas. Sin embargo, cuando se miró al espejo sintió que tenía delante a una extraña. ¿Quién era esta chica que se disponía a salir con un hombre que no era Michael?

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Bryce estaba aguardando en el vestíbulo. El pelo, aclarado por el sol, le caía sobre la frente dorada, y la blanca dentadura destellaba en una sonrisa radiante. El ánimo de Ros se elevó un ápice. Quizá su situación no era tan mala. Cuando se dirigían al coche, advirtió que Bryce se retocaba el pelo al pasar por la ventanilla, pero fingió no verlo.

El bar, ambientado con una luz tenue, era tranquilo.

—Para que podamos hablar de verdad —dijo Bryce con una sonrisa que prometía grandes cosas, y el nivel mercurio del humor de Ros subió de nuevo. En cuanto hubieron pedido las bebidas, Bryce emprendió la charla prometida.

—... y luego me dieron el papel de dependiente en *Fuera de onda*. Hicieron un montón de recortes, es cierto, pero el director me dijo que había estado genial, lo que se dice genial. Y lo cierto es que hice una actuación verdaderamente genial. Me entregué y me entregué hasta que me dolió, pero el maldito montador me estaba encima todo el rato...

Ros asintió, comprensiva.

—... tendrían que haberme dado el papel de Joseph Fiennes en *Shakespeare in Love*. Era idóneo para mí, incluso se lo dijeron a mi agente, pero la política cinematográfica es muy puñetera, ¿no crees?

Ros asintió de nuevo. Pese a los dramas relatados, Bryce seguía esbozando su radiante sonrisa. No obstante, mientras la letanía de infortunios proseguía, Ros empezó a percatarse de que Bryce nunca la miraba directamente a los ojos. Y la sonrisa, sin embargo, nunca decaía. Al final, preguntándose si estaría flirteando con alguna chica que tenía detrás, Ros se volvió. Y vio un espejo. Eso lo explicaba todo. Bryce estaba coqueteando con su persona favorita: él mismo.

Y seguía hablando y hablando. Actuaciones geniales que había estado a punto de hacer. Directores malvados, montadores crueles, primeros actores que la tomaban con él porque se sentían amenazados por su talento y su físico.

—Oye, pero basta de hablar de mí —dijo, y por fin hizo una pausa para respirar—. ¿Qué piensas de mí?

Ros apenas podía hablar de lo deprimida que estaba. En compañía de Bryce se sentía más sola de lo que se había sentido estando sola.

—¿Te importa que me vaya? Tengo mucho sueño. Debe de ser el *jet lag*.

—Solo llevamos aquí media hora —protestó Bryce—. Todavía estoy entrando en calor.

Para desgracia de Ros, Bryce se ofreció a acompañarla al hotel. Y a su habitación. Una vez frente a la puerta, Ros advirtió que estaba a punto de besarla. Se preparó, pues no le quedaba energía para resistirse. Bryce la miró fijamente a los ojos y le pasó un dedo suave por la mejilla. Pese a ser el hombre más aburrido del mundo, Ros no pudo evitar sentir una chispa de interés. Después de todo, era guapísimo. Lentamente, Bryce descendió sus perfectos labios hacia su boca, pero a medio camino se detuvo.

—¿Qué haces? —susurró Ros.

—Un primer plano —susurró Bryce a su vez—. Un primer plano de mi cara de tres segundos antes de que la cámara capte el abrazo final.

—¡Esto es el colmo! —Ros introdujo la llave en la cerradura, entró rápidamente en su habitación y le cerró la puerta en las narices.

—¡Caray! —Aunque pasmado, Bryce no se dejó intimidar—. Las inglesas tenéis mucho carácter, igualitas a Judi Dench. ¿La conoces? Lo digo porque al ser inglesas las dos...

—Lárgate —espetó Ros, temblorosa la voz por el deseo de llorar.

Esto era lo peor que se había sentido hasta el momento. Estaba hundida. Totalmente hundida. ¿Era esto cuanto podía esperar? ¿Tediosos narcisos egocéntricos?

Bib se había opuesto a lo de la copa con Bryce desde el principio. Odiaba a esos hombres que pensaban que podían enamorar a una mujer simplemente con una sonrisa arrolladora. Había intentado advertir a Ros de que Bryce no era más que un engreído, pero no quiso escucharle y... ¿Qué ocurría ahora? Alguien estaba

aporreando la puerta de la habitación y exigiendo que lo dejaran entrar. Era una voz masculina. ¿Bryce, probando suerte otra vez?

—¡Abre la maldita puerta! —ordenó la voz, y mientras Bib observaba estupefacto la escena, Ros caminó sonámbula hasta la puerta y abrió. En el rellano había un hombre. Un hombre al que Bib enseguida reconoció. Mas no era ninguno de los aspirantes a actor, era...

—¡Michael!

Bib tuvo que reconocer, muy a su pesar, que Michael estaba guapísimo. Con su cabello alborotado, su camisa tejana arrugada y su intensa presencia masculina, hacía que todos los aspirantes a Tom y Brad parecieran gallinas remilgadas.

—¿Puedo entrar? —preguntó Michael.

—Sí. —Ros tenía pinta de estar a punto de desmayarse—. ¿Qué haces aquí? —preguntó mientras Michael entraba.

—Quería besarte —declaró él, y dicho eso atrajo a Ros hasta su torso ancho y duro y la besó de una forma tan íntima que Bib se mareó.

Finalmente, Michael apartó los labios y dijo al rostro inclinado de Ros:

—He venido a solucionar el problema, nena. Entre tú, yo y ese lío del trabajo.

—¿Has venido en avión? —preguntó Ros, algo aturdida.

—Naturalmente.

«Ajá —pensó Bib—. Un hombre sin mucho sentido del humor que digamos.» La mayoría de la gente habría contestado algo como: «No, hice los nueve mil kilómetros a la pata coja».

—No puedo creerlo. —Ros no lograba salir de su asombro—. Estamos sin blanca y, a pesar de ello, has recorrido medio mundo para salvar nuestra relación. Es la cosa más romántica que me ha pasado en la vida.

Y Bib tuvo que reconocer que Michael tenía un toque muy Heathcliff, caminando de un lado a otro de la habitación, con aire taciturno y apasionado.

Malhumorado, en realidad, concluyó Bib.

—Vendrás a casa conmigo —dijo Michael—. Mandarás ese trabajo al cuerno, nos casaremos y viviremos felices para siempre. Estamos hechos el uno para el otro. Estuvimos muy bien hasta que te ascendieron. Solo entonces las cosas empezaron a ir mal.

La expresión dichosa de Ros fue sustituida por el dolor y el desconcierto.

—Vamos. —Michael parecía impaciente—. Haz la maleta. Te he conseguido una plaza en mi vuelo.

Pero Ros parecía paralizada por la indecisión. Se apoyó en una pared y se quedó quieta. El ambiente era cada vez más denso. Bib estaba empapado de sudor. Y eso que no tenía glándulas sudoríparas.

No lo hagas, le suplicó desesperadamente. *No tienes que hacerlo. Si él te quisiera de verdad, no te pediría que eligieras.*

Consternado, vio que Ros recogía el pijama de debajo de la almohada y lo doblaba despacio.

—¿Dónde está la maleta? —preguntó Michael—. Te ayudaré a hacerla.

Ros la señaló y procedió a verter en una bolsa los artículos de tocador que descansaban sobre la cómoda. Luego abrió el armario y recogió las dos prendas que había colgado. Bib tuvo la impresión de que sus movimientos eran cada vez más rápidos y seguros. Presa del pánico, reunió toda su energía y la concentró en Ross.

No necesitas a este hombre, le dijo. *No necesitas a ningún hombre que te trate como una posesión sin mente ni vida propia. Eres bonita, eres inteligente, eres dulce. Conocerás a otro hombre que te aceptará por entero. De hecho, si estás dispuesta a abandonar los prejuicios y a que no te importen las relaciones entre especies diferentes, yo me ofrezco gustosamente voluntario para el puesto...*

—Recogeré tus cosas del baño —dijo Michael, moviéndose con presteza.

Entonces Ros abrió la boca para hablar, y Bib rezó para que sus palabras fueran las adecuadas.

—No —dijo, y Bib se tambaleó de puro alivio—. No —repitió Ros—. Déjalas donde están. No puedo irme esta noche. Mañana tengo una reunión.

—Lo sé, nena —repuso Michael con la voz tirante, como si estuviera luchando por conservar la calma—. Por eso quiero que vengas conmigo ahora.

—No me obligues. —El sufrimiento se reflejaba en todo el semblante de Ros.

—Ha llegado la hora de que tomes una decisión. —La expresión de Michael era severa—. Yo o el trabajo.

Tras una larga y demoledora pausa, Ros habló.

—Voy a quedarme, Michael.

Incrédulo, el rostro de Michael se deformó.

—No sabía que amaras tanto ese trabajo.

—Y no lo amo —repuso Ros—. Esto no tiene nada que ver con el trabajo.

Michael la miró desdeñosamente, y Ros prosiguió.

—Cuando quieres a alguien, lo dejas cambiar. Si el matrimonio es para toda la

vida, yo seré una persona muy diferente dentro de diez, veinte, treinta años. ¿Cómo piensas hacer frente a eso, Mikey?

—Pero yo te quiero —insistió él.

—No lo bastante —replicó ella con tristeza.

Tras unos instantes de estupefacción, Michael saltó a la ira.

—Eres tú la que no me quiere.

—Sí te quiero, y no te imaginas cuánto —replicó Ros con voz queda y firme—.

Pero yo soy yo.

—¿Desde cuándo? —Michael no podía ocultar su asombro.

—No lo sé. —También Ros parecía sorprendida—. Desde que llegué aquí, quizá.

—¿Tiene esto algo que ver con Lenny? ¿Estás liada con él?

La risa incrédula de Ros lo dijo todo.

—¿Lo he entendido bien entonces? —dijo Michael, malhumorado y resentido—.

¿No piensas venir a casa conmigo?

—Tengo un trabajo que hacer —dijo quedamente Ros—. Volveré a casa mañana por la noche.

—En ese caso, no esperes que te esté aguardando.

Y con ese aire masculino que Bib, pese a todo, admiraba, Michael se marchó de la habitación.

La puerta se cerró, el silencio lo inundó todo y —como era natural, pensó Bib— Ros rompió a llorar.

Adiós para siempre a Michael. La idea le resultaba casi insoportable. Se tumbó en la cama y recordó la textura de su pelo, encrespado y, al mismo tiempo, sorprendentemente sedoso. Ya nunca volvería a acariciarlo. Imagina, nunca, nunca más. Podía aspirar su olor como si estuviera en la habitación, esa curiosa mezcla de dulce y almizcle tan única y característica de Michael. Iba a extrañar mucho ese olor. Como también iba a extrañar la taquigrafía oral con que se comunicaban, el hecho de no necesitar terminar las frases o incluso las palabras de tan bien que se conocían. Tendría que buscarse a otra persona con la que envejecer.

Su relación había terminado, de eso estaba segura. Se habían terminado las discusiones, los intentos de cambiar la opinión del otro.

Habían tenido muchas discusiones fuertes, discusiones amargas, pero ahora en el aire solo flotaba la quietud de la pena. La calma de cuando todo está perdido. Había

superado la turbulencia de la rabia y la furia y penetrado en las aguas tranquilas del sin retorno.

¿Qué iba a hacer con el resto de su vida?, se preguntó. ¿Cómo iba a llenar todo el tiempo entre el ahora y el día de su muerte?

Patina, fue el pensamiento que le vino a la cabeza. Enseguida se dijo que se dejara de tonterías. ¿Cómo iba a ponerse a patinar en ese momento?

¿Y por qué no? ¿Qué otra cosa podía hacer hasta la hora de acostarse? Y, pese a todo lo sucedido esa tarde, no eran más que las ocho y media. Se puso las mallas, aun cuando tenían un roto en la rodilla, y cruzó corriendo la arena. Le sorprendía lo mucho que deslizarse a gran velocidad sobre sus patines le levantaba el ánimo. Tenía que ver con la satisfacción que le producía ser tan buena patinadora. Era verdaderamente hábil, para tratarse de su segunda vez. Tenía un sentido del equilibrio fuera de lo común.

Tod, el niño que había visto el día anterior, se encontraba allí con su sufrida madre. Bethany estaba roja y exhausta de tener que correr sujetando la bici mientras Tod pedaleaba por los mismos seis metros de paseo. Ros la obsequió con una sonrisa solidaria.

Después regresó a su habitación y, contrariamente a lo esperado, consiguió conciliar el sueño. Despertó por la mañana y se fue al trabajo, donde, con una destreza que dejó impresionada a la compañía de Los Ángeles, negoció un descuento del treinta por ciento cuando lo máximo que había planeado obtener era un veinte. Soplando el humo de su revólver imaginario, repartió apretones de mano tan firmes que provocó muecas de dolor. Después regresó al hotel para hacer la maleta. A eso lo llamaba ella una misión cumplida con creces.

Bib estaba desesperado. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Viajar a Inglaterra con Ros o volver a su planeta? Le había tomado mucho cariño a Ros —demasiado cariño—, pero intuía que él no era su tipo y que mostrarse en todo su esplendor amarillo era una pésima idea. Le producía un gran pesar no poder hacerlo. En apenas poco más de dos días se había enamorado de ella.

¿Estaría bien Ros? Ella pensaba que estaba bien, pero ¿qué pasaría cuando él la dejara y no hubiera nadie para reforzarle la confianza en sí misma? ¿Volvería con Michael? Porque eso sería un error. Sería un terrible error.

Tanta preocupación era impropia de él. La respuesta le llegó la tarde del último día.

Ros disponía de un par de horas antes de partir hacia el aeropuerto, de modo que, en lugar de deprimirse en su habitación, corrió hasta el paseo marítimo para una última sesión de patinaje. Bib no había tenido nada que ver con eso, ella lo había decidido sola. Él habría preferido una velada tranquila con Ros a tener que correr a su lado, tratando de no perder el ritmo, mientras ella se deslizaba velozmente sobre sus patines, riendo de placer.

Bethany y Tod estaban allí. Bethany no se cansaba de correr detrás de la bici, sujetando firmemente a Tod. Recorrían siempre el mismo tramo de paseo, hasta que, en un momento dado, Bethany se soltó y Tod siguió pedaleando. Cuando se dio cuenta de que estaba avanzando solo, sin nadie que lo aguantara, se tambaleó ligeramente pero enseguida recuperó el equilibrio.

—¡Voy solo! —gritó eufórico—. ¡Mira, mamá, voy solo!

—Es una cuestión de confianza —dijo Bethany a Ros con una sonrisa.

—Supongo que sí —convino Ros mientras se deslizaba elegantemente con sus patines. Hasta que chocó con un corredor.

Mientras la ayudaba a levantarse, Bib empezó a caer en la cuenta de algo. Claro, pensó, él había sido el entrenador de Ros y, sin que ella lo supiera, le había inyectado seguridad, seguridad para hacer su trabajo en una ciudad extraña, seguridad para liberarse de un hombre dominante. Y del mismo modo que Tod ya no necesitaba a su madre para ir en bici, Ros ya no necesitaba a Bib. Ella actuaba ahora de forma autónoma, Bib podía sentirlo. Desde su actuación en la última reunión con la compañía hasta la decisión de salir a patinar sin que Bib la impulsara a ello, Ros había dado muestras de una gran fuerza y seguridad en sí misma.

Se alegraba por ella. Se alegraba de verdad. Pero estaba claro que había llegado el momento de separarse. Bib se preguntó qué era la extraña sensación que notaba en el pecho y tardó un rato en comprender que, por primera vez en su vida, tenía el corazón roto.

El aeropuerto de Los Ángeles hervía de gente. Más de lo habitual.

—Buscadores de extraterrestres —informó la chica de facturación a Ros—. Por lo visto, hace unos días alguien vio por aquí a un hombrecillo amarillo.

«¡Extraterrestres! —pensó Ros, contemplando desdeñosamente a la enloquecida multitud cargada con contadores Geiger y detectores de metales—. ¡Esta gente es la monda!»

Cuando Ros se colocó el cinturón de seguridad de su asiento, ignoraba por completo que una criatura amarilla de un metro de estatura estaba observando su avión y luchando por contener las lágrimas.

—Los hombres no lloran —se reprendió Bib mientras el avión de Ros rodaba por la pista hasta casi desaparecer.

Lo vio elevarse hacia el cielo y volverse súbitamente ligero, como aerotransportado. Se quedó mirándolo hasta que ya solo fue un punto en el firmamento. Luego retrocedió sobre sus pasos, entre las hordas de gente que ansiaban conocerlo, hasta el lugar donde había escondido su nave. Había llegado el momento de volver a casa.

El avión de Ros aterrizó un día de verano típicamente inglés, bañado de brisa, devolviéndola a una vida sin Michael. Mientras los motores se apagaban, se esforzó por tragar la dulce tristeza que le oprimía el pecho. No obstante, pese a sentir la pérdida, sabía que todo iba a ir bien. En medio del dolor, en el ojo de la tempestad, sabía con certeza que saldría adelante. Estaba sola y no le importaba. Y había algo más con ella: la firme convicción, la certeza inquebrantable de que no estaría sola el resto de su vida. Parecía un sinsentido porque ahora era una chica soltera, pero tenía la extraña sensación de ser amada. Una sensación que la rodeaba y transportaba, que la fortalecía.

Tras recoger el bolso y el libro y ponerse los zapatos, echó a andar por el pasillo del avión. Al bajar por la escalerilla aspiró el templado aire inglés, tan diferente del aire bochornoso de Los Ángeles. Se detuvo un instante en medio de la pista y contempló el vasto cielo, que describía su curva sobre el aeropuerto, empequeñeciéndolo, extendiéndose hasta el infinito. Y entonces supo, sin reservas, que en algún lugar había un hombre que iba a quererla como era. Ignoraba por qué estaba tan segura. Pero lo estaba.

Antes de subir al autobús para ir a la terminal, echó una última ojeada a la inmensa bóveda azul. Sí, no le cabía duda, su corazón se lo decía. Tan cierto es que el sol saldrá por la mañana como que él está ahí afuera. En algún lugar...

*Publicado originalmente en
la revista That's Life, verano de 1999*

PREGUNTA. Querida mamá Walsh, parece una mujer piadosa y respetable, de elevados principios, y sin embargo habla como una verdulera. Me cuentan que utiliza a menudo la palabrota «fecking». No lo entiendo.

BYRON, Auckland

RESPUESTA. Byron, cielo, no eres irlandés, ¿verdad? Deja que te explique.

«Fecking» es una maravillosa palabra irlandesa que el Señor nos dio para cuando estamos tan furiosos que queremos decir «fucking» pero estamos en compañía de gente fina. No puede considerarse una palabrota. «Fecking» es un comodín bonito y práctico que podrías decirle incluso a un obispo. Así pues, casi nunca utilizo «fucking». Muy, muy raras veces lo hago. Como el día que Margaret vino a casa y me dijo que había dejado al calzonazos de su marido, e incluso entonces esperé a estar en mi dormitorio y solo lo dije delante del señor Walsh. (Creo que la frase exacta fue: «*Fuck, fuck, fuck*. ¿Por qué no puede una de mis *fucking* hijas permanecer *fucking* casada más de cinco *fucking* minutos?»). Y el señor Walsh respondió: «*Fuck*, no lo sé». Y yo dije: «Vigila esa *fucking* lengua». Y luego nos echamos a reír, porque hay que hacerlo en estas situaciones.) Espero que te haya quedado *fecking* claro.

P. Querida mamá Walsh, el problema es que soy adicta al chocolate. Tengo que comer chocolate cada tarde, sobre las tres y media (generalmente Hazelnut Caramel o Biscuit Boost). Cuando digo que tengo que comerlo, es que tengo que comerlo. Luego, cuando vuelvo del trabajo, si es algo más tarde de lo habitual y tengo hambre, me compro algo para el trayecto entre la parada del autobús y mi casa. (Normalmente un Time Out o un Twirl.) Pero mi mayor problema son las cajas de bombones. Una vez que abro una, no puedo parar. Literalmente, no puedo. Me digo que será el último pero nunca lo es y sin darme cuenta vacío la caja, salvo por los bombones de café y esas porquerías de fresa que, incomprensiblemente, son los favoritos de mi hermana. A veces, en el trabajo, nos regalan cajas de bombones que corren por las mesas, y la gente agarra uno y sigue trabajando, pero yo no puedo dejar de pensar en esa caja abierta con los bombones todavía intactos y soy incapaz de concentrarme en otra

cosa. La semana pasada, en una de esas ocasiones, escondí la caja en el armario de los sobres y me comí once, los conté, once bombones en menos de cinco segundos. Eso me dejó muy preocupada. Arrastro de mi infancia problemas de abandono y me pregunto si debería ver a un especialista en adicciones.

FRAN, Newcastle

R. Estoy hasta la coronilla de tanta adicción. La que no es adicta a los zapatos es adicta al alcohol y la que no es adicta al alcohol es adicta a los Pringles. En mis tiempos, Fran, la gente no tenía problemas, ni alcohólicos anónimos ni «codependencias» (sea lo que eso sea). Hoy día queréis ser adictas a todo, únicamente porque está de moda. No hace tanto se llevaba que las chicas fueran lesbianas y antes de eso que fueran vegetarianas. El chocolate es delicioso, todo el mundo lo sabe. Hay que ser un bicho raro para que no te guste. Nosotros tenemos una lata en casa con un gran surtido, y a mí me gusta comerme un Twix gigante con mi taza de café de la mañana, y casi todos los días, después de comer, el señor Walsh y yo compartimos un Kit-Kat. (No el gordo, sino el tradicional, el de las cuatro barras. En realidad los compré para Helen; estaba en la cama con anginas y me pidió que le comprara Kit-Kats cuando fuera a Dunnes. Pero, siendo Helen, no especificó que quería Kit-Kats Chunky y cuando llegué a casa con la otra variedad, casi me arranca la cabeza. Se enfadó tanto que el señor Walsh se subió al coche y estuvo dando vueltas hasta que encontró los Kit-Kats Chunky. Desde entonces nos hemos ido comiendo los otros y la verdad es que son igualmente deliciosos.)

Abajo

Qué paz hay aquí abajo. Todo está en calma, y vacío, vacío, vacío. No hay nadie más, solo yo. A incontables brazas de aire hueco sobre mi cabeza hay otro mundo, el mundo del que vengo. Y al que no pienso volver.

Eso, sin embargo, no los detiene. Mi marido, mis padres, mi hermana y mis amigos están decididos a hacerme volver. Alguien les dijo que la gente en estado de coma responde a los estímulos, que el oído es el último sentido que pierden, que la música y las conversaciones y las voces de mis seres queridos pueden arrancarme de las profundidades.

Me tienen harta.

Casi se diría que se trata de una competición. Se presentan en mi habitación del hospital a todas horas, de día y de noche, para contarme los aburridos detalles de su día, desde lo que soñaron por la noche hasta los semáforos en rojo que se saltaron al ir al trabajo por la mañana, empeñados en ser los primeros en conectar conmigo. O, peor aún, para ponerme música que aseguran que es mi favorita pero no lo es. Es la música que a ellos les gusta. No pueden evitarlo, es la norma, por eso la gente siempre regala lo que a ellos les gustaría recibir.

Como Chris, mi marido, que insiste en que me gusta Coldplay, y no me gusta. A quien le gusta es a él, pero se empeña en comprar sus discos para mí. Pero no veo la necesidad de desilusionarlo, no es más que un detalle. La música que de verdad me gusta (música disco de los setenta, por cierto) está en mi coche, porque solo cuando estoy a solas conduciendo puedo ser yo misma.

Mi padre, mi madre y mi hermana Orla acaban de llegar. Orla se embarca en un enredoso relato sobre un drama ocurrido con el secador de la peluquería que dirige, donde una mujer les dijo que iba a denunciarlos porque el flequillo le azotaba el ojo. Luego papá y mamá me cuentan con todo lujo de detalles una película que acaban de ver. Tengo la triste impresión de que fueron únicamente para tener algo que contarme, lo que queda más o menos confirmado cuando papá, de repente, dice con un suspiro:

—¿Sirve de algo todo esto? ¿Crees que nos oye?

Sí, papá, puedo oírte mejor de lo que imaginas. Suenas distante, como si estuvieras en una galaxia lejana, pero puedo oírte.

—Le pondremos un poco de James Last —propone—. Le encanta.

Querrás decir que te encanta, papá.

—Siempre lo bailábamos en Navidad —continúa—. Ella y yo. Le encantaba.

Papá, tenía seis años. Han pasado casi treinta.

Una versión hilo musical de «Waterloo» inunda la habitación. Creo que es el popurrí de Abba.

Señor, si quieren que vuelva a la realidad, se están equivocando de método.

Me escabullo bajo la superficie y me sumerjo cada vez más, hacia el fondo insondable. Hay tanta tranquilidad aquí... Es como pasarse una semana en una playa de una isla tropical perfecta, sin preocupaciones, sin miedos. Sin sentir nada, nada, nada.

Chris, mi marido, viene mucho por aquí. Se sienta muy cerca de mí y llora mientras, como ruido de fondo, gime Coldplay. Siempre huele bien y mientras está aquí se impone sobre el olor a descomposición y muerte del hospital. Habla sin parar, con voz desesperada. Hoy está diciendo:

—Laura, ¿recuerdas cuando nos conocimos, en el vuelo a Frankfurt? Yo quería sentarme junto a la ventana para ver los Alpes y tú te negaste a cederme tu asiento. Pensé que eras la mujer más belicosa que había conocido en mi vida. Y dijiste que, por muy belicosa que yo pensara que eras, no ibas a moverte de tu asiento de la ventana.

Sí, Chris, lo recuerdo.

—¿Y recuerdas cuando me llevaste a comprar un traje para la entrevista y me hiciste probar un montón de cosas que no me había puesto antes? Cómo nos reímos.

Sí, Chris, lo recuerdo.

—Por favor, Laura, vuelve, vuelve. —Deduzco que está solo, porque a renglón seguido susurra en mi oído—: Lo siento mucho, Laura, te quiero tanto, lo siento, lo siento mucho. Te compensaré, pero vuelve, por favor. Haré lo que me pidas.

Podrías dejar descansar a Coldplay un ratito, por ejemplo.

Pero en realidad no importa. No pienso ir a ninguna parte. Aquí abajo estoy bien.

Recibo muchas visitas. De unas me doy más cuenta que de otras. Las chicas del trabajo vinieron e intentaron recrear el ambiente de la oficina trayendo chokolatinas por un tubo y discutiendo acaloradamente sobre si el chocolate con leche era mejor que el chocolate negro. Y todas al unísono exclamaron: «¡Qué asco, el chocolate negro! Yo paso de él... ¡bueno, casi!».

Muchas risas, aunque venían de muy lejos. No siempre puedo controlar mi grado de conciencia, voy y vengo como una radio mal sintonizada. O puede que esta vez no estuviera interesada. Quizá temía que empezaran a hablar del trabajo. Porque no quería saber nada del trabajo. En cierto modo, me siento como si estuviera de vacaciones. Mejor que unas vacaciones, de hecho, porque aquí abajo estoy completamente sola.

Sobresaltada, noto que me arrancan de mi vacuidad. Mi habitación parece haberse llenado de personas airadas. Oigo voces histéricas: alguien se ha acostado con alguien y este alguien pensaba que la otra persona lo quería pero ahora quiere matarla. Gritos y mucha agresividad. ¿Qué está pasando aquí? ¡Los esfuerzos por estimularme han ido demasiado lejos! Quiero que salgan de mi habitación.

Mi cama está temblando. ¿Qué ocurre? ¿Un terremoto?

—¿Qué demonios está pasando aquí? —Una voz autoritaria. Una enfermera, creo —. Señora Coy y Orla Coy, bájense ahora mismo de la cama de Laura.

Más sacudidas y la voz abochornada de mamá:

—Lo siento, hermana, solo queríamos recrear nuestras sesiones de *EastEnders*. Cuando Laura viene a casa, lo vemos acurrucadas en el sofá.

—Pero ¡su estado es crítico! ¡No se le puede mover la cabeza! Además, podrían haber arrancado algún tubo, y esos tubos son los que la mantienen viva, señora Coy.

No tengo ganas de presenciar la escena. Desciendo lentamente, como una pluma, esperando ser absorbida por una vacuidad oscura y reconfortante.

Pero algo ha debido de ocurrir cuando me invadieron la cama, porque no estoy suspendida en el bálsamo de la vacuidad. Estoy de pie junto a un río. Esto es nuevo.

—¡Laura, Laura, aquí!

En la otra orilla hay un grupo de personas, jóvenes y viejas, que sonríen y me hacen señas. ¿Quién demonios es esa gente? La observo y algunos rostros empiezan a resultarme familiares, se parecen a mi padre, que tiene la cara redonda y sonrosada. Probablemente son primos. Y hay otros. Está la tía Irene, la hermana de mamá, que

murió cuando yo era un bebé; la reconozco por las fotos. Y hay otras personas que se parecen a mamá. Esta gente son parientes míos.

La escena es curiosamente familiar. Parece... parece una boda de familia. Están contentos y colorados, como si hubieran estado girando en un cutre salón de baile, con sus mejores galas, al ritmo de «Let's Twist Again» y «Sweet Caroline». En cualquier momento llegará el pollo gomoso. Me estremezco.

Entonces reparo en la abuela, seria y erguida en una butaca de duro respaldo. En la mano tiene su bastón negro, el que utilizaba para pegarnos a Orla y a mí en los tobillos cuando éramos niñas. Y un cuerno. No pienso ir a un lugar donde otra persona me pueda pegar.

—Sube a la balsa, Laura —gritan—. Está ahí, detrás de los juncos.

Echo un vistazo. La balsa es una cosa endeble y llena de agujeros, como un palé. Ni siquiera tiene bordes. Ni loca me subo. Podría hundirme. Aunque, por lo que veo, se diría que ya estoy muerta.

—¡No! —grito, y el grito parece estallar en el cielo—. No voy a cruzar.

Un clamor de «¡Tienes que cruzar, es tu hora, se te acabó el tiempo!» me llega desde la otra orilla.

—Me importa un carajo —digo—. No voy a cruzar.

Familia arriba, familia abajo. Estoy atrapada.

—... ritmo cardíaco está estabilizándose...

—Casi la perdemos.

—Es una luchadora.

—¿En serio? Eso podría explicar todas esas cicatrices.

Fiona ha estado aquí antes, pero yo apenas había percibido su presencia. Esta vez puedo oírla con claridad.

—Laura, no te mueras —me implora—, no te mueras. Ya verás como todo se arregla. Yo te ayudaré a arreglarlo.

Puedo sentir su desesperación. Hace mucho que sospecha. Nunca ha comentado nada, pero han sido muchas sus insinuaciones y miradas elocuentes. Hubiera debido decírselo, pero no lo hice. No fui capaz, pese a ser mi mejor amiga. Porque me daba demasiada vergüenza.

Chris ha vuelto. Siento a mi lado el agradable olor y la voz queda, intensa.

—Laura, ¿recuerdas el día que estaba contemplando el jardín y dije: «Laura, mira qué amapola tan bonita»? En realidad no era una amapola, sino una bolsa de patatas fritas roja, pero como no llevaba las gafas, pensé que era una amapola. ¿Recuerdas cómo nos reímos?

Sí, Chris, lo recuerdo. Y recuerdo lo que ocurrió después.

Siguiente aparición, mi jefe, Brian el sudoroso. Chris le agradece la visita. Al parecer, en el trabajo soy muy eficiente; si algo podría hacerme reaccionar, es saber la cantidad de gente a la que estoy fallando por cometer la temeridad de permanecer tumbada en una cama con una grave lesión en la cabeza.

—¿Seguro que es bueno que le hable del trabajo? —pregunta Brian, y un coro de voces le asegura que es lo mejor para mí.

Una presencia voluminosa, sudorienta, llega hasta mi cabecera. Brian no se siente nada cómodo hablándole al rostro impasible de una mujer en coma. Nunca destacaría como presentador de un programa infantil, donde hay que tener animadas conversaciones creíbles con zanahorias y aletas de fieltro y toda clase de cosas inanimadas.

«Tómale la mano», le dice alguien. Y eso hace, con cautela. Me está gustando mucho esto del coma, pero tener a un jefe sudoroso, que se atribuye todo el mérito de mi trabajo, sosteniéndome la mano, es demasiado.

—Hola, Laura. No sé si... mmm... si puedes oírme. Si puedes, quiero decirte que toda la pandilla te echa de menos y te desea una pronta recuperación. —*Extraído directamente de una tarjeta de felicitación barata*—. Y... veamos... sí, Janet ha alcanzado su peso ideal con Weight Watchers y... y... ¡ah, esto te va a encantar! ¿Te acuerdas de ese tío nuevo, ese que es un poco idiota?... Pues por lo visto el otro día entró caminando en el parking, justo después de que pasara un coche, y se olvidó de la barrera, que acababa de elevarse para dejar pasar al coche, claro, ¡y se le vino encima! Le rompió la nariz y le fracturó el cráneo. Todos opinamos que será para mejor.

Gracias, Brian, por contarle a una mujer en estado crítico, con una herida en la cabeza, el porrazo que se ha dado otra persona. No me extraña que ya no te dejen acercarte a los clientes.

—En fin, Laura, ¿recuerdas la fecha de lanzamiento de Acideeze? Cómo no vas a recordarla, tú la organizaste. Bueno, pues el tiempo corre y todos dependemos de ti.

Eres la mejor, Laura, nadie cautiva a esos médicos como tú. Los demás están haciendo lo que pueden, armando los escaparates y demás, pero te necesitamos. ¡Vuelve, Laura!

Advierto que los presentes en la habitación están gratamente impresionados con su brillante declaración. Seguro que eso me hará saltar de la cama y ponerme el traje de trabajo, están pensando.

Pero detrás de mi rostro inexpresivo me he puesto a pensar. Mmmm, déjame ver, Brian. ¿Qué me estás ofreciendo? ¿Que vuelva al trabajo con la cabeza rota y me parta el culo trabajando en el lanzamiento de un nuevo antiácido para el estómago, donde, si es un éxito, tú te llevarás las felicitaciones y, si es un fracaso, la bronca será para mí? ¿O quedarme aquí, donde la mayor parte del tiempo estoy tranquila y relajada, salvo cuando vienes a darme la lata? Deja que lo piense un momento...

Colega, estás solo en esto.

De nuevo tengo a Chris al lado.

—Laura, ¿recuerdas el fin de semana en Galway, cuando vimos los delfines? Había muchos, montones, puede que veinte, jugando, saltando y buceando, como si estuvieran actuando para nosotros. Fue un día increíble, y toda la playa para nosotros. ¿Lo recuerdas, Laura? Sentimos que habíamos sido elegidos para un pequeño milagro.

Lo recuerdo, Chris, claro que lo recuerdo. Aunque recuerdo mejor lo que ocurrió después. Recuerdo que íbamos en el coche, de regreso al hotel, y nos equivocamos de camino, por culpa mía, y tú, casi con indiferencia, me cruzaste la cara con el brazo, propinándome tal golpe en la nariz y la boca que la sangre llegó hasta el salpicadero. ¿Lo recuerdas, Chris? Porque yo sí. Tuve que decirle a la gente del hotel que había resbalado trepando por las rocas. ¿Recuerdas eso? Y se compadecieron de mi mala suerte, porque tan solo un día antes había tenido ese accidente en el velero que me cerró el ojo.

Me ves y es imposible creerlo, ni siquiera cuando estoy llena de cortes y moretones. Llevo tacones altos, soy mandona en el trabajo y siempre luzco un pelo impecable (salvo cuando me han arrancado algunos mechones). Consigo justificar mis heridas por mi estilo de vida deportivo, y la gente lo cree porque la verdad sería demasiado espeluznante. Y, naturalmente, todo el mundo adora a Chris. (Bueno, casi todo el

mundo; creo que Fiona tiene sus dudas.) Dicen que es un cielo. Tan pendiente de mí. Tan pendiente que si llego a casa diez minutos tarde, me aplasta la cara contra la pared o me da puñetazos en los riñones o me disloca un hombro.

Viéndolo desde fuera, debí dejarlo hace mucho. Pero la primera vez que me pegó fue un arrebato aislado, un caso excepcional. Chris estaba horrorizado, llorando, implorando mi perdón. La segunda vez también fue un caso aislado. Como la tercera. Y la cuarta. En un momento dado la sucesión de incidentes aislados dejó de ser una sucesión de incidentes aislados y se convirtió en lo normal. Pero yo no quería verlo.

Estaba demasiado avergonzada. No solo por la humillación que representaba ser golpeada y apaleada por el hombre al que quería, sino por haber cometido un error tan grande. Soy una mujer inteligente, tendría que haberme dado cuenta. Y, una vez que me hubiese dado cuenta, haberme largado.

Complicaba las cosas el hecho de que lo quisiera. O de que lo hubiera querido. Y, por frívolo que esto pueda sonar, yo había invertido mucho tiempo y esfuerzo en convertirlo en el hombre de mi vida; ver lo mucho que me había equivocado no era fácil de aceptar. Sobre todo porque a veces teníamos nuestros momentos buenos. Incluso ahora. Había días en que se mostraba como el hombre al que había conocido. Pero yo ya no era la misma. Siempre tenía un nudo en el estómago, siempre estaba tensa por la angustia, preguntándome qué siguiente incidente le cambiaría el humor. ¿Un vendedor telefoneando cuando estaba cenando? ¿Un botón caído de la camisa? ¿Una llamada de Fiona para mí?

Cuanto más me pegaba, menos confianza tenía en mí misma. A veces casi conseguía convencerme de que me lo tenía merecido.

Por las noches permanecía despierta en la cama, dando vueltas a la cabeza, preguntándome si existía alguna forma de salir de esta trampa. Quizá a Chris se le pasaba y finalmente dejaba de comportarse así. Pero hasta yo me daba cuenta de que iba a peor, pues cada vez encontraba más pretextos. ¿Ir a la policía? La policía no me ayudaría si no presentaba cargos contra él. Y no podía hacer eso. Convertiría mi error, mi vergüenza, en algo público y escabroso.

Podía dejarlo, naturalmente. Lo cierto es que lo había intentado. Y mira lo que había conseguido. Que él se pusiera como una furia y me arrojara por las escaleras, fracturándome el cráneo.

Aquí abajo, rodeada de silencio, todo parece sereno y lógico. A veces uno necesita

alejarse un tiempo para ver las cosas con claridad. Como un retiro espiritual. (Nunca he hecho ninguno, pero siempre me ha gustado la idea. Aunque no lo suficiente para aceptar un fin de semana sin tele ni papel higiénico de doble capa.)

Si muero, significará que él me ha matado. Habrá hecho lo que amenazó con hacer tantas veces. Aunque yo nunca le creí. De hecho, me parece que él tampoco. Puede que esta vez incluso se haya asustado con lo que me ha hecho. El caso es que, si muero, él será culpable de asesinato. No obstante, yo soy la única testigo. De modo que, si muero, él quedará impune.

Pero si no me muero... Entonces, obviamente, lo dejaré. Y puede que presente cargos. ¿Por qué no? No se puede ir por la vida pegando a la gente y arrojándola por las escaleras. No es justo.

Sin embargo, puede que sea demasiado tarde, porque aquí abajo algo está cambiando... La oscuridad se está llenando de una luz blanca. No una luz blanca corriente, sino una luz muy intensa, como si la proyectaran bombillas halógenas astutamente escondidas, como las que tienen en los hoteles. Y la luz está tomando forma, la forma de un túnel redondo con un círculo palpitante de luz blanca fluorescente al final. Invasión por una sensación de bienestar y serenidad, me veo impulsada a caminar hacia el círculo. Es exactamente como las historias del *National Enquirer* sobre experiencias cercanas a la muerte.

¡Me estoy muriendo! Salvo lamentar ligeramente que no voy a poder dar a Chris su merecido, estoy encantada.

Sigo caminando hacia la luz blanca, que late hipnóticamente. Y de repente... no puede ser, debo de estar imaginándolo... la luz se está diluyendo... las paredes del túnel se están alejando. Sí, es cierto. Se alejan con rapidez. Ya solo quedan unas briznas, como de nieve carbónica, y ahora han desaparecido por completo, y la luz blanca ha sido sustituida por una oscuridad familiar.

—Eh, ¿qué está pasando? —pregunta mi cabeza.

—Todavía no es tu hora —retumba una voz.

—Pero estoy lista. Me gustaba la sensación. Devuélvemela.

—No es tu hora.

—Maldita sea, pues decídete de una vez.

Una pausa. ¿Me he pasado? La voz retumbante, sonando algo avergonzada, murmura:

—Lo siento. Error administrativo.

Espero un rato para ver si la luz blanca vuelve. Nada. *Nothing. Rien.* Me paso

horas rondando en la silenciosa vacuidad y, por primera vez desde que estoy aquí abajo, me noto un poco... bueno... aburrida. Vigilo atentamente, buscando cualquier indicio de que la luz pudiera volver, alguna rendija en la oscuridad, por pequeña que sea. Pero no hay nada. La luz no volverá.

En fin, me digo, si no vais a dejarme morir, será mejor que siga viviendo.

Tomo aire y buceo hacia la superficie. Estoy emergiendo de las profundidades.

Inédito

* Podéis leer al respecto en *Claire se queda sola*.

* Podéis conocer los detalles morbosos en *Rachel se va de viaje*.

* Podéis conocer toda la historia en *Maggie ve la luz*.

Marian Keyes es la autora de ocho novelas: *Claire se queda sola*, *Lucy Sullivan se casa*, *Rachel se va de viaje*, *Por los pelos*, *Sushi para principiantes*, *Maggie ve la luz*, *¿Quién te lo ha contado?* y *¿Hay alguien ahí fuera?*, todas ellas publicadas por Plaza & Janés y DeBolsillo, que han constituido enormes éxitos de ventas, tanto en dichos sellos editoriales como en los veintinueve idiomas a los que se han traducido. Keyes es también autora de relatos y artículos periodísticos. Vive con su marido en Dublín. Marian Keyes te invita a visitar su web: www.mariankeyes.com, donde escribe las noticias más frescas de su vida y de la de su familia y amigos. ¡Te encantará!

Título original: *Further under the Duvet*

Edición en formato digital: noviembre de 2012

© 2005, Marian Keyes

© Aurora Fernandez de Villacencio, por la traducción

© 2012, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Ferran López / Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de la cubierta: © Antony Nagelmann, Taxi / Getty-Images

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-34822-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com

Índice

Bajo el edredón	2
Introducción	6
Bolsos y trapos	7
Lo mejor que me ha pasado en la vida	8
Compro, luego existo	15
El maravilloso aire libre	20
Fabuloso, querida	25
Mis cinco máximas por cinco	30
¡Acción!	33
Lo auténtico	37
En la carretera	42
¡Un pasaporte, por favor!	43
Más barato que los medicamentos	47
Apílate y vuela	50
Treinta y seis horas en Johannesburgo	54
Destino: Siberia	57
Reina de los tapones	66
No hay montaña que se me resista	71
Salud y belleza	74
Dicen que siempre se recuerda la primera vez...	75
Mejorando esas manos	79
Bragas: el gran dilema	82
Mala salud	86
Dilema capilar	91
Espejito, espejito	94
Falso moreno	98
Adiós a la ansiedad	102
De mujer a mujer	105
El poder del hombre	106
Diciembre	110
La palabra con F	113
Amigos y familia	116
Gran noche	119
Chaletitis	125
Vida nueva	129

Gran aéreo	132
Eyes Wide Shut	138
¿Viva La Resolución?	142
Hurling	145
Negro que te quiero negro	149
Este año tenemos que vernos sin falta	152
Época de buena voluntad (y chocolate)	155
Ahora en serio	158
Lo nunca soñado	159
Concern	169
Reconstruyendo niños	178
Relatos	185
Consultorio de mamá Walsh	186
Un momento de Gracia	189
El derecho de una mujer a sus zapatos	219
Cuidado con tus deseos	233
Afectado	240
Almas gemelas	247
La verdad está ahí afuera	256
Abajo	279
Notas	288
Biografía	291
Créditos	292